VILLEGAS ◆ FILOSOFÍA

Nicolás Gómez Dávila

NOTAS

Villegas editores

Vivir es un placer que la vida nos rapa de las manos.

Lo imposible nos fascina, porque justifica nuestra inercia.

La felicidad es ese estado que vacila sobre el borde del aburrimiento.

La naturaleza humana no existe. Lo que funda al hombre en su calidad de hombre no es una naturaleza, sino una voluntad.

La vida es demasiado corta para escuchar con cuidado las variaciones melódicas de un error patente.

A la proclamación moderna: "Si una filosofía no es científica, no es nada"; contestemos: "Si una filosofía es científica, no es nada".

Que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones, es una singular aberración.

La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir penetrada íntimamente de inteligencia y de razón, plenamente lúcida y ordenada hacia los objetos propios del espíritu.

La vida no cumple sus promesas; quizá la muerte no cumpla sus amenazas.

NOTAS

Nicolás Gómez Dávila

NOTAS

Prólogo
Franco Volpi

Villegas editores

Libro diseñado y editado en Colombia por
VILLEGAS EDITORES S. A.
Avenida 82 No. 11-50, Interior 3
Bogotá, D.C., Colombia.
Conmutador (57-1) 616 1788
Fax (57-1) 616 0020
e-mail: informacion@VillegasEditores.com

© SUCESORES DE NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA
© VILLEGAS EDITORES 2003

Editor
BENJAMÍN VILLEGAS

Asesoría editorial y revisión general
ROSA EMILIA GÓMEZ DE RESTREPO

Departamento de Arte
HAIDY GARCÍA

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada en sistema
recuperable o transmitida en forma alguna
o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia,
grabación u otros, sin el previo permiso
escrito de Villegas Editores.

Primera edición, México, julio 1954
Segunda edición, noviembre 2003

ISBN 958-8160-43-x

Preprensa,
ZETTA COMUNICADORES

Impreso en Colombia por
QUEBECOR WORLD BOGOTÁ S.A.

VillegasEditores.com

La primera edición de *Notas*
se hizo por cuenta del autor;
dedicada a sus amigos y
fuera de comercio.

ERIT AUTEM ID LONGE OPTIMUM UT QUI
IN LECTITANDO PERCONTANDO SCRIBENDO
COMMENTANDO NUMQUAM VOLUPTATES
NUMQUAM LABORES CEPERUNT... ABEANT
PROCUL ATQUE ALIA SIBI OBLECTAMENTA
QUAERANT.

AULUS GELLIUS

UNA VOZ INCONFUNDIBLE Y PURA

FRANCO VOLPI

A Rosa Emilia

1. Venido de la nada

Hay escritores que parecen provenir de la nada. Que brotan imprevisiblemente de ambientes que les son ajenos, sin haber sido preparados por nada ni por nadie, sin precedentes, sin pertenencias o señales de reconocimiento útiles para definirlos. Excéntricos, incómodos, irregulares, son inclasificables, y por lo mismo inconfundibles.

Por la manera como lo hace y por aquello que escribe, Nicolás Gómez Dávila se cuenta por derecho propio entre ellos. En la historia de la literatura y el pensamiento del siglo xx su obra es un caso más único que raro: una vasta recopilación de aforismos en la que trabajó toda su vida, *Escolios a un texto implícito* (Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1977, 2 vols.), a la cual agrega más tarde *Nuevos escolios a un texto implícito* (Procultura. Presidencia de la República, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, Bogotá, 1986, 2 vols.) y *Sucesivos escolios a un texto implícito* (Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1992).

El universo creado por esta obra, donde estilo e ideas se compactan en sólida unidad, se presenta como un recinto cerrado: no hay paso racional ni deducción lógica que sirva para entrar. La única manera de hacerlo es lanzarse dentro. Comprender, en este caso, es en verdad cuestión de empatía, de saber adentrarse en el ideario del

autor, conjugando intuiciones y visiones, simpatías e idiosincrasias, predilecciones y anatemas.

Afortunadamente disponemos de un apoyo hermenéutico que el mismo Gómez Dávila, sin quererlo, nos dejó: un volumen que se publicó en los años cincuenta, por iniciativa de su hermano Ignacio, también escritor, con el simple título *Notas. Tomo I* (México, 1954). En la contraportada se lee: "La edición de esta obra se hizo por cuenta del autor; está dedicada a sus amigos y queda fuera de comercio".

Se trata de una obra muy particular: un texto experimental, compuesto por apuntes, máximas, observaciones, frases y juicios, que más tarde él seleccionó y reintegró a su obra mayor, *Escolios*, de la que *Notas* es la primera propuesta. Por eso *Notas* quedó fuera de comercio, no fue reeditada y el segundo tomo previsto no vio la luz jamás. En síntesis, desde el punto de vista del autor, un ejercicio preparatorio para ser olvidado. No obstante, ellas tienen un valor documental incalculable: nos permiten entrar al laboratorio de Gómez Dávila, observar sus movimientos creativos desde su inicio, entender el espíritu, intuir la genialidad y gustar el estilo ya inconfundible, construido sobre fulminantes cortos circuitos lingüísticos y mentales. En fin, *Notas* nos da la clave –especulativa, poética, a veces personal y biográfica– para ensimismarnos en la perspectiva gomezdaviliana.

2. ¿Por qué "notas" y "escolios"?

En *Notas*, sobre todo, encontramos la explicación al enigmático título detrás del cual Gómez Dávila ha velado la intuición fundamental sobre la cual ha basado su

obra. ¿Por qué limitarse a escribir "notas" o "escolios"? ¿Cuál es el "texto implícito" al que se refieren?

"Escolio" –del griego *schólion*, comentario– indica una nota en los manuscritos antiguos y en los incunables, añadida por el escoliasta, en interlínea o al margen para explicar los pasajes oscuros del texto, desde el punto de vista gramatical, estilístico o exegético. Cabe, entonces, preguntarse: ¿cuál es la razón de la vocación exclusiva de Gómez Dávila por este género literario mínimo?

Evidentemente no se trata de una simple escogencia estilística enfocada a restituir al pensamiento la sencillez que el razonamiento le quita. Tampoco de "escribir corto para concluir antes de hastiar" (*Escolios* I, 45). Ni siquiera de hablar a un lector con el cual "podemos callar las ideas intermediarias" (*Notas*, 318), brindándole "gota pura de lucidez" (*Notas*, 470) y evitando la prolijidad que "no nace de la abundancia de palabras, sino de la carencia de ideas" (*Notas*, 456).

Detrás de la vocación de escoliasta hay algo más sustancial. Al asumir la actitud del escoliasta, o sea limitarse a anotar escolios al margen de un texto implícito, se hace evidente una escogencia de vida y de pensamiento, antes que de escritura y de estilo. Es una decisión que privilegia el *ethos* de la humildad, la reserva, la modestia. El estilo de la escritura significa para Gómez Dávila disciplina de vida: "Estas notas no aspiran a enseñar nada a nadie, sino a mantener mi vida en cierto estado de tensión" (*Notas*, 439). Hasta el extremo: "Si es menester, que la lucidez del orgullo nos conduzca a la humildad y que el amor a las palabras nos entregue al silencio" (*Notas*, 47).

Al comienzo de *Notas* se encuentra una explicación a esta opción de discreción: "La exposición didáctica, el

tratado, el libro, sólo convienen a quien ha llegado a conclusiones que le satisfacen. Un pensamiento vacilante, henchido de contradicciones, que viaja sin comodidad en el vagón de una dialéctica desorientada, tolera apenas la nota, para que le sirva de punto de apoyo transitorio" (*Notas*, 51). Por lo tanto: "aquí no intento ofrecer sino esbozos de ideas, leves gestos hacia ellas" (*Notas*, 43). Es decir, frases sencillas en las cuales él condensa las complicaciones del pensamiento: "Las proclamo de nula importancia, y, por eso, notas, glosas, escolios; es decir, la expresión verbal más discreta y más vecina del silencio" (*Notas*, 50). Con algunas ventajas para el lector y para el escritor también: "La nota breve no abusa de la paciencia del lector, y simultáneamente permite que lo que deseamos escribir se halle concluido antes que la conciencia de su mediocridad nos impida continuarlo" (*Notas*, 316). El escolio es el estilo que queda a quien sabe que "escribir es hacer precisamente lo contrario de lo que hacen la mayoría de los que escriben" (*Notas*, 413). Es el estilo de quien no quiere "correr el riesgo de perder el único lector inteligente: el que busca su placer en la lectura y solo su placer" (*Notas*, 44).

Gómez Dávila sabe cuán ridícula es la condición de un "escritor sin talento", que no es otra cosa que un "eunuco enamorado" (*Notas*, 433). Y es conciente de su "precariedad" como pensador y escritor: "Yo carezco de opiniones, sólo tengo breves ideas, transitorias y fugaces, más parecidas a las posadas destartaladas donde descansamos una noche que a las mansiones espléndidas, donde no sabemos bien si moramos, o si somos prisioneros de su misma magnificencia" (*Notas*, 173). Luego reafirma su modestia: "No veo en estos cuadernos el

repositorio de raras revelaciones; me contento con arrancar a mi estéril inteligencia unas pocas centellas fugitivas" (*Notas*, 49). Sin embargo, su éxito no es el encierro en una "lógica del silencio", en una sigética. Al contrario, es la esperanza de que surjan en abundancia las palabras adecuadas para llenar su existencia insular: "Humildemente acepto que me circunde un ancho silencio; pero haced, Dios mío, que las palabras pueblen mi soledad y labren en ella sus ricas mieles" (*Notas*, 148).

3. Dos maneras de escribir

De esta elección, Gómez Dávila extrae una poética simple y esencial, aplicable principalmente a su misma obra. Ella contempla "dos maneras tolerables de escribir": "una lenta y minuciosa, otra corta y elíptica" (*Notas*, 56). Veamos cómo las ilustra él mismo:

"Escribir de la primera manera es hundirse con delicia en el tema, penetrar en él deliberadamente, abandonarse sin resistencia a sus meandros y renunciar a adueñarse para que el tema bien nos posea. Aquí convienen la lentitud y la calma; aquí conviene morar en cada idea, durar en la contemplación de cada principio, instalarse perezosamente en cada consecuencia. Las transiciones son, aquí, de una soberana importancia, pues es éste ante todo un arte del contexto de la idea, de sus orígenes, sus penumbras, sus nexos y sus silenciosos remansos. Así escriben Peguy o Proust, así sería posible una gran meditación metafísica" (*Notas*, 56). Esta es, en síntesis, la prosa continua, extensa, prolija, que desarrolla, articula, y extiende.

El otro estilo "corto y elíptico", es aquel por el cual opta Gómez Dávila: "Escribir de la segunda manera es

asir el tema en su forma más abstracta, cuando apenas nace, o cuando muere dejando un puro esquema. La idea es aquí un centro ardiente, un foco de seca luz. De ella provendrán consecuencias infinitas, pero no es aún sino germen, y promesa en sí encerrada. Quien así escribe no toca sino las cimas de la idea, una dura punta de diamante. Entre las ideas juega el aire y se extiende el espacio. Sus relaciones son secretas, sus raíces escondidas. El pensamiento que las une y las lleva no se revela en su trabajo, sino en sus frutos, en ellas, desatadas y solas archipiélagos que afloran en un mar desconocido. Así escribe Nietzsche, así quiso la muerte que Pascal escribiese" (*Notas*, 56-57).

En una de sus raras confesiones personales Gómez Dávila nos explica cómo la escritura, en esta forma corta y elíptica, es para él una necesidad existencial y una razón de vida. Se exige, ante todo, perseguir interrogantes existenciales: "¿Qué hacer si todo lo que me seduce me huye o me rechaza, si todo lo que me cabría emprender me aburre y me repugna? Y, sin embargo, ¿cómo vivir entregado a la sola tarea de vivir? ¿cómo transitar por mis días, la frente inclinada sobre el instante, animal que pace, olvidado del cercano invierno y de la pura luz que lo circunda?" (*Notas*, 48). El recurso al que se aferra Gómez Dávila para responder a estos apremios es la propia escritura: "Anhelo que estas notas, pruebas tangibles de mi desistimiento, de mi dimisión, salven de mi naufragio mi última razón de vivir. [...] Ciertamente no creo que para pensar, meditar o soñar, sea siempre necesario escribir. Hay quien puede pasearse por la vida con los ojos bien abiertos, calladamente. Hay espíritus suficientemente solitarios para comunicarse a sí mismos,

en su silencio interior, el fruto de sus experiencias. Más yo no pertenezco a ese orden de inteligencias tan abruptas; requiero el discurso que acompaña el ruido tenue del lápiz, resbalando sobre la hoja intacta" (*Notas*, 49).

4. ¿Cuál "texto implícito"?

Pero, ¿por qué escribir al margen de un "texto implícito"? ¿de qué texto se trata?

Otra vez, la explicación se encuentra en un pasaje de *Notas*: "El diario, la nota, el apunte, que traicionan a todo gran espíritu que de ellos usa, pues, al exigirle poco, no le dejan manifestar ni sus dotes, ni sus raras virtudes ayudan al contrario, como astutos cómplices, al mediocre que los emplea. Le ayudan, porque sugieren una prolongación ideal, una obra ficticia que no los acompaña" (*Notas*, 51). Entonces, el "texto implícito" al que aluden los *Escolios* es el ideal, la obra perfecta, tan sólo imaginada, en la que se prolongan y se cumplen las proposiciones de Gómez Dávila. El autor, por tanto, espolea al lector a fin de que active su imaginación: "Lo que aquí digo parecerá trivial a quien ignore todo a·lo que aludo" (*Escolios* II, 411). Por su parte el escritor inteligente sabe que "el impacto de un texto es proporcional a la astucia de sus reticencias" (*Escolios* II, 194). Desde esta perspectiva se comprende por qué Gómez Dávila critica la prolijidad de un escritor como Mauriac: "El libro maravilloso, de que Mauriac hubiera sido capaz, no ha sido, ni probablemente será ya, escrito. Lo tenemos esparcido en veinte volúmenes diversos, todos anteriores al libro ideal que, detrás de cada uno, se deja adivinar como una constante, secreta e inaccesible presencia" (*Notas*, 67).

Sin embargo, esta elección de sobriedad y la decisión por el fragmento no significan la renuncia a lograr el sentido del ser. La convicción metafísica de Gómez Dávila es que "la totalidad del universo existe tanto en el universo entero como en cada uno de sus aparentes fragmentos" (*Notas*, 428). Y puesto que "el discurso tiende a ocultar las rupturas del ser, el fragmento es la expresión del pensamiento honrado" (*Nuevos escolios* II, 203). Es más, afirmar que el fragmento no es apto para expresar la totalidad, presupone que el discurso prolijo la contenga toda. Este tiende, además, a ocultar las rupturas del ser mientras "el fragmento es el medio de expresión del que aprendió que el hombre vive entre fragmentos" (*Nuevos escolios* II, 87).

Entonces, el quebrar su obra en aforismos es sólo la estrategia expresiva de un pensamiento que intenta alcanzar el todo: "Mis breves frases son los toques cromáticos de una composición pointilliste" (*Escolios* I, 11). Para quien sabe leer, y solo para él, el conjunto de los toques cromáticos brinda una visión de la totalidad. Así lo explica Gómez Dávila: "Filosofía 'pointilliste': se pide al lector que gentilmente haga la fusión de los tonos puros" (*Notas*, 457).

5. La inteligencia como patria

Esta discreta actitud de escritura, de pensamiento y de vida brota del simple ejercicio de la inteligencia. "Imposible me es vivir sin lucidez" (*Notas*, 49), confiesa Gómez Dávila, que se vigila y huye incansablemente de la somnolencia de la razón: "Debemos forzarnos a la lucidez, para evitar que las cosas resbalen sobre nosotros como

sobre una piedra aceitada. Que ante todo espectáculo, enfrente a cualquier circunstancia, el espíritu se asome a sus propias ventanas, los ojos abiertos, dilatadas las narices" (*Notas*, 314).

Vive en constante lucha contra la banalidad de lo cotidiano que anestesia y esteriliza: "Lo que adormece las actividades del espíritu y lentamente lo induce a vivir como un autómata, lo que le hace perder el sabor y el sentido de la vida inmediata, lo que lo conduce a un vano palacio de conceptos vulgares y de costumbres tontas, es la vida de todos los días con sus quehaceres habituales, sus necesidades ordinarias, su actividad superficial, su intensidad ficticia" (*Notas*, 59). A tal punto que la escasa vigilancia merece un juicio casi moral: "Toda la habilidad del mal está en transformarse en un dios doméstico y discreto, cuya presencia ya no inquieta" (*Notas*, 320).

De aquí su inquebrantable conciencia de pertenecer a una aristocracia muy especial: la aristocracia de la inteligencia. Gómez Dávila sabe también que se trata de una pertenencia muy especial: "La inteligencia es una patria" (*Notas*, 391).

Sin embargo, de la inteligencia él conoce no solamente las incomparables ventajas, sino también las insidias y las derivas. Es verdad que ella es un lugar de permanente juventud: "Si el genio es la infancia que dura, la inteligencia es la juventud que no muere" (*Notas*, 85). Pero es también verdad, desgraciadamente, que no se presenta con un aspecto bondadoso y soleado, sino con un rostro ceñudo y desconfiado: "La inteligencia no se manifiesta con un gesto de acogimiento y de cariño. La inteligencia es aleve y traicionera, recelosa y desconfiada, siempre comienza por repeler y refutar, siempre rechaza

y siempre protesta" (*Notas*, 52). Además, su fuerza tajante es comparable solo a su esterilidad: "La fecundidad espontánea de la inteligencia es un don concedido a pocos" (*Notas*, 176). Y si solo se ejercita para su propio fin, puede convertirse en una prisión, como Gómez Dávila a veces parece temer: "Horror de girar, como un animal enjaulado, dentro del recinto de mi propia inteligencia" (*Notas*, 464).

Esto lo conduce a reformular sutilmente las ideas socráticas del "saber de no saber": "No pensar sino de acuerdo con nuestra ignorancia es la primera norma de la moral de la inteligencia" (*Notas*, 127). Y de armarse de una ironía reflexiva: "Si la ironía consiste en pensar que la verdad es precisamente lo contrario de lo que estamos pensando, pero que no basta invertir nuestro pensamiento para captarla –así como la acera de enfrente es aquella en que nunca estamos–, pido que se me admita como ironista" (*Notas*, 324).

6. Crítica de la razón erótica

La agudeza exasperada, paroxística, se arriesga a empujar la inteligencia y lanzarla hacia lo abstracto. Pero hay un correctivo, un contrapeso: la carne en su insaciable apetecer, la vida como "el excitante más potente" (*Notas*, 288). Pues la carne tiene vivo el fuego de la inteligencia, alimenta su llama, su deseo, su sed. Atrae con su fuerza de gravedad la inteligencia hacia la sensualidad.

Sin carne y sin vida la inteligencia se agota en el vacío de su esterilidad: "Mejor no ser nunca nadie, mejor no ser nunca nada que matar en nosotros el deseo, que extinguir nuestra sed" (*Notas*, 58) porque "el deseo es

padre de las ideas" (*Notas*, 379). Por su parte, la sensualidad sin inteligencia queda inconclusa, bruta y ciega.

Entonces podemos decir: "La inteligencia que olvida o desprecia los gestos voluptuosos desconoce la densidad que presta al mundo la oscura presencia de la carne" (*Notas*, 54). Y también vale la reciprocidad: "La voluptuosidad auténtica prolonga en esquemas intelectuales la conmoción física en que nace" (*Notas*, 250), así que "no habremos aprendido a gozar sensualmente el mundo sino cuando el gesto que palpa se prolongue en arabesco de la inteligencia" (*Notas*, 254). Esto significa que cuando alcanzan el perfecto equilibrio, inteligencia y sensualidad coinciden: "En un alma perfecta, el placer perfecto no es más que el conocimiento perfecto" (*Notas*, 249), pues "percibir, contemplar y conocer son los grados del placer" (*Notas*, 249). Y tal coincidencia permite una analogía y una anagogía o bien una comparación y una elevación: "La verdad es a la inteligencia lo que es la dicha a la sensibilidad; la verdad es la dicha de la inteligencia" (*Notas*, 259). Por tanto, la obra filosófica perfecta no puede ser, para Gómez Dávila, sino "una metafísica sensual" (*Notas*, 307), capaz de salvar „la riqueza densa y sensual del mundo" (*Notas*, 190).

Todo esto no solo en la teoría, sino también en la práctica y en la existencia concreta. Detrás de la intuición fulgurante de Gómez Dávila hay siempre una situación real de vida, un problema, una luz o una sombra efectivamente vividas. Detrás está siempre él mismo. Esto es también valido para la tensión polar entre inteligencia y sensualidad, como confiesa: "Siento que mi existencia sólo tiene dos puntos de plenitud y de equilibrio. [...] Mi ser se cumple sólo en la yerta cumbre de

la idea o en el valle bajo y sofocante del erotismo. La meditación más abstracta sobre el espíritu, sus normas, sus principios, o la tibia selva de los gestos voluptuosos. Solo me conmueve el lívido amanecer que me encuentra desesperado ante el problema insoluble o ante el cuerpo inviolable, que ni su complicidad traiciona" (*Notas*, 171).

Contemplando el espejismo del nunca alcanzado, y quizá para él inalcanzable, punto de equilibrio entre espíritu y sensualidad, Gómez Dávila profesa una profunda admiración por aquél que es capaz de lograrlo. Como, por ejemplo, Colette: "La prosa de Colette logra el más noble equilibrio clásico, pues expresa la voluptuosidad más evidente por medio de la inteligencia más lúcida" (*Notas,* 226).

Encontramos también la razón por la cual él rechaza firmemente los excesos de la voluptuosidad: "Lejos de agotar la sensibilidad, el abuso la irrita, le enseña la impaciencia, y la induce a un más crudo apetito" (Notas, 168). O sea, la empuja a un desequilibrio, a un vértigo, a un abismo. Especialmente cuando se trata de aquella potente manifestación de la sensibilidad que es la sexualidad. Una fuerza mágica que ejerce sobre todos los seres vivientes una atracción irresistible y que representa para el hombre una oportunidad y una tentación: una oportunidad de elevación espiritual y una tentación de decadencia y de perdición.

Se incluyen aquí los escasos pensamientos de Gómez Dávila sobre la mujer (*Notas*, 119, 256, 260, 293, 294, 249, 350, 374, 445). Estos deben ser leídos con prudencia y cautela y, sobre todo, con el conocimiento de que "todo pensamiento sobre las mujeres es una trivialidad envuelta en una grosería" (*Notas*, 293). En la más acep-

table de éstas trivialidades Gómez Dávila afirma: "A pesar de todo, lo más increíble de las mujeres es que pueden soportar y amar a los hombres" (*Notas*, 294). Pero va más al fondo, al corazón metafísico del problema, cuando, casi sugiriendo que la mujer es más el pretexto que el objeto de la sensualidad, declara: "Ante un cuerpo de mujer los mayores excesos son insuficientes. [...] ¡Ah! Perderse en una espesa selva tenebrosa y carnal. Aspiramos a una posesión demoníaca, pero solamente hacemos el amor" (*Notas*, 71).

Tal vez sobre este pensamiento hubiese dicho más tarde Gómez Dávila que se trata de una idea de leche: "Como los dientes de leche, existen las ideas de leche. ¿A qué edad comenzamos a cambiarlas?" (*Notas*, 314). Pero es un pensamiento invaluable porque llega al fondo del problema. Y cuando, como en el caso de la sensualidad, las situaciones antropológicas y los respectivos pensamientos van hasta el fondo, se tornan extremos y las explicaciones se llenan fácilmente de ángeles y de demonios. "La sexualidad pura, en sus limites extremos, profiere una acusación teológica y plantea un problema de rivalidad religiosa. [...] La sexualidad es el refugio del hombre desposeído de Dios, el último recinto donde su desesperación se encara contra la divinidad que lo abandona" (*Notas*, 434).

Es la obra blasfema del Divino Marqués la que pone en escena el problema en toda su crudeza: ¿qué otra cosa le queda al hombre, después de la muerte de Dios, sino la espantosa naturaleza de sus pulsiones? "La obra de Sade es la única tentativa coherente de construir un universo rígidamente vacío de las tres Virtudes Teologales. El universo de Sade es el universo de la absoluta 'finitud'" (*Notas*, 434). Esta obra es estudiada y vuelta a estudiar como la

más coherente antropología negativa: pues cuando "Dios muere, el hombre se animaliza" (*Notas*, 450).

De aquí la sarcástica invitación: "Propongo a alguna inteligencia seria, pero carente de ironía, la tarea de escribir una Crítica de la Razón Erótica" (*Notas*, 400). Es decir, el estudio de las condiciones de posibilidad de la ya mencionada "metafísica sensual", capaz de salvar "la riqueza densa y sensual del mundo". En ella el problema del mal radical debe ocupar una posición central. "Toda filosofía que eluda el problema del mal es un cuento de hadas para niños bobos" (*Notas*, 306). Sin olvidar, sin embargo, que "hay más que un dios escondido en las secretas sendas del infierno" (*Notas*, 96).

7. La modernidad como diana

En *Notas* los escritos se condensan y aglutinan alrededor los eternos problemas de la filosofía: Dios, el alma y el mundo. En fin, todo espíritu vive de pocos temas y el talento del autor está en su hábil e inimitable orquestación (*Notas*, 200), y en la grandiosa visión caleidoscópica que él dibuja. El tenor de *Notas* no es aún aquel de la provocación sistemática y del escandaloso dogmatismo de los *Escolios*, pero los objetivos típicos de Gómez Dávila ya están todos en la mira. "Nuestros odios son la exacta medida de nuestro rango" (*Notas*, 445).

Él ataca con furor iconoclasta –con la denuncia, la sátira, la paradoja– la modernidad entera, todos sus ideales y todos sus principios fundamentales. Primero que todo sus ideas y sus presuntas conquistas sociales y políticas, por ejemplo el convencimiento que la democracia sea el mejor sistema de gobierno. Para Gómez

Dávila ésta parte de un punto de vista equivocado: "El error del pensamiento democrático: atribuir a cada individuo la totalidad de los atributos propios al concepto del hombre" (*Notas*, 387). De aquí, no se pueden derivar sino consecuencias erradas: "La democracia es el sistema para el cual lo justo y lo injusto, lo racional y lo absurdo, lo humano y lo bestial, se determinan no por la naturaleza de las cosas, sino por un proceso electoral" (*Notas*, 416). Por lo tanto: "*Vox populi ... vox, et praeterea nihil*" (*Notas*, 198).

Obviamente, Gómez Dávila las emprende contra las ideologías. Especialmente contra la marxista, aunque reconoce que "Marx corona el ateísmo vulgar de su época con un gesto de orgullo metafísico" (*Notas*, 275), y contra la comunista: "El comunismo se ha vuelto iglesia, su doctrina dogmas, sus congresos concilios, excomuniones sus expulsiones, heréticos sus disidentes y absolutismo papal su gobierno" (*Notas*, 277). Y por consiguiente contra la socialista: "El socialismo es la filosofía de la culpabilidad ajena" (*Notas*, 453). La única que se salva de la condena general es, o al menos parece, la ideología aristocrático-liberal: "Ninguna especie política me seduce tanto como la de esos aristócratas liberales, cuyo agudo sentido de la libertad no proviene de turbios anhelos democráticos, sino de la conciencia inalterable de la dignidad individual y de la lúcida noción de los deberes de una clase dirigente. Tocqueville es su más noble representante" (*Notas*, 344).

Otro blanco de sus dardos es la confianza moderna en el progreso y en la perfectibilidad del hombre. A la que él contrapone una desconsoladora pero ineludible constatación: "La humanidad va de la mediocridad al horror y del horror a la mediocridad" (*Notas*, 130).

Menos evidente, pero no menos decidida, es su crítica a la ciencia y a la técnica, no tanto en sí, sino por la ingenuidad que ellas han favorecido: "El hombre está creando un mundo poroso a su acción. Ya parece que a la voluntad humana nada resiste, y como en las viejas profecías milenarias quizá veremos florecer los desiertos. Pero es aquí, cuando parece que se aproxima el cumplimiento de las más antiguas esperanzas, que surge desde el vago limbo, donde un Prometeo progresista la había remitido, la máscara lamentable de la tragedia humana. La ciencia se ha revelado milagrosamente capaz de enseñarnos cómo se hacen las cosas, pero incapaz radicalmente de decirnos lo que debemos hacer" (*Notas*, 285).

Esta insostenible dualidad entre el "saber hacer" y el "qué cosa hacer" se vuelve el pretexto para una crítica llevada al plano universal, filosófico: "La ciencia es una ontología monista, irracional, contingente y sin sentido" (*Notas*, 89). En cuanto al realismo en el que ella está basada en gran parte, Gómez Dávila lo liquida con un golpe bajo: "Haber estado enamorado basta para refutar todo realismo epistemológico" (*Notas*, 367). En lo que se refiere a la técnica y sus sacerdotes, su sarcasmo no es menos tajante: "Los técnicos son como los gusanos que, sin saber cómo, producen seda" (*Notas*, 324).

Al hacer un balance tan hostil y cáustico de la modernidad, no sorprende que Gómez Dávila llegue a una conclusión abiertamente intransigente: "Todo hombre auténticamente moderno que no se suicida a los cuarenta años es un imbécil" (*Notas*, 378). Explicará –por decirlo así– en *Escolios* que el hombre cayó en la modernidad como un animal en una trampa, y que los principios en

los que ésta se basa –razón, progreso, justicia– "son las tres virtudes teologales del tonto" (*Escolios* II, 204).

8. Biblioterapia

El único oasis que sobrevive en el desierto que va dejando la modernidad es la lectura. Los grandes escritores y pensadores del pasado –para el lector que sabe leer, todos contemporáneos– son los que nos ofrecen refugio del conformismo y de la tiranía de la mayoría. "Lo que despierta el espíritu de ese sueño dogmático del vivir común, lo que arroja al mar ignoto de los pensamientos propios, de los sentimientos originales, es la lectura" (*Notas*, 59). Por lo tanto el único remedio eficaz se llama "biblioterapia": "Un libro inteligente nos hace sentir inteligentes, como una música militar heroicos" (*Notas*, 467). Pues la lectura nos obliga a abrir los ojos, a confrontar la dureza de aquello que nosotros mismos no habíamos pensado: "Leer es recibir un choque, es sentir un golpe, es hallar un obstáculo. Es sustituir a la ductilidad pasiva y perezosa de nuestro pensamiento, los inflexibles carriles de un pensamiento ajeno, concluido y duro" (*Notas*, 59).

La lectura nos compromete o no es lectura. "Leer sin comprometerse no es más que una futilidad laboriosa. Todo libro debe tener para nosotros la faz indeterminada de un destino y toda lectura debe dejarnos más ricos o más pobres, más dichosos o más tristes, más seguros o más inciertos, pero nunca intactos. [...] Todo libro que no encuentra nuestra secreta carne, desnuda, irritada y sangrante, es un mero refugio transitorio" (*Notas*, 93). Hasta la paradójica declaración: "No hay mejor sustituto

al pensamiento que una buena biblioteca" (*Notas*, 166). Compuesta, naturalmente, de pocos libros: "Los clásicos griegos y la Biblia, leídos lentamente, con minuciosa atención, bastan para enseñarnos lo que la humanidad sabe de ella misma" (*Notas*, 237). Pocos, realmente poquísimos, pero más que suficientes para la biblioterapia que Gómez Dávila recomienda y practica en primera persona: "La lectura matutina de Homero, con la serenidad, el sosiego, la honda sensación de bienestar moral y físico, de salud perfecta, que nos infunde, es el mejor viático para soportar las vulgaridades del día" (*Notas*, 210).

9. ¿Qué pensar? ¿Qué hacer? ¿En qué creer?

Para aquel que haya abierto los ojos, para aquel que haya escogido la lucidez frente a todo, no queda sino un camino solitario, una forma de vida y de pensamiento insular. Atrincherado en su ciudadela interior, Gómez Dávila custodia celosamente las fronteras de la impenetrable singularidad de la cual es soberano: "Solo nosotros conocemos la extensión de nuestros defectos y sospechamos nuestras cualidades" (*Notas*, 218). La medida del éxito o del fracaso de la existencia es únicamente interior: "Nuestras manos podrían trenzar coronas y no hay para nosotros más triunfo que la solitaria ovación de nuestras almas" (*Notas*, 218).

Ahora bien, pero si "el filósofo está hecho [...] para vivir indiferente a todo" (Notas, 128), nos preguntamos: ¿qué pensar? ¿qué hacer? ¿en qué creer?

"Inmerso en el fluir destructivo del tiempo todo parece destinado a la misma transitoriedad de donde viene. Solo la historia, envolviéndolo todo parece capaz de totalidad"

(*Escolios* I, 428). Aun así, "la historia no resuelve ninguno de los problemas que plantea" (*Notas*, 143). Tal es, al menos, nuestra experiencia diaria: "Pasamos nuestra vida golpeando, siempre, a la misma puerta cerrada" (*Notas*, 341).

Es así como todo parece naufragar en el mar del relativismo y de la duda. Contaminación histórica del ser y escepticismo existencial parecen ser las inevitables conclusiones a las que llega la "finitud" humana. Más adelante, Gómez Dávila hará una confesión reveladora sobre sus maestros: "Mis santos patrones: Montaigne y Burckhardt" (*Escolios* I, 428); o sea, el maestro del escepticismo y aquél de la historia. Que el escepticismo tenga una razón propia de ser, se evidencia en uno de los raros intentos de organización filosófica que emprende. En *Notas*, él clasifica cuatro posibles respuestas al problema del relativismo, es decir, de la pluralidad de las opiniones humanas:

1) "Sincrética (Herodoto, etc.), los otros no piensan de manera distinta, solamente formulan de manera distinta un mismo pensamiento, luego el objeto es uno, la multiplicidad del sujeto es sólo aparente" (*Notas*, 192).

2) "Dogmática (Tertuliano, etc.), los otros piensan de manera distinta por que son estúpidos, perversos o pervertidos, luego el objeto es uno, el sujeto es múltiple pero su multiplicidad no tiene justificaciones sino externas" (*Notas*, 192).

3) "Psicológica (Sainte-Beuve, etc.), los otros piensan distintamente, porque son psicológicamente distintos, luego el objeto es uno, el sujeto es múltiple y su multiplicidad es interior" (*Notas*, 192).

4) "Escéptica (Renan, etc.), los otros piensan de manera distinta porque el objeto es complejo y porque el sujeto

psicológicamente diverso no considera en el objeto sino lo que le es adecuado, luego el objeto es uno pero complejo, el sujeto es psicológicamente múltiple" (*Notas*, 192-193).

Dada la manera como describe estas posiciones, Gómez Dávila parece inclinado al escepticismo. Pero no a un escepticismo de principio sino tal vez estratégico, metódico, dirigido a someter a la prueba de la duda certezas solo pre-supuestas, tomadas de otros, de segunda mano: "Mi escepticismo no es un rechazo de todo principio, de toda norma o de toda regla, sino la imposibilidad de recibir regla, norma o principio, de otras manos, y la necesidad de crearlos lentamente dentro del proceso de mi inmediato vivir" (*Notas*, 108). Por lo tanto se puede decir: "Toda filosofía auténtica se construye contra el escepticismo, y por medio de él" (*Notas*, 421).

Algo análogo es válido para el historicidad: no todo lo que sucede en la historia se consume en ella. Por ejemplo "los valores, como las almas para el cristiano, nacen en la historia pero son inmortales" (*Escolios* II, 274). Así que "la verdad está en la historia, pero la historia no es la verdad" (*Escolios* I, 245). En otras palabras, la perspectiva histórica tiende constantemente a un punto de fuga hacia la trascendencia, y la temporalidad adquiere un sentido o un valor eterno: "El interés de la historia proviene, en el fondo, de su naturaleza esencialmente anti-histórica. Ningún hecho grave, serio, grande, cesa jamás de apasionarnos, porque lo que acaeció allí, acaece perpetuamente; en el eterno presente de la historia, el eterno presente de nuestra esencia humana se manifiesta" (*Notas*, 144).

De aquí la insatisfacción de Gómez Dávila con las explicaciones tradicionales de la historia que se adhie-

ren a su inmanencia: "Ninguna filosofía de la historia ha logrado convencerme" (*Notas*, 54). Para salir de la aporia, él aspira a una sabiduría capaz de conjugar fugacidad y permanencia, relatividad y absoluto, inmanencia y trascendencia: aspira a una "sabiduría perfecta" que ame "las cosas pasajeras porque pasan y las cosas eternas porque duran" (*Notas*, 258), y sobre todo que no quiera "enseñarle a Dios cómo se hacen las cosas" (*Notas*, 450).

Esboza, por consiguiente, una hipótesis filosófica de trabajo basada en un concepto experimental: "La noción de experiencia total debe ser la construcción epistemológica sobre la cual conviene apoyar una filosofía de la historia que anhela salvar la riqueza densa y sensual del mundo" (*Notas*, 190).

El problema es que después de la muerte de Dios, después del ocaso de los valores, construir algo en filosofía y por medio de la filosofía se ha vuelto difícil, si no imposible. Y ¿cuál filosofía puede hoy esperar ser eficaz?

Entre las dos concepciones clásicas –filosofía como disciplina científica o como elección de vida– Gómez Dávila no tiene dudas: "que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones es una singular aberración. La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir penetrada íntimamente de inteligencia y de razón, plenamente lúcida y ordenada hacia los objetos propios del espíritu" (*Notas*, 164). Por esta razón, la filosofía no puede ser un simple deleite o distracción: "El estudio de la filosofía puede volverse, como la ciencia, una ocasión de divertirse y de olvidar, así, nuestra legítima tarea de pensar" (*Notas*, 360). El pensamiento para un ser que piensa, es vida: "El pensamiento no con-

siste en afirmar verdades, sino en vivirlas como vivimos un amor que todo contraría" (*Notas*, 421). Aquí, el enfrentamiento entre vida y verdad es inevitable: "La vida es la guillotina de las verdades" (*Notas*, 96).

Además, como explicarán los *Escolios*, la filosofía es "el arte de formular lúcidamente problemas", mientras "inventar soluciones no es ocupación de inteligencias serias" (*Escolios* II, 54): "las soluciones son las ideologías de la estupidez" (*Escolios* II, 89). Por lo tanto "la verdadera tarea sistemática del filósofo" es "destruir todo sistema" (*Notas*, 158).

Si en verdad se quiere edificar, hay que poner atención primero a las palabras y a la gramática "porque toda la filosofía está pensada en la sustancia misma de un idioma; se engendra en una materia verbal" (*Notas*, 69). "Una gramática insuficiente prepara una filosofía confusa" (*Notas*, 461).

Encontramos otro obstáculo: "Es necesario analizar para comprender, pero un pensamiento vivo no avanza analizando" (*Notas*, 122). Y en la misma tónica: "En filosofía, probar es perder un tiempo que podríamos consagrar a pensar" (*Notas*, 214). El verdadero problema es que cuando las rutas del ser han sido cortadas, la posibilidad de una ontología parece "envuelta en la niebla de excesivas dudas" (*Notas*, 149).

Sin embargo, Gómez Dávila exhorta al hombre a comprometerse en una aventura metafísica (*Escolios* I, 30) y asigna al pensamiento la tarea correspondiente: "La filosofía debería tan solo describir; pero si quiere predicar que predique lo eterno" (*Notas*, 87). Y esta no es la labor de una ontología, sino de una metafísica de los valores: "¿Quién osará negar la evidencia de un valor?" (*Notas*, 149).

A pesar de Heidegger, Gómez Dávila no renuncia a la metafísica: "Tan repetidas veces han enterrado a la metafísica que hay que juzgarla inmortal" (*Notas*, 457). Él la concibe, sin embargo, de una manera particular: como metafísica concreta, "ciencia del instante, solo ciencia" (*Notas*, 210): "La metafísica es a la vez ciencia del ser y forma de la sustancia individual; puro conocimiento de la realidad última y pura biografía de su autor" (*Notas*, 85).

En esta metafísica concreta, "sensual", cada ser coincide únicamente consigo mismo y con su propia singularidad. Aquí, y solamente aquí, él usa su sentido propio y su propia independencia semántica. Digamos, por ejemplo, que "los labios de una mujer bonita no son hocico, ni orificio del esófago, ni siquiera aliciente del sexo, sino eso: labios" (*Notas*, 151). Antes bien, más que aseveraciones o constataciones de hecho, esta perspectiva metafísico-sensual sugiere posibilidades como: "Que ese cuerpo que duerme abandonado junto al nuestro y esa dulce curva que nace de la nuca y fluye hasta el vientre no perezcan" (*Notas*, 135). Pues "quizá lo único que no sea vanidad es la perfección sensual del instante" (*Notas*, 332).

Colaboran con la filosofía en ésta difícil empresa metafísica, ofreciendo resguardo de la inclemencia de los tiempos, el arte y la religión. En el imaginario de Gómez Dávila el arte es fundamental: "El mundo, sin la interpretación del arte, sería como las fotografías de la superficie de la luna" (*Notas*, 371). Naturalmente, no hay que olvidar que la modernidad ha logrado corromper hasta este recurso simbólico: "El arte moderno recuerda al asno del apólogo que, cuando al fin aprendió a no comer, murió" (*Notas*, 420).

¿Y la religión? En realidad no resuelve nada sino que complica todo. Precisamente por ello, "el escepticismo

no es antipático al espíritu religioso" (*Notas*, 345). Pero si en verdad la religión hace la vida más difícil, entonces "los que buscan en la religión una solución a sus problemas se equivocan. La religión no es un conjunto de soluciones, sino un conjunto de problemas" (*Notas*, 399).

En *Notas* no se encuentra aún su elección por el catolicismo intransigente de los *Escolios*. Ni la escandalizada crítica a la Iglesia post-conciliar, que utiliza la dogmática cristiana con fines sociales y que por abrir las puertas a aquellos que estaban fuera, terminó por hacer huir a aquellos que estaban dentro. Se anuncia ya, su convicción de que "la verdadera religión es monástica, ascética, autoritaria, jerárquica" (*Escolios* II, 94).

Por encima de todo –de filosofía, arte y religión– existe, para Gómez Dávila, un Absoluto que se impone con evidencia incontrovertible: "La única cosa de la cual nunca he dudado: la existencia de Dios" (*Notas*, 174).

Sí, pero ¿cómo? Una vez más, junto a esta perentoria y dogmática declaración, se leen las motivaciones "sacrílegas" que aclaran cuál es la prueba de la existencia de Dios para el joven Gómez Dávila: "A través de la belleza de una frase, de una forma, de un volumen; a través de lo que una presencia humana impone con autoridad serena; a través de su nobleza, su orgullo, su esplendor, su sufrimiento, su dicha; a través de la pasión intelectual que anhela una ascensión áspera, abrupta; es, así, a través de una dialéctica carnal que Dios aparece a mi razón, de manera tan irrefutable como deslumbra mi fe" (*Notas*, 466). A la luz de tal evidencia "hasta el ateísmo es una definición de Dios (*Notas*, 472).

Coherente con las respuestas dadas a los tres interrogativos fundamentales –¿qué pensar? ¿qué hacer? ¿qué

creer?–, Gómez Dávila se ve a sí mismo: "Sensual, escéptico y religioso, no sería quizá una mala definición de lo que soy" (*Notas*, 345).

10. Confesiones, preferencias, idiosincrasia

Llegamos así, a las confesiones personales distribuidas aquí y allá en *Notas*, de las que sacamos los pocos retazos disponibles sobre la biografía, las preferencias, las idiosincrasias, el carácter y la personalidad de Gómez Dávila. Coherente con su pensamiento, hablará muy poco de sí mismo. En *Escolios* es aun más evidente la sobriedad y reticencia al respecto. Sin embargo, aquí en *Notas,* la idea aún lo divierte: "Nada más vano, ni más delicioso, que hablar de sí mismo" (*Notas*, 173).

Como sea, él nos confiesa inocentes pero significativas preferencias literarias: "Si hubiera que elegir entre todos los libros el más grande, yo elegiría la *Historia de las guerras del Peloponeso*" (*Notas*, 389).

También nos deja conocer algunas reflexiones sobre el viaje a Europa en 1949 con su esposa, cuando durante seis meses recorre todo el viejo continente.

Era de aquellos que –más que de un lugar a otro– prefieren viajar alrededor de su propia habitación, entre los libros de su propia biblioteca. De aquellos cuya vida no va de episodio en episodio, sino de capítulo a capítulo. Cuando regresa de Europa, su disposición es tal vez la que hallamos en *Notas*: "Todo viaje es vano si no es semejante al paseo lento y perezoso que nos introduce, con un dulce rigor, en la secreta vida de un paisaje" (*Notas*, 314). Pero su balance final, tan sintético como elocuente, no deja espacio para ilusiones sobre lo que quedó, en Euro-

pa, de la gran cultura europea: "Viajar por Europa es visitar una casa para que los criados nos muestren las salas vacías donde hubo fiestas maravillosas" (*Notas*, 265).

Este fue su último viaje: "No he querido viajar, porque ante todo paisaje que me conmueve, mi corazón se desgarra por no poder morar allí eternamente" (*Notas*, 173).

La renuncia a los viajes no hace brotar en él, el amor por su tierra. Con los colombianos pretendía tener en común solo el pasaporte: "Características del colombiano: imposibilidad de lo concreto; en sus manos todo se vuelve vago; falta de moralidad; la noción del deber es desconocida; la única regla es el miedo del gendarme o del diablo; en su alma ninguna estructura moral, ni intelectual, ni social; ignora toda tradición; sometido pasivamente a cualquier influencia, nada lo marca; nada fructifica, ni dura, en ese suelo de contextura informa, movedizo, plástico e inconsistente" (*Notas*, 225). O también: "Creo que la única ciencia de la cual existen tratados escritos por colombianos sea la Economía Política; por eso dudo que sea una ciencia" (*Notas*, 357). Y aun más: "Cuando se presenta la ocasión de hacer alguna bajeza, el colombiano rara vez la desperdicia" (*Notas*, 432).

No menos condenatorias son sus reflexiones sobre América Latina en general: "La mejor crítica de la colonización española son las repúblicas suramericanas" (*Notas*, 389). Hasta el punto de que la repugnancia lo impulsa a buscar refugio lo más lejos posible: "Cuando oigo a dos suramericanos hablar de Europa, quisiera embarcarme, inmediatamente, para Australia" (*Notas*, 419). Ni siquiera la considerable literatura latinoamericana parece haberlo impresionado. La desdeña con suficiencia: "Normalmente un escritor es un individuo que escribe bien; pero las

historias de la literatura suramericana nos enseñan que un escritor es un individuo que escribe" (*Notas*, 404).

Mucho más articuladas, en cambio, las observaciones sobre otras naciones, especialmente sobre España (*Notas*, 212, 270) y Francia (*Notas*, 266-68). De Estados Unidos, a los que reconoce la afortunada grandeza (*Notas*, 279), no digiere la literatura: "La literatura americana deja de ser literatura cuando comienza a ser americana" (*Notas*, 444).

Todo esto podría ser clasificado como meras curiosidades, útiles pero tal vez no esenciales para entender al personaje. Las confesiones de *Notas* son, en cambio, verdaderamente importantes porque nos abren las puertas de la ciudadela interior de Gómez Dávila, porque nos introducen en las estancias recónditas de su mundo interior y nos hacen entender que su arte es el fruto de un cotidiano y torturante auto-examen. Entendemos, por ejemplo, hasta qué punto se sienta a veces llevado, por su inteligencia, hacia la mediocridad: "He aceptado mi vida con la pasividad de una piedra, porque todo en la vida me seduce igualmente. No pudiendo excluir, no he sabido elegir, y me he contentado con la mediocre existencia concedida" (*Notas*, 173). O hacia la incapacidad de decidir y de actuar: "No sé si nunca tomo decisiones porque creo en la sabiduría de las decisiones que la vida toma espontáneamente o si creo en la sabiduría de la vida porque soy incapaz de tomar decisiones" (*Notas*, 177). Y, al final, hacia una consciente y lúcida depresión: "Días enteros pasados sin pensar en nada, sometidos a la tiranía y al capricho del momento. ¿En qué piensan los otros? Esta interrogación me parece un problema, hasta que recuerdo la oquedad en que vago días enteros como en un largo y lento lago azul" (*Notas*, 322).

Pero, también, del fondo de ese abismo emerge, indomable, el sentido de superioridad que le otorga la inteligencia, disimulado apenas por una deferente modestia, pero, en realidad, alimentado por una contundente arrogancia: "La facilidad con la cual puedo pasar un día entero sin pensar en nada, absorto el espíritu en cualquier trivialidad que se presente y reducido casi a la simple función de espejo, me aclara el misterio de la vida común de los hombres, cuya sin igual vacuidad debería devorarlos en arrebatos de aburrimiento y de tedio" (*Notas*, 232-33).

Confiesa, incluso, con un cierto cinismo, limpio, abierto, evidente: "Para crear alrededor mío la zona de silencio y de tranquilidad necesaria a la vida que no quiere hallar sino en sí misma la causa de sus ocupaciones y de sus quehaceres, he encontrado útiles ante todo la buena educación y la mala fe" (*Notas*, 160). Virtud, esta última, muy útil en sociedad donde "el que propone una idea auténtica se siente pronto tan incómodo como si hubiera introducido un elefante" (*Notas*, 470).

Su método es la sobriedad: "Ser indiferente sin cinismo, y apasionado sin entusiasmo" (*Notas*, 329). Su ocupación preferida, el pensamiento: "Pensar es una ocupación tan deliciosa que nos hace soportar la mediocridad de nuestros pensamientos" (*Notas*, 318). Su anhelo: que la luz de la inteligencia no se debilite, y que lo sostenga, así sea por pocos afortunados momentos, con el don de la creatividad: "Quisiera obligarme a no dejar morir un solo día en la inconsistencia hebetada con que lo vivo. Quisiera que, en la noche, su esencia se concentrara en una gota pura de lucidez" (*Notas*, 470).

11. Ni para, ni contra, sino fuera de nuestro tiempo

Es cierto que su obra parece provenir de la nada. Y como tal, no tiene parangón, resulta inclasificable, excéntrica, intempestiva. Gómez Dávila no piensa en pro ni en contra, no piensa dialécticamente: piensa distinto. Su línea, consecuente con sus escandalosas evidencias, cueste lo que cueste, es ésta: "No debemos pensar para nuestro tiempo o contra nuestro tiempo, sino fuera de nuestro tiempo. Y que esto sea imposible, ¿qué importa? pues es ante todo una exigencia de principio y una regla de método" (*Notas*, 86). Ignorados hasta hace poco, sus asombrosos escolios han comenzado ya a afianzarse y a encontrar resonancia por doquier. Una influencia que "don Colacho" –así lo llamaban sus amigos– no había previsto: "No es una obra lo que quisiera dejar. Las únicas que me interesan se hallan a infinita distancia de mis manos. Pero un pequeño volumen que, de cuando en cuando, alguien abra. Una tenue sombra que seduzca a unos pocos. ¡Si! Para que atraviese el tiempo, una voz inconfundible y pura" (*Notas*, 467).

De cuando en cuando, en noches de insomnio, hemos abierto sus páginas, hemos oído su voz inconfundible y pura, luego su solitaria meditación. Desde entonces, su obra es nuestro libro de cabecera.

Algún día, quizás, toda la inteligencia llegue a ser gomezdaviliana.

FRANCO VOLPI. Profesor de filosofía en la Universidad de Pádua, ha enseñado también en la Universidad de Witten/ Herdecke, Alemania (1991-1997) y ha sido profesor invitado en Laval (Canada), Niza (Francia), Valparaíso y Santiago (Chile), Lucerna (Suiza), Staffordshire (Inglaterra) y Ciudad de México. Ha recibido los premios literarios "Montecchio" (1989), "Capo Circeo" (1997) y "Nietzsche" (2000). Es autor de estudios que van de la filosofía antigua al pensamiento contemporáneo, tales como: *Heidegger e Brentano* (Cedam, Padova, 1976); *La rinascita de la filosofia pratica in Germania* (Francisci, Abano, 1980); *Heidegger e Aristotele* (Daphne, Padova, 1984); *Lexikon der philosophischen Werke* (Kröner, Stuttgart, 1988); *Storia della filosofia* (Laterza, Roma-Bari, 1991; con E. Berti); *Il nichilismo* (Laterza, Roma-Bari, 1996); I *prossimi Titani. Conversazioni con E. Jünger* (Adelphi, Milano, 1997; con A. Gnoli; en español: *Los Titanes venideros*, Península, Barcelona, 1998); *Grosses Werklexikon der Philosophie* (2 vols., Kröner, Stuttgart, 1999); *Dizionario delle opere filosofiche* (Bruno Mondadori, Milano, 2000); *Il Dio degli acidi* (Bompiani, Milano, 2003; con A. Gnoli). Dirige para Editorial Adelphi la edición de las obras de Heidegger (1987-) y Schopenhauer (1996-) en italiano. De Schopenhauer ha editado: *Die Kunst, Recht zu behalten* (Insel, Franfurt, 1995; en español: *El arte de tener razón*, Alianza, Madrid, 2002); *Die Kunst, glücklich zu sein* (Beck, München, 1999; en español: *El arte de ser feliz*, Herder, Barcelona, 2000); *Die Kunst zu beleidigen* (Beck, München 2002); *Die Kunst, mit Frauen umzugehen* (München, Beck, 2003). Becario de la Fundación Alexander von Humboldt, miembro de la Academia Olímpica, Istituto Veneto di Scienze, Lettere e Arti, y consultor de las revistas *Philosophischer Literaturanzeiger, Brentano Studien, Heidegger Studies, Heidegger-Jahrbuch, Les Etudes philosophiques, Internationale Zeitschrift für Philosophie, Revue de Métaphysique et de Morale.*

Pocas cosas mueren con la rapidez de las ideas y pocos cadáveres inspiran similar indiferencia.
Cuando desaparece su frescura las ideas declinan hacia el olvido y sólo perduran las que expresan con pureza nuestros deseos o nuestras raras certidumbres.
Las ideas cansan; aun las nuestras nos ocupan solamente mientras sirven a nuestra vida y ministran a sus intereses.
El amor intelectual es raro y más rara la generosidad.
Los hombres no nos interesamos sino en los hombres; nuestros gestos despiertan nuestra mutua curiosidad; por una insignificante anécdota cambiamos el sistema que costó treinta años a su autor. Sólo el chisme no se marchita.
Una colección de libros de teología, el repertorio bibliográfico del pensamiento de una época, un catálogo de folletos políticos, invalidan toda ambición.
A la posteridad sólo logra divertir el detalle individual y concreto.
Las ideas son nuestra más fatua y fútil preocupación.
Sin embargo, aquí no intento ofrecer sino esbozos de ideas, leves gestos hacia ellas.

Rejuvenecer las ideas marchitas es la tarea del humanista. Su lectura paciente penetra hasta el corazón endurecido de la idea. Así se cumplen esos gratuitos actos de justicia, cuya misma inutilidad seduce más certeramente

una inteligencia generosa. Todo vestigio de un pasado abolido es de un precio infinito para ciertas almas piadosas.

El libro que no divierte, ni agrada, corre el riesgo de perder el único lector inteligente: el que busca su placer en la lectura y sólo su placer.
Es cierto que nuestro deber consiste en refinar más y más ese placer hasta que nos sea dado encontrarlo, raro y puro, en los sitios más ásperos y en los más áridos; pero toda ocupación con las letras que no tenga por raíz cierto epicureísmo de la inteligencia y una sensual afición, carece de solidez, de intensidad y de comprensión luminosa.

Si las ideas nos interesaran abstractas y solas, en pocos días agotaríamos el repertorio completo de lo que el hombre ha pensado. La mezquindad de la inteligencia humana es infinita. Pero lo que nos seduce son las innúmeras variaciones que esas ideas revisten en la pintoresca diversidad de la historia.

Nuestra civilización se funda sobre un postulado de lo discontinuo y sólo conoce bienes fungibles.
Ninguna ha conocido, como ella, el insaciable prurito de lo nuevo y la beata admiración de lo meramente cotidiano. Hemos vivido bajo un primado de lo efímero; a la incertidumbre de la sociedad ha correspondido una sin igual desconfianza en lo que el hombre crea.
Un espíritu periodístico triunfa y no hay ya actitud intelectual que no inficione, ni obra que su implícita presencia no disuelva. Vivimos de lo que hoy nace y para hoy sólo vivimos.

Lo que implica alguna confianza en su duración y exige alguna fe en la permanencia de nuestros actos, encuentra una respetuosa ironía, o un manifiesto sarcasmo.
La posteridad es hoy un mito envejecido, incapaz de agitar o de influir. Hubo alguna vez un puro orgullo del espíritu, manifestación de una ambición desmedida pero vacía de petulancia, cuando pretender a lo más alto no excluía ninguna humildad y cuando la vanidad servía, con frecuencia, para imponer las más difíciles empresas.
La ambición de crear lo que dudosamente dura y el respeto de una posteridad indiferente fueron pretextos para que el hombre exigiera de sí mismo exactitud y honradez, abnegación y laboriosidad.
Tal vez haya obras que no necesiten de esas virtudes, pero la meditación sin ellas es un juego ineficaz; aunque, sin embargo, el que más fácilmente las simula.
Toda sociedad perece al abolir sus mitos.
La humanidad es de una pasmosa indiferencia a todo lo que no amenaza su existencia y solamente la ensucia o la degrada.

La humanidad no mira con recelo sino a quienes desasosiega la trivial existencia a que todos se resignan.

Admito muy bien que desdeñemos todo lector, que el placer cuando escribimos sea nuestro fin y que no aspiremos a nada distinto de nuestra satisfacción más solitaria; pero lo que no puedo soportar es nuestra indiferente resignación a la mediocridad de nuestras ideas.
No importa que nuestra idea para nada sirva o que nadie la utilice; que se desvanezca, ignorada, y muera; si

fue más que una proposición hueca y sonora, si en ella se cristalizó una verdad y se encarnó una esencia.

No importa no poder atribuir una valencia impersonal a nuestras ideas –quizá ninguna la tenga–, pero su valor ha de ser independiente de lo que para otros signifique, ya que un valor existe aun cuando a un solo individuo se revele y culmine para un solo ser.
La verdad de una idea difiere de su vida y de su muerte. Más que la verdad, varía la capacidad del hombre para aceptarla. Nuestro rechazo, quizá, crea la falsedad de lo que rechaza.
Sin embargo, una verdad separada y distinta, erguida solitaria en un abstracto cielo, sin relación con una inteligencia, es mera hipótesis de nuestra ignorancia y de nuestro anhelo. Toda verdad es un acto del espíritu, es su fruto y su flor.
Así un subjetivismo inmoderado, un relativismo intemperante, pueden admitir la universalidad de sus valores, aun cuando proclamen que la generalización falsifica y que la impersonalidad es un mito.

Quien se atreve a exponer sus ideas tiene que someterse a la severidad de quien lo escucha, pero el que atribuye importancia a lo que dice no puede contentarse con las solas exigencias del lector común.
Es menester escribir para el lector más difícil y más áspero. Busquemos una victoria pura y franca sobre el más duro adversario. Más que en una victoria o en una derrota espectaculares y palmarias, la auténtica nobleza yace, aquí, en cierta manera de vencer o de ser derrotado.
Satisfacernos con haber hecho todo lo que pudimos es

un sentimiento nefasto. Autores de una confusión abominable, creamos así un mundo turbio, en el cual lo mediocre y lo excelente tiene igual valor, igual valor lo perfecto y lo que abortó.
Es evidente que nuestro deber consiste en hacer todo lo que podemos, pero es absurdo imaginar que el solo esfuerzo sea un valor, que aspirar sin lograr pueda diferir de un fracaso.
Una tal constatación es, en verdad, desoladora, ya que la mayoría de los hombres no somos sino ensayos y meras tentativas. Nuestra vida es un experimento prometido al desastre.
La raíz y el fondo del ser nos son dados irrevocablemente con nuestra limitada voluntad. Si, para no perecer de asco, inventamos justificaciones a nuestros actos, no debemos atribuir ese pobre artificio a la estructura del universo.
Quizá indigne tan yerta afirmación del arbitrario e injusto fundamento de toda excelencia; mas si nada refuta nuestra desesperación y si no somos fecundos sino en abortos, qué importan nuestro contentamiento, nuestra vida y sus posibles pretextos?
La pura lucidez, en cambio, es un valor, y la humildad una virtud.

Seamos ante todo probos con el universo. Si es menester, que la lucidez del orgullo nos conduzca a la humildad y que el amor a las palabras nos entregue al silencio.

Henos aquí, de pronto, constreñidos a ser lo que somos, entregados a la conciencia feroz y fría de nuestra mediocridad.

¡Qué secretos imaginábamos tener escondidos! Se trataba tan sólo de ser leales con nosotros mismos, fieles a nuestra más pura esencia, para lograr una excelencia soberana. Pero el día llega, de luz de invierno, cuando contemplamos nuestra esqueletada desnudez, cuando descubrimos al hombre miserable que somos y medimos la distancia entre la grandeza con que soñábamos y la escueta pobreza de nuestra humanidad.

Sólo nos queda aceptarnos o suprimirnos.

¿Suprimirnos? Para un gesto tan excesivo necesitaríamos de una dosis de orgullo que nuestra clara conciencia ya no tolera; necesitaríamos pesar nuestra importancia en balanzas de falsario; cuando la urgencia del dilema se plantea a quien se midió con justicia.

¿Aceptarnos? Bien; pero ¿cómo, de qué manera?

Limpiamente, claro está, sin trampas ni justificaciones mañosas.

Mas ¿nos ha de bastar el abandono a las mil circunstancias cotidianas de nuestras vidas para que envueltos de espeso torpor caminemos hacia nuestra muerte?

¿No existirán ocupaciones subalternas a las que se pueda entregar una inteligencia sana y recta, al reconocer su fracaso? Ciertamente no sabría yo mofarme del hombre que se somete para no desperdiciarse, pero a tan resignada sabiduría no puedo rendir sino un frío homenaje.

¿Qué hacer, luego, si todo lo que me seduce me huye o me rechaza, si todo lo que me cabría emprender me aburre y me repugna? Y, sin embargo, ¿cómo vivir entregado a la sola tarea de vivir?, ¿cómo transitar por mis días, la frente inclinada sobre el instante, animal que pace, olvidado del cercano invierno y de la pura luz que lo circunda?

Anhelo que estas notas, pruebas tangibles de mi desistimiento, de mi dimisión, salven de mi naufragio mi última razón de vivir.
Imposible me es vivir sin lucidez, imposible renunciar a la plena conciencia de mi vida.
Actor desastrado, busco una silla de espectador.
No pudiendo contribuir noblemente al drama del mundo, prefiero que se me jubile como inepto a que se me admita como comparsa o figurante.
Ciertamente no creo que para pensar, meditar o soñar, sea siempre necesario escribir. Hay quien puede pasearse por la vida los ojos bien abiertos, calladamente.
Hay espíritus suficientemente solitarios para comunicarse a sí mismos, en su silencio interior, el fruto de sus experiencias.
Mas yo no pertenezco a ese orden de inteligencias tan abruptas; requiero el discurso que acompaña el ruido tenue del lápiz, resbalando sobre la hoja intacta.
Última razón de vivir: el deseo de comprender.
Secreto anhelo perdurable.
Ambición desmedida, pero ambición consciente de la estrechez del recinto que el destino le otorga. Ambición tenaz, decidida a ocupar el diminuto espacio concedido.
No se me oculta la mediocridad de los resultados que cabe lograr, pero me basta la sola actividad del espíritu que piensa.
No veo, luego, en estos cuadernos el repositorio de raras revelaciones; me contento con arrancar a mi estéril inteligencia unas pocas centellas fugitivas.

Es fácil, al aceptarnos, despreciarnos en demasía. Indiferentes ya, nos resignamos a torpes connivencias.

Un exceso de humildad peligra arrastrarnos a excesos de bajeza.
¿Porque nos fue vedado el aire de las cimas hemos de morar en cenagales?
La condescendencia con el mundo, que envilece y corrompe el carácter, puede provenir de una desmedida desconfianza en nuestras fuerzas.

Los más graves pecados no son los que cometemos contra la sociedad.
Sólo es punible lo que degrada, en nosotros, la más alta idea del hombre.

Pereza y sabiduría son la generación alternativa de un mismo tronco.
La desidia se satisface fácilmente, pero la fácil satisfacción es una forma aguda de la sabiduría.
Una ambición desmedida, o culmina en yerma esterilidad, o no es sino el ansioso disfraz de la impotencia. Un excesivo anhelo prepara una teatral y cómoda excusa a nuestro fracaso. Astucia irrisoria, porque la amargura la mide el anhelo más que la promesa.

Ya que el orgullo me calla, intentaré entregarme a las delicias de una meditación que nada interrumpe.
Inicio aquí un desfile monótono.
Sin presumir una importancia de que carecen estas notas, las escribo cón una sencillez desinteresada, similar a la de nuestra actitud ante las imágenes que preceden al sueño.
Las proclamo de nula importancia, y, por eso, son notas, glosas, escolios; es decir, la expresión verbal más discreta y más vecina del silencio.

El diario, la nota, el apunte, que traicionan a todo gran espíritu que de ellos usa, pues, al exigirle poco, no le dejan manifestar ni sus dotes, ni sus raras virtudes, ayudan al contrario, como astutos cómplices, al mediocre que los emplea.
Le ayudan, porque sugieren una prolongación ideal, una obra ficticia que no los acompaña.
El lector generoso se ofusca ante ellos, alucinado por el recuerdo de alguna obra, igualmente subalterna, que abandonó desprevenido un espíritu, en sus otras obras sin engaño y sin trampa, soberano.

Quisiera poder escribir con austeridad y sencillez. No detesto, del todo, cierto énfasis, a veces amable cuando lo acompañan la ironía y una discreta sorna; pero abomino del tono sentimental, de esas frases que suenan como una mezcla de corazón compungido y de dolor de muelas.

La exposición didáctica, el tratado, el libro, sólo convienen a quien ha llegado a conclusiones que le satisfacen.
Un pensamiento vacilante, henchido de contradicciones, que viaja sin comodidad en el vagón de una dialéctica desorientada, tolera apenas la nota, para que le sirva de punto de apoyo transitorio.

Morar en cada idea, un instante.

Para meditar, necesitamos que la voluntad y la espontaneidad concurran, que la voluntad nos conceda con plenitud aquello mismo que la espontaneidad ya otorgó.

Querer pensar, cuando las ideas no se ofrecen con generosidad, es labor inútil; pero esperar lograrlo entregándonos pasivamente a la facilidad, no es menos vano.
Sin duda no creamos nosotros mismos las ideas, ni su generación depende de nuestros deseos; sin duda las ideas nos eligen (y no hay injusticia mayor que la predestinación de la inteligencia); pero, sin nuestra colaboración, los dioses nos dan sólo un vago desasosiego, una inquietud meditabunda, una inconformidad vacilante.
La idea no aparece como una revelación gratuita y repentina, que nada en nosotros requiere, ni nada espera. Nuestras almas deben, silenciosamente, prepararse y acechar en la oscuridad la fulguración de las ideas.
Si no huimos de la mortal pereza del espíritu, ahogamos insospechadas promesas.
Quien no se levanta en el desierto de su mediocridad, no descubre las aguas vivas, que obstruye, quizá, su sola inercia.

El contentamiento y la dicha –y el divino silencio del alma– son reservados a los que se resignan y aceptan blandamente; pero el discernimiento y la conciencia, la claridad y la luz, son el privilegio de las almas violentas y orgullosas.

La inteligencia no se manifiesta con un gesto de acogimiento y de cariño. La inteligencia es aleve y traicionera, recelosa y desconfiada, siempre comienza por repeler y refutar, siempre rechaza y siempre protesta.

Si no sabemos soportar las horas tediosas de la inteligencia, permanecemos en una pálida primavera y nues-

tro espíritu ignora los ardores del verano y los colmados graneros del otoño.

Aquello que buscamos con mayor ansiedad es la significación de los hechos, su sentido.
De la vida de un personaje cualquiera podemos conocer todos los detalles, no ignorar nada de cuanto le ha acontecido, y tener de él, sin embargo, una noción tan vacía como la de un manual de historia.
Mas si, de pronto, logramos ver lo que es en sí, propio y solo, nos asombramos de descubrir una densidad a cada gesto, una plenitud a cada acto.
La significación con que el objeto interiormente se ilumina, no es una relación transitiva que revele otro objeto, para el cual aquél exista; es, al contrario, la manifestación de su esencia absoluta, de su positividad irreductible.
El significado de un objeto es su posición absoluta en el sistema del universo; no es un rótulo clasificatorio, ni un concepto; es una presencia sensual, ardiente y dura.
El significado no se reduce a conceptos, porque la totalidad a que se endereza no es un concepto, sino ese concreto puro que llamamos Dios.
Las cosas adquieren su significado cuando las columbramos en su situación divina: tales como son para Dios.
Es decir, como son en realidad; porque la realidad no es más que la referencia de las cosas a Dios.
Las cosas tienen un significado cuando las vemos como Dios las ve. El significado de una cosa es su realidad.

Si el significado no puede jamás deducirse de un sistema de conceptos, ni contiene un sistema, ¿cómo pode-

mos descubrirlo, cómo saber que lo hemos encontrado? Nunca con absoluta certeza, aunque frecuentemente con infinita convicción.
Cuando sentimos que frente a un objeto, o a un hecho, nuestro espíritu cristaliza y cuaja; cuando sentimos que nuestras actividades encajan las unas con las otras; cuando sentimos que una dicha seca y lúcida nos invade; el significado ha estallado a nuestro espíritu, como una fruta que encierra la implacable sustancia de muchos soles.

La inteligencia que olvida o desprecia los gestos voluptuosos, desconoce la densidad que presta al mundo la oscura presencia de la carne.

Ninguna filosofía de la historia ha logrado convencerme. En todas encuentro una horrible tendencia a la facilidad. Todas me parecen más ingeniosas que ciertas.
Ninguna propone un sistema que la consideración de dos o tres hechos no refute automáticamente.
¿Cuál es, por ejemplo, el sistema que explique un hecho tan tan importante y tan oscuro como la existencia casi simultánea de Confucius, de Lao-Tze, de Mahavira, de Buddha, de Zarathustra, de los fundadores de los Misterios griegos y del Deutero-Isaías?
¡Ningún sistema explica por qué civilizaciones, tan diversas y tan lejanas, han en un mismo momento, como espinos que adormecía el invierno, estallado en raras flores.
Nadie ha dicho qué prepara esa misteriosa primavera.

Un nuevo providencialismo parece, a veces, sólo adecuado a los hechos históricos. Pero si una doctrina de

ese tipo carece de rigor teológico, ¿en qué difiere de un puro contingencialismo, donde bautizamos al acaso con el nombre de Dios?

Una doctrina religiosa o filosófica no es distinta del cuerpo en que se manifiesta. La "esencia" es, aquí, un mito. Todo ensayo de abstraerla, de distinguirla o separarla, fracasará: el solo resultado es la formación espontánea de una nueva doctrina.
La esencia de una doctrina es coextensiva a su expresión.
Buscar la definición de una doctrina, o su fórmula, es desconocer la necesidad propia a las obras del espíritu. Lo que un espíritu profundo quiso decir está dicho en sus palabras, y no puede ser dicho sino por ellas.

El desarrollo de la ciencia consiste en un proceso de rectificación permanente de los conocimientos propios a la época inmediatamente anterior; procede así sobre lo que anteriormente crea y sobre ello se apoya para avanzar.
El desarrollo de la filosofía consiste, al contrario, en un proceso esporádico de eliminación de todo hallazgo conceptual previo, en un esfuerzo sistemático para negarlo.
El falso progreso filosófico es el desarrollo de la doctrina por los discípulos: epicureísmo o estoicismo, tomismo o marxismo; el verdadero progreso es la traición del discípulo, la injusticia crítica, el odio doctrinario.
Tan así es que la ciencia no rechaza sistemáticamente todo su pasado, sino una sola vez en su historia: cuando se funda, metodológicamente, con Bacon y Descartes y, experimentalmente, con Galileo. Es decir, cuando asu-

me una actitud epistemológica definida, cuando asume carácter de filosofía.

Suelo pensar que no hay sino dos maneras tolerables de escribir: una manera lenta y minuciosa, una corta y elíptica.

Escribir de la primera manera es hundirse con delicia en el tema. Penetrar en él deliberadamente, abandonarse sin resistencia a sus meandros y renunciar a adueñarse para que el tema más bien nos posea. Aquí convienen la lentitud y la calma; aquí conviene morar en cada idea, durar en la contemplación de cada principio, instalarse perezosamente en cada consecuencia. Las transiciones son, aquí, de una soberana importancia, pues es éste ante todo un arte del contexto de la idea, de sus orígenes, sus penumbras, sus nexos y sus silenciosos remansos.

Así escriben Péguy o Proust, así sería posible una gran meditación metafísica.

Escribir de la segunda manera es asir el tema en su forma más abstracta, cuando apenas nace, o cuando muere dejando un puro esquema. La idea es aquí un centro ardiente, un foco de seca luz.

De ella provendrán consecuencias infinitas, pero no es aún sino germen, y promesa en sí misma encerrada. Quien así escribe no toca sino las cimas de la idea, una dura punta de diamante. Entre las ideas juega el aire y se extiende el espacio. Sus relaciones son secretas, sus raíces escondidas. El pensamiento que las une y las lleva no se revela en su trabajo, sino en sus frutos, en ellas, desatadas y solas, archipiélagos que afloran en un mar desconocido.

Así escribe Nietzsche, así quiso la muerte que Pascal escribiese.

¿Por qué sufrir de no tener ningún talento, de sentir tan vano nuestro deseo de grandeza, cuando tanta belleza se ofrece a nuestros ojos? ¿Qué importa lo que somos, si nuestro orgullo, al fin olvidado, si nuestra humildad, por fin adquirida, nos permiten amar el esplendor del mundo?

¿Qué importa que la violencia de nuestras almas nos destruya, si transfigura nuestro naufragio?

Hay cierta belleza, cierta madurez de la inteligencia, que aparecen sólo cuando el espíritu se abandona a su propio movimiento, cuando el esfuerzo se desvanece en una condescendencia perezosa, cuando el pensamiento se engendra en su mismo fluir.

Fácilmente la inteligencia se olvida de sí misma y dimite. Las pequeñeces cotidianas, las preocupaciones mediocres, todo basta para robarnos nuestra lucidez, nuestra pasión.
Sin lucha nos entregamos a lo que a todos interesa, olvidando que es posible –que es imprescindible, que es necesario– obrar sin perder nuestra mirada crítica, nuestro contemplar apasionado e irónico. "Vivre en bourgeois et penser en demi-dieu" proponía Flaubert. Pero ¿qué hacer cuando dudamos, si no de la mitología, por lo menos de nuestra candidatura a la divinidad?
Ocupados con nuestras vidas y demasiado conscientes de lo que somos, nuestra mediocridad nos sofoca.

Huirnos sea quizá nuestro solo recurso, ya que nada puede llegar tan bajo como un hombre que se conoce bien. Ignorarse a sí mismo es, quizá, el principio de la sabiduría.

¿El hombre satisfecho será, necesariamente, un hombre mediocre?
La satisfacción, en verdad, existe cuando quiera que un hombre se declara satisfecho y cualquiera que sea el objeto que le satisfaga; pero todas las satisfacciones no tienen un mismo valor: las hay nobles y las hay viles.
El hombre satisfecho es mediocre, cuando su satisfacción nace de actos o de objetos efímeros, cuando se contenta con todo lo que pasa y muere, con todo lo que no aspira a no pasar, a no morir. Cuando no busca nada que sea símbolo de la eternidad, deseo de ella, su reflejo o su imagen.
Pero ¿será, realmente, posible satisfacernos con lo eterno, instalarnos en lo eterno? ("...qui bibit, adhuc sitiet"), solamente quizá ocuparnos con lo eterno.
¡Sí! sola nobleza del hombre.
¡Ah! corazón nunca satisfecho, nunca fatigado.
"Ich will dich kennen, selbst dir dienen."

Mejor no ser nunca nadie, mejor no ser nunca nada que matar en nosotros el deseo, que extinguir nuestra sed.

La lectura: "opio del espíritu", pereza con disfraz de actividad, forma del miedo de sí mismo y del mundo. El libro nos sería un sustituto, un sucedáneo; nos perderíamos en la lectura para que no nos encontrara la obligación de atender con una reacción nueva cada novedad de nuestra vida.

En verdad, lo que adormece las actividades del espíritu y lentamente lo induce a vivir como un autómata, lo que le hace perder el sabor y el sentido de la vida inmediata, lo que lo conduce a un vano palacio de conceptos vulgares y de costumbres tontas, es la vida de todos los días con sus quehaceres habituales, sus necesidades ordinarias, su actividad superficial, su intensidad ficticia.
Al contrario, lo que despierta al espíritu de ese sueño dogmático del vivir común, lo que lo arroja al mar ignoto de los pensamientos propios, de los sentimientos originales, es la lectura.
El contacto con otros espíritus, con su pensamiento extraño, duro y cortante, desasosiega nuestras triviales y prematuras convicciones. En fin, la riqueza y densidad de la conciencia, como también su sutileza, no nos son dadas separadamente del acto por medio del cual nos adueñamos de la porción humana de nuestra herencia.

Filosofar es repugnar a la ficción y renunciar a la facilidad.

Leer es recibir un choque, es sentir un golpe, es hallar un obstáculo. Es sustituir a la ductilidad pasiva y perezosa de nuestro pensamiento, los inflexibles carriles de un pensamiento ajeno, concluido y duro.

La literatura no es solamente un juego de la imaginación. La dimensión literaria no es un aspecto superficial del mundo, es la profundidad misma de las cosas.
La literatura es el acto del espíritu que percibe más allá de la superficie.

La excelencia o la mediocridad de una vida rara vez la determinan la excelencia o la mediocridad de los acontecimientos. Es el espíritu, y su actitud ante el mundo, lo que crea su valor y su importancia.
La importancia y el valor de nuestra vida dependen de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad.

Lucidez, penetración, comprensión, delicadeza, sutileza, son las cualidades que hacen la gravedad, la seriedad y el significado de una vida.

Lo mejor de los Estados Unidos es un sentimiento confuso, pero profundo, de la importancia de cada hombre. Es como una especie de humanismo primitivo, de liberalismo elemental.
Para cierto tipo de americano fácilmente nace una exigencia de independencia, una imposibilidad de aceptar lo que la conciencia no ordena.
El peligro de ese ingenuo individualismo yace en la confianza que se otorga a sí mismo. Prepara, así, la germinación de doctrinas y sectas ridículas, que no tempera ninguna crítica, ni inquieta ironía alguna.
De esa cualidad, el provincialismo es su reverso inevitable.

La música de Bach es "cerrada"; se ofrece como un universo completo y total: perfecto.
No solamente no sugiere que algo, fuera de ella, le sea necesario, sino que, niega esa posibilidad. En sí contiene la totalidad de su ser. Más allá puede haber otra cosa, pero ella está dada toda en cada uno de sus actos. Milagro de un universo autónomo; objeto estético puro.

"...l'homme le plus intelligent de son siècle" dice Balzac. Quizá. Pero ¿cómo no sonreír, cuando George Sand escribe: "il a remué le monde avec le froncement de son sourcil"?
¿Cómo no sonreír, si vemos que su talento político fue agilidad, flexibilidad, habilidad para aceptar y, cuando más, para prever? El más inteligente de los hombres nos parece, hoy, haber sido, tan sólo, astutamente impotente.
En la historia pesa más tal o cual grupo de redactores de periódico, tal o cual oscuro panfletario, tal o cual desconocido propagandista político, tal o cual mediocre inventor de tornillos o tuercas, que ese ser de admirable inteligencia, de lucidez incomparable.
La acción es, quizá, el campo de las grandes almas y de las inteligencias mediocres.

Soledad del hombre: ninguna época lo muestra más separado de todo, de todos y también de sí mismo.
Sin duda lo esencial de la existencia humana acaece siempre en una infinita soledad: presencia de la muerte que aparta de nosotros toda ayuda y que, antes de adueñarse de nuestro cuerpo, nos entrega a un pavoroso abandono, y aun esos gestos del amor, que nos hacen esperar la unión y el olvido para mejor arrojarnos a nuestro desengaño.
Sin embargo, hasta ayer el hombre creía en el mito de una acción común, de una acción que le permitía desprenderse de sí mismo, unirse a los demás hombres y realizar a la vez la más profunda y severa exigencia de su espíritu. Pero ¿qué hacer hoy, cuando toda acción común, todo gesto colectivo, sólo crean universos donde son imposibles la grandeza del hombre y su nobleza?

La acción colectiva lo lleva a colaborar en lo bajo y lo vil; sólo le permite ocuparse de su auténtico deber un áspero egoísmo que acrecienta su soledad.
Tragedia del hombre moderno, a quien sólo puede satisfacer una acción común con los otros hombres, pero que tiene que anhelar que esa acción fracase para salvar su propia nobleza.

Para vengar los ataques de Nietzsche contra sus discípulos, Cristo irónicamente resolvió crear a los nietzscheanos.

Cualesquiera que sean su origen, sus exigencias primitivas o sus esperanzas de ayer, el comunismo es sólo una modalidad de la estructura económica y social a que el capitalismo, igualmente, pertenece.
La contraposición usual de comunismo a capitalismo se funda sobre un hecho jurídico de leve importancia histórica.
Que la propiedad de los instrumentos de producción tenga por sujeto de derecho un individuo aquí y una colectividad allá, es una diferencia específica que no altera la identidad genérica de ambos sistemas.
Es, ciertamente, más importante la relación entre el hombre y el mundo que la relación entre el hombre y el derecho de propiedad.
Comunismo y capitalismo, en efecto, transforman en un mismo sentido al espíritu humano.
Si el capitalismo engendra una civilización industrial, urbana y gregaria; si, aquí, aparece un hombre separado de la esencial rutina de las cosas, incapaz de hallar en su trabajo una posibilidad de perfección y una exigencia

de razón, entregado al sólo deseo de su comodidad, siempre listo a la más vil exégesis para evitarse, con el horror de encontrar algo noble, el inquietante anhelo de imitarlo, abandonado en fin a todos los demonios de las inspiraciones colectivas; allí, la retórica obsoleta de la predicación comunista –que embauca inteligencias capaces de desconfiar ante la propaganda burguesa– no logra escondernos el hecho terrible de que a un universo abominable va a suceder el mismo abominable universo. Ce mort saisit ce vif.
¿Qué nos importa quién ha de ser el dueño de la fábrica, si la fábrica ha de seguir existiendo?

La historia contemporánea, esa verdadera prehistoria.

Nada tan peligroso como la historia.
El desfile de innúmeras vidas, de ambiciones sin fin que fracasaron, de triunfos estériles, de sistemas abortados, nos induce a creer que todo es hueco y vano, que sólo un escepticismo vulgar es sabio, que todo debe resumirse en una indiferencia impotente.

La crítica actual atribuye una incomprensible importancia a los temas y a la actitud del poeta.
El poeta crea el tema y la actitud, no la actitud o el tema al poeta. Verdad tan elemental que da vergüenza repetirla. Es una soberbia tontería juzgar la literatura en función de lo que representa, revela o traduce; en función de la generosidad o fraternidad de su autor, de su modernismo, sus tendencias democráticas o comunistas, de su comprensión de la sociedad moderna o de la civilización industrial.

Son cosas igualmente indiferentes al poeta encerrarse en una biblioteca o entregarse a la acción política, trabajar en una fábrica o meterse fraile; lo importante es el poeta mismo.
Cuando oigo hablar de poetas que comprendieron a su época, que no renunciaron a sus deberes sociales, que fueron a vivir en medio de los hombres, sonrío pensando que las dos primeras literaturas de Occidente tienen por iniciadores de su poesía moderna, por sus más atrevidos revolucionarios y sus más desesperados exploradores, a un humilde profesor de inglés y a un jesuita: Mallarmé y Hopkins.

Cuando únicamente nos preocupan los demás, cuando el futuro del mundo nos inquieta: la civilización, la sociedad, su suerte, su destino, estamos huyendo nuestro más seguro deber y olvidando la búsqueda de nuestra perfección, nos refugiamos en la pueril vanidad de sentirnos encargados del mundo.
Nuestro problema no es el mundo, es nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, es nuestra alma, por insignificante que sea, insustituible y única.

El hecho intelectual más grave del siglo XX es, quizá, el fracaso de la ambición excesiva de la idea de evolución.
El siglo XIX creyó encontrar en ella la explicación definitiva del universo: todo parecía aclararse cuando era posible considerarlo evolutivamente. Imaginaron que el problema consistía tan sólo en buscar, para cada sistema autónomo, los elementos más simples y, una vez hallados, en introducir la idea de evolución.

Una explicación semejante parecía luminosa y suficiente. Nada es hoy más misterioso.
La dificultad no desaparece porque se divide y se distribuye. Dividir las dificultades es un básico precepto metodológico y, quizá, un principio explicativo de la realidad espacial, pero es un proceso ineficaz allí donde la calidad reina, soberana: es decir, en nuestro espíritu y en el centro del universo.
El tiempo puro, en segundo lugar, tampoco explica nada; y ¿qué significa la evolución, sino el tiempo?, ¿qué es, sino un mero sinónimo del tiempo, cuando nos negamos a atribuirle, mágicamente, caracteres desconocidos y poderes insospechados?
En fin, el proceso de identificación, que Meyerson descubre y señala como secreto motor del pensamiento científico, es la negación misma del valor explicativo de la idea de evolución. La evolución, en efecto, pareció ser aquel proceso que permitiría explicar lo complejo por medio del desarrollo de lo simple; pero, si la explicación consiste sólo en la escueta identificación de lo complejo con lo simple, lo complejo que es lo concreto y lo real desaparece para que triunfe una mera ficción del espíritu analítico.
La tesis evolucionista fracasa, epistemológicamente, sin remedio.

El problema de la esencia de la nacionalidad es el más vano de los problemas.
Un pueblo que busca la definición de su ser, antes de realizar los actos que sólo lo definen, vivirá siempre una existencia ficticia, incapaz de obrar por el temor de falsificarse, cuando la falsificación es ese temor mismo.

Si parece ya excesiva la obsesión romántica con el individuo, ¡cuánto más absurdas las obsesiones modernas con los colectivismos diversos!
Solamente del hombre puede el hombre ocuparse sin saciedad y sin peligro.

Todo país tiene una esencia propia e insustituible, una naturaleza intransferible y misteriosa. Algo que de todos lo separa, algo que lo acerca a nuestro corazón. Lo parecido, lo idéntico, lo común, nos repugnan por su universal insipidez. A medida que un ser o que una cosa son más íntimamente únicos, a medida que más se identifican con su propia esencia, en nuestras almas nace una secreta simpatía con ese oscuro poder.
Qué bien dice Belloc de Inglaterra: "... that savour of fullness and inheritance which lay fruitfully over all the land".

La abundancia de lo mediocre y nuestra propia incertidumbre nos aconsejan no escribir o, si no logramos evitarlo, hacerlo discretamente para nosotros solos.
Que escribir sea para nosotros un juego o el más serio de nuestros actos; conviene que tengamos con lo escrito el mismo pudor que con los gestos del amor que tanto satisfacen, pero que a todos repugnan.

Lo que más seduce en La Bruyère es la ausencia de todo sistema. Aquí no hay sino una pura descripción: un ver, un anotar y un indicar. Quizá esto sea su verdadera, su auténtica profundidad.
En verdad nada más fácil que un sistema; todo punto de vista cualquiera puede ser generador de uno, y si el punto

de vista rara vez es falso o absurdo, el sistema lo es casi indefectiblemente. (¡Y mi negación misma!)
El mundo parece componerse de esencias tan finas, tan delicadas, tan frágiles y sutiles, que el mismo proceso analítico que nos permite captarlas las puede negar y destruir con la sola obediencia a su lógico y autónomo desarrollo.

Lo más horrendo del vicio es esa corrupción del alma que nos enseña a olvidar hasta nuestra propia infamia.

Si la mayoría de los escritores supiera esperar, si no se dejasen llevar por el afán de expresarse, de producir –y por el temor, tal vez, y el miedo de sí mismo que sólo la obra disipa– quizá tendríamos menos autores y algunas obras excelentes perdidas, pero la densidad de algunos libros sería incomparable.
Raro es el novelista que escribe más de un libro, cualquiera que sea el número de volúmenes que aparezcan en su bibliografía; sólo los más grandes escriben varios.
Un novelista no es más que un tema, algo menos preciso que una idea, como una especie de esquema, no puro, ni abstracto, sino rico de matices, de alusiones, de referencias, noción y sentimiento a la vez, capaz de formas diversas, infinito y simple.
Mauriac es un típico ejemplo de impaciencia.
El libro maravilloso, de que Mauriac hubiera sido capaz, no ha sido, ni probablemente será ya, escrito.
Lo tenemos esparcido en veinte volúmenes diversos, todos inferiores al libro ideal que, detrás de cada uno, se deja adivinar como una constante, secreta e inaccesible presencia. Cada novela parece inadecuada al tema que intenta incorporar; pero también le es inadecuada la totalidad de

la obra. La suma de actos ineficaces no es remedio para la ineficacia de cada acto. La obra, en conjunto, sólo prueba la existencia del tema y su fracaso artístico. Saber esperar habría sido, luego, dejar que un lento vivir hubiese henchido un único sujeto con la riqueza múltiple del tema; dejar también que ese proceso de selección, que sólo obra en el alma despierta al mundo pero en sí misma encerrada, arrojase lo superfluo, lo inútil, lo deficiente, lo inadecuado, para que al único tema correspondiese la única expresión que lo revela en su totalidad y en su pureza.

La literatura de los últimos cien años pareció a los contemporáneos, y ayer todavía, infinitamente rica en novelas. Cantidad no solamente, sino una extraña presencia continua de la calidad.

La novela parecía inevitable: Taine mismo intenta un Etienne Mayran, Renan un Patrice. Tal vez de esa especie de inmanente obligación literaria, de la novela a la cual nadie escapaba, sólo perduren los Derracinés, novela de un crítico, de un ensayista, y la única que haya logrado integrar la inteligencia crítica y el comentario perpetuo a una real sustancia novelística.

De todos parecía una novela posible: de toda experiencia, de toda vida parecía posible extraer una novela: todo individuo parecía capaz de una.

La mayor parte de esa producción es, sin embargo, ya ilegible, y casi podríamos decir que ningún género literario presenta menos candidatos a la inmortalidad.

Una extraordinaria fecundidad nos ha cegado y hemos desconocido aquí un fenómeno familiar a la historia literaria. La tragedia clásica francesa, la filosofía idealista alemana, el soneto petrarquista del Renacimiento o el

soneto parnasiano de antes de ayer, muestran una igual germinación pululante. En toda época hay hombres capaces indefinidamente de lo obvio.

Toda filosofía está pensada en la sustancia misma de un idioma; se engendra en una materia verbal. Traducir una filosofía es cosa imposible, ya que destruimos su sentido al suprimir el orden lingüístico a que pertenece y al cual se refieren para alcanzar su pleno valor los conceptos aun más abstractos.

Como doctrina política el tradicionalismo no puede tener rigor alguno; el solo hecho de presentarse como doctrina muestra la coexistencia de dos o más tendencias dentro de un mismo cuerpo político; pero al asumir actitud polémica, al designar algo como su adversario, el tradicionalismo prueba su incapacidad de integrar esas diferentes tendencias; es decir, de ser un tradicionalismo, una doctrina de todo lo que vive en una nación.
El tradicionalismo no puede ser sino una actitud teórica, la doctrina de la continuidad histórica; jamás será una base firme para la acción.

Quizá no signifique nada, pero es divertido ver que al enorme desarrollo de los correos posterior al 1840 corresponde una evidente decadencia del arte epistolar.
¡Pobre siglo XVIII, desprovisto de todas las facilidades de comunicación, pero siglo de Voltaire y de Horace Walpole!

La coexistencia de la libertad y de la igualdad es imposible porque, patentemente, los hombres no amamos la libertad, sino solamente ser libres.

Deseo de ser libres: indiferencia a la libertad en sí. En verdad, si no sabemos respetar la libertad ajena, la más excesiva tiranía nos satisface, y la más absurda, cuando no impide nuestra propia libertad. Para obtener lo que deseamos, acto mismo de nuestra libertad, no nos importa servirnos de cualquier despotismo.

Ahora bien, en una sociedad nivelada e igualitaria el poder pertenece irrestrictamente a la mayoría, que siempre identifica la libertad con el cumplimiento de sus deseos. El hecho político, económico y social de la igualdad tiende, además, a crear una igualdad espiritual, una incapacidad de diferir, y, por lo tanto, a debilitar la buena conciencia del que discrepa, la importancia y la fuerza de toda minoría.

La libertad, como sistema, no se mantiene sino cuando los hombres la defienden, automáticamente, al ejercer sus más mezquinos y egoístas derechos.

En una sociedad ordenada para la libertad habría una jerarquía de poderes, de privilegios y de libertades, para que se creara una tal diversidad de situaciones que ninguna uniformidad de deseos pudiera, jamás, realizarse.

Lo que debe anhelar un espíritu sinceramente liberal es la presencia manifiesta en el cuerpo político de esos apetitos de libertad incoherentes y contradictorios, cuya oposición engendra una envidiosa vigilancia de las libertades y de cuya armonía y de cuyo equilibrio puede nacer únicamente la garantía de una libertad real y soberana.

Dios es una necesidad del crítico, es el Versönungspunkt de todas las irreductibles diferencias del universo. El crítico es la asíntota de Dios; lo que el crítico busca es el punto de vista de Dios.

Triste pobreza del amor. Ante un cuerpo de mujer los mayores excesos son insuficientes.
Todos los gestos obscenos, todo lo que una imaginación exasperada sugiere, es ridículamente inadecuado a la violencia insatisfecha de nuestro deseo. No es de la distancia entre los seres que hablo, de la impenetrable diferencia que los separa, sino del cuerpo con su difícil y duro respirar.
Lo que anhelamos, lo que exige un cuerpo desnudo y abandonado, es algo hecho de todas las cosas inmundas.
Lo natural, lo común, parecen de una insoportable facilidad. ¡Ah! Perderse en una espesa selva tenebrosa y carnal.
Aspiramos a una posesión demoníaca, pero solamente hacemos el amor.

La sociedad se crea contra la familia, y a una mayor intensidad del sentimiento social corresponde una mayor desagregación del complejo familiar.

Cada instante puede ser una eternidad, pues la eternidad no es del orden del tiempo, sino del orden de la intensidad.

La adaptación no es un proceso misterioso: es la desaparición de ciertos efectos cuando desaparecen ciertas causas, y cuando aparecen ciertas causas la aparición de ciertos efectos.
Su razón es misteriosa, mas no su naturaleza.

Extremo pragmatismo de Goethe: was früchtbar ist, allein ist wahr.

La verdad, sin duda, es una categoría del individuo, mas no porque éste la produzca o la engendre, sino porque sólo la percibe. No es la fecundidad espiritual fundamento de la verdad, su signo solamente y su imagen: was wahr ist, allein ist früchtbar.

La verdad no es, allende las cosas, el esquema de éstas o su fórmula intelectual: verdad es el nombre de la realidad que percibimos en su plenitud de realidad.

No siendo el orden económico un orden independiente, ninguna causalidad económica es ineluctable.
Sus leyes valen en el interior de cada sistema temporal, pero no existe continuidad de un sistema a otro. Sus leyes se realizan siempre, pero no son siempre las mismas leyes: la diversidad de las condiciones históricas, en que consiste su axiomática concreta, engendra una diversidad de consecuencias.
Ninguna ley económica es absoluta, pero no admite excepciones dentro de un orden económico determinado.
La intervención de hechos, que pertenecen a esos órdenes de los cuales depende el orden económico, rompe la continuidad entre los sistemas temporales y crea nuevos universos de relaciones económicas.

Un error vulgar es ver la generación espiritual a la imagen y semejanza de la causalidad científica, buscando así una identidad donde no hay sino una relación de condición a condicionado con todo lo espontáneo, lo diverso y lo incierto que una tal relación implica.

La acción más que el conocimiento acerca al hombre de su verdadero ser.

Los críticos se equivocan, al indignarse porque la vida y la obra de un autor discrepan entre sí. Lo acusan de ironía, de duplicidad; declaran imposible la sinceridad del que niega, con cada uno de sus actos, cada una de sus palabras.
No obstante, obra y vida no son traducción recíproca de sí mismas: la obra no revela la vida, ni la vida es sustancia de la obra. La crítica biográfica vale como simple aproximación, pero no alcanza sino las primeras verdades.
Obra y vida son manifestaciones de una tercera realidad, y es esa realidad lo que cada una traduce, siguiendo exigencias propias y frecuentemente inconmensurables las unas a las otras. Obra y vida no se oponen, luego, sino se integran, y aspiran a simbolizar sistemáticamente la esencia del ser.
Intelectualmente los frutos no permiten inducir el árbol, ni el árbol deducir los frutos; árbol y frutos cumplen, cada uno según su diversa naturaleza, su deber de realizar un secreto poder que los trasciende.

Todo conocimiento tiene su sabor, su peso y su olor; cuando lo despojamos de ellos no persiste sino un reflejo ineficaz y frágil.

Una novela despierta a veces más numerosos y más ricos pensamientos que una obra puramente intelectual, quizá porque la novela tiende a presentar un concreto, mientras que la obra abstracta no ofrece sino una de las múltiples direcciones de un concreto.

Alegoría y símbolo designan una misma actitud: el símbolo que su autor considera como símbolo es la alegoría.

Para conocer con exactitud lo que es la personalidad total conviene no aislar el yo de la multiplicidad indefinida de lo mío. El elemento último y fundamental del yo escapará siempre y los estados de conciencia parecerán ser el término definitivo del análisis psicológico.
Siendo el objeto de la investigación idéntico en su totalidad al sujeto que la emprende jamás podrá revelarse a sí mismo, y tan sólo descubrirá sus elementos periféricos: es decir, esa parte del yo donde la identidad del sujeto y del objeto es solamente parcial.

Toda psicología científica es esencialmente falsa porque quiere concebir como objeto aquello cuya naturaleza consiste en ser precisamente sujeto.

La mediocridad de toda vida política encuentra en nuestro tiempo algunas excepciones. Ciertos hombres se han entregado a la tarea política con una consagración tan absoluta que de ese don irrestricto de sí mismos, de ese rechazo de todo lo que pueda distraerlos de su fin, nace la imagen de una vida pura y de un recogimiento casi religioso. El militante comunista, antes de su victoria, es quizá el único tipo humano de nuestro tiempo que merezca respeto.

Para poder pensar me parece necesario que el pensamiento sea parcial, estrecho e injusto.

Hay una pasión de justicia, exasperada y sin medida, que paraliza toda acción. El pensamiento, al no encontrar en todas partes sino una parcial ausencia de error, se inquieta y dimite.

Existen temas filosóficos que no admiten sino jaculatorias líricas.

El mundo ante todo nos seduce cuando a los vanos sueños que nos ofrece suma la tenaz nostalgia de su inexistencia.

El proceso dialéctico de Platón, ¿pertenece al pensamiento que descubre o al pensamiento que se comunica? Sócrates dice que no sabe nada; pero si no sabe, ¿cómo sabe que es falso lo que su interlocutor propone? ¿Cómo mide el error? ¿a qué compara la verdad? ¿cuál es su "clare et distincte"?
Extraño Sócrates, ¿fingías tan sólo ignorar? ¿Traicionó el oráculo tu irónico silencio?

Evitemos pensar contra algo o contra alguien; nada falsifica tanto el pensamiento, ni tan rápidamente lo envejece.

El pelagianismo es insostenible, y en todas partes vemos triunfar las injusticias de la gracia.

Las pruebas no tienen ni valor, ni importancia; son tan sólo el armazón de nuestras ideas.

La verdad tiene mil aspectos, el error es uno.

No hay errores absolutos, únicamente estrechas verdades.
El error absoluto es inconcebible, sería una pura afirmación de la nada, y así un nada él mismo.

Toda proposición con sentido es una verdad: verdades, sin embargo, de orden diverso y de valor distinto. Pero la proposición absurda no significa nada y es un puro desorden de cifras o sonidos.

Decimos que una proposición es falsa cuando más allá vislumbramos otra proposición de una verdad más general o más profunda.

El ser que la psicología científica intenta construir es un ser capaz de todo, excepto de sentir, de querer y de pensar.

Si, aun cuando sea momentáneamente, olvidamos la existencia de los problemas epistemológicos, es decir si llegamos a aceptar distraídamente como absolutos y últimos los postulados de la ciencia, ya no podremos escapar a sus conclusiones, ni rechazar razonablemente sus resultados.

La teoría de la ciencia que lleve consigo una filosofía determina, hoy, su rango y su sitio.

Cuando un sentimiento único nos invade y nos ocupa, el universo se reduce para nosotros a la dimensión de ese sentimiento solitario; pero no es sólo la diversidad del mundo que se esfuma, la intensidad y la riqueza

de ese mismo sentimiento se apocan, ya que el vigor de toda afirmación, más aún que de lo que niega, depende de la necesidad en que se halle de mantener su negación tensa y vibrante.

El estado social no crea, sino favorece, tal o cual tipo de hombre.

Cuidemos que nuestro amor por la diversidad no llegue hasta el exceso de amar, por su novedad, aquella forma que destruirá la diversidad.

No es contra el feudalismo que se hizo la Revolución Francesa, sino contra su carencia.

Entre iguales la fuerza funda el derecho, porque allí, y allí solamente, es la fuerza calidad, es decir lo que distingue.

Para muchos es el comunismo un cristianismo desprovisto de trascendencia. En realidad es un misticismo de la inmanencia pura.

El comunismo, más que la teoría de una clase social o de un tipo intelectual, es la teoría de una parte del espíritu, de todo espíritu.

El problema de los universales es el único problema importante.

El proceso del pensamiento filosófico consiste en la interacción de la tendencia del espíritu hacia el con-

cepto con su tendencia hacia la realidad concreta.
Vive así de la comparación de un individual con un general y de la construcción del uno por el otro.

Toda virtud es la adecuación de una pasión y de un estado, todo vicio la inadecuación.

La sustitución de fines es la única parte positiva de la moral y quizá la verdadera cultura.

El alma que recibe su forma, en lugar de engendrarla ella misma, tiene la mediocridad y la inelegancia de los vestidos en serie.

En la historia todo efecto de una causa hace inversamente de esa causa su efecto. Así, el bienestar favorece la industria y la industria favorece el bienestar, etc.
La razón de esa reciprocidad consiste en que causa y efecto son ambos, postulados por hechos de otro orden.

Tal vez no sea cuando sus pasiones lo dominan que la libertad del hombre es menor; tal vez su verdadera libertad sea la obediencia a sus pasiones. Quizá sean sus pasiones la expresión de su naturaleza y el fondo mismo de su ser.
Las pasiones auténticas no pertenecen a nuestra superficie, son ellas lo que nada decreta, lo que nada condiciona, nuestro absoluto.

El interés del más concreto presente es un interés eterno, y también es el interés del futuro; pero el interés de mañana es un interés efímero.

Sólo importa lo eterno o lo que muere en un instante, pero nada hay tan vano como lo que dura algunos días.

La razón es el acto del espíritu que medita sobre sus actos previos, así como el método es posterior al pensamiento y no lo engendra, sino tan sólo lo justifica ante su propio tribunal.

La moral promana simultáneamente de las condiciones sociales, del grado de energía de una raza y de la irreductible actitud del individuo.

A medida que el Estado crece, el individuo disminuye.

Para que una teoría sociológica falsa encuentre una sociedad que verifique sus afirmaciones basta que se transforme en doctrina y que sea predicada con suficiente vigor.

Toda afirmación de una manera de ser del hombre tiende a crear en el hombre esa manera de ser.

Nuestro conocimiento de la naturaleza no transforma la naturaleza, sino nuestro poder sobre ella; pero nuestro conocimiento del hombre transforma al hombre y basta, así, nuestra definición para que el objeto definido adquiera nuevos caracteres, que lo modifican y piden una nueva definición. La definición del hombre crea al hombre, y es, por lo tanto, un proceso sin fin.

El escepticismo de una sociedad y la incertidumbre sobre su destino permiten la existencia del individuo.

Toda sociedad que se cree dueña de su historia, que se halla segura de sus propósitos, convencida de la excelencia de sus principios y persuadida de poseer la verdad, tiraniza y oprime.
Como la ciencia nos amenaza ya con un conjunto imponente de verdades, la sociedad que las acoja puede, empleando algunas deshonestas extrapolaciones, transformarlas en el instrumento de un despotismo ilimitado.
La duda y un irracionalismo metafísico son las condiciones necesarias de la aparición y de la supervivencia del individuo.

El Estado gigante no es un ser abstracto, es una suma inmensa de pequeñas voluntades. Si el Estado es grande, no es porque las voluntades de que se compone sean grandes, sino porque es grande el número de esas voluntades. Las voluntades no pueden ser grandes, porque mientras más voluntades haya en la composición del Estado, más pequeñas son esas voluntades, ya que mutuamente se embarazan, se obstaculizan y se limitan; pero mientras más numerosas y pequeñas sean, mayor es su poder y su fuerza colectiva.
Así la participación de un gran número de voluntades en el gobierno de un Estado ineluctablemente engendra una tiranía absoluta y una absoluta mediocridad.

Los seres que se abandonan al automatismo se parecen más y más los unos a los otros. No es imposible concebir un límite donde el automatismo irrestricto produjera una absoluta identidad, donde el "distincti non discreti" se hallara abolido en un "discreti non distincti", que podría servir de definición a la materia absoluta.

La lógica de los sistemas es otra que la lógica de las nociones y conceptos. La una es lógica del pensamiento concreto y vivo, espontáneo e imprevisible; mientras que la otra es lógica de los resultados del pensamiento, lógica de sus productos, lógica necesaria, abstracta y automática.

Si la totalidad actual del mundo fuese idéntica a su totalidad concreta, la filosofía seria inconcebible.
Si la totalidad concreta fuese dada, el parecer sería idéntico al ser y, así, el conocimiento carecería de sentido ya que el cómo y el porqué se disolverían en un-ser-ahí total.

El parecer es la materia de nuestro pensamiento y el ser su fin.

Las verdades científicas son específicas, son las verdades de un orden especial; no son las verdades de la naturaleza entera del hombre, sino las verdades de un esquema metodológico definido.

Los más importantes resultados de la psicología científica han sido obtenidos en el campo de la psicopatología, porque la diferencia propia a la conciencia patológica permite que se omitan las consideraciones de orden subjetivo.

La relación transitiva de causa y efecto es rara en la historia. El tipo de la relación histórica es la relación funcional que nos permite determinar la variabilidad recíproca de dos fenómenos y sospechar así su nexo con un tercer término, quizá incognoscible.

Como para conseguir que nos escuchen, es necesario repetir y repetir, nosotros a quienes la repetición fastidia debemos resignarnos a que no nos escuchen.

Tan sólo una gloria injustamente adquirida es cosa más vana que una gloria adquirida justamente.

Lo que importa adquirir no es la gloria, sino las cosas por medio de las cuales la gloria se adquiere.

La verdadera grandeza no necesita que otros la contemplen; su propia luz le basta y su propio ardor.

No hay ciencia sino de lo que es, del hecho; no hay ciencia de lo posible.
Lo posible no es objeto de ciencia, sino cuando deja de ser un puro posible y el solo ser objeto de ciencia transforma lo posible en hecho, en algo que es.
Lo posible puro, lo que solamente puede ser, lo que por esencia no es, escapa a toda clase de razón. La razón lo niega o lo ignora. Ahora bien, lo posible es la voluntad.

Entre dos hechos igualmente posibles que se excluyen, uno sólo puede realizarse. La ciencia, ignorante de la posibilidad pura, cree que la imposibilidad de realizar simultáneamente los dos hechos equivale a afirmar subrepticiamente la necesidad del hecho mismo que sólo se realiza.
Con todo, la exigencia disyuntiva es puramente formal y se refiere tan sólo a la imposibilidad de una coincidencia; en nada toca la naturaleza propia de los hechos y nada exige de lo que a su probabilidad existencial se

refiere. El error consiste aquí en transformar una mera exigencia de forma en exigencia de sustancia.

Los padres de la Iglesia hacen la crítica de la riqueza desde el punto de vista del individuo; la condenan no tanto porque sea injusta como por ser el mayor obstáculo a la perfección del hombre y a su salvación.
Los socialistas, al contrario, no es la riqueza lo que condenan, sino su distribución inequitativa, la desigual manera de participar en ella.
Una sociedad en la cual todos los hombres fuesen ricos no solamente no repugnaría al socialismo, sino al contrario: realizaría el ideal que se propone. En cambio, nada más repugnante al cristianismo auténtico, nada más contrario a su espíritu, más extraño a su naturaleza.
Más que una crítica de la riqueza es el cristianismo el elogio de la pobreza y, sobre todo, más que una crítica de la riqueza es una crítica de los ricos.
El cristianismo aspira a crear una sociedad de pobres y el socialismo una sociedad de ricos; el primero ve en la riqueza su obstáculo, el segundo su fin.

Cierta literatura, más que a la estética, pertenece a la sociología. Libros puramente literarios ayudan a comprender un sistema político mejor aún que los libros de teoría que lo exponen y lo explican.
Por ejemplo, "Beaux Quartiers" de Aragon nos permite comprender el comunismo mejor que cualquier libro de doctrina o de historia, porque nos enseña cuál es la visión del mundo que lo engendra, o el ángulo bajo el cual se revela cierto aspecto del mundo que exije el comunismo.

Continuamente olvidamos el principio fundamental del universo: aquel que enseña que en todo concreto el equilibrio nace de la fusión de varios términos que se oponen.

El Estado teológico de Comte, que califica de abstracto y del cual dice que en él "l'esprit humain dirige essentiellement sa recherche vers la nature intime des êtres... vers la connaissance absolue", más bien que un estado en el sentido evolutivo, una etapa cronológica, es un estado en el sentido psicológico o analítico, una manera de ser en todo tiempo posible.
No es, además, abstracto que debemos llamarlo, ni ficticio, sino concreto y real, porque es el síntoma de la necesidad que descubren ciertos espíritus de encontrar en cada cosa una presencia más que una relación.

La importancia sentimental de una doctrina es una función del número de conciencias que de ella participan, pero su importancia intelectual es función solamente de la verdad que encierra.

Nada hay más terrible en los sentimientos humanos que la imposibilidad de eliminar los más criminales sin arrancar con ellos la promesa de los más nobles.

La verdadera política es la ciencia de las condiciones diversas necesarias a la aparición de las fuertes individualidades.

El contexto sólo da sentido al texto: el valor de una palabra depende del ser que la profiere.

La metafísica es a la vez ciencia del ser y forma de la sustancia individual; puro conocimiento de la realidad última y pura biografía de su autor.
Esto es la evidencia misma, y la aparente contradicción que nos inquieta viene de una consideración inadecuada del ser real. Efectivamente: el ser real no es el ser general de la ciencia, la generalidad pura considerada en su solo atributo de existencia, es el ser particular y concreto, carnal e impuro.

Madurar es, para la mayoría de los hombres, renunciar no solamente a lo que soñaron, sino también a lo que fueron.

Si el genio es la infancia que dura, la inteligencia es la juventud que no muere.

Vivir es transigir y transigir es envilecerse.

El heroísmo y la nobleza del alma son formas de la terquedad.

El fanatismo es la raíz de toda grandeza.

Lo sorprendente no es el egoísmo, sino su permanente fracaso.

Solamente el mediocre se sacrifica a los otros; los grandes espíritus se sacrifican a su orgullo, a su ambición o a sus sueños.

No debemos pensar para nuestro tiempo o contra nuestro tiempo, sino fuera de nuestro tiempo. Y que esto sea imposible, ¿qué importa?; pues es ante todo una exigencia de principio y una regla de método.

El valor de una idea no se mide con la importancia del papel que desempeña.

La verdadera grandeza está sólo en el hombre y en la obra, no en los resultados.
Ni el fracaso o el triunfo, ni la verdad o el error la producen o la miden.

La verdad de una idea importa menos que la fuerza, la sinceridad, la elegancia o la nobleza de su autor.

No buscar la verdad es signo de mediocridad; pero encontrarla no es señal de grandeza.

Hay una manera de equivocarse y de errar que revela la profundidad y la dignidad de un alma mejor que cualquier acierto.

El hombre no aspira a liberarse, sino a someterse; la verdad misma que busca no puede ser cuando la halle sino la más pura faz de la necesidad.

De todos los despotismos el más atroz es el de la verdad. ¿Qué pretextos podríamos inventar para rechazarlo? ¿qué justificaciones podríamos hallar a nuestra repugnancia?

Nuestra libertad depende de nuestra ignorancia como nuestra grandeza de nuestra debilidad.

Lo que buscamos hace nuestra grandeza y lo que encontramos nuestra mediocridad.

La filosofía debería tan sólo describir; pero si quiere predicar que predique lo eterno.

Buscar la solución del problema social, es decir, aspirar a un equilibrio perfecto y definitivo, es un anhelo absurdo porque presupone que existe un orden esencial de la sociedad, cuando en realidad hay tantos órdenes posibles como hay sociedades posibles y casi tantos como hay individuos posibles.

Un parlamento no es un instrumento de gobierno, sino un mecanismo para la adquisición del poder.
Una clase social o un grupo de hombres crea el parlamento para arrebatar el poder a otra clase o a otro grupo, pero no para gobernar.
Mientras el poder está dividido, el parlamento vive de ese conflicto indeciso, pero muere de su triunfo cuando al adueñarse irrestrictamente de la función legislativa (esencia del poder, según Bonald) el partido mayoritario en su seno adquiere la plenitud del poder.
El parlamento soberano no es entonces ya sino una etapa superada en la adquisición del poder, y el partido mayoritario se apresura a suprimirlo, de manera más o menos discreta, para gobernar directamente desde el poder ejecutivo.

Para absolver o para condenar no basta saber si son opresores u oprimidos. Lo que es menester conocer para juzgarlos es lo que hacen y ante todo lo que son.

La percepción nos da un objeto real, pero no el objeto en su totalidad, y por lo tanto nuestro universo es real a la vez que incoherente.

La concepción catastrófica de la historia, la que piensa por bloques de civilizaciones, me parece la hipérbole del desprecio del individuo y de la veneración desmedida por lo colectivo.

El humanitarismo es el humanismo de los imbéciles.

El amor que tienen por el hombre del futuro está constituido por su odio al hombre de carne y hueso.
Así, ese fantasma del futuro con que sueñan está hecho de la sustancia de sus fracasos y de sus derrotas.

Los profetas y los reformadores siempre olvidan que es al hombre a quien censuran que sólo puede corresponderle crear la sociedad con que sueñan, y que por lo tanto la realidad social de mañana no puede diferir esencialmente de la realidad social de hoy.

La humanidad está constituida por la unión de algo siempre idéntico a sí mismo con algo esencialmente diverso. La forma de toda realidad es la síntesis de lo temporal y de lo eterno. Querer analizar esa síntesis es una tentativa absurda, porque la realidad no yace en uno de

los términos aislados, sino precisamente nace en la concreta presencia de la síntesis.
Así, en literatura, fracasa tanto el regionalismo con su exclusiva atención a lo inmediato y a la mera superficie, como el neoclasicismo de epígonos con su vacío esquematismo, donde viene a abolirse la absurda tentativa de realizar lo humano en su pureza y su generalidad.

La ciencia huye toda explicación del porqué inmediato y lo hace justificadamente, ya que tratándose de una tentativa de reducir la diversidad a la unidad, el porqué no tiene sentido sino cuando a esa unidad se aplica.

Para el pluralismo hay un porqué posible de todo objeto; para la ciencia no hay sino uno: el del universo total.

La ciencia es una ontología monista, irracional, contingente y sin sentido.

Sin duda la ciencia es verdadera, pero si lo fuese al punto que ella lo pretende, su propia existencia sería imposible. La ciencia es el fruto de esos atributos del ser que precisamente niega: el espíritu la engendra y una absoluta obligación moral la fecunda.

Usualmente el escepticismo funda al liberalismo, pero no es necesario que nuestra incertidumbre sea el único motivo de nuestra benevolencia intelectual y de nuestra generosidad. Un auténtico liberalismo intelectual, generoso y duro, amplio y severo, necesita como base un pluralismo metafísico.

El contacto con una obra puede no diferir del contacto con uno de esos hechos esenciales de la humanidad, como por ejemplo el amor o la muerte.
Hay en un espíritu la misma fecundidad que en una esencia y la vida de una obra es más intensa que la vida vulgar.
La aventura en una biblioteca carece de prestigio; pero en el mundo la aventura es rara, generalmente mediocre y el que la encuentra usualmente la huye o la ignora.
"Lo que la vida nos enseña" es un tema de retórica popular; no solamente la vida no enseña nada, sino que enturbia y borra las confusas pero agudas intuiciones de nuestra adolescencia.

Raro es el hombre que no sacrifica su inestable, incierta, traicionera y noble adolescencia a la seguridad ciega y torpe de su edad viril.

La influencia difiere de la imitación como difiere el gesto de la necesidad que lo exige. El que imita reacciona como ya reaccionó el imitado; el influenciado reacciona como hubiera podido reaccionar el que lo influenció.

El fin de la prosa pura es comunicar una idea objetiva, una idea cuya importancia es independiente de quien la propone o la profiere. El fin de la prosa literaria es proponer una idea subjetiva, una idea cuya importancia depende de lo que para el escritor signifique.
La objetividad o subjetividad de una idea no pueden ser naturalmente sino meras direcciones del espíritu: objetividad y subjetividad son tendencias o matices, variaciones

de intensidad o de rumbo de un pensamiento que trasciende esas categorías. La idea objetiva es aquella cuyo origen y cuyo referente son exteriores, aquella que se propone hechos exteriores en cuanto exteriores, que encuentra la importancia del término referente determinada previamente por la naturaleza o por la sociedad: un dolor de muelas, un terremoto, una convención social, una revolución política.
La idea subjetiva es aquella cuyo referente es exterior, pero cuyo origen es interior; aquella que al proponer un objeto lo propone tan sólo porque el sujeto lo implica, lo requiere y lo exige.
Diferencia así de Pascal y de un manual de apologética cualquiera.

Todo objeto es poético si al poeta le parece pertenecer al "mío" o al "tuyo"; todo objeto es prosaico cuando es un "suyo", cuando en él se revela la tercera persona pronominal.

La satisfacción desbordante del público con una película imbécil basta para curar a cualquiera de sus utopías reformistas.

Nada más común en política que la contradicción entre los fines deseados y los medios propuestos para lograrlos; sin embargo de esto, nada debería ser más fácil que eliminar esa incoherencia en toda doctrina.
Efectivamente; si las razones que nos llevan a aceptar tal o cual moral (y la política no es sino la faz social de la moral) pertenecen a un orden individual y son categorías personales, los medios para la realización de esos fines

morales son relaciones impersonales y susceptibles de una consideración generalizada y abstracta. Así, aun cuando la actitud moral escape a la jurisdicción de una dialéctica refutatoria, el mecanismo social que convenga montar para realizar los postulados de tal o cual actitud moral puede ser eminentemente objeto de definiciones exactas.

Todo sistema especulativo puede ser extendido hasta el límite, en su orden propio; pero en el campo concreto pronto cae en absurdos errores el que olvida la interferencia de órdenes diversos.

En caso de que exista un "orden esencial y natural de la sociedad humana", no se trata de un orden inviolable como el conjunto de leyes de la mecánica celeste.
Por lo tanto, una institución social como la familia no comporta una necesidad semejante a la de la respiración, por ejemplo.
En verdad ese orden no puede ser sino la condición de un estado social determinado; violarlo, sin embargo, puede implicar la destrucción de todo lo que, en él, coexiste. Así, ese orden puede no ser esencial al hombre como organismo, para sobrevivir, pero sí a todo lo que hay de propiamente humano en el hombre.

El materialismo histórico no es peligroso porque sea falso, sino porque su limitada verdad es tan obvia y tan clara que, a su lado, toda doctrina distinta parece mero sofisma y mera sutileza. La verdad total, no obstante, proviene menos de su burda evidencia que de la fugaz y frágil luz de consideraciones diversas que, al intentar completar el materialismo histórico, casi lo eliminan.

La verdad de un sistema es inmanente a la totalidad del sistema y nadie puede extraerla.

La vulgaridad de la vida es, en parte, un reflejo de la vulgaridad de nuestras almas.
Es nuestra perezosa inteligencia, nuestro afán de seguridad y nuestro horror de lo extraño, es nuestro gozoso acogimiento de todo lugar común, de toda interpretación fácil, de toda trivialidad rutinaria, lo que vulgariza el extravagante y misterioso universo que nos rodea.

Lo imposible nos fascina, porque justifica nuestra inercia.

Leer sin comprometerse no es más que una futilidad laboriosa. Todo libro debe tener para nosotros la faz indeterminada de un destino y toda lectura debe dejarnos más ricos o más pobres, más dichosos o más tristes, más seguros o más inciertos, pero nunca intactos.
Si, al abrir un libro, no participamos en él con repugnancia o con amor, es mejor abandonarlo hasta que una oscura necesidad o una voluntad explícita despierten en nuestras almas la pasión que en una tal lectura se ilumina.
Todo libro que no encuentra nuestra secreta carne, desnuda, irritada y sangrienta, es un mero refugio transitorio.

Toda sabiduría consiste en repensar con sinceridad, con frescura y hondamente, los lugares comunes.

Solamente a una observación superficial parecen las cosas contrarias entre sí y exclusivas recíprocamente las unas de las otras: en verdad, todo tiende hacia su contrario y aspira a realizar su término antinómico.

La negación corona la afirmación, que aparentemente excluye, para que cumpla soberanamente su esencia. Es así en esa oscura mitad negativa del universo que su porción luminosa descubre la plenitud de sus promesas meridianas.

A medida que crece la intensidad de nuestra ocupación con un objeto, los motivos que despertaron primero nuestro interés se desvanecen para ser reemplazados por motivos distintos y cuando nuestra ocupación se prolonga por motivos contrarios.

Toda pasión que se refina altera su naturaleza anterior, de tal suerte que de la más inocente afición provienen esas aberraciones que aterran a un pueblo. La alteración es, sin embargo, aparente, y la identidad perdura bajo la superficie diversa.

Para saciar una misma pasión se requieren objetos distintos, pero al cabo no basta que sean meramente diferentes sino urge que sean precisamente contrarios a los primeros. El bien se prolonga en el mal y en él culmina, pues todo demonio no es sino la excesiva y desordenada presencia de un dios.

El hombre es incapaz de actos gratuitos, incapaz de curiosidad desinteresada. La raíz de la ciencia no es la curiosidad, sino una inquieta inconformidad; todo apetito de conocimiento muere cuando el hombre se basta. Cualquier cosa que nos contenta resuelve problemas con los que no tiene relación alguna.

Somos tan infelices que una buena digestión basta para que todo matiz moral o toda sutileza intelectual nos parezcan ficticios y huecos.

El sentido común es el sentido de que gozamos cuando somos comunes y vulgares.

La dignidad y el amor son inversamente proporcionales.

El amor se acrecienta de todas las bajezas que exige y su intensidad es una función de la animalidad a que nos reduce.

Quizá nazca el amor entre la mujer y el hombre para que algo compense los oscuros actos de que han sido cómplices.

Los excesos del amor nacen de su insuficiencia, y es en busca de las mentirosas e inolvidables promesas de su aurora que nos internamos en la espesa selva carnal.

Una verdad claramente percibida agota nuestro espíritu: una vez formulada en pocas palabras (y a mayor claridad, mayor concisión) sólo queda un mero desarrollo retórico y una redundancia enfática.
El sofisma es nuestro clima favorable, el suelo donde nuestro espíritu alcanza su mayor fecundidad.
Una pasión que se inventa razones, un deseo inconfesable que quiere justificarse, en fin, todo secreto anhelo de torcer la verdad, son los seguros resortes de nuestra inteligencia.
Un desprecio ilimitado de la verdad como un acatamiento sin medida nos esterilizan igualmente.

Hay más de un dios escondido en las secretas sendas del infierno.

Tan altas son las montañas que nos rodean que a veces debemos volver la espalda a la verdad, como a la aurora, para ver en el poniente su luz matutina.

Algunos confunden la vida con la experiencia, olvidando que los ojos sirven a los hombres para no ver, los oídos para no oír y las ocupaciones de la vida para ahogar el recuerdo de esas verdades que los sorprendieron desprevenidamente.

La vida es la guillotina de las verdades.

La diferencia entre el hombre inteligente y el imbécil consiste solamente en que el primero pasa su vida ensayando de aportar buenos argumentos a ideas similares a las del segundo.

Los hombres tienen los mismos anhelos, pero mientras los unos los acogen sencillamente, los otros necesitan inventarse razones para acogerlos.

El fondo de nuestra conciencia esconde hoy una desesperación tan fría, tan definitiva y tan desolada, que toda meditación sobre la providencia nos parece un juego obsoleto y cruel. Es extraño que sólo nuestro escepticismo nos impida la blasfemia, y que no tengan hoy la fe y la piedad un más seguro y mejor aliado que la vacilación de nuestras almas.

Siempre me ha bastado vislumbrar el paisaje de la conciencia desolada, para sentirme arrastrado por un viento de confianza irresistible ante los pies de Dios.

Si toda nuestra sabiduría está en aceptar lo inevitable, toda nuestra nobleza consiste en rechazarlo.

Qué raros son los que no declaran sin importancia las cosas de que no son capaces, tomando por medida del valor su propia impotencia.

Nada revela tanto la vulgaridad de un alma como la incapacidad de admirar a su adversario.

Admirar sin envidia y sin odio es la sola manera de rescatar la magnificencia del mundo cuya posesión nos fue arrebatada por nuestra mediocridad.
Pero nuestro astuto orgullo incansablemente conspira a enturbiar con sus juicios difamadores el espejo lúcido y frío de esa inteligencia que sola nos devuelve nuestra herencia perdida.

Cuando comenzamos a envejecer lo que más nos desagrada en los jóvenes es nuestra impotencia.

Ningún ser despierta nuestro odio tanto como el que cumple las promesas que nos hicimos a nosotros mismos en los umbrales de la vida.

Admirar lo grande cuando hay grandeza en nuestras almas es un gesto natural, espontáneo y fácil. La tarea penosa, la dura empresa, es admirarlo cuando no hay

en nosotros sino un mero anhelo y como la forma hueca de una ausencia.

Toda bajeza de los demás despierta una secreta simpatía porque acaricia nuestro orgullo.

Los pillos, los falsarios, los tramposos y en general todos los que se consagran a la mediocridad del mal, son necesarios a la buena higiene del cuerpo social porque permiten que los hombres vivan sin tener que despreciarse excesivamente.

O es esta vida el umbral de nuestra real existencia o sólo nos queda entregarnos a un orgullo silencioso de rey desposeído y solitario.

Contentarse con la mera plausibilidad de las ideas, ¿será el principio de la sabiduría o la demisión de la inteligencia?

Más duramente que la riqueza hay una pobreza que nos somete a la vanidad del mundo: aquella que no es sino carencia de riquezas, que sufre de hallarse despojada, aspira a ser abolida y perpetuamente se inquieta de su infortunio.

La sola pobreza que es criminal contemplar calmadamente, es la pobreza de los otros.
No hacer el elogio de la abstinencia sino después de habernos abstenido, de la pobreza sino cuando somos pobres, es una regla de sencilla honradez.

Renunciar es uno de los gestos más nobles, pero aquel que usualmente comporta en quien lo aplaude o una cruel hipocresía o una venganza secreta.

La moral del siglo xx, esa moralidad escasamente formulada pero acatada por todos, es una moral social, donde la presencia de lo colectivo domina y excluye todo otro principio.
A nuestros contemporáneos la norma de un acto y su regla parecen sólo determinadas por su importancia social: lo que sirve a los otros es la sola medida que admiten.
El individualismo moral carece de buena conciencia; en verdad, ya es considerado como una aberración o como un gesto de cinismo.
Servir, ser útil, ser eficaz, es lo que les satisface, lo que sinceramente aprueban. Para ellos el fin del hombre son los otros hombres: la crueldad es el crimen sin remisión, y el verdadero héroe es el que les inventa una nueva comodidad, una nueva riqueza o una nueva facilidad. Nada justifica a un ser sino su utilidad; no servir para nada, merecer la acusación de parasitismo social, es exponerse a las peores sanciones morales, a castigos sociales y hasta a ejecuciones políticas.
La nueva moralidad es una moralidad de las obras, la recta intención no justifica ya una actitud disidente, no es una excusa; y si algunos le conceden una conmiseración benévola, otros condenan sus equivocaciones como si se tratase de la malicia peor intencionada.
Solidaridad, reciprocidad, sociabilidad, son los términos empleados para conseguir una apariencia de razón a la nueva moral; pero difícilmente disimularán su defecto y

su vicio central: la carencia de un término final y de una base irrefragable.

En efecto, si el hombre es el solo fin del hombre, una reciprocidad sin límites nace de ese principio, reciprocidad que de nada viene y hacia nada va, puesto que cada término sólo existe para su término recíproco que a la vez sólo existe para aquél, como el indefinido reflejo mutuo de dos espejos vacíos.

Nunca podrá el hombre creer sinceramente que servir a otro hombre sea el cumplimiento total de su esencia, porque el otro hombre le es esencialmente idéntico, y él no descubre en sí mismo nada que pueda merecerle el servicio de otro. O una suficiencia sin medida funda la nueva moral, o irremediablemente perece.

Para existir, requiere un monstruoso egoísmo que es la negación misma de su principio.

La moral pagana o la moral cristiana, la moral en fin que algunos aún guardamos inscrita en lo más secreto de nuestra carne, parte del individuo, de su perfección o de su salvación, de la nobleza de su alma o de su inmortalidad. Debemos hacer, porque tenemos que ser; nuestra alma vive en un proceso sin término definitivo, pero que tiene un fin en cada una de sus victorias. Todo momento puede ser su momento culminante. Nada logra abolir la plenitud alcanzada en cada instante, aun cuando siempre la espere una plenitud más rica. En fin, esa vieja moral se funda sobre la existencia personal de cada ser y adquiere, así, la inconcusa solidez de sus propios cimientos.

Su fin es un valor, distinto de ella, pero en el alma sólo realizable: es la grandeza, o el bien, o la voluntad de Dios.

Aspiramos a nuestro propio bien, sin duda; pero ese bien no es nuestra terrestre y vulgar existencia, es lo que en ella puede participar a una esencia absoluta.

Nada más peligroso que la nueva actitud del hombre ante sus propias obras.
Hasta ayer el hombre miraba con suspicacia toda nueva invención, temía la presencia en ella de algún poder diabólico y exigía que un largo purgatorio purificara esas novedades inquietantes.
Hoy un desmedido optimismo, una fe desatada en la benevolencia del destino y en la bondad de la naturaleza humana, lo inducen a acoger jubilosamente todo fruto de su ingeniosidad. Imposible es para el hombre moderno creer que una nueva idea o un nuevo objeto puedan ser perniciosos o perversos, imposible le es renunciar a servirse de ellos porque imagina que desacataría una especie de obligación sagrada.
Con todo, nada es menos evidente que esa ingenua identificación de lo nuevo y lo bueno, nada menos seguro que la irrestricta confianza en toda nueva idea.
Aceptar sin regla y sin principios todo lo que los hombres inventan, no meditar nunca sobre las consecuencias de esos inventos sino ciegamente someterse a ellas y soportarlas sin intentar medirlas previamente, acoger extáticamente y fomentar los embriones de procesos ignorados, las simientes de situaciones insospechadas, de un semejante olvido de nuestra perversa naturaleza y de una semejante demisión de la inteligencia es que se constituye la actitud del hombre moderno.

El mundo actual y sus angustiosos problemas son hijos de una enfermiza exaltación de sí mismo, de un narcisismo entusiasta y del olvido de ciertas precauciones elementales de un sano malthusianismo intelectual.

Nuestra adolescencia sufre, de un apetito de perfección; el mundo la preocupa menos que el alma, una ínfima cuestión moral más que un grave problema político. Lo que anhelamos cuando somos jóvenes es la realización en nuestra carne de todo lo que ha exaltado nuestros sueños. Lo que despierta nuestra admiración, agita nuestra envidia y a toda grandeza aportamos el homenaje de un celoso desvelo. Meditamos sobre nosotros mismos, sobre nuestros poderes y sobre nuestras flaquezas; nunca nos basta nuestro ser actual, no somos a nuestros ojos sino promesas. Pero todo egoísmo joven es egoísmo rico de futuros prestigios, es amor de próximas cosechas y de secretas vendimias.
La adolescencia está perpetuamente inquieta porque vive una incesante aventura; nuestra ambición exige una ocupación tenaz y afanada. Ningún ser, ninguna cosa, ningún acontecimiento, son indiferentes al joven, pues todo puede alejarlo de su secreta empresa. Todo así le es problema.

La vida es una secreta liturgia que el oficiante debe descubrir al oficiar.

Confundiendo peligrosamente la civilización con los instrumentos que nos facilitan la utilización del mundo, hemos llegado a atribuir a su frágil sustancia la vida robusta y tenaz de éstos.

El hombre difícilmente olvida o pierde las diversas técnicas que inventa; demasiadas razones conspiran para salvarlas, pero bastan el carácter impersonal del hecho técnico y su susceptibilidad de transmitirse, sin residuo, de una inteligencia a otra para rescatarlas de cualquier naufragio.

La civilización, en cambio, es frágil de toda la fragilidad de los sentimientos, es como ellos fugaz, como ellos inimitable; nadie puede enseñarla y tan sólo la aprende quien nace leal a su luz.

Podemos asistir a un insospechado desvanecer de la civilización en medio de un incomparable florecimiento de las técnicas, porque la civilización es una mera calidad de alma, un temple espiritual, es como una dirección o rumbo del ser, como una atención y una intención.

Vulgarmente nos creemos herederos de todos los siglos porque hemos recogido sus restos; pero el que se adueña de un cadáver no es amo del espíritu que lo habita, ni es el vagabundo que se aloja en las ruinas señor de sus esplendores extinguidos y de sus muertos prestigios.

El espíritu escondido en los despojos de una civilización no habla sino al que con su propia vida lo vivifica y al que con su propio ardor lo inflama. Cuando perecen ciertos refinamientos del espíritu y cierta delicadeza de los sentimientos, nada nos autoriza a esperar que de ese olvido puedan resurgir para restaurar el maravilloso edificio de inteligencia y de sensibilidad que un día levantaron en el alma incierta, inconstante y tenue del hombre.

Los maestros de la vida religiosa son maestros de toda vida interior, pues la naturaleza misma de la perfección que les ocupa, su mayor intensidad, su mayor exigencia,

su desnudez y su exceso, hacen que la experiencia que adquieren y que la sabiduría que enseñan convengan a toda noble ambición y a todo noble anhelo.

La exactitud de las ideas es tan ardua como la sencillez de los sentimientos.

Nuestro espíritu acoge con mayor facilidad la idea cuya complejidad proviene de su confusión interna y de su vaguedad, que aquella cuya complejidad no es más que la multiplicidad de ideas precisas y simples.

La idea que consigue la complicidad de nuestra imaginación nos seduce más que la que sólo solicitó a nuestra inteligencia.

El esfuerzo tenaz y la atención sostenida templan nuestro espíritu, como un arco de madera preciosa, para que dispare sus largas flechas.

El noble entusiasmo que acontecimientos políticos han logrado despertar es, quizá, el sentimiento que menos comprendo, porque en ningún otro lugar hallo un efecto tan desproporcionado a su causa.
No solamente el pertenecer a la posteridad, que los ve ya agotados y muertos, me lleva a maravillarme que tan grandes espíritus hayan podido esperar, ansiosos, el cumplimiento de tan pobres hechos; pues aun si imagino cumplidos, no los hechos en su lamentable realidad terrestre, sino las promesas en la infinita seducción de sus mañanas, no veo sino mediocridades nuevas y nuevas cenizas sobre las cenizas de otros siglos.

Más que cualquier otra actividad humana, la actividad política me parece vacía de toda dura sustancia; en la más vana actividad intelectual yace un más ardiente fruto. Quizá todo lo que podamos hacer desespere al frío espíritu capaz de abstraerse momentáneamente de la rutinaria tarea de vivir, pero aun ciertos fracasos dejan con su amargura un secreto orgullo, y tan sólo la actividad política es mediocre en lo que logra y mediocre en lo que anhela.

Es común confundir nuestras ideas con nuestros sentimientos y creer, así, que hemos dicho algo nuevo, cuando tan sólo hemos expresado nuestro amor o nuestra antipatía.

La vida como el arte son, ante todo, técnicas de la sugestión, y la suprema habilidad consiste en obligar al espectador a completar con su imaginación las lagunas del objeto que le presentamos.
Como ningún objeto material puede compararse al objeto de la imaginación, rico en prestigios e ilimitado en promesas, la astucia del artista utiliza siempre la riqueza de la imaginación ajena para vestir la desnudez de su obra.
El prestigio social de un individuo y la importancia del lugar que ocupa en la imaginación de los hombres se adquieren por medio de la alusión y de la sugestión, más fácilmente que por medio de auténticas virtudes y de méritos indudables.
Quien aspira a crearse en personaje y a cumplirse en mito debe practicar una hipócrita técnica de reticencias premeditadas y de estudiadas confesiones, para despertar el dormido enjambre de la imaginación.

Todo triunfo que se prolonga culmina en un fracaso, y sólo ignora el horror de sobrevivir a su hora sideral quien muere en la meridiana exaltación de su victoria.

Una ley misteriosa hace que la plenitud de significación de un gesto preceda su plenitud material y que todo valor se anule en la total realización de los actos que lo encarnan.

El análisis intelectual, al proceder irrestrictamente, elimina su propio objeto.

El placer de escribir, cuando carecemos de todo talento y de ambición, es el placer de conocer claramente nuestras ideas.
Redactar nuestro pensamiento es, quizá, crearlo; en todo caso, es adquirir de él una plena conciencia. La idea vaga y confusa es una mera promesa; promesa que no se cumple y que pronto se olvida si las palabras no la detienen y la fijan.
Es cierto que casi todas nuestras ideas parecen disminuidas al ser escritas y que, al extraerlas de ese contexto cambiante, rico y fecundo del pensamiento, pierden la vida que las agita en las cálidas penumbras de la conciencia; pero es sólo cuando se revisten de pulpa verbal que las podernos conocer y, así, o rechazar, o acoger según su excelencia.

Placer o deber satisfacen igualmente; lo que fastidia sin remedio es la obligación impuesta, la necesidad irresistible, todo lo que no nace de una exigencia propia o de un propio destino.

Nuestra ignorancia es la razón fundamental de la inevitabilidad de la historia.
Su curso es necesario, mas no porque nos sea imposible modificar sus leyes, sino porque, al ignorarlas, nos sometemos a ellas ciegamente.
Cambiar el curso de la historia es cosa fácil si enderezamos nuestra acción hacia los verdaderos principios.
El poder que muchos hombres han tenido hubiera bastado para producir las más vastas transformaciones, si lo hubieran aplicado a modificar ciertas relaciones elementales, en lugar de entregarse a mil ocupaciones tan espectaculares como vanas. La humanidad carece más bien de ciencia que de poder y, antes que su debilidad, es su ignorancia la que la entrega a los turbios demonios de la historia.

La ambición de sistematizar mis ideas me seduce intermitentemente. Pero la evidente arbitrariedad de toda voluntad sistemática me impide sucumbir a una tentación en que no hallo sino la violación de la frágil verdad que he percibido.

Toda idea es una actitud efímera del espíritu.

La verdad de una idea aislada no implica la verdad del método que la engendra o del sistema que la contiene.

Un conjunto de verdades aisladas no es sino la expresión intelectual de una sensibilidad.

Si renunciamos a todo sistema debemos también renunciar a atribuir importancia a nuestras ideas.

Negar todo sistema puede ser una actitud racional, pero contentarse, sin más, con huir todo sistema es una actitud que no doy por racional, sino tan sólo por mía.

Un escepticismo parcial, que agitan mil convicciones diversas, se puede refutar de muchas maneras y parece un mero capricho. Sin embargo, un capricho no es necesariamente un acto sin razón, sino un acto cuya razón, siendo singularmente profunda, se nos escapa.

Mi escepticismo no es un rechazo de todo principio, de toda norma o de toda regla, sino la imposibilidad de recibir regla, norma o principio, de otras manos, y la necesidad de crearlos lentamente dentro del proceso de mi inmediato vivir.

Desde la Απολογια hasta el Discours de la Méthode, el pensamiento occidental revela ante las exigencias de la sociedad una misma desconfianza y un mismo recelo.
El hombre de espíritu se niega a ocuparse de la cosa pública y exige que se le otorgue el derecho, o que se le conceda el permiso, de entregarse privadamente a su personal tarea.
Si en unos el "ιδιωοενειν αλλα μη φημοσενειν" es ante todo una medida prudencial; en otros "qui n'étant appelés ni par leur naissance ni par leur fortune au maniement des affaires politiques" hay una verdadera indiferencia y, en fin, en otros encontraríamos una hostilidad manifiesta. En todo caso, la indiferencia social es una de las posiciones más respetables de nuestra civilización agonizante y conviene defenderla hoy que sus enemigos la atacan con furia nunca vista y que sus defensores la abandonan.

Los argumentos contra la esclavitud son válidos para aquellos a quienes inquieta la condición del esclavo; pero ineficaces para probar la degradación de la civilización que sobre ella se funda.

Un sistema político como una doctrina estética no tienen más tribunal que la historia: la obra tan sólo –su belleza o su excelencia– es la norma que los condena o los absuelve.

No pedimos a un sistema político que haga la felicidad del hombre, sino que contribuya a su grandeza o, al menos, la permita.

Quizá, después de todo, la mejor defensa de las aristocracias es la evidente necesidad de tener especialistas en el arte de vivir.

El arte de vivir, como todo arte, requiere alguna disposición natural, un largo aprendizaje, e independencia de lo que somete al hombre a la vulgaridad de sus exigencias animales.

Bien vivir es hacer de toda necesidad un juego adornado de gracia, de delicadeza y de discreta ironía.

El más poderoso argumento en favor de la democracia es el fracaso de sus adversarios en hallar un sistema que la reemplace, a pesar de la impotencia de sus partidarios en descubrir razones válidas que la justifiquen.

Todos aquellos a los que un dios, o un demonio, agita y guía tienen que renunciar a la vana gesticulación política; y por eso prefieren a los caprichos, aun sabios, de la muchedumbre, la constancia, aun torpe, de una oligarquía.

La teoría política es tan distinta de la actividad política creadora como la estética lo es de la creación artística. El teórico político que predica una norma de acción imita al crítico que ordena y manda.
Conviene recordar, aquí, esa tragedia clásica en prosa que Brunnetiere aconsejaba y que sólo intentó escribir ...Hervieu.

Ni asceta, ni esteta, el humanista secretamente respeta al primero y secretamente desprecia al segundo.

Ser humanista es amar a los hombres y las cosas sin estar bien seguro de que merezcan amor y respetarlos sin estar bien seguro de que merezcan respeto.

La ironía es una incertidumbre penetrada de simpatía.

Cuando en una sociedad aparecen los pródromos de una revolución, el observador desinteresado contempla, en fin despojadas de disfraz y máscara, las cosas que realmente aprecian y aman los individuos amenazados.

Nuestro temor traiciona nuestros secretos amores con una precisa crueldad.

Para salvar su dinero el burgués comienza sacrificando todos los posibles instrumentos de su salvación; después

sacrifica ese dinero mismo para salvarse; hasta que su desnuda imbecilidad y su imbécil desnudez lo arrastran, víctima lamentable y cómica, a un merecido cadalso.

Durante sus ciento cincuenta años de hegemonía, la burguesía no ha sabido hacer un solo gesto generoso. Todo lo que ha concedido al pueblo, lo ha cedido de mala gana y solamente cuando el pueblo ha sido suficientemente fuerte para exigirlo.
Siempre se ha negado a hacer esas concesiones que un mínimum de espíritu político le hubiese aconsejado.
En cambio, ha estado siempre lista a abandonar, por incompetencia o por desidia, los más seguros resortes del poder y a otorgar, por miedo, lo que se le exigía sin firmeza.
El pueblo no tiene por qué tener agradecimiento alguno con la burguesía: ella lo utilizó como instrumento en sus luchas, lo explotó sin misericordia, y lo gobernó con mala conciencia. Si la vida del pueblo ha mejorado durante la hegemonía burguesa, y si la mejoría no es una mera apariencia engañosa, sus causas han sido impersonales o, cuando más, han sido la obra de algún burgués que abandonó a los suyos y descubrió en sí mismo la luz irresistible de nuevas exigencias.

La burguesía no sabe mandar, porque tiene en su sangre el odio a los que mandaron y guarda así, impresas en su carne más profunda, las lacras de su inferioridad milenaria.

El burgués odia el poder porque se sabe incompetente para mandar.

El burgués sabe, sin poderlo confesar, que su género de vida pertenece a un tipo político subalterno y no pudiendo considerarse luego como fin de la actividad política, o renuncia sin resistencia al poder, o lo utiliza sin nobleza con el cinismo de un esclavo insolente.

Las grandes almas consumen el poder y la riqueza para elaborar la materia sutil de sus exaltaciones soberanas.

Una vida sin principios y sin reglas, sometida a las solas necesidades materiales, subyugada por todos los caprichos, es indigna de un ser racional y propia al animal que perdura en la ignorancia de toda razón.
Aun quien no descubre imperativo alguno a qué someterse, ni doctrina que pueda ordenar su conducta, debe esforzarse por reducir a conceptos la caótica y caprichosa diversidad de sus actos. Si una norma trascendente a nuestra existencia nos parece un puro mito, la construcción intelectual, sin embargo, de nuestra vida cotidiana, exenta de toda tendencia normativa, basta para salvar la dignidad de nuestro espíritu.

El hombre no aspira a ser libre sino cuando ha logrado satisfacer sus necesidades materiales y sus deseos de seguridad.
El más bajo nivel de la vida política es la preocupación por el alimento, por el abrigo y por la seguridad, pero son éstos a la vez su base y sus cimientos. Para conseguirlos el hombre sacrifica todo y es cuando se hallan amenazados cuando surgen las hondas inquietudes populares y la auténtica angustia política de las masas. La libertad, en cambio, es una aspiración subalterna, un

deseo secundario, es la pasión política de los ricos, los poderosos y los grandes.
La masa, que vive siempre al borde de la miseria, en un equilibrio inestable y frágil, solamente cuando goza de una transitoria prosperidad puede entusiasmarse por la libertad. La Revolución Francesa es el mejor argumento en favor del Ancien Régime.
Ese entusiasmo popular luego carece de hondas y profundas raíces, un leve viento lo agita, el solo temor de la tempestad lo arranca.
El pueblo está siempre listo a legitimar cualquier despotismo, no solamente porque la libertad le es usualmente un lujo inútil sino porque la confianza y firmeza que toda tiranía necesita fingir y el mismo vigor con que gobierna, satisfacen el hambre popular de seguridad. El despotismo es la forma política natural a la muchedumbre.

La propiedad de los instrumentos de producción es la sola garantía de la libertad. Digamos, aún excesivamente: quien no tiene tierra, no tiene libertad.
Propiedad sin embargo directa y no indirecta; propiedad que el dueño administra y no solamente posee por medio de una ficción jurídica; propiedad que sus manos palpan y de la cual su voluntad dispone. Toda riqueza colectiva es, por lo tanto, base ineficaz y apoyo nugatorio de la libertad individual, ya que no es propiamente la riqueza lo que nos libera sino su apropiación.
El verdadero dueño no es tanto el que transitoriamente usa o abusa, como el que regula, limita, determina y otorga el abuso y el uso. Así, si a una omnipotencia legislativa capaz de modificar constantemente los derechos consuetudinarios se suma la colectivización de la

propiedad, la colectividad sola o sus amos vergonzantes son libres, mientras que el individuo se encuentra soberanamente subyugado y sometido.

No es tan sólo en la abundancia que nace la libertad, sino en la seguridad de la abundancia.
El perro bien alimentado no se atreve a ser libre porque el amo puede condenarlo a ayunar; sólo es libre el lobo, durante el verano, en el bosque poblado de animales inermes.

El espíritu no suele pensar libre y desinteresadamente sino cuando carece de temores, y por lo tanto en nuestro tiempo sólo nos ayudan a meditar honradamente un frío estoicismo o una estudiada frivolidad.

La tolerancia, la benevolencia, la simpatía indiferente, la amplitud y la plasticidad de la inteligencia, quizá impliquen una lamentable degradación de los caracteres.
Es en los duros rasgos de la faz de algún adolescente excesivo y en la fanática integridad de sus sueños que se revela la luz más pura del espíritu.

Cuando regresamos de un largo viaje a través de las diversas utopías políticas, conocemos al fin con evidencia la insuficiencia lamentable de todas las supuestas moradas definitivas del hombre. No solamente lo que en verdad permite la materia áspera y rebelde en que se ha de trabajar, sino también lo que inventamos cuando una derrota nos irrita o un triunfo nos exalta, es de una insufrible pobreza; pero lo que nos atemoriza es que esos sueños intenten realizarse y busquen

prolongarse abominablemente en una historia al fin subyugada.
Todo valor se desvanece, en el cual el hombre se instala. Sometidos al tiempo y siervos de sus crueles exigencias, los hombres no podemos escaparnos y huir. Lo eterno muere cuando quiere continuarse en el tiempo y confundirse con nuestra miseria.
El hombre vive en su aspiración a participar en lo eterno o de su recuerdo de haber en ello participado, pero su vida no se identifica nunca a esa participación, ya que en verdad sólo la logra, fugaz y efímeramente, cuando, abstraído de toda vida necesaria y común, una misteriosa presencia lo ilumina.

La fácil moral naturalista de nuestro tiempo vulgariza con sorprendente infalibilidad los cuerpos y las almas.
Una confianza ilimitada en la benevolencia de la naturaleza nos hace creer que resistir a nuestros instintos primitivos es una aberración y que el ascetismo es una proclividad nociva y enfermiza. Así ha nacido una especie de paganismo higiénico, de racionalismo eudemonista, una doctrina que tiene por norma no tanto la felicidad del hombre como su tranquilidad y su comodidad, es decir, la ausencia de conflictos.
Quizá esa doctrina le permita al hombre ser feliz, pues la responsabilidad es lo que el hombre huye ante todo, ya que su ambición se satisface con el solo ejercicio irrestricto de sus apetitos materiales, pero el que busca una más noble exaltación y el que conoce una más noble idea del hombre repugna a una doctrina que hace de la inteligencia y del espíritu meros esclavos de nuestra animalidad elemental.

Las almas de nuestros contemporáneos se identifican todas en una igual facilidad, nada las distingue las unas de las otras y todas parecen igualmente neutras, flácidas y blandas. Solamente aquellas que atormentan las múltiples exigencias del espíritu logran una verdadera personalidad; ellas solas tienen fuerza y rigidez, elasticidad y dureza.
El cuerpo mismo imita al alma y recibe de ella su suprema forma: así vemos allí cuerpos insípidos en su perfección orgánica y caras vacías de expresión o desprovistas de toda inquietante belleza. En cambio, los cuerpos aun torcidos y contrahechos revelan la pasión que los agita y los domina. En los rasgos de la faz, en las crueles aristas, en las duras líneas, el espíritu traiciona su presencia y su obra, como el agua de los torrentes del verano marca los suelos con su erosión irresistible.

Elogiar la moral por sus resultados estéticos es la forma más impertinente de la inmoralidad.

Cuando un objeto, un sentimiento o una institución no tienen más argumento que su belleza para justificar su existencia, podemos sin error anunciar su ocaso y predecir su muerte.

La existencia es una lucha inmisericorde de apetitos, es una hambre devoradora, una ambición sin regla, sin pudor y sin fin.
El milagro humano consiste en bordar, de trecho en trecho, sobre esa trama monótona, sangrienta y bestial, algún frágil arabesco de belleza o alguna noble imagen.

Cuando somos jóvenes aspiramos ansiosamente a que la moral y la historia ratifiquen nuestras ideas; más tarde aspiramos solamente a que no las refuten.

Sí, cuando triunfan nuestros principios y nuestras ideas, nada nos inquieta tan dolorosamente como la inestabilidad de la historia; cuando nos encontramos en plena derrota, la fragilidad de las cosas humanas y la movediza arena de la vida son nuestros más seguros motivos de consuelo y de confianza.

El vencedor o el que ya vislumbra su victoria cree en la inevitabilidad del curso de las cosas; el vencido o el que presiente su derrota cree, al contrario, en el acaso soberano, en la astucia de la existencia y en la milagrosa eficacia de lo irracional y de lo libre.

Toda actividad humana parece capaz de engendrar un valor, aun cuando no sospechemos en ella ninguna virtualidad, ni encontremos nada que lo prefigure o lo anuncie. Así el instinto sexual engendra el amor y la guerra el heroísmo, como un árbol despojado de hojas, seco y duro, que apareciera en la luz de la mañana grávido de inesperados frutos.

El poder pertenecerá siempre a una minoría, porque no hay comparación posible entre lo que representa para mil individuos perder cada uno la milésima parte de un objeto y para un solo individuo ganar las mil milésimas partes de ese objeto mismo.

El que defiende, defiende una insignificante fracción del poder; el que ataca puede conseguir el cuerpo intacto del poder total.

Nada menos generoso que la inteligencia del hombre; como un esclavo astuto y perezoso no trabaja jamás espontáneamente, espera que la necesidad la azote o que la voluntad la impele.

Nada ha sido más útil que el materialismo para la verdadera filosofía, porque la impropiedad de sus postulados y el vigor de sus afirmaciones, obligándola a examinarse y a apercibirse, le han quitado toda su grasa y su malsana gordura.

La verdadera sabiduría como el verdadero amor son un estado, una manera de ser, una actitud y una situación del alma; no son ni ideas, ni principios, ni sistema. Sin duda pueden ambos traducirse en palabras, ascender a la expresión; pero si sólo un gran poeta puede decir el amor y si sólo un gran escritor dirá la sabiduría, el poeta no es necesariamente el que más ha amado, ni es el escritor necesariamente el más sabio.

El que no sabe expresarse no solamente es ignorado del mundo, sino también a sí mismo oscuro.

Las palabras limpian el espíritu de su confusión y de su niebla.

Aspirar a lo más alto es la ambición que más seguramente impide toda empresa.

El estilo de Proust es el estilo de los Goncourt despojado de sus amaneramientos y reintegrado a la tradición medular de la prosa francesa, pero conserva su riqueza de epítetos visuales, mucho de su desarticulización sintáctica y de su anhelo afanoso de traducir una visión exclusivamente personal.

No busquemos en la mujer sino el instrumento más adecuado de nuestro placer.

Mientras más estúpida sea la mujer y más semejante al animal, el placer que procura será más estrictamente erótico.

Llamo erotismo al amor que deliberadamente excluye toda participación sentimental: la sola irritación de los sentidos y su satisfacción carnal.

Ningún gozo es comparable a la contemplación del desorden que desencadenamos en un cuerpo que se agita y en una faz angustiada.

Necesitamos, a veces, que el amor sea una tarea de fisiología sobre un cuerpo desnudo.

En un universo vacío de actos intencionales cada hecho, o cada configuración de hechos, es, sencillamente. Ni necesidad, ni azar, existen allí.
Un estado total del universo sucede a otro estado total; sucesión que no liga relación inteligible alguna, mientras la presencia de un acto intencional no rompe la autonomía factual del sistema. El acto intencional, al

chocar contra un hecho no previsto, crea la noción de azar, y, al chocar contra un hecho previsto, la noción de necesidad.
La necesidad de un hecho es su posibilidad de ser previsto, y la verificación de una previsión engendra la necesidad.
El azar tiende a disminuir, a medida que crece la previsibilidad, y llegaría a anularse, si en el acto intencional puro no encontrara el hontanar perenne y generoso de la imprevisibilidad en el universo.

El azar no consiste en la interferencia de varias series causales independientes; el resultado de esa interferencia es un hecho idéntico a cualquier término de las series y, en su calidad de mero resultado de esa interferencia, no tiene ningún privilegio nocional. El azar consiste en la interferencia de una o de varias series causales con un acto intencional.

Quizá haya dos clases de generalidades: la una interior a las cosas, la otra exterior a ellas. Natural la una y social la otra. Llamemos idea a la primera y a la segunda concepto.
En la idea lo particular reasume la plenitud de atributos de que su realización concreta lo despoja; en el concepto lo particular se encuentra reducido a los atributos que elige un propósito clasificatorio.

El liberalismo anárquico es aquel que se funda sobre la individualidad abstracta. Reducido a su individualidad esquemática, a su pura esencia de individuo, el hombre se ve colocado en oposición a cualquier totalidad, pues-

to que su definición implica un aislacionismo riguroso. Pero opuesto a todo, el hombre se halla así fuera de todo, perdido por lo tanto en un mundo social donde no puede encontrar ni abrigo, ni refugio, donde nada lo protege y donde nada encauza, sistematiza u ordena su vida.

No debemos cansarnos de repetir que la libertad no es un bien en sí, sino un bien en cuanto condición de toda grandeza, y que por lo tanto es un mal cuando sus facilidades autorizan el relajamiento del alma.

No sé concebir una filosofía que no tenga por base la noción de individuo.
Pero no es tanto en la noción vulgar de individuo que pienso, suma de realidades sociales o concepto taxonómico, como en el individuo centro de fuerzas autónomas, realidad creadora y rica en densas penumbras.

Las verdades de varios sistemas pueden integrarse en un sistema nuevo, pero no cuando la inteligencia las extrae para construir una síntesis ecléctica.
La integración se logra sólo cuando el espíritu que crea un nuevo sistema recibe del movimiento mismo de los sistemas anteriores, de su dialéctica interna, de su exaltación intelectual, la impulsión que lo eleva hasta las verdades que esos sistemas poseyeron.
Pero el nuevo sistema no vale sino como totalidad. No es más grande que los que integra, ya que esa integración no es fruto de adiciones sucesivas, sino de un acto autónomo que, apoyado en los sistemas anteriores, alcanza una idéntica verdad.

Cada verdad es distinta y todas son una misma verdad.

Lo que amenaza la libertad no es el comunismo, sino la ciencia al servicio del comunismo; no es la sola tentativa política de establecer la igualdad social, sino la prosperidad material que su comodidad y su dulzura arraigan indestructiblemente en las almas.

Es necesario analizar para comprender, pero un pensamiento vivo no avanza analizando.

Un Estado científicamente organizado es doblemente indestructible: porque nadie quiere y porque nadie puede destruirlo. La ciencia puede sofocar las almas bajo la abundancia de comodidades corporales y dominar los cuerpos con su inverosímil poder. Allí a toda bajeza se une toda facilidad y a la impotencia para lo noble una incomparable capacidad de lo mediocre.

La idea que dura y vive tiene la impureza del hecho.

El concepto no se construye elevando a una misma noción una multiplicidad de términos individuales, sino abstrayendo analíticamente lo común en ellos.
El proceso conceptual aspira a crear una esencia y sólo logra una definición.

El punto de vista de la crítica pura, es decir, aquel desde el cual todo lo que existe encuentra justificación, es tan sólo una hipérbole de la razón. Prácticamente todo punto de vista al formularse, al existir concretamente, se opone y al oponerse se integra como

término nuevo, pero sólo como un término, en la serie de posiciones posibles. La historia es la teodicea de la crítica.

El sensualismo concluye en atomismo porque analiza las sensaciones, pero si acepta la sensación como un dato total es susceptible de una legítima construcción metafísica.

En nuestro absurdo universo la negación del curso natural y espontáneo de las cosas es la fuente soberana de valor. Contradecir la naturaleza es la regla suprema y todo lo que hace la grandeza del hombre proviene de un rechazo. El hombre es grande porque es capaz de actos aberrantes y perversos.

Cuando una relación se establece entre dos seres, una porción de la libertad de éstos desaparece y una porción de la relación se impersonaliza.

Las afirmaciones científicas son verdaderas o falsas porque son afirmaciones de hechos, juicios de existencia y verdades del ser; las afirmaciones filosóficas no son ni verdaderas ni falsas, sino simuladas o auténticas. Se refieren a una significación de las cosas, a un sentido, que no puede ser refutado, ni refutar, porque es una percepción de esencia. Como la percepción de una esencia contraria a otra esencia anteriormente percibida no la anula, ni la percepción de una esencia idéntica a otra esencia anteriormente percibida no la verifica, ya que la evidencia de cada percepción de esencia es interior al acto mismo que percibe, el criterio de la afirmación filo-

sófica es la autenticidad de la experiencia espiritual que la engendra.

La importancia histórica de un ser y su naturaleza íntima no son necesariamente idénticas.

Hay un determinismo histórico abstracto, necesidad interior al acto, conclusión analítica de una postulación concreta.

El determinismo histórico puro y su esquematismo lógico se falsifican al realizarse a través del individuo.

Una moral científica, la moral como arte dependiente de una ciencia de las costumbres, es cosa absurda porque el imperativo moral no ordena un acto puro, sino un acto significativo. Todo juicio moral supone la percepción de una esencia y por lo tanto algo que trasciende un puro conocimiento de existencia.

No hay verdad independiente y distinta del esfuerzo por medio del cual se consigue.

Es verdad que el universo se presenta como un sistema de tesis y de antítesis, pero es falso que las contradicciones se resuelvan armoniosamente en síntesis progresivas.
La síntesis no es la conclusión del proceso dialéctico, sino su punto de partida. La síntesis es el objeto concreto mismo, la realidad densa y rica en contradicciones, y el proceso dialéctico le es posterior como tentativa de análisis constructivo del objeto. La síntesis es, así, una unión de

contrarios anterior al acto dialéctico y no una resolución de contrarios en un término que los trasciende.
El análisis dialéctico de una situación concreta es un artificio metodológico de una investigación histórica prevenida, ya que la multiplicidad interna de la síntesis es susceptible de una infinidad de construcciones hipotéticas.

La síntesis concreta es a la vez el problema y su solución.

Si la esencia no implica la existencia, si todo argumento ontológico fracasa, quizá la pura existencia no implique tampoco esencia alguna. El ser puro es exterior a todo, puesto que carece de todo atributo, y una metafísica del ser puro sería un espacialismo matemático.

La influencia que ejerce es lo que sitúa a un filósofo en el tiempo. La esencia de todo pensamiento es eterna, pero su influencia, es decir, lo que los mediocres captan, cae entre las cosas temporales.

Hay una adhesión concreta a la idea que nos sitúa más allá de toda consideración de motivos.

Cae bajo el número, y es matemático, todo lo que contemplamos desde el exterior.

El hecho último no es el pensamiento mismo, sino algo que le precede, una especie de pura conciencia pasiva, una mera "awareness", como una luz vacilante sobre un abismo.

Cuando las soluciones que un filósofo propone nos parecen confusas, debemos, para comprenderlas, esforzarnos en determinar el problema concreto y plenamente individual a que el filósofo quiso contestar.

El que no se propone ni enseñar ni predicar, no tiene por qué preocuparse de la ciencia en sí sino solamente de la ciencia suya. No es lo que el hombre sabe sino lo que yo puedo saber que debe importarme.
Saber es una ambición que cualquier hipocresía intelectual falsifica, ya que ese propósito se cumple sólo cuando el problema se disuelve totalmente en significados inteligibles.
El que enseña o predica puede honradamente contar con la ciencia de quienes son más sabios o más inteligentes que él y contentarse con transmitir un depósito sellado. Aquí no hay necesariamente simulación, aun cuando se avance más allá de uno mismo. Pero aquel para quien sólo saber es importante, tiene que ir a la raíz de toda noción, partir de lo más bajo y lo más simple para elevarse paulatinamente, aceptar como etapas de esa ascensión únicamente sus soluciones personales y preferir quedarse indefinidamente en la mitad del camino a acoger pasivamente la ayuda de una solución que no haya inventado o que no sea capaz de recrear en sí con plenitud inteligible.

Las conclusiones de una ciencia son menos importantes que sus principios y sus principios menos que su método.

Es mejor no llegar a ninguna parte que llegar por caminos ajenos.

Como nuestras convicciones usualmente preceden nuestra ciencia, no hay más noble sacrificio que la inmolación a nuestra ciencia de nuestras convicciones.

No debemos utilizar las verdades que no hemos encontrado, ni refutar los errores que no hemos cometido.

Aceptemos que otros sepan más que nosotros; contentémonos con saber bien lo que sabemos.

Si no comprendemos pero no fingimos comprender, nuestra ignorancia es la prueba simultánea de la debilidad de nuestra inteligencia y de su honradez.

No pensar sino de acuerdo con nuestra ignorancia es la primera norma de la moral de la inteligencia.

Creo que no hay conocimiento sino experimental, mas creo que la experiencia total difiere de la experiencia vulgar y requiere una nueva teoría de la percepción.

El individuo de la ciencia es el mero punto de intersección de innúmeras series causales; el individuo de la filosofía es una realidad dada absolutamente.

En el silencio de la carne saciada se despiertan las potencias del espíritu.

Todo error, como toda verdad, trae su propia certeza; para el que se equivoca una pura luz ilumina sus errores.

El filósofo es, en el Estado, o rey o parásito; está hecho para mandar y dirigir soberanamente o para vivir indiferente a todo.

La obra de arte es un absoluto en nuestro mundo, es independiente y autónoma, sin raíces y sin nexos, objeto puro ofrecido a nuestra hambre de Dios.

A la política militante, como a la polémica estética, no logramos escapar sino cuando hemos comprendido que ningún ideal dura en el tiempo, y que no vale la pena, luego, luchar por tan vacilantes victorias.

La acción política puede justificarse cuando la necesidad de los acontecimientos parece permitir un Estado acorde a nuestro secreto deseo; pero ni la lucha contra lo inevitable, ni el esfuerzo para mantener un Estado indiferente a toda nobleza, merecen distraernos de nuestros seguros placeres.

Los reformadores no son soportables sino muertos.

Toda vida "imperializa". Todo lo que vive aspira a vivir infinitamente.
Nada se fija, espontáneamente, límites a sí mismo.
Ninguna armonía es fruto de mutuo respeto o de continencia recíproca; la armonía nace de una interferencia hostil y de un transitorio equilibrio de fuerzas.
Los sentimientos aspiran a una satisfacción ilimitada, es decir, aspiran a subsistir solos.
Todo "autocratiza" en el mundo y todo "absolutiza"; cada cosa anhela poseer la totalidad de las cosas, ser la tota-

lidad de las cosas, ser todo, y ser sola.
Todo tiende no hacia Dios, sino a ser Dios.

Quienes inician los movimientos revolucionarios y logran los primeros triunfos son generalmente incapaces de mantenerse en el poder. El entusiasmo necesario para rebelarse no basta para afianzar un gobierno.
Un largo período revolucionario con sus múltiples peripecias y sus circunstancias cambiantes suprime sucesivamente las diversas actitudes revolucionarias, hasta que sólo subsistan los hombres capaces de circunstancia, es decir, aquellos en quienes predomina no una idea sino una inteligencia, un poder de ser todo a todo.

La mediocridad no consiste en aceptar el lugar común como punto de llegada, sino en tomarlo como punto de partida. No es mediocre el que desemboca allí por sus propios caminos, sino el que se instala allí, vive allí y allí mora.

Quizá sea una labor vana la de anhelar realidades que trasciendan esa brillante y bruñida superficie del mundo donde colores, sones y palabras instalan sus suficientes arquitecturas.

La originalidad nace a veces de la poquedad, de la tacañería, de la mezquindad de nuestra naturaleza; proviene no tanto de lo que somos, como de lo que no podemos ser: no tanto de lo que hacemos, como de lo que no podemos hacer. La impotencia, al limitar, crea y transforma una imposibilidad en característica positiva.

El interés de ciertos estilos proviene de la incapacidad del escritor de decir ciertas cosas o de decirlas de cierta manera.

Creer en el progreso, en la realización de un Estado cada día más perfecto, más semejante a nuestro anhelo, me es imposible, porque veo que las nobles cualidades del hombre, lejos de formar un sistema y de converger hacia un solo punto, son contradictorias y divergentes, enemigas recíprocas que exigen para florecer la muerte las unas de las otras, de tal suerte que todo progreso y toda prosperidad comportan una decadencia y un atraso.

El hombre no alcanza a la nobleza sin sufrimiento, ni a la dicha sin mediocridad. Pero como el sufrimiento pronto lo aleja de la nobleza y la mediocridad pronto lo hastía de la dicha, incesantemente el hombre se rebela para incesantemente someterse.

La humanidad va de la mediocridad al horror y del horror a la mediocridad.

Las estrechas calles de la ciudad muestran charcos de sangre, coagulada al implacable sol, y los pesados carros campesinos llevan montones de cadáveres como un abono monstruoso y lamentable.
Pero, más que esos cuerpos exangües, y más que las abolidas risas fraternales, y más aún que las esperanzas sofocadas, es la angustiada certidumbre de haber visto perecer una manera de vivir, noble, generosa y fecunda, lo que atormenta al fugitivo en el camino del exilio.

No son todos los muertos igualmente mortales: un cadáver divino refuta la muerte, y el cadáver de un victorioso ennoblece la tristeza de un triunfo.
Los hombres sólo conocen el frío sideral de la derrota cuando perecen las ideas que consagraron en su sangre. Cuando las altas murallas se derrumban, cuando los rojizos resplandores iluminan las plazas, cuando los gritos ahogan los gritos, pero cuando subsiste aún en los pliegues de la historia la ciudad ideal que buscó realizar la ciudad incendiada, el hombre sufre y llora ante las humanas cenizas esparcidas, pero no desespera en su agonía. Sólo los que contemplan con sus ojos mortales el irremediable ocaso de una idea y el naufragio de una civilización, prueban la hez de los desastres y escuchan la risa de los dioses infernales.

El orgullo es el restitutorio residuo de nuestra gloria abolida.

Lo que guía al historiador es la estructura de la sociedad a que pertenece. En una sociedad matrilineal, los primeros capítulos de las biografías serían distintos a los primeros capítulos de las nuestras.

No debemos admitir que lo que dura un día desprecie lo que dura un instante.
Carentes de una escala para medir la absoluta importancia de las cosas, declaremos que todo lo que procure belleza, o solamente interés, a la existencia es digno, si no de nuestro respeto, por lo menos de nuestro agradecimiento.

La vida cotidiana, con sus obligaciones familiares y sus deberes profesionales, es generalmente tan monótona y tan insípida que muchos, al anuncio de una guerra, se sienten, de manera confusa, deliciosamente exaltados.

El error más grave que cometemos, al juzgar los acontecimientos políticos, es el de imaginar que, cuando una doctrina determinada puede sola resolver los problemas que en un momento dado los deseos del hombre plantean a la sociedad, esa doctrina ha de triunfar necesariamente.
Así, aun cuando hoy día el comunismo parezca la única solución adecuada al apetito de igualdad del hombre moderno y a las exigencias de una economía industrial, su triunfo no es inevitable, ya que la mediocridad de las ambiciones humanas sólo es comparable a la infinita capacidad del hombre para desconocer los instrumentos propios a satisfacerlas.

No solamente el valor moral de un acto depende de la intención con que se ejecuta, sino también su valor estético y su valor intelectual. De la intención depende su auténtica esencia.
El asesinato ritual, por ejemplo, no es un asesinato ordinario, que su intención religiosa aconseja juzgar con cierta benevolencia; es al contrario, un acto sui generis, con un significado propio, con un valor particular, y más semejante a una ceremonia litúrgica como la misa que a la vulgar puñalada en una esquina.

La opinión de un hombre sobre sus actos es parte de la esencia de esos actos tanto o más que los gestos materiales en que los realiza.

No existen, paralelamente, dos universos distintos de actos humanos: uno siempre idéntico a sí mismo, compuesto de las mismas realidades materiales; otro siempre cambiante, siempre diverso, compuesto por las múltiples opiniones de los hombres. Lo que existe es un universo único en el cual esas series supuestamente paralelas se cruzan, se confunden, se amalgaman y mutuamente se determinan.
No hay Unterbau que se oponga a una ideología sino como ficción transitoria de un propósito analítico.

Si los libros mediocres nos parecen cada día más insoportables quizá no sea tanto porque nuestro gusto se depura y se acendra, como porque nuestra imaginación se debilita.
Nuestra juventud sabe leer un libro mediocre con una imaginación tan rica y generosa que la materia más vulgar se reviste de reflejos y de fuegos. Un adjetivo común y usado tiene entonces una frescura de aurora y todo sustantivo se identifica al objeto que designa.
Como todavía no vivimos en un universo de puros símbolos, de abstractas características, cualquier palabra evoca su cortejo suntuoso de imágenes y de sensaciones. El niño juega con una escoba o con una silla porque la esclerosis de la imaginación no ha comenzado.
Los placeres de la literatura exigen para subsistir que el objeto que los produce emita sus radiaciones cada vez con mayor intensidad, es decir, que el libro sea mejor

escrito, la obra más bella. Y así como al principio unas gotas de láudano o una pipa de opio bastan, más tarde, como Thomas de Quincey con sus miles de gotas, nos encontramos incapaces de leer otra cosa que Dante o Racine, Milton o Sófocles.

Así como la crítica comenzó ocupándose de lo que dice el poeta y pasaron muchos siglos antes de que se interesara en la manera como lo dice, así nosotros hemos visto en la literatura el trampolín de nuestros sueños antes de descubrir... la literatura.

El pueblo no se rebela nunca contra el despotismo, sino contra la esclavitud en que lo alimentan mal.

Las perfecciones que hallamos en los seres que amamos no son ficciones de nuestra imaginación, sino realidades cuyo conocimiento es concedido como un don a la inteligencia que ama.

El "genio de la especie" no se realiza a través de nuestra ignorancia, sino por medio de una visión fugaz que nos otorga.

Todo objeto encierra insospechados esplendores. En todos duerme un dios que nuestro amor despierta.

Prolongar en el mundo gris de los actos cotidianos la pura visión de un momento, para que subsista tangible y densa, libre del capricho que nos la otorgó y que nos la quita...

Que ese cuerpo que duerme abandonado junto al nuestro y esa dulce curva que nace de la nuca y fluye hasta el vientre no perezcan.

La crítica que se ocupa de minucias y detalles es la sola verdadera crítica. Cuando trata los libros globalmente y habla de los autores en bloque no es más que una retórica ineficaz.

Reducir a una especie de hedonismo intelectual la satisfacción que encontramos en comprender, en saber, en pensar, es empresa que nos seduce cuando énfasis y presunción nos repugnan, ya que así explicamos nuestras aficiones con un mínimum de palabras altisonantes, y sin apelar a consideraciones de una sublimidad jactanciosa.
Pero ese honrado temor nos desvía, porque un mero hedonismo no basta para reducir a sistema nuestra actitud.
Esas aficiones y esos placeres no existen separados de una actividad incesante del espíritu que, insatisfecho con una contemplación pasiva, sin fin aspira, más allá de sí mismo, a un ideal de verdad, de lucidez, de sinceridad y de nobleza.
Hay algo en el hedonismo que rechaza todo esfuerzo, algo que nos exige que allí veamos el más bajo nivel de una actividad consciente, como el escalón inmediatamente superior a las tibias aguas de la inconsciencia, y por lo tanto es difícil concebir en ese estado de pasividad, apenas lúcida, la agitación, las tendencias, los conflictos que comporta la vida intelectual, aun en su forma más contemplativa, más aislada y recoleta.

El estudio amoroso, atento y grave de la desnudez contribuye tanto a nuestra vida intelectual como la meditación más severa.

El amor que teme ciertos gestos prepara su destrucción.

Las nobles palabras que dispone y ordena un espíritu soberano encierran un prestigio seguro y evidente; pero al pasar a nuestras manos son fulgores de piedras preciosas en la noche y sólo nuestro férvido amor sabe arrancarles esos fuegos que iluminan nuestra yerma paz isleña.

El gesto ritual no es un gesto simbólico, sino técnico. El gesto tiene por motivo y por fin una voluntad de eficacia casi pragmática. Aquí no se trata de recordar o de sugerir, no hay aquí elemento estético, sino de evitar, permitir, producir o anular efectos concretos

La belleza nos parece como un atributo, como una característica de ciertas cosas, como algo que estas cosas se adjuntan, se aplican, de lo cual se revisten, como un adjetivo del cual ellas serían el sustantivo; hasta el momento inesperado en el que, al contrario, la belleza nos aparece como una esencia autónoma, como una realidad, como un objeto, como algo que existe en sí, individual concreto, casi tangible, casi material: por ejemplo, cuando nos encontramos ante el Concierto Brandeburgués No. 2 en fa mayor de Bach, o el "Epipsychidion" de Shelley, o la Phedre de Racine, o la Niké de Samotracia.

La mayoría de las doctrinas políticas tienen por vicio redhibitorio el haber nacido como protestas y el haberse desarrollado en un clima polémico.
Esas doctrinas son, usualmente, gemido de interés herido o grito de convicción conculcada, y, como un gesto reflejo que no sabe medir su alcance, se han extendido siempre más allá de sus primeros propósitos.
Ocupadas, además, con el solo adversario, en función de él se constituyen, y atribuyen más importancia a lo que sirve a su hostilidad que a lo que conviene a su propia esencia.

Tan sólo el elogio que el vencido hace del vencedor es más bello y más noble que el elogio que el vencedor hace del vencido.

La precocidad intelectual de los pueblos llamados primitivos permite al joven ascender rápidamente a la plena virilidad social. En nuestra civilización, inversamente, el periodo de preparación se prolonga, y aquí es más infantil el niño y más juvenil el joven. Entre las variedades de la especie humana la prolongación de la juventud parece ser propia a indicar la situación cultural. Así, la precocidad viril parece definir el estado primitivo y la madurez retrasada el estado civilizado.
Pero esto no carece de peligros.
En efecto, aquí puede adquirir grave preponderancia social un infantilismo prolongado, es decir un estado donde la puerilidad intelectual y moral se prorroga indefinidamente, donde la madurez, meta y fin del proceso, no se logra jamás.
Nuestra civilización revela ya síntomas alarmantes de la gravedad de la amenaza. El primado político de la juven-

tud, la seriedad en el juego, el placer en la mera novedad, la inconstancia del gesto, el apetito de sensaciones violentas, la inocencia en la crueldad, la ingenua confianza en el futuro, nos permiten desde ahora concebir una civilización podrida sin haber madurado, una senilidad social de adolescente perverso.

La lucha de clases no es posible sino allí donde la línea fronteriza entre ellas es suficientemente fluctuante para que los individuos de las clases inferiores consideren difícil, pero no imposible, el tránsito hacia las clases superiores.
Allí, en cambio, donde la estructura social es rígida, donde la traslación de una clase a otra es improbable, la imposibilidad, lejos de azuzar el descontento y de acrecentar la inconformidad, crea una resignación ilimitada, resignación que no proviene de un deseo sofocado, sino de la ausencia de deseo. Proust nos dice: "la difficulté d'atteindre l'objet d'un désir l'accroit (la difficulté, non l'impossibilité, car cette derniere le suprime)".

Toda política que desconoce el imperialismo del ser humano, que cree poder construir un orden, es decir, una relación constante entre la unidad y la pluralidad, sin coacción y sin violencia, por medio solamente de la educación o de cierta distribución específica de los bienes económicos, fracasa inexorablemente.

Ronsard es quizá una figura más importante en la historia literaria, pero hay en Du Bellay una ausencia de clarines y trompetas, una presencia discreta del continuo murmullo de la vida interior, que más seguramente nos seducen.

Hay ciertos vicios de estilo que el escritor no puede corregir empleando nuevos adjetivos o distintos tiempos de los verbos, sino tan sólo cambiando de vida.

Quien proclama enérgicamente su opinión no demuestra la fuerza de sus convicciones, pues el que no duda poseer la verdad no siente ningún afán de defenderla.
El apóstol y el fanático no son hipócritas, no son individuos que sepan manifiestamente la falsedad de lo que predican, pero sí sospechan la insuficiencia de sus creencias.
En verdad, la sospecha es el resorte secreto del apostolado como del fanatismo. La vacilación, la duda, transforman en fanático o en apóstol al neófito asustado.
Convertir, o asesinar, son las únicas maneras de suprimir esa indiferencia, o esa hostilidad, cuya mera existencia parece confirmar la sospecha que recelamos, y que nos aterroriza.
Quien, al contrario, se siente seguro de la verdad, generalmente se contenta con manifestarla sin ruido.
El rechazo furibundo de la verdad, o el ensalzamiento del error, le arrancan sólo una leve sonrisa, o un gesto de compasión.

No hay retórica de la verdad. La elocuencia es síntoma de una fe vacilante.

La verdad del hombre no es más que una convicción sincera. La verdad es lo que juzgamos ser la verdad, después de pesar las razones, de considerar los argumentos y de fundar nuestra convicción sobre la más amplia base de sinceridad y de honradez.

La verdad es una virtud –como la flor de ciertas duras y nudosas raíces morales. Quizá convenga ver en la lógica un mero capítulo de la ética.

Los novelistas, con la técnica del monólogo interior, se ufanan de reproducir exactamente el fluir de la conciencia con sus rápidas mutaciones, sus saltos inesperados, sus equívocas ilaciones, su diversidad y su contradicción. Sin embargo, lo que alcanzan es una corteza de la vida espiritual, corteza psicológica ciertamente y así más íntima, más vecina del ser, que la cáscara social que basta a la novela común; pero a pesar de todo, superficie y mero manto anecdótico, arbitrario, empírico, de una realidad, el sordo ruido de cuyas aguas zumba en cavernas más profundas.

La vida del espíritu yace bajo la vida psicológica.

Inasequible quizá a la conciencia momentánea que ofusca el chisporroteo de la vida psicológica, la vida del espíritu sólo revela su existencia a una pesquisición sistemática de la razón, porque es eminentemente sistema, y más semejante a la actividad de la razón armada que a la actividad de nuestra conciencia psicológica cotidiana.

La vida espiritual de un ser, de su nacimiento a su muerte, no se desarrolla con la rigidez de un teorema que desenvuelve sus conclusiones en forma impersonal e implacable, pero tampoco con el bullicioso desorden de la vida psicológica. Es razón, razón libre, razón autónoma, capaz de medrar espontáneamente, rica de las fuerzas que encierra, rica de un poder de amoldarse a las cosas, de ceder para superar, de ser dócil para ser irresistible.

La vida espiritual se construye a través de la vida psicológica. Indiferente a veces al efímero enjambre que ocu-

pa la conciencia, a veces atenta a sus más fugaces iluminaciones, allá en sus hundidas grutas teje la dura urdimbre de nuestra esencia.
Nuestra existencia empírica con sus derrotas o sus triunfos, sus virtudes o sus vicios, es como el aluvión que depositan en su curso los escondidos heleros del espíritu.
Nuestra vida espiritual realiza un destino, es decir, una obligación, un deber ser distinto de un mero ser actual; destino claro está, otro que la exterior y mecánica Parca, destino que recibe en parte y en parte elabora y crea, destino que participa de la necesidad y de la libertad, destino que es orden y regla, no violencia o coacción.
Así mejor conviene a la naturaleza profunda del ser la exposición sistemática y en apariencia absurdamente inadecuada, mejor el análisis psicológico tradicional, mejor la vieja construcción novelística.
La idea, en el sentido platónico, es la verdadera sustancia de nuestras vidas y, así, la razón que penetra hasta ese universo de especies intelectuales es un instrumento más propio a revelarnos nuestra esencia que la observación empírica, dueña tan sólo de arreboles y de borrascas.

De pronto encontramos una persona que juzgamos inteligente porque las opiniones que emite nos parecen una contestación espontánea, un reflejo puro y nuevo de las cosas, una reacción original del espíritu, pero es raro que al cabo de un tiempo esa persona no revele un repertorio de principios, un conjunto de reglas que determinan infaliblemente sus ideas, de tal suerte que creemos asistir al funcionamiento automático de alguna máquina habilísima.

Nuestro interés por la persona desaparece entonces, porque esa autonomía del espíritu en que nos complacíamos no era sino una ficción que nuestra ignorancia superponía a un automatismo monótono.
Sin duda esos principios y esas reglas no son cosa ni arbitraria ni consciente –y somos nosotros espectadores que las abstraemos y las construimos–, son la forma misma, la estructura del espíritu, su más propia e ineluctable necesidad. Pero la inteligencia consiste ante todo en trascender esa necesidad, en no aceptar ningún mecanismo, menos que cualquier otro el mecanismo escondido en su esencia.
Así la mayoría de los que hemos juzgado inteligentes nos parecen pronto carecer de inteligencia y de interés, porque el mecanismo cuyo principio y cuyos órganos conocemos no es más para nuestro espíritu que la aplicación sin importancia de un principio general. Ver, en fin, sin cansancio funcionar un mecanismo, cuyos principios nos son familiares, es afición de niño e indigna de la austeridad del espíritu.

Hay una historiografía que no se contenta con el usual relato de los hechos a manera de crónica, ni con el principio de orden que intenta instaurar en ellos una filosofía sistemática, pero que imagina haber dado una nueva dimensión a la historia, cuando se esfuerza en pensar los periodos históricos en función de ideas, de tareas o de problemas, distintos y propios a cada uno de esos periodos.
En las nociones que construye, en sus relaciones diversas, esa historiografía ve el material y la sustancia de la historia. Así la Polis griega, el Imperialismo romano, el Cristianismo,

el Feudalismo, el Renacimiento, la Reforma, el Capitalismo, la Democracia, la Burguesía, el Proletariado, etc., u Oriente y Occidente, Norte y Mediodía, Germanos y Latinos, Nómadas y Sedentarios, etc., o dionisíaco y apolíneo, religión y ciencia, individuo y colectividad, etc., o los otros mil conceptos posibles.

Formar esos conceptos, o pensar ciertos hechos concretos como su lugar, no es equivocado; el error consiste en creer que esos conceptos tengan en sí un valor puramente histórico, que designen una esencia histórica propiamente.

Todo problema histórico es una configuración temporal y transitoria de hechos, en la que se manifiesta un rasgo esencial del hombre. Pero la consideración de uno de estos rasgos esenciales, abstracción hecha de la impureza y complejidad de las relaciones concretas, no basta para escribir la historia de una época; ni, por otra parte, el exclusivo esfuerzo de colocación sólo histórica de uno de esos rasgos esenciales, el mero conocimiento histórico de ellos, logran procurarnos una clara noción de lo que son en sí, una ciencia adecuada a su naturaleza.

El tiempo, que es la categoría propia de la historia como de la historiografía, es impotente ante un problema de esencia, por naturaleza intemporal, y no puede sino engañar al espíritu, sugiriéndole que meras relaciones temporales bastan para encerrar la explicación de un problema que las trasciende.

La historia no resuelve ninguno de los problemas que plantea. Todo problema histórico es perpetuamente actual, y sigue subsistiendo aun cuando nadie lo piense ya, así como existía antes de aparecer y de ser pensado.

Lo que llamamos historia es un puro fenómeno de conciencia, y por lo tanto la sustancia de la historia es el

problema histórico que ocupa, en un momento dado, el campo de la conciencia. No siendo el hombre capaz de ocuparse en un mismo período sino de uno de esos problemas –cuando todos son siempre presentes– la historia es esa ocupación sucesiva, pero el problema no ha sido creado, ni será resuelto dentro del ámbito de la historia. El interés de la historia proviene, en el fondo, de su naturaleza esencialmente anti-histórica.

Ningún hecho grave, serio, grande, cesa jamás de apasionarnos, porque lo que acaeció allí, acaece perpetuamente; en el eterno presente de la historia, el eterno presente de nuestra esencia humana se manifiesta.

Todo conocimiento de la historia contribuye a nuestro propio conocimiento, y todo conocimiento de nosotros mismos contribuye al conocimiento de la historia.

Lo que una nueva época revela, o hace más notorio y patente en la esencia intemporal y eterna del hombre, se refleja en la historiografía de esa época, y, como un rayo de luz, se devuelve sobre las épocas pasadas.

Así, un perpetuo enriquecimiento de la historia es la obra de la historia misma.

Sólo, luego, la historia concluida y sellada daría, en su plenitud concreta, la antropología filosófica definitiva. La historia nuestra, la historia real, la historia en el tiempo que fluye, no es un conocimiento adecuado a la realidad que ya podemos percibir, y debemos erigir junto a ella una antropología metafísica.

Quizá lo que suponemos ser una antropología metafísica no venga a resultar nada distinto de un resumen de lo que las ciencias históricas, en ese momento, nos enseñan sobre el hombre.

Probablemente no es en una multiplicidad ambiciosa de disciplinas paralelas o convergentes que conviene buscar la solución del problema que plantea el conocimiento del hombre. La historia basta; una historia rica de experiencia humana inmediata, dueña de un material concreto, denso y amplio, consciente de sus principios, consciente de sus normas, y consciente de su esencia epistemológica.

Algún día será posible escribir con bastante exactitud la historia de los últimos ciento cincuenta años, no porque se tengan estadísticas, periódicos, películas cinematográficas, múltiples documentos de índole diversa, sino ante todo, quizá tan sólo, porque ha existido una abundante producción de novelas.

La novela mediocre es un documento de gran valor histórico, porque en ella se reflejan las minucias de la vida cotidiana, tal como aparecen a los contemporáneos. Los diversos utensilios que estudia la arqueología requieren una interpretación, mientras que la novela nos transmite un significado.
Sin duda la novela necesita un comentario, pero ya trabajamos con ella en un plan familiar al espíritu.

La inestabilidad y zozobra del mundo moderno son el resultado de una tentativa espiritual muy noble, pero divulgada sin prudencia.
Olvidando que, para vivir, la humanidad necesita un mundo espiritual tan rígido, firme y constante como el mundo material, se ha intentado hacerla morar en la inestabilidad misma del espíritu. Se ha querido que todos partici-

pen en una aventura que sólo a pocos conviene, y la ambición de mantener el espíritu leal a su esencia obligó a rechazar las útiles y fecundas traiciones que le permiten cumplir su función en la historia.

En su esfuerzo milenario, la vida biológica ha logrado construir sobre la fluidez de la realidad, el universo de la percepción común. Universo constante y ordenado, que tiene por fin servir de sostén y de base, con la repetición rutinaria de sus actos materiales, al acto orgánico de aquélla. De similar manera, la vida espiritual intenta la construcción de un universo intelectual sobre la fluidez del espíritu.

Llevada a cabo la primera de estas tareas, la vida orgánica subsiste robustamente sobre el haz de la tierra; pero tiene que pagar seguridad y solidez con el desconocimiento de la realidad, ya que la percepción se halla limitada por las necesidades de la existencia.

La segunda tarea de falsificación vital no ha logrado realizar sino formas provisionales, formas que duran un tiempo y se deshacen. Estas formas, estos universos, son los grandes sistemas de ideas que organizan la realidad espiritual, son las estructuras ideológicas en que la humanidad intenta instalarse.

Estructuras necesarias a la vida espiritual, porque delimitan, fijan e inmovilizan la realidad cambiante, huidiza y sutil.

Por otra parte, es evidente que son construcciones arbitrarias, refugios e instrumentos a la vez, órganos de la razón social, de la vida concreta; en ningún caso, obras de la pura razón.

Quien mora en ellas se evade del mundo real.

Toda propedéutica intelectual busca libertar la razón del cuadriculado conceptual y de las caprichosas perspectivas que esas estructuras ideológicas le imponen.
Pero escapar a esa cómoda prisión es faena de los pocos hombres capaces de vivir en la inestable libertad del espíritu, en su incesante espontaneidad, en su novedad perpetua, en el proceso ilimitado de su propia creación.
No hay aventura más arriesgada que la de constreñir a todos a esa vida trashumante de nomadismo espiritual. Los hombres, forzados a esa existencia, sienten que el suelo falta a sus pies, y presas de un vértigo horrendo, giran desorbitados en una extensión desértica, sin misión y sin rumbo.
La humanidad necesita un sistema de conceptos, una estructura ideológica. Cuando la imprudencia de unos pocos ha destruido el sistema en que vivía, no cesa la humanidad de agitarse convulsivamente, hasta que encuentre un nuevo sistema adonde pueda precipitarse en busca de abrigo y de refugio.
Desde hace quinientos años se intenta obligar a la humanidad a rechazar todo sistema de conceptos, a no admitir sino el esfuerzo intelectual puro que construye esos sistemas.
En lugar de doctrinas, lo que se ha querido enseñar a respetar es el impulso hacia la verdad; en lugar de un estilo artístico determinado, la búsqueda de la belleza; en lugar de un conjunto definido de normas de acción, la buena voluntad de realizar el bien. Lo alarmante de esta predicación no es que sus teorías sean falsas –es evidente, al contrario, que son las únicas verdaderas– sino que proponga y enseñe una verdad demasiado abrupta, una verdad venenosa para la mayoría de las inteligencias.

La humanidad necesita sistemas de conceptos, moradas permanentes, estables refugios. La vida espiritual, en su plenitud de libertad, con su secreto escepticismo y su misteriosa confianza, no conviene sino a la inteligencia capaz de esperar en la desesperación y de perseverar en el desastre.
Se trata de un noble error; pero de un error se trata, no obstante. Pecado de angelismo, como todo liberalismo intemperante; interregno en que se prepara el advenimiento del tirano.

Humildemente acepto que me circunde un ancho silencio; pero haced, Dios mío, que las palabras pueblen mi soledad y labren en ella sus ricas mieles.

Los textos literarios son fórmulas incantatorias que nos transportan a diversos climas intelectuales. Cuando hemos renunciado a hallar la verdad en el mundo, el pensamiento nos parece sólo una forma deliciosa de la existencia. La inteligencia no es más ya que un atributo de ciertas almas y vamos a buscarlas en ellas como el sabor irremplazable de ciertas frutas.
Verdades de hoy, de ayer o de mañana descansarían en el basurero, si no subsistiera intacta e intocable la inteligencia que las crea pero que no se confunde con ellas. Luego no importa lo que se escriba, si el espíritu de su autor es delicioso e inteligente. Un texto es una fórmula que nos franquea el recinto de un alma.
Así, sólo importa ser, y toda retórica es vana si intenta algo distinto de contribuir a limpiar los cristales empañados de la expresión.

χατθανε χαι Πατροχλοξ ο περ σεο πολλον αγεινων me parece aún el mejor consuelo.
No creo que la serenidad que su meditación procura provenga solamente de la igualdad que proclama, del privilegio que excluye. Ante todo conmueve la sospecha de hallar algo positivo allí donde todo lo positivo se consume. Que mueran los seres en quienes los valores existen indica que la muerte tiene que ser una nueva dimensión del espíritu. No conozco mejor indicio de la dudosa inmortalidad del hombre que la imposibilidad de concebir un valor que no sea eterno, unida a la imposibilidad de disociar el valor del concreto individuo que lo realiza.

A los valores objetivos como la belleza o la verdad hay que agregar valores subjetivos, que no se separan del hombre.

Quizá podamos decir: el acto moral es la condición de la inmortalidad porque al efectuarlo nos identificamos a un valor, eterno por esencia.
...m'insegnavate come l'huom s'eterna.

Una teología de los valores es quizá la forma del pensamiento religioso que mejor lograría conmovernos.
La teología del ser se halla envuelta en las nieblas de excesivas dudas, pero ¿quién osaría negar la evidencia de un valor?
Conviene que al ontologismo mosaico del "ego sum qui sum", opongamos el axiologismo joanico del "ego sum lux et veritas et vita".
El ser se disuelve en relaciones y ya no hallamos la dureza de la piedra sino en la aparente fragilidad de la belleza.

El historiador es criatura de civilizaciones que se desintegran. El conocimiento histórico es un conocimiento analógico, que parte de lo que somos para interpretar la actividad de otros hombres. El conocimiento explícito o tácito que tengamos de nosotros mismos determina el ámbito de nuestra conciencia histórica.

Ahora bien, siendo una civilización una actitud ante el mundo, actitud que selecciona la realidad según las exigencias propias a la noción de hombre que la engendra, en su período ascendente la civilización excluye de la conciencia todo lo que no concuerda con esa noción.

La limitación es el precio con que pagamos esos momentos de esplendor.

En los albores de una civilización, cuando una nueva noción del hombre reemplaza una noción obsoleta que perece, asistimos a un fugaz despertar de la conciencia histórica. Así el Cristianismo introduce la noción de tiempo histórico en el universo estático del helenismo.

Pero las ávidas exigencias de una civilización que nace, la densa savia que la hinche, la empujan hacia su propia tarea, lejos de la contemplación desinteresada de actitudes y de gestos que ella, precisamente, se propone reemplazar.

Solamente cuando la civilización se desintegra, cuando se derrumba alguna de esas transitorias estructuras del hombre, la pululante e informe diversidad de la naturaleza humana se revela nuevamente a nuestros ojos.

Entonces sentimos hervir en nuestra carne mortecina asquerosas larvas, entonces los lémures aprisionados invaden el recinto nocturno del alma. El hombre desposeído de la norma que ordenaba su ser y sus actos adquiere conciencia de una naturaleza humana más compleja y

más rica; en su inmediato presente una plenitud de contradicciones le prepara la intelección de mil enigmas. Entonces nace el historiador, el catador crítico de almas, el amo de los gestos invocatorios, el Ulises que abreva en su propia sangre los muertos con quienes dialoga.

Pervertir los fines naturales de las cosas es la tarea propia del hombre, y la sola base de su dignidad.
La naturaleza no crea ningún valor. Una brutal necesidad causal y un estricto utilitarismo teleológico construyen aquí un sistema cerrado de objetos. En ese girar monótono de piñones y ruedas el espíritu interviene para desviar discretamente el cabal cumplimiento de ciertas funciones. Así edifica milagrosamente un universo de valores sobre los sordos cimientos de la necesidad biológica; así la astucia humana remata los actos pervertidos añadiéndoles significaciones arbitrarias.
En verdad conviene admirar el velo ricamente bordado que el hombre ha tejido con sus sutiles imposturas. Que la estúpida necesidad de una regla colectiva de acción culmine en los jurisconsultos de Roma; que la molesta necesidad de tolerar al vecino culmine en la caridad de las órdenes religiosas o en el equilibrio milagroso de un salón del siglo dieciocho; que el celo de la selva primigenia culmine en un soneto de Louise Labé; todo esto es una incomparable victoria de la extraña facultad del hombre de traicionar la naturaleza.
Así labios de una mujer bonita no son hocico, ni orificio del esófago, ni siquiera aliciente del sexo, sino eso: labios. Aquellos análisis a veces sutiles, a veces burdos con que algunos han querido denigrar o humillar las más altas actividades humanas, aun cuando no carezcan

de verdad, carecen de inteligencia. No yerran en suponer un origen oscuro y sombrío a los más nobles sentimientos, pero yerran pesadamente en imaginar que el valor de un sentimiento desaparece ante la prueba de su origen humilde. ¡Singular snobismo del intelecto burgués!
Cinismo, también, de adolescente que descubre la sumisión de sus padres a eternos apetitos animales; tan intolerable como el idílico sentimentalismo ante una naturaleza maternal.

El hombre no ha medido aún toda la depravación de su alma. No sugiero que existan tierras desconocidas, sino terrenos no triangulados. En verdad todo vicio, aun aquellos que llamamos raros, es un parque suburbano que frecuentan, en grupos familiares, las muchedumbres domingueras.
Sin embargo, los profesores de ética desconocen los vicios que escapan a sus clasificaciones y quizá los moralistas han rehuido describir los que no se prestan a un juego sutil de palabras.
Pero la verdadera causa es más bien una vergüenza disimulada.
Los vicios teatrales y espléndidos o los vicios rastreros y amables no humillan a quien al hablar de ellos reconoce implícitamente que participa de ellos en alguna manera. Pero hay otros, viles, pequeños, oblicuos, como una mirada de impotente, viscosos, glutinosos, grasientos, grisáceos. Estos, preferimos callarlos, preferimos que nuestro silencio parezca ingenuidad, preferimos dejarnos engañar, a declarar con una frase certera y cortante simultáneamente nuestra lucidez y nuestra complicidad.

Y yo mismo aquí no hablo sino en términos generales y vagos.

En nuestra época, donde los prestigios de ayer terminan de desmoronarse y donde los prestigios de mañana apenas se esbozan, no encuentro más prestigio inconcuso que el del médico. (¿No fue el culto de Esculapio un culto de decadencia?)
Sólo él logra que sus errores sean perdonados y se olviden, él sólo que su autoridad sea indiscutida, él sólo que toleremos la gravedad de sus ademanes y la pompa de su porte. (Toda época reserva la severidad para juzgar a los que no ama y para medir las cosas en que no cree.)
Su autoridad es ya absoluta. Las únicas leyes que se obedecen son las suyas.
Un despotismo astuto podría fundarse con unánime acatamiento si, proclamando todas las libertades, se contentara con decretar como medidas higiénicas y profilácticas sus más arbitrarias veleidades. El tirano higienista, he aquí un nuevo personaje de la Comedia dell'Arte que preparamos.
Ese culto de la medicina no es absurdo en una época que no puede hallar sino en su cuerpo la realidad que han perdido los valores de otros siglos. Que todo sea incierto, fugaz, dudoso, vano, este dolor no lo es ni esta vejez que me amenaza. ¿Cómo no postrarme ante quien me procura alivio, ante quien me promete sosiego?
El viejo taumaturgo resucita y el cortejo lamentable abandona las grutas sagradas, los árboles milagrosos, los templos iluminados por el temblor de los cirios, para encaminarse hacia donde lo espera el nuevo shaman,

que reemplaza sus plumas y sus pieles obsoletas por la blusa blanca, las gafas de carey y el estilógrafo.
A mí, sin embargo, el médico me inspira absurdamente un secreto desprecio. Oficio de esclavo –murmuro; como un tosco patricio de Roma ante la gesticulación del griego perspicaz que lo atiende, yo pequeño burgués con aspirina y pantopón.
Sin embargo, quizá en el fondo no me equivoque. El culto del médico simboliza la definitiva sumisión del espíritu. La salud del cuerpo es aquí el fin propio de la actividad humana, y yo no puedo admitir que sea más que su instrumento. Un viejo resabio platónico me incita a "χαρειν το σωγα", para así "χαθ' οσον δυναται (¡ah! he aquí el punto) el alma "μη χοινω νουτα αυτω μηδ απτομενη ορεγηται του οντοξ".

Aun cuando quizá todo no haya sido dicho (con perdón del Eclesiastés y de La Bruyére), lo que más nos gustaría a veces decir sí lo ha sido.
Los lugares comunes: de pronto siento un apetito desmedido hacia ellos. Qué delicia vagar por el mar de lo obvio, abordar al maravilloso continente de las trivialidades. ¡Ah!, ¡descubrir el amor, el dolor, la muerte, la lealtad o el patriotismo, la guerra o la paz, etc., etc., y las inevitables paradojas y los atrevimientos esperados! Pero qué vamos a hacer; allá está Cicerón, e Isócrates, y Plutarco.
Yo no me burlo, el lugar común no es el error; al contrario, es quizá la mayor verdad. Si tiene algún defecto es su demasiada familiaridad. Con él tenemos relaciones conyugales; pero esto no significa que la sonrisa desconocida que nos conmueve, que el gesto inolvidable de

alguna viajera fugaz, nos prometan una dicha más segura. Elle trouvait dans l'adultere toutes les platitudes du mariage.

Sin ambición el alma se descuida y se abandona.

Nada de lo que se ha acercado a la mujer que amamos nos es indiferente. Ella impregna de fuerza sensual todo lo que toca. Son muchos los seres que seguimos frecuentando, a pesar de su mediocridad, porque su presencia nos devuelve, intacta, la calidad de nuestro amor de ayer.

Barrés: tipo admirable de inteligencia concreta. Toda idea adquiere en ese espíritu su forma carnal.
Su cielo espiritual se puebla de especies impuras, de presencias terrestres. Es una inteligencia de lo encarnado.
Su meditación no parte de un principio, sino de un objeto, real, opaco, duro, y concluye también en el objeto: alondra que brota del trigal, surge, se eleva, y en el mismo trigal se precipita y se hunde.

Los fabricantes de sociedades son los más desgraciados de los hombres.
Su tenaz esfuerzo culmina en instaurar lo que vituperan; los más ingeniosos y felices sólo logran bautizar hechos viejos con nombres nuevos, o esconder bajo un manto de fórmulas la misma precaria desnudez.
A pesar de su asperidad usual y de su rudeza, el reformador posee una sensibilidad delicada. Emotivo, irritable, incapaz de tolerar lo que hiere su conciencia, el reformador ama apasionadamente a los hombres, y es

en su amor que halla los motivos de su protesta y de su rebelión.

Pero si el amor a los hombres es el motor de la reforma, ese mismo amor prepara el fracaso de la reforma que suscita, al proponerse utilizar para edificar la sociedad que anhela, solamente aquellos sentimientos y aquellas pasiones que estima dignos de ser amados.

En efecto, el reformador entrega el cumplimiento de los fines sociales anhelados a las más nobles pasiones del hombre y a sus más altos sentimientos. La compleja estructura que intenta construir requiere, para durar, que el hombre renuncie a la codicia, a la ambición, al egoísmo; que la voluntad de que prevalezca el bien colectivo sujete el interés privado; que las intenciones perversas, los apetitos oscuros, las pasiones irracionales, se desvanezcan como las grisáceas nieblas del alba.

En otros términos, la sociedad del reformador tiene por condición –y supone ya realizado– todo aquello que, después de innúmeros esfuerzos y labores, podría quizá llegar a ser efecto y resultado de una paciente, astuta y lenta organización social.

Que las virtudes sociales que un tipo de sociedad pueda quizá producir, sean necesarias para producir esa sociedad; que el efecto tenga que engendrar su causa, he ahí la contradicción insoluble que hace nugatoria la actitud reformista.

Pero ante su fracaso el reformador no dimite.

Sin embargo, la renitente indocilidad del material humano no sugiere a su espíritu que convenga aplicar técnicas más ágiles; el reformador no sospecha que, ante todo, le urge reformarse a sí mismo, reformar sus principios y sus normas, reformar sus imperativos abruptos, sus pretensiones excesivas, sus exigencias apodícticas.

Ante su fracaso, el reformador culpa al hombre.
En todas partes descubre voluntades perversas, intenciones torcidas y malévolas. El hombre le parece conspirar en favor del mal. Entonces brota de su mismo amor una severidad de padre irritado que azota y castiga.
Su ambición contrariada, sus sentimientos heridos, sus sueños rotos, exasperan su emotividad aguda.
En ese áspero clima, el reformador se revela singularmente capaz de violencia y de crueldad. Entre los hombres de Estado se distingue, entonces, por la desmedida energía de sus actos y por la fanática integridad de sus decisiones. Así, la confianza en la rectitud de sus propósitos y en el desinterés de su conciencia le permiten extremos que un egoísta rechazaría aterrado.
Sin embargo, la nueva actitud del reformador no es menos vana que la primera.
La violencia revolucionaria edifica triunfos triviales sobre horrendos acervos de cadáveres.
La masa humana parece ceder a la vigorosa presión que el revolucionario, decidido, frío, cruel y sagaz, ejerce sobre ella. Ante la aparente y transitoria docilidad de la historia, un árido entusiasmo llena el alma del revolucionario victorioso. El profetismo, plasmado en técnicas policíacas y militares, cree poderse mofar de los espectadores escépticos.
La humanidad agradecida se prepara a erigir la sombra de un cenotafio, donde yazcan las víctimas propiciatorias inmoladas a una empresa en fin triunfal.
Pero la tenaz rutina de la historia socava esas construcciones orgullosas y arbitrarias.
La tensión, el esfuerzo, la constante vigilancia, fatigan pronto y adormecen las erguidas potencias del alma.

Los hombres se acomodan a la nueva facilidad que nace. Lentamente todo vuelve a los viejos usos milenarios. El tiempo recupera su poder perdido. La continuidad histórica invade, con sus aguas poderosas, las anchas tierras laboradas, y, sobre ese suelo que pisó el orgullo del hombre, la posteridad no descubre sino el cadáver de un inocente torturado.
Sin duda, solamente porque carecemos de imaginación, podemos soportar las injusticias de que somos, todos, involuntariamente culpables, pero toda intolerancia de la injusticia que no culmina en santidad sólo logra agitar al mundo.

El hombre frío, carente de benevolencia pero lúcido, se contenta con explotar los privilegios que le toleran y con reformarse a sí mismo.

Venid desnudos pies del amor, duros pasos del odio, marcha de la gloria al sol del mediodía. Un lento meditar en las tardes, y en la noche el canto cristalino de una flauta. ¡Ah!, cuerpos que mis manos ignoraron, jardines a mis pies desconocidos, ciudades luminosas perdidas por mis ojos, y de vosotros, ríos, ríos endurecidos, el profundo fluir de vuestras aguas.

La tarea del filósofo no consiste tanto en inventar ideas como en impedir que las ideas formen una costra sobre el pensamiento. Destruir todo sistema es su verdadera tarea sistemática. En el fondo el sistema de un filósofo no es más que una maquinaria de guerra para combatir las ideas que le estorban y son los discípulos los que transforman el aparato guerrero en cómoda mansión.

Incansablemente la filosofía se propone situarnos sin prejuicios ante la realidad desnuda. Toda solución no es más que la disolución de una solución previa.
El extravagante entusiasmo que una filosofía es susceptible de inspirar proviene de la embriaguez de hallarnos nuevamente en campo raso. Toda filosofía nueva liberta porque nos propone el mismo eterno problema.
Los verdaderos problemas no cambian, ni encuentran solución. El deber de la filosofía consiste en decirnos: esta solución es inválida, he aquí de nuevo el problema.

La adolescencia logra sin haber deseado; la juventud desea y logra; la vejez comienza deseando sin lograr y termina deseando desear.

Una opinión exagerada y excesiva consigue muchas veces nuestro asentimiento, tan sólo porque precedentemente hemos escuchado a alguien que con obstinación y terquedad sostenía la opinión contraria.

El hombre inteligente, como también el artista, es capaz de tratar sólo un número determinado de temas.
Cada inteligencia tiene su repertorio. Sin embargo, cada cual propone con las ideas propias y elaboradas muchas otras que, en verdad. sólo repite; como un tonto dotado de excelente memoria.

La verdadera inteligencia no es tanto la facultad de tener ideas, inteligentes, o exactas, o justas, o ciertas, como un atributo indefinible de ciertos espíritus.
La inteligencia es como una resonancia especial, una densidad particular, una tonalidad singular, una atmós-

fera propia. Hay más inteligencia en equivocarse de cierta manera que en acertar de manera distinta.

El verdadero problema del hombre, hoy día, yace quizá en el hecho irónico de que su poder actual es capaz de realizar sus deseos. El hombre busca el placer y huye el dolor (verdad cuya trivialidad no borra la evidencia), pero su ignorancia y la ineficacia de su técnica, hasta ahora, han transformado las más imprudentes empresas de bienestar material en insensatos y nobles anhelos.
El fracaso ha sido la condición de las más excelsas virtudes.
Que la precisión, los nítidos contornos, de todo anhelo que logra inscribirse en el implacable espacio de la historia, no haya logrado reemplazar la indecisa confusión, grávida de promesas contradictorias, henchida de tácitos dones, del anhelo que perdura en su pura virtualidad, he ahí la más evidente causa de la dignidad del hombre, y que hoy esto sea posible su más evidente amenaza.

Para crear alrededor mío la zona de silencio y de tranquilidad necesaria a una vida que no quiere hallar sino en sí misma la causa de sus ocupaciones y de sus quehaceres, he encontrado útiles ante todo la buena educación y la mala fe.

Lo que me desagrada no es el egoísmo, sino la ingenuidad con que ciertos egoísmos se ignoran a sí mismos y disfrazados con pretextos generosos se atreven a exigir de nosotros algo que ellos necesitan, con la buena conciencia de quien pide limosna para obras pías.

Existen dos tipos fundamentalmente distintos de petulancia, de presunción y de irresistible confianza en sí mismo. De uno de los tipos es buen ejemplo el americano del norte y del otro el americano del sur.

La primera petulancia es una petulancia impersonal. Proviene de una singular certeza de la excelencia de las ideas, normas, principios, fines de la sociedad en que hemos nacido, de la clase social a que pertenecemos, del país del cual somos ciudadanos. Más que una seguridad inquebrantable de no errar, hay aquí una incapacidad radical de sospechar que un error pueda tener allí lugar, o que una actitud diversa pueda concebirse con iguales o similares derechos. Dogmatismo, por lo tanto, y no fanatismo, ya que el fanatismo es sólo el dogmatismo de quienes dudan secretamente de lo que predican con énfasis. Es así como una tan desmedida confianza en lo que se es y en lo que se cree admite cierta benevolencia, condescendiente pero no desprovista de un generoso afán de apostólico altruismo. Actitud cómica, claro está, pero conmovedora por su ingenuidad misma.

Una semejante actitud se compagina fácilmente con una real modestia personal y hasta con el conocimiento de la insignificancia propia.

La otra petulancia, en cambio, desconoce la existencia de toda excelencia impersonal de la cual podemos ufanarnos, y se funda tan sólo sobre una vanidosa apreciación de los méritos propios. Aquí el petulante no intenta imponer el acatamiento de una norma cualquiera, sino el mero reconocimiento admirativo de las raras virtudes que se atribuye. Virtudes que, en verdad, son los mismos atributos que posea. Petulancia individual y rigurosamente gratuita; insegura por lo tanto e incierta,

suspicaz y desconfiada, apercibida para defenderse, provista de argumentos y de argucias, lista a los peores excesos de una retórica irritada y enfática.

El único libro para el cual tengo material suficiente sería la autobiografía de un mediocre; pero desgraciadamente aun ese libro requiere talento para ser escrito.

La peor situación: sentir la imposibilidad de nuestra ambición simultánea con la imposibilidad de renunciar a ella.

Lo más difícil: resignarse sin amargura, y vivir con dignidad una vida que el destino aleja de toda noble empresa.

Nunca he pedido que las circunstancias exteriores me favorezcan, como aquellos que se lamentan del medio en que nacieron; no he tenido más ambición que la de una grandeza solitaria.

Casi rico, casi buen mozo, casi inteligente, casi con talento; mi vida ha consistido en un perpetuo perder el tren por unos pocos minutos de retraso.

Dichosos los que pueden atribuir a la malevolencia o a la hostilidad del mundo las razones de su fracaso. En lo que me atañe, todos los que mi ambición citó acudieron a la cita, yo he sido el solo a dejar de concurrir.

ανδροξ δε οπουδη γινεται ουδεμια de Teognis– epígrafe a mi biografía.

Ni escribir, ni siquiera formular claramente lo que pensamos, es tarea cotidiana; la mayoría no cumplimos con esa elemental tarea intelectual sino con cierta pompa dominguera. Puerilmente llegamos a persuadirnos que lo extraordinario sólo merece ser escrito o que lo común requiere una dicción rebuscada para ser tolerable. Hablar con sencillez y de cosas sencillas supone una cierta astucia perversa.

Menos temida que la muerte, menos maldecida que la vejez, sin embargo la edad madura es la más sucia de las edades humanas: allí es donde el hombre acepta todas las humillaciones que le impone la vida y se instala en ellas.

Todo joven despierta en mí la envidia; hasta que descubro, escondidos detrás de su juventud, los rasgos del ser lamentable que será.

Un idéntico gusano prepara la descomposición de cualquier cadáver, pero ¿quién no prefiere al puñal del eunuco la púrpura que contempla la angustiada inmovilidad de la estatua?

Recuerda que sólo eres una parte del mundo, una parte de la sociedad, una parte del espíritu humano. El insensato orgullo del alma, que se indigna de cualquier limitación, te insinúa el olvido de tu condición de hombre. Pero así sólo logras que todo te hiera, que baste luego que algo afirme eficazmente su existencia para sentirte anulado.
No te pido que al saberte sólo parte de una totalidad que te envuelve, te contentes con la actividad mecánica

de una pieza de máquina, que tu función parcial te satisfaga hasta agotarte en ella. El lugar que ocupas, la situación en que te hallas, debes aceptarlos como puntos de escasa entidad en un inmenso territorio. Cumplido ya ese acto de aceptación honrada y de leal orientación, puedes dedicarte al delicioso trabajo de explorar el ancho universo. En pocas palabras: renuncia a la cómica ambición de conquistar; conténtate con la función ambulatoria de viajero curioso.

Que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones, es una singular aberración.
La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir penetrada íntimamente de inteligencia y de razón, plenamente lúcida y ordenada hacia los objetos propios del espíritu.

La abarcadura del espíritu depende del cuidado que tuvimos de no admitir en nuestra memoria datos inconexos y desligados de todo sistema.

Las palabras no son sino promesas de ellas mismas, y sólo engañan a quien imagina que el mundo es más que el pretexto de una frase noble y pura.

La noción de bienestar no es una noción abstracta sino una noción histórica. De nada sirve definir el bienestar en sí del hombre, pues así no hacemos sino completar un mito: el del hombre abstracto con sus necesidades impersonales. La totalidad del universo con su peso histórico, su

urgencia política y social, determina la forma propia de nuestro bienestar.

Vivir es vivir en un mundo determinado y no en un mundo cualquiera; es encontrarse, ser concreto y único, en una situación concreta y única.

Esa leve sonrisa y el ligero ademán de sorpresa y la momentánea vacilación de tus pasos, te entregan a mi alma de manera más irremediable que el posible encuentro engañoso sobre un lecho desordenado.

Una auténtica norma de vida es aquella que no recibimos con pasividad inerte sino con acatamiento dichoso; aquella que no es más que la cristalización en fórmulas, de los raros instantes en que percibimos un valor.
Así, el momento feliz rige los trechos monótonos.

La gracia nace de toda acción lenta, continua, y encaminada certeramente hacia su propio fin.

La nostalgia de otras épocas pasadas es un producto de la historiografía. El tiempo presente nos impone la totalidad de una época, mientras que la historiografía no deja subsistir de los tiempos pasados sino sus extremos de horror o de belleza.

Ante el acervo de los conocimientos humanos, lo único que impide que nuestra ignorancia nos agobie es el recuerdo de la zona ilimitada de tinieblas que los circunda.

Reconocer que si nos arrojamos por la ventana de un piso alto nos estrellamos contra el suelo, no es renunciar vilmente a los derechos de nuestras almas, sino iniciar una meditación sobre las condiciones del vuelo.

La escasa facilidad de un espíritu no es síntoma certero de una impotencia irremediable.
Hay suelos ásperos y duros, rebeldes al arado que los rompe, fecundos en espinos y en malezas, pero cuyas capas subterráneas esconden pesadas promesas. Basta a veces entregarse a un trabajo incansable y humilde, para que alguna mañana vea surgir, en esos pardos eriales, el verde manto que anuncia los duros granos del otoño.

No hay mejor sustituto al pensamiento que una buena biblioteca.

Para defenderme eficazmente de la opresión con que nos amenazan el mundo enorme, el tiempo ilimitado y la implacable sociedad, también, con sus yertas leyes, he apelado siempre a la consideración de la vanidad radical en que todo se funda; para que todo se derrumbe en una insignificancia igual a la nuestra.
Quizá, sin embargo, es pagar muy caro una serenidad desolada.
Con la angustia he borrado simultáneamente de la faz del mundo sus fugaces pero reales esplendores. No solamente lo horrible y lo mediocre se esfuman, como engañosos amagos de tormenta; también lo noble y lo bello se disipan, como la ilusoria consolación de nubes estivales sobre cosechas sedientas.

La plena densidad de la vida quiere que la palpemos con decidida avidez. Quien astutamente se aleja, sacrifica a la dureza que le hiere, el suave cuerpo de las cosas. ¿Será sabiduría la que sacrifica la excelencia evidente que yace en el mundo? ¿Será locura la que no teme los duros cantos y las cortantes piedras, si la senda la conduce a un noble recinto?

El amor añade al erotismo su dimensión profunda. Erotismo y amor no se identifican; la similitud de los gestos que exigen no debe escondernos su honda diferencia. Pero si lo usual es practicarlos aisladamente, su conjunción proporciona el más grave estremecimiento. No es difícil hallar la razón de una emoción tan intensa. Mientras que el erotismo podría definirse como un placer desnudo de sentimiento; el amor es, precisamente, el placer transido de sentimiento y empapado en él. Si logramos, por lo tanto, ante un mismo objeto de carne colocarnos en la actitud contradictoria que nos lo hace percibir, paradójicamente, como objeto sentimental propicio al placer erótico, nuestra sensibilidad encuentra, en esa fusión de atributos hostiles, una singular conmoción.

Todo lo que viola una norma o una ley nos perturba: nos sentimos invadidos por el vértigo, junto al abismo de un orden que se derrumba.
Esa violación nos abre las puertas de un mundo vesánico, de un universo de tibias presencias, de efluvios cálidos, de sensaciones de angustia deliciosa, como ese vacío abdominal que nos ahueca, cuando tememos ansiosos un peligro, o esperamos el milagroso cumplimiento de un deseo.

Pero no son, tanto, las leyes sociales aquellas cuya violación es capaz de introducirnos en esos nocturnos placeres; y más que las leyes morales, son, ante todo, las leyes psicológicas.
Toda actitud psicológica aberrante es la llave de un recinto mágico.
Como Procopio, paralelamente al panegírico de Justiniano, deberíamos todos escribir, de nosotros mismos, la Historia Secreta.

Cuando la repetición embota la aguda punta que los usuales gestos del amor clavan en nuestros nervios, el placer se exaspera en la búsqueda de sí mismo.
Lejos de agotar la sensibilidad, el abuso la irrita, le enseña la impaciencia y la induce a un más crudo apetito.
Pero no es una sed que anhela el agua; ni es, como un moralismo ingenuo lo sugiere, la sed de tener una sed ya imposible; es, más allá de la obvia sed esporádica, un estado perenne de seca sed.
No somos, allí, la víctima inerme de un deseo que nos invade como invade el mar la playa monótona que, más tarde, abandona a su misma esterilidad arenosa.
Más semejantes somos a un cuerpo sideral que arde en el espacio e irradia el temblor que lo sacude.
Ya no basta el placer desnudo, para aplacar una sed que lo trasciende.
El alma se exalta en pruritos de actividad sin fin.
El deseo abandona el cuerpo, y se interioriza, para transformarse en apetito del espíritu. Los gestos corporales sólo sirven, entonces, de símbolo, y es en una fruición de especies intelectuales que ese deseo intelectualizado se satisface.

Esta es la conjunción en que nacen las larvas espectrales.

Nada fortifica tanto la pereza como una mirada desprevenida sobre la inutilidad de todo.

Llamamos cínicos a quienes hacen conscientemente, y sin engaño, lo que los demás hacen con plenitud de inconsciencia.

La verdad no necesita de nuestras pasiones. Lo que existe es indiferente a nuestras opiniones.
La indiferencia ante el error es certidumbre de la verdad.

Los adeptos de ciertos vicios suelen formar grupos estrechamente cerrados, similares a sectas filosóficas o religiosas.
Similitud que no proviene de análogas circunstancias sociales, pues ese carácter de secta no se origina en el hecho de ser minorías, sino ante todo en la posesión, exclusiva al grupo, de una concepción particular del mundo o, más exactamente, de una experiencia particular.
Todo vicio es un órgano de conocimiento, un instrumento que revela un nuevo aspecto del mundo.
Todo conocimiento implica una manera propia de vivir y de ser.

Escribir para predicar la verdad, lo que nos parece la verdad, ¿para qué?
Un libro más que ha de morir.
Cansancio, hastío, inutilidad.
No pasa lo mismo con la obra de arte.

Aquí hay algo nuevo, único; algo que no existe, si el hombre no lo crea. No yace disponible a los ojos bien abiertos. Su existencia es inconmensurable.
Preguntarse si una obra de arte debe existir, es tan absurdo como preguntarse si un ser debe existir, o tan razonable.
La inutilidad de la obra, su ineficacia, su desconocimiento, o su olvido, no sirven para valorar el acto que la engendra.
Pero la obra que predica o expone una verdad, ¿para qué ejecutarla, si ha de ser inútil?; ¿para qué, si la verdad ya existe y no necesita de la obra, ni para subsistir, ni para imponerse a quien es capaz de ella?

El nacionalismo exasperado, que nace en el siglo XIX, corre parejo con el desarrollo de los medios de transporte y de comunicación que, simultáneamente con los adelantos industriales y técnicos, prepara un universo homogéneo, en el que las diferencias se anulan.
La voluntad de sentirse y de pensarse diferente parece como un sobresalto de las naciones angustiadas ante su próxima desaparición. La conciencia aparece en el mundo como un reflejo de la angustia.
Mientras nuestros fines se cumplen armoniosamente perduramos en una quieta inconsciencia; pero todo lo que estorba una función, engendra un dolor y prepara la conciencia.
Quizá no sea la conciencia sino el fruto de la presencia de la muerte. Porque tenemos que morir nos hallamos en situación de angustia, angustia que es la raíz viva, carnal, de la conciencia.

El talento no es más que la aptitud para explotar nuestra inteligencia.

La tesis estoica consiste esencialmente en enseñarnos que aquello que depende de la fortuna ni es nuestro, ni es un bien. Requerimos, evidentemente, una actitud de tipo estoico para prepararnos a todos los abandonos, los naufragios, los fracasos de la vida; pero lo que me repugna en toda doctrina similar es que le sea necesario negar el valor de las cosas para enseñarnos el desprendimiento. No me declararé satisfecho mientras no halle una doctrina que me diga: esto es noble, esto es bello y grande, prepárate a perderlo, prepárate a renunciar a ello con un corazón sereno, con una firme inteligencia, que lamenta lo que abandona y, a la vez, acepta tranquila el despojamiento que le imponen.

Siento que mi existencia sólo tiene dos puntos de plenitud y de equilibrio. Lo demás lo tolero con impaciencia, o con resignación.
No hallo satisfacción en las tierras medias, en las llanuras extensas, frescas y dulces. Quizá, por eso mismo, anhelo habitar en ellas, edificar allí una casa de cal y canto, morada duradera que amarre a un huidizo transeúnte.
Mi ser se cumple sólo en la yerta cumbre de la idea o en el valle bajo y sofocante del erotismo. La meditación más abstracta sobre el espíritu, sus normas, sus principios, o la tibia selva de los gestos voluptuosos.
Sólo me conmueve el lívido amanecer que me encuentra desesperado ante el problema insoluble o ante el cuerpo inviolable, que ni su complicidad traiciona.

Lo que nos hace creer que el curso irresistible de las cosas nos arrastra y que las catástrofes sorprenden al hombre, ya impotente y vencido, no es la conciencia de nuestra debilidad, ni la certidumbre de una necesidad causal que refuta y ridiculiza nuestra ingenua fe en la libertad.
La razón es más modesta.
Nuestras decisiones eficaces no son las decisiones meditadas de las horas solemnes, de los momentos en que, apercibidos y preparados, hacemos los gestos espectaculares de elegir y de rechazar. Las decisiones que gobiernan nuestra vida son la opciones tímidas y silenciosas de las horas cotidianas.
Los momentos grávidos de nuestro futuro se deslizan callados en medio del estruendo de la feria.
La esquina que cruzamos, el amigo cuya invitación atendimos, la curiosidad que rechazamos, el leve ademán de vanidad o de orgullo a que cedimos, toda la trivial rutina de nuestra existencia, son los resortes de nuestro destino.
Allí nacen los ínfimos principios de las más vastas consecuencias. La necesidad es la faz de nuestra ignorancia y de la miseria intelectual en que nos complacemos.

Los tratados de metafísica son la diversión favorita de los ángeles.
Cuando un ángel subalterno les lleva un nuevo libro verde de Alcan, los querubines agitan regocijadamente sus alas de monstruos asirios.

La ironía nos consuela de nuestros fracasos.

Sólo subsiste y dura el pensamiento que se acepta y se prolonga a sí mismo, que rechaza lo que lo niega, y se afirma, independiente, seguro, soberano.
Yo quisiera, al revés, borrar con cada pensamiento el pensamiento anterior, y anhelo que cada afirmación encierre ya la negación que la elimina.

Lo que me separa de todos es mi falta de opiniones. En verdad, tarde o temprano todo el mundo forma un repertorio de opiniones y descansa. Los unos opinan sobre Dios y el mundo; otros, más minuciosos, tienen sus remedios favoritos y certidumbres sobre la manera de saludar y de despedirse.
Yo carezco de opiniones, sólo tengo breves ideas, transitorias y fugaces, más parecidas a las posadas destartaladas donde descansamos una noche que a las mansiones espléndidas, donde no sabemos bien si moramos, o si somos prisioneros de su misma magnificencia.

No he querido viajar, porque ante todo paisaje que me conmueve, mi corazón se desgarra por no poder morar allí eternamente.

He aceptado mi vida con la pasividad de la piedra, porque todo en la vida me seduce igualmente.
No pudiendo excluir, no he sabido elegir, y me he contentado con la mediocre existencia concedida.

Nada más vano, ni más delicioso, que hablar de sí mismo.

La única cosa de la cual nunca he dudado: la existencia de Dios.

Ante un cadáver no es tanto la insensatez de la muerte lo que me impresiona, como la indiferencia de los hombres.
Que la naturaleza mantenga impávida su curso, ni me sorprende, ni me indigna, pues ese es el hecho bruto que nos es dado en su irracionabilidad absoluta.
Pero no comprendo que carezcamos de la dignidad elemental para protestar contra el inicuo juicio que a todos nos condena.
Yo quisiera que, alrededor de cualquier cadáver la ciudad entera se detuviese, silenciosa, y que todo hombre fuese cómplice de la rebelión impotente de los que lloran.

Un régimen político estable no es más que un grupo de familias que duran.

Es difícil indignarse contra una opinión que no afecta nuestro bienestar. La imparcialidad triunfa, cuando no se hallan comprometidos nuestros intereses, ni nuestra vanidad.
La tolerancia no ha sido nunca ejercida sino a propósito de doctrinas obsoletas.

Si el hecho bruto de existir precede toda determinación de la conciencia, el hecho de subsistir la supone.
La vida se funda sobre una afirmación de valor. Quien la prolonga de un instante a otro, elige; ya que el intervalo más fugaz admite el suicidio que la suprime.

El instinto de conservación actualiza el gesto con que la vida se acepta y que cada instante en que dura ratifica.

La explicación del más sencillo de los actos humanos exige que aduzcamos una abundante multiplicidad de motivos, de razones y de causas.
Sin embargo, el demonio de la facilidad, el dios sutil de la pereza, nos inclina discretamente a favorecer toda tesis que reduce a un corto repertorio de motivos la compleja motivación de un acto. Nada más seductor –ni más falso– que esos ingeniosos juegos intelectuales que, omitiendo aquí un matiz y añadiendo allí una sombra, prorrogan más allá de sus límites la legítima eficacia de un principio explicativo.
La aparente elegancia de una tesis bien simétrica falsifica tanto la verdad, como altera su expresión una cláusula métrica, que busca tan sólo restablecer un equilibrio rítmico.
Ávida de comprender y de recordar, la inteligencia inmola la multiplicidad irreductible que se opone a sus empeños, y erige un esquema simplificado y transparente sobre la opaca y densa materia del mundo.
Pero la inteligencia misma pronto desecha ese aparato de conceptos bien pulidos, rotundos y simétricos, que, al aplicarse sobre la áspera superficie de las cosas, no abraza sus protuberancias, ni penetra en sus grietas y ranuras.
Nos dejamos así engañar por una falsa inteligibilidad, que nace de la facilidad con que la inteligencia transita por las estancias conceptuales de un palacio de definiciones, que ella misma crea para su propia comodidad.

Mas el bienestar que procura ese movimiento holgado, libre de trabas, y que no estorba la presencia de objetos autónomos, no basta a la inteligencia.
La falsa inteligibilidad no seduce, sino porque simula la inteligibilidad verdadera.
El anhelo hondo e incansable de la inteligencia es la inteligibilidad real, plena, áspera, dura.
Para destacar cada cosa del confuso fondo donde se confunde con otras, necesita establecer el complejo sistema de nexos que la atan y ligan al resto del universo. Pero, ante todo, busca penetrar hasta el sellado centro donde reside su unidad insustituible, y donde se esconde su misterio.

La fecundidad espontánea de la inteligencia es un don concedido a pocos.
La partenogénesis intelectual es rara; casi todos requerimos el encuentro con el breve cuerpo vibrátil que nos dispara, como óvulos sumidos en grato torpor, hacia una activa proliferación.
Necesitamos que algo acontezca, distinto de lo que una larga familiaridad superpone, identifica y anula, para que la inteligencia abandone sus carriles y corra, a campo traviesa, en pos de liebres y gamos.

No sé si todo hombre se contemple con la ironía con que yo me contemplo.
La actitud que asumimos ante los otros –nuestra postura oficial– puede engañar, y quizá tal gesto pomposo y solemne, que nos induce a sospechar que su autor es un tonto, esconde la sorna y la mofa discreta de quien comprende que muchos bienes codiciables se compran con cierta moneda de papel que cualquier astuto sabe emitir.

Hay dos maneras privilegiadas de aburrir al hacer un relato: la particularidad minuciosa de lo individual y la generosidad ilimitada del concepto.
La perfección reside, en ese espacio intermediario, donde los hechos parecen despertar e iluminarse de inteligencia y donde las ideas caminan con la pesadez sensual de animales saciados.

Aspiro a mantener mi pensamiento pegado y adherido a la realidad cotidiana. Que en ella encuentre su punto de partida y su punto de llegada, como una curva cerrada, dibujada por un movimiento que culmina en el mismo objeto que lo engendra.

La personalidad es la faz intemporal del universo.

La presencia constante de ciertos hechos discretos fluye debajo de una vida como el silencio musical a que debe su pura resonancia.

No sé si nunca tomo decisiones porque creo en la sabiduría de las decisiones que la vida toma espontáneamente o si creo en la sabiduría de la vida porque soy incapaz de tomar decisiones.

Nuestras cualidades son con frecuencia el reverso de nuestros defectos y nuestros defectos la sombra de nuestras cualidades.

Las opiniones no son el resultado de la meditación sino la prueba de su dimisión. El pensamiento cansado renuncia y se coagula en opiniones.

Siempre he reservado mis mayores elogios para quienes han sido conmigo más injustos. Casi con rabia me dedico a buscar en ellos las cualidades y los méritos más escondidos. Pero no lo hago por caridad sino por orgullo: no me resigno a que alguien piense que existe un hombre capaz de herirme, ni a que imagine, si censuro, que uso de pretextos para vengarme.
Prefiero absolver al culpable, si alguien duda de la imparcialidad de mi justicia.

Inmolar nuestra vanidad en el altar de nuestra lucidez.

Dios es el ser para el cual el más humilde y común de los hombres es una persona.
Dios es el ser que no piensa con ideas generales.

Debemos poner toda nuestra esperanza en la injusticia de Dios.

Todos nuestros esfuerzos tienen por fin arrancarnos al anonimato de la clase, de la raza, de la especie, o del género, para ascender a la individualidad.

Todo viajero huye, pero da grima no poder dejar en la estación al verdadero ser de quien anhelamos alejarnos.

No nos parecen justos quienes nos estiman en lo que valemos, sino en lo que creemos valer.

Cualquiera mira, pero pocos ven.

El viaje es la voluptuosidad del sedentario.

Todo amanecer limpia los paisajes más vulgares.

Para tolerarlos, hay que integrar los viajeros en el paisaje.

Para evitar la angustia de sentirse tan sólo una de las unidades de un cuadro estadístico, conviene hacer uno mismo la estadística.

El único sucedáneo a la grandeza es la lucidez.
Ella sólo consuela de la grandeza que el destino nos hurta. Es virtud de ambiciosos desengañados; es la humildad de los soberbios que, sin dimitir, se resignan.

El relato inteligente de la derrota es la sutil victoria del vencido.

La expresión es la medida de la conciencia.

Nuestro interés traza los límites de nuestro campo visual. Requerimos un aprendizaje para ver y nuestra tarea más urgente es la de inventar interrogaciones.

Conviene cortarle a la idea sus raíces verbales: toda la sucia materia que la ata al suelo.
Que la frase estalle como una flor, y olvide que requirió una espesa penumbra de raíces y tallos.

Las transiciones aburren a quien piensa, pero son la culminación del arte de escribir. Son además la mayor cortesía del escritor con su lector desamparado; digamos que son su buena educación.

Un escritor sin transiciones nos subyuga o nos repele, difícilmente nos seduce.

El colmo del arte es devolver al pensamiento por medio de las palabras la sencillez de que las palabras lo despojan.

Toda ciudad es una hipótesis que la inteligencia instala alrededor de una calle.

La inteligencia tiende hacia la inmovilidad como los cuerpos hacia el centro de la tierra.

Un vocablo raro es capaz de indiscreción, mientras que el término común propala solamente una grosería

Cuando las causas del fracaso de una vida son meras convenciones sociales, no podemos hablar de tragedia, sino de acontecimientos patéticos.

Si la multiplicidad esencial a la naturaleza del universo funda la imposibilidad de establecer un sistema coherente y total de leyes, la no menos esencial unidad del cosmos implica la existencia de constantes universales. La ley no es una generalidad impersonal, abstracta y soberana, sino una exigencia concreta, un hecho no superior en dignidad moral o lógica a la multiplicidad caótica de la historia.

La inmovilidad de las horas meridianas aplica una nueva capa de silencio, untuoso y craso, al paisaje férvido que atravesamos.

Es un estrecho desfiladero de aguas marinas que tienen el color de la sangre coagulada, entre dos murallas de rocas amoratadas y cobrizas.
Ninguna vegetación refresca las empinadas vertientes de las peñas; la transparencia cruel del aire parece estéril de alas, como el ámbito mineral de un diamante; y las crasientas aguas sofocan toda vida.
El buque navega lentamente; el humo de su chimenea perdura blanco y compacto en el aire inmóvil, como si una brocha de gruesas cerdas se arrastrara sobre un bastidor de seda azul.

El dios de las blasfematorias exigencias, el dios a quien rendimos nuestro culto más ferviente.

En la contemplación de las cosas cada cual encuentra y logra lo que discretamente aporta.

Mientras somos jóvenes no importa que nos exalten y entusiasmen motivos pueriles y comunes. Podemos gastar a manos llenas.
Más tarde ese derroche es peligroso; el hombre no recupera lo que malbarata. Quizá crezca la inteligencia con los años, pero ¿a qué sirve una luz fría?
Si la razón no se empapa de sensibilidad, las ideas son como cartas de jugar entre las manos de un viejo, diversiones de quien espera la muerte.

No quiero que la conciencia de la fugacidad de la vida y de las abiertas acechanzas de la muerte nos conduzca a menospreciar la conmovedora belleza de la juventud. Ciertamente la juventud es pavorosamente frágil,

ya que su fragilidad nos sorprende contrapuesta aún a la fragilidad de la vida. Pero aun cuando la muerte que nos espera, y que espera al universo entero, sea el único hecho irrefragable, esa flor, esa aurora, esa promesa, no deja de ser porque no persiste, ni dura.
Nuestro afán de eternidad, nuestro asco de lo efímero, pueden ser la más real manifestación de nuestra esencia profunda, pero siento a veces la sospecha de un engaño trágico. Quizá todo pase irrevocablemente; quizá la suprema excelencia no se esconda en ese fondo del ser que nuestra ansiedad descubre y en el cual espera; quizá la momentánea belleza de un gesto sea lo único que concierta en el universo con el oscuro deseo de nuestras almas.

El afán de originalidad se debilita en los espíritus más sinceros; no es raro que el pensamiento, cuya larga genealogía podemos recorrer hasta los fragmentos de los presocráticos o hasta los Upanishad o aun hasta los mitos de los primitivos, nos inspire algo más que una secreta confianza, un sentimiento de veneración y de respeto.

Todo pensamiento político es fruto de minorías oprimidas.

El mundo nuevo que se asoma no parece ser una mera forma del que acaba de morir. Nos encontramos ante una de esas anchas grietas de la historia, donde la continuidad formal del tiempo no puede escondernos el hundimiento de la continuidad sustancial de los hechos. La filosofía no puede ya tanto ocuparse en comprender

el mundo como querían, ni menos en transformarlo como predican, sino en construir abrigos para proteger al hombre de la rara dureza de los tiempos.

Sólo el acto nos da la esencia de ciertos objetos.

La pasividad de las bajas clases sociales no es más que la dificultad de imaginar una redención.

Una actitud no es tanto una forma como un haz de virtualidades.

Se puede ser comunista sin tener por eso la inteligencia pervertida; pero sólo una inteligencia pervertida puede querer a la vez el comunismo y la libertad del espíritu.

La libertad no es usualmente sino el desconocimiento de la necesidad que nos obliga. Mas si hay un principio de libertad en la identificación de nuestra voluntad con la ley, obedecer a nuestro ser interior es la auténtica plenitud de libertad.

La teoría platónica de las ideas no es una metodología. Bergson y Natorp se equivocan en atribuirle un carácter puramente lógico. En verdad, no es un método sino el resultado de un método, es la ontología en que culmina una búsqueda de la esencia. La teoría de las ideas no es una teoría de la definición por medio de conceptos, ni el límite de una pura dialéctica conceptual, es una teoría de las esencias que edifica una dialéctica de la intuición concreta de la esencia.

Ontológicamente la percepción es anterior a la sensación, aun cuando lógicamente le sea posterior.
Los elementos de toda totalidad le son posteriores.

La percepción usual es una percepción en que la abstracción ya comienza. Percepción de segundo grado que la acción virtual determina.

De la percepción total nacen dos series de conocimientos: conocimiento estético, metafísico y místico; conocimiento práctico, conceptual y matemático.
Conocimiento estético o conocimiento del objeto en su individualidad; conocimiento metafísico o conocimiento del objeto en sí y en su sistema de relaciones; conocimiento místico o conocimiento del objeto como objeto total y trascendente. Conocimiento práctico, del sentido común, o conocimiento del objeto inmediato como objeto de una acción inmediata; conocimiento conceptual o conocimiento experimental del objeto como sistema taxonómico y como series causales; conocimiento matemático o conocimiento del objeto como sistema de ecuaciones de una geometría trascendente.
La primera serie de conocimientos nace de una experiencia cada vez más amplia y más honda de la percepción total, mientras que la segunda es el desarrollo sistemático de uno de los elementos de esa misma percepción.

Una afirmación filosófica afirma el ser, afirma en cuanto tiene conciencia del ser: de la posesión del ser nace la afirmación. La negación, en cambio, afirma una ausencia, afirma la no alcanzada posesión del ser: es la protocolización de un fracaso.

Por lo tanto una negación filosófica no vale una afirmación filosófica, ya que la una se refiere al ser que logra poseer, mientras que la otra se refiere sólo al acto malogrado que no lo alcanzó.

La contradicción de los sistemas filosóficos no es el producto de actitudes subjetivas, sino que depende de la naturaleza misma del Ser.

La ciencia construye un sistema de relaciones puras entre objetos exteriores los unos a los otros.
Pero como la percepción nos da un universo en el cual objeto y sujeto se contienen recíproca y alternativamente el uno al otro, estética y metafísica construyen sistemas de relaciones internas, cuya validez es interior a la forma dentro de la cual son dadas e inconmensurable a todo término exterior cualquiera.

Si un cono apoya su punta sobre un cilindro, el conocimiento del diámetro del cilindro no permite deducir la base del cono. Sin embargo, si removemos el cilindro el cono cae. Para agregar al catálogo de las metáforas contra el paralelismo psicofísico.

La materia es la percepción parcial y aislada, el punto de vista de la acción, el hábito perenne, la interferencia de las esencias, la sombra de los seres.

La síntesis construye el concepto vulgar, el análisis el concepto científico y la intuición construye la idea.

Si el pleno conocimiento de un sistema filosófico requiere que lo consideremos en su íntima relación con su autor, cuidémonos de transformarlo en mero documento biográfico. No solamente la existencia de una verdad impersonal nos compele al juicio sistemático, la importancia del autor también, y de su biografía son reflejos de la verdad que allí presumimos.

La construcción de un realismo total exige la postulación previa de un idealismo absoluto.
Solamente reduciendo el universo entero, con todas sus explicaciones posibles, a ideas o actos del espíritu, podemos colocar en un plan idéntico el universo ingenuamente realista del sentido común, el universo conceptual de la ciencia y el universo extravagante del poeta o del místico.
Obtenida esa reducción igualitaria, el espíritu puede postular como objetivo ese universo total.

Considerar el universo como un datum concreto elimina el insoluble dilema: idealismo o realismo.
Para resolver ese dilema sería necesario poseer un tercer término que al compararse a los términos del dilema, determinara su naturaleza.
Sin esta posibilidad, ninguno de los términos puede ser comparado al otro, ya que cada uno absorbe al otro y lo contiene como elemento de su propio universo.
Por lo tanto la posición postulatoria del espíritu determina la solución que acepta, sin que pueda aportar justificación alguna.
Sólo un concretismo epistemológico escapa al dilema, ya que el universo como datum concreto y total se basta a sí mismo.

Inconscientemente hacemos deslizar una humanidad eternamente diversa sobre el telón de fondo de un universo eternamente idéntico. Pero quizá varíen el universo y sus leyes; tal vez la irreversibilidad no sea solamente un fenómeno termo-dinámico; tal vez las leyes mismas sean con el tiempo una variable más en las ecuaciones de una ciencia insospechada.
¿Fueron tal vez los conceptos y mitos del hombre primitivo una contestación adecuada a su universo?

No es sencillamente encomiando lo que es usual vituperar, o mostrando que lo que merece vituperio es causa de lo que es digno de encomio, que podemos justificar ciertos actos que hieren la sensibilidad vulgar pero que poseen una oscura y tenebrosa importancia.
Su verdadera justificación está en ellos mismos, en su esencia propia, en su existencia individual, quizá en las características mismas que los hacen repugnantes u odiosos.

Es posible concebir los límites de la ciencia, porque la ciencia es obra del espíritu. Si la ciencia fuese un mágico depósito, un imprevisible hallazgo, toda epistemología sería vana.

Si en los Upanishad el conocimiento del advaita nos permite escapar al samsara, es porque este conocimiento es óntico y no noético, conocimiento idéntico al acto por medio del cual se conoce e inseparable de él, conocimiento que es esfuerzo, conocimiento que es acción, conocimiento de lo que es parecido por lo que le es parecido, conocimiento donde lo que conoce se transforma en lo que es conocido.

Solamente así puede ser el conocimiento un acto trascendente.

Basta haber pensado una sola vez que la ciencia no puede existir sino en el espíritu, para que nos sea irrevocablemente imposible concebir el espíritu colocado en cualquier sistema que la ciencia construya.

No es una política, ni una moral lo que debemos aspirar a construir, sino una manera de comprender la moral, de comprender la política.

Lógicamente el primer postulado del ser es el número.

El proceso de identificación científica es objetivo y el proceso de identificación filosófica es subjetivo; el primero identifica un objeto a un objeto, el segundo identifica el objeto al espíritu o a una porción, una actitud del espíritu.

La filosofía es el método filosófico, perennis philosophia.

Las pequeñas inteligencias viven de la vida de la idea; mientras que las ideas viven de la vida de las grandes inteligencias.

Como cierta sigilosa prudencia esconde las cosas bajas y viles, es común tenerlas por profundas.
A veces quien se ufana de ser lúcido cree explicar con sutileza alguna cosa noble analizándola en residuos infames, cuando en verdad su arbitraria reducción no alcanza sino una profundidad simulada.

La medida de las grandes almas no es lo que abrazan, sino lo que estrechan.

No hay mediocridad en no emprender, sino en no lograr.

El tiempo como proyección del movimiento, de la acción, es inherente al conocimiento, a su acto, y desaparece cuando el conocimiento se cumple. Toda verdad es intemporal.

A la teoría del conocimiento como conocimiento de lo idéntico conviene añadir una teoría del conocimiento como conocimiento de lo distinto. Al conocimiento por el amor el conocimiento por el odio.

Los libros más bellos como los más estúpidos tienen generalmente el mismo tema. Pero distintos autores.

Si el principio de causalidad no es más que una forma del principio de identidad y si las realidades –los data– son específicas, todo intento de comprender a éstas por medio de aquél es absurdo y contradictorio, puesto que es aquél, por definición, la negación esencial de éstas.

Es un burdo error metodológico olvidar que, aun cuando sea en medio de mentiras que vivimos, esas mentiras se transforman en nuestra carne más íntima y en nuestra sustancia.

La ciencia es una disciplina moral, exige para construirse virtudes propiamente morales, ya que no es posi-

ble concebirla sin el esfuerzo de la voluntad que, en búsqueda de un ideal, ordena sus pasiones.

La historia es la ciencia definitiva, porque sola puede apoderarse del objeto total integrándolo en el sujeto que lo concibe, lo piensa y lo crea.

El universo que construimos con la oposición de términos contradictorios no es un universo lógico, pero es un universo humano.

La noción de experiencia total debe ser la construcción epistemológica sobre la cual conviene apoyar una filosofía de la historia que anhela salvar la riqueza densa y sensual del mundo.

La idea es la forma de la realidad: la idea del amor es la forma, el esquema de todo amor.

La filosofía no crea la experiencia, pero la prepara, la elabora, la purifica, la ilumina y en fin la verifica.

La filosofía es una percepción en lo concreto del esquema ideal que lo funda.

La posibilidad de pensar desde el interior un objeto cualquiera depende de la experiencia total, que precede la división que las categorías de objetivo y subjetivo introducen.

Todo lo que en nuestra época alarma y aterra, todo lo que motiva el pesimismo de nuestros profetas de des-

gracia, no es más que la presencia permanente de la naturaleza humana en un mundo que cierto progreso material hubiera debido, a los ojos de una humanidad que embriagó, transformar totalmente.

El deseo de ser uno mismo me parece importante, no tanto por el valor que cada cual pueda tener, como por la eficacia con que barre las imposturas que esconden las almas. La sinceridad con uno mismo es el pórtico de la verdad.

Imposible dar un sentido moral al universo si la diferencia es efecto y no causa del espacio.

Todo a priori es una conquista de la inteligencia. Todo principio es la conclusión de un proceso. El punto de partida es la situación histórica, la impureza del momento.

El raciocinio progresa porque la mayor del silogismo es una hipótesis que busca en la conclusión una nueva instancia que la confirme.
No hay rigor silogístico sino allí donde el raciocinio es tautológico, pero el rigor del silogismo eficaz es sólo una anticipación de lo que puede confirmar un sistema en fin cerrado de conocimientos, cuando se logre la coherencia de los atributos y su determinación recíproca.

La reducción del pensamiento a la categoría de ideología puede ser una empresa interesante históricamente, pero de ningún valor epistemológico.
El origen no determina el valor, el motivo no determina el resultado. La norma lógica es distinta de la ley psico-

lógica. La validez axiológica es independiente del acto histórico en que nos es revelada.

Los hechos intelectuales tienen por condición primera hechos intelectuales; los hechos religiosos, hechos religiosos; los hechos estéticos, hechos estéticos; y lo mismo los hechos económicos, políticos o sociales.
Sin duda hay interacciones de un orden a otro y determinación recíproca constante, pero toda hermenéutica, después de admitir como causa el ser individual y concreto, debe buscar en los hechos anteriores del mismo sistema la condición primordial de aquellos hechos que interpreta.

La fórmula más general del problema crítico es la siguiente:
"¿Por qué reaccionan los hombres de manera distinta ante el universo?"
Hay cuatro contestaciones clásicas:
Sincrética (Herodoto, etc.), los otros no piensan de manera distinta, solamente formulan de manera distinta un mismo pensamiento, luego el objeto es uno; la multiplicidad del sujeto es sólo aparente.
Dogmática (Tertuliano, etc.), los otros piensan de manera distinta, porque son estúpidos, perversos o pervertidos, luego el objeto es uno; el sujeto es múltiple pero su multiplicidad no tiene justificaciones sino externas.
Psicológica (Sainte-Beuve, etc.), los otros piensan distintamente, porque son psicológicamente distintos, luego el objeto es uno; el sujeto es múltiple y su multiplicidad es interior.
Escéptica (Renan, etc.), los otros piensan de manera distinta porque el objeto es complejo y porque el su-

jeto psicológicamente diverso no considera en el objeto sino lo que le es adecuado, luego el objeto es uno pero complejo; el sujeto es psicológicamente múltiple.
Para todas las tesis el objeto es uno, la diversidad de opiniones proviene sólo de la diversidad de los espíritus; pero como toda opinión se refiere al objeto, las distintas opiniones no tienen sino valores aproximativos. Frente a ellas, hipotéticamente, hay siempre un pensamiento único, sólo capaz del objeto. ¿Pero si el objeto también es múltiple?

Las épocas civilizadas son aquellas en que los valores del hombre medio típico no contradicen los más altos valores y donde los rasgos, las características de aquél pueden ser, intensificados, los de los más grandes.
En una época bárbara la grandeza, para afirmarse, tiene que rechazar lo que el hombre medio representa y es.
En una época civilizada el gran hombre es representativo; en una época bárbara el hombre representativo es el hombre medio.

El periodismo es función del tiempo.
Busca hablar de las cosas del día con el espíritu que ese día sopla.
Comentario efímero de acontecimientos efímeros.
Ningún escrito nace con vigor semejante, pero ninguno muere tan rápidamente, ni tan rápidamente se olvida.
Hay, sin embargo, dos géneros de periodismo candidatos a la misma inmortalidad que los otros géneros literarios. Un periodismo, comentario de las cosas eternas por el espíritu del día; y un periodismo, comentario de

las cosas del día por un espíritu que juzga en función de principios eternos.
De un lado, periodismo del ensayo, como el que nace con Addison, Steele, Johnson, donde el tema moral se somete al espíritu del siglo.
Y del otro, el gran periodismo católico, que considera todo lo transitorio e inmediato a la luz de principios constantes.
Este es el más interesante. El linaje de grandes panfletarios católicos de Pascal a Maistre, a Veuillot, a Barbey, a BIoy, a Chesterton, a Bernanos, ha producido uno de los grupos de libros más necesario en una biblioteca inteligente.

La incomparable lucidez del pensamiento reaccionario no es comparable sino a su esterilidad práctica.

Que lo absurdo pueda ser pensado, que una proposición falsa tenga consecuencias necesarias, es cosa admirable. Privilegio del hombre: crear.

La lectura de Bossuet es difícil. Un siglo de prosa sensual, visual y sonora nos deslumbra aún y necesitamos ciertas obvias y espectaculares bellezas para conmovernos. Nos es difícil amar la belleza severa. Belleza del orden, del despojamiento, de la relación intelectual entre las partes. Belleza de la solidez, de la integridad del espíritu. Belleza de un alma firme y segura.
Pero a quien llega a conocerla todo el resto le parece vulgar.

La noción de evolución consiste en postular que la colocación de los entes en el tiempo, su posterioridad o

su anterioridad, es un atributo esencial de los entes; en otros términos, que su situación temporal los determina en forma absoluta.

Todo anacronismo anularía la inteligibilidad posible, ya que el hecho de ser posterior o anterior es parte de la esencia misma. Pero si la vida no es sino el producto de fuerzas físico-químicas, el concepto de evolución es inaplicable a los fenómenos biológicos. En efecto, si el orden y disposición de sus partes definen sólo a los organismos, no hay entre éstos ninguna relación temporal necesaria y su colocación en el tiempo es puramente casual.

El azar, sólo, construye la escala filogenética, que no tiene, en ese caso, carácter evolutivo alguno.

Las distintas formas de la vida hubieran podido ser contemporáneas, o hubieran podido modificar el orden de su aparición.

Si, por otra parte, una necesidad inteligible –distinta de la mera brutalidad del hecho– exige que la sucesión de formas orgánicas se ordene en función de relaciones coherentes, según la dirección del tiempo; entonces la reducción a constantes físico-químicas no basta, y la vida biológica requiere, como la vida espiritual, que le concedamos una experiencia del tiempo en que su ser se elabora y se crea.

Donde la estructura de un ente está hecha de elementos simples, constantes e intemporales, la sucesión de sus estados es intercambiable; allí el tiempo carece de características positivas para ser tan sólo una imposibilidad de coexistencia.

Quien desea comprender, por ejemplo, la idea arquitectural de la catedral de Chartres tiene que remontar hasta la choza primitiva y conocer sucesivamente las diversas

formas en que se elabora lentamente el estilo gótico; pero para construir la catedral no fue ciertamente necesario edificar primero una choza, luego una casa romana, luego un templo helenístico, etc., etc., etc.

Malraux es el escritor más importante de los últimos tiempos. Uno de los pocos que haya creado algo sólido, o mejor aún, que haya alcanzado, tocado, algo sólido.
Drieu, Aragon, Montherlant y los otros, su obra resuena como una superficie delgada que no esconde sino el vacío. Una terrible vacuidad; un mundo insignificante, donde todo es igual porque todo es indiferente; una absoluta carencia de importancia.
Malraux no ve también sino el más vano simulacro en la sociedad, en los placeres e intereses de los hombres, en el hombre mismo.
Una especie de angustia invade sus personajes, una desesperación de estar solos y de no ser nada. Un afanoso anhelo de afirmarse y de escapar así a la muerte: de afirmarse no importa cómo, por medio de la actividad revolucionaria, de la crueldad, del crimen o del erotismo; de escapar a la muerte, pero no a la muerte del cuerpo, sino a la muerte del ser, a la muerte metafísica, a la negación de la esencia y del valor. Así creen que el único refugio, el único lugar donde podrán escapar a la atroz inexistencia del mundo, de nuestro mundo, es en esa "altra metá", en esa porción del universo que la civilización esconde, y que sólo los actos que usualmente censuramos, los gestos que la sociedad desprecia y vitupera, guardan aún, a causa tal vez del odio mismo que inspiran, una especie de verdad y de autenticidad, una realidad que el uso inconsulto no ha envilecido todavía.

De esta manera, atravesando pasajes sombríos, alcanza algo duro y sólido: la muerte, el miedo, la soledad, la desesperación.
De sus obras nace un juego trágico y desnudo: drama donde los personajes son abstractos y donde se agitan sentimientos primitivos e indestructibles. Universo donde el hombre al fin se descubre ante el abismo.

Lo que nos detiene es usualmente el miedo. No es la vida lo que falsifica nuestro ser, sino nuestra inmortal pereza.
Sin embargo, cuando nuestro acto compromete otras vidas, prepara sufrimientos que no tenemos el derecho de provocar; renunciar no es pereza, sino una forma aguda de la responsabilidad.
Pero evitemos la comedia lamentable de las argucias, las motivaciones, los raciocinios. Que la renuncia al engaño voluntario, sistemático y solemne, compense la renuncia a ciertas formas extremas de la vida.

Todo hombre puede satisfacerse, es decir, todo lo que hay de vil en el hombre puede saciarse.

¡Ah! Si pudiéramos a veces regresar a nuestra locura, despojarnos de una sabiduría precoz que envilece, palpar de nuevo el cuerpo de nuestros ávidos dolores, de nuestros ásperos placeres.

En una sociedad comunista, el Estado existe solo y se transforma en Sociedad; en una democracia burguesa, Estado y Sociedad se oponen; en una sociedad sana, la Sociedad se transforma en Estado, lo crea, lo secreta y

se construye en él, así la sociedad europea antes de la catástrofe de 1789.

Como la tragedia clásica, la novela burguesa suprime las necesidades materiales de nuestra vida común para poder erigir el escenario de un juego auténticamente humano.

Por lo menos dos generaciones son necesarias para que las ideas se vuelvan lugares comunes e influyan sobre el pueblo. Toda época vive de lo que ya en esa época es obsoleto para quien piensa.
El pensamiento auténtico de una época siempre es distinto de lo que piensa el ciudadano satisfecho.

Doctrinas de hoy, verdades de ayer.

Pensar colectivamente es pensar lo que los hombres más inteligentes de nuestra generación ya consideran falso.

Verdad de la muchedumbre, verdad obsoleta.

Vox populi... vox, et praeterea nihil.

La etnología se equivoca cuando busca la explicación de ciertos elementos de la civilización en actos o en realidades materiales. Una exigencia abstracta puede ser la raíz de mil actividades distintas.
No es porque brilla o porque es raro que el oro es un valor intercambiable, es porque la vida económica exige un valor intercambiable que el oro vale, tal vez que el oro brilla.

Muchas cosas parecen más importantes que otras, cuando no son sino más urgentes.

Nada más absurdo que considerar como objeción a una doctrina el que sea dogmática. La única objeción que se puede hacer es que sea falsa. Toda verdad es necesariamente dogmática.
Objeción de espíritus lisiados que no se atreven a pensar las exigencias del pensamiento o de espíritus perezosos que la rigidez de un pensamiento lógicamente construido consterna.

Para los iletrados la literatura es un álbum de retratos viejos.

La gravedad de la situación histórica actual yace en su esencia misma, que exige de cada individuo una actividad económica y política sana y recta, negándole simultáneamente la posibilidad de hacerlo.
Se lo exige, primero, teóricamente, ya que el Estado actual, cualquiera que sea su aspecto superficial, es una democracia, es decir, un Estado donde el individuo es objeto y sujeto de la soberanía.
Todo individuo se halla así teóricamente obligado a la plena conciencia política.
Se lo exige, en segundo lugar, de manera concreta, ya que el individuo tiene que formar parte del cuerpo político y no hallarse meramente en él.
Pero, inversamente, le niega la posibilidad de hacerlo, y se lo niega de doble manera.
En primer lugar, el Estado actual, al exigir democráticamente la participación inteligente del individuo en la vida

de la sociedad, se obliga a someter, indistintamente a todos, problemas de cuya solución la mayoría es incapaz; fomenta luego un caos de opiniones, donde se prepara el desorden y la decadencia del Estado.
Así, niega al individuo la posibilidad de una actividad política sana, recta, atinada y justa.
En segundo lugar, aspirando el Estado a que la competencia técnica regule todas sus actividades, el individuo se encuentra sacrificado a la parcialidad pragmática del experto. Sus más íntimas necesidades escapan a su voluntad, para que las determine exteriormente una razón o una norma cuya justificación elude su inteligencia.
Perdido, así, dentro de un universo mágico, un universo que edifican fórmulas y exigencias misteriosas, el individuo recupera su vieja mentalidad primitiva.
Contradicción radical, cuya raíz yace, más allá de cualquier error político, en el suelo de nuestra civilización industrial y de su básico entusiasmo democrático.

Todo espíritu vive de pocos temas y su talento está en su hábil orquestación.

La novedad depende del objeto; la originalidad del sujeto.
Es nuevo el objeto que vemos por primera vez; es original la impresión que un íntimo contacto del objeto produce en el alma. El que, primero, introdujo un nuevo tema literario: novedad. El que al tratar un tema cualquiera logra hacerlo hondamente: originalidad.
La originalidad no es más que la emoción profunda.

Todo sistema se puede resumir en pocas palabras, o condensarse en un movimiento, un ritmo determinado del espíritu. Las obras sistemáticas, por lo tanto, son de difícil lectura, ya que pronto prevemos el rumbo inevitable de los temas.

En toda obra hay una parte caduca, que el autor desconoce y que casi cualquier extraño diagnostica.
Toda obra nos parece poder ser superior a ella misma.

Lo más admirable de la Eneida son sus paisajes marítimos, su frescura, su sabor de aire limpio y salado:

Adspirant aurae in noctem, nec candida cursus
Luna negat, splendet tremulo sub lumine pontus.

La peur du primaire, peur de primaire.

Aridez y esterilidad de quienes se alimentan sólo de ideas generales.

Que Sainte-Beuve pueda equivocarse tan frecuente y tan burdamente sin que esto tenga la menor importancia, ¿no es la mejor prueba de su grandeza?

De una época a otra lo que varía es el "tempo" de los acontecimientos.

La polifonía de la historia nos esconde su monotonía melódica.

La tarea del crítico no es enseñar a los otros lo que deben ser. El crítico no es un aduanero de esencias, ni un

partero metafísico. Ninguna exigencia lógica puede rechazar una presencia concreta y carnal.
El crítico es redactor de catálogos, no ujier de hipotéticos tribunales.

Toda civilización es la matriz de una raza nueva.

Nada me seduce tanto como la falta de "importancia" de Stendhal. Que al llegar a Milán exclame: "jamais des airs importants!". Que odie esa gravité, que según La Rochefoucauld, no sirve sino a "cacher les défauts de l'esprit!"

El comunismo para los dirigentes del partido y para sus teóricos es una lucha contra la propiedad, pero para las masas es una lucha por la propiedad.

De toda tiranía la ausencia de propiedad es la causa: sea en la sociedad comunista donde la libertad, sin el apoyo de una propiedad incontestada, se esfuma; sea allí donde la mayoría careciendo de propiedad obliga a la minoría a defender la suya tiránicamente.

Cada hombre nace con un deber propio y su único placer está en cumplirlo.

La plenitud de la existencia nos escapa cuando ejecutamos actos distintos de aquellos para los cuales nacimos. Pero si un día encontramos ese deber y nos entregamos a la actividad que exige, nuestro ser logra, en ese clima propicio donde la dificultad no existe sino para exaltar nuestro placer, una admirable plenitud de vida.

La gravedad y la dificultad de toda organización política o social está en la imposibilidad de construir metódicamente las situaciones fundamentales de esos sistemas. Mandar, por ejemplo, es una realidad y una necesidad social, pero mandar es un atributo de ciertos individuos, una cualidad que solamente la acción revela. Por lo tanto, todo ensayo metódico de organizar el mando fracasará ante la imposibilidad de prever en quién residen las cualidades que sólo lo justifican y sólo lo permiten.

Nada más terrible que la facilidad con que la mediocridad imita al talento.
Una buena instrucción, una excelente memoria, el uso de una retórica hábil, pueden parodiar la inteligencia.
Con cierta astucia es fácil explotar esquemas literarios geniales para sugerir que el genio de quien los inventó renace en quien los emplea.
Tal o cual hallazgo que, en un momento determinado, proclamó la presencia del genio, lo indicó, lo significó, lo reveló, nos parece, al ser usado de nuevo, repetir la misma revelación.
Creencia, sin duda, pasajera, impresión efímera; pronto comprendemos que se trata de un puro gesto, sin sentido, sin significación y sin necesidad.
Pero gesto que nos desasosiega, porque nos sugiere que aquello que escribimos y a lo cual atribuíamos, a pesar de nuestra mediocridad, cierto valor o cierta importancia es, como ese inepto y ridículo simulacro del genio, un simulacro triste y lamentable.

Los grandes filósofos nos asustan, y preferimos abrir un libro de historiador de la filosofía o de comentarista.

Pero doctrinas, opiniones, tesis, asumen aquí una tal incoherencia gratuita que esos libros pronto nos repelen.
En verdad, un espíritu mediocre no modifica ni altera su bajeza tratando de temas nobles y graves.
Nuestra timidez, en cambio, ante la obra del filósofo mismo es una torpe equivocación, pues nada acoge con mayor generosidad que la verdadera grandeza.

El placer puramente contemplativo es un mito de hombre ocupado.

En un momento dado una nación puede producir un conjunto de hechos, de instituciones o de conceptos que se resumen en una gran idea política: parlamentarismo inglés, liberalismo burgués de 1789, comunismo ruso, nacionalsocialismo, etc.
Ideas que pertenecen indisolublemente al país donde nacen, como un sistema a su autor. Propagarlas es tarea seductora pero de éxito escaso. La imitación degenera pronto en simulacro, y lo único que se logra definitivamente copiar es un vocabulario nuevo y algunas disposiciones constitucionales nugatorias.
La autenticidad política es tan difícil como la autenticidad estética.
La historia suramericana es un ejemplo de dolorosa y cómica pertinencia.

Hay frases de Nietzsche de las cuales apenas Homais parece capaz.
Así cuando afirma que el creerse hijo de Dios le permite a Cristo un "Gefühl völliger Sundlosigkeit, völliger

Unverantwortlichkeit", cosa que hoy, agrega, cualquiera puede obtener "durch die Wissenschaft".
Tan burdo desconocimiento de la diferencia esencial de los matices morales no puede depender en una alma tan noble como la suya sino de motivos especiales. Quizá lo que busca Nietzsche en ese momento es la destrucción sistemática y violenta de todo valor, un suelo limpio.
Entonces la sola polémica no basta, la crueldad es necesaria y aun la estupidez. Ninguna injusticia parece, entonces, suficiente.
Para mostrar qué asco de los valores existentes nos llena, la mera negación no satisface nuestra sensibilidad irritada, el escepticismo nos parece de una moderación risible y el burdo dogmatismo de la ciencia conviene sólo a nuestra venganza. Donde todo es hueco y bajo, la peor bajeza es sólo suficiente.

Cada idea que examino aumenta mi ignorancia y extiende mi incertidumbre.

La injusticia frecuentemente es causa de justicia; el fanatismo engendra la lucidez; del espíritu de partido nace la luz y del dogmatismo la verdad.
La teoría del progreso permite a Mme de Staël y a Auguste Comte descubrir la Edad Media. El rechazo de la teoría clásica permite a Chateaubriand comprender lo que el siglo XVII debe al cristianismo. El materialismo permite a Marx descubrir la importancia de los hechos económicos. La reacción contra la democracia crea los principios de la ciencia política.

La incomprensibilidad creciente para el hombre común de las leyes, teorías y principios de la ciencia actual, las transforma rápidamente en fórmulas misteriosas. La primacía de la ciencia prepara una mentalidad pre-lógica.
La ciencia amenaza llevar al hombre a excesos insospechados de bajeza.
En primer lugar, porque las proposiciones científicas, proposiciones al indicativo, son susceptibles, cuando crece el prestigio de la ciencia, de transformarse arbitraria y mañosamente en proposiciones al imperativo. Así cualquier hecho refuta o justifica cualquier norma.
En segundo lugar, porque la moralidad propia a la ciencia se esconde en sus más lejanos límites: el pensamiento científico, la investigación experimental y las cualidades que exigen.
En tercer lugar, porque la colocación epistemológica de la ciencia, la determinación de su jurisdicción y de sus derechos, parecerá ante los éxitos evidentes de la ciencia cada día más sospechosa por sus sutilezas, que parecerán arbitrarias, y sus complejos raciocinios, que parecerán sofismas interesados.
La ciencia como sistema absoluto es la dimisión de lo humano.

El error de la mayoría de los reformadores es el de creer que la humanidad obedecerá a principios a los cuales ni ellos mismos obedecen.

Utilitas, justi prope mater et aequi, dice Horacio, regla de la mayor parte de los hombres. La fuerza, en fin, la fuerza física, brutal e impúdica, es la más común realidad de la historia.

Sin duda, no la sola realidad; pero nada más raro que el hombre que reconoce exigencias abstractas, exigencias de su inteligencia o de su sensibilidad.

Para nuestra ignorancia, que agobia sin lograr satisfacer una ciencia majestuosa y soberbia, es a veces consuelo suficiente el constatar la permanencia de los problemas.

The meaningfullness of meaninglessness.

El acto justo existe –independiente de toda consideración utilitaria–, pero no se realiza sino cuando la fuerza cae en manos de aquellos a quienes favorece.

La filosofía intenta una construcción empírica de lo que el hombre va sabiendo, hasta llegar en fin a que sepa que sabe lo que sabe.

Toda posesión es una sensación enriquecida por la inteligencia.

El hombre de ciencia procede impávido a reducir todos los objetos del universo a la energía y al espacio; hasta que el espíritu, a quien también quiere introducir en su máquina insensata, le grita: ¡basta!

El humanismo fue, al nacer, una protesta de los atributos sensuales del hombre contra la negación religiosa; hoy el humanismo no puede ser sino la protesta de los atributos espirituales del hombre contra la negación científica.

Perdido ante la omnipotencia de la divinidad, negada su individualidad concreta por las exigencias impersonales de la religión, despreciado y vilipendiado todo lo que hay en él de puramente terrestre, el hombre se rebeló y afirmó con orgullo y violencia su sensualidad, su individualidad, su importancia.
Perdido hoy ante la omnipotencia de la materia, negada su individualidad por las exigencias impersonales de la ciencia, despreciado y vilipendiado todo lo que hay en él de puramente espiritual, el hombre tiene que rebelarse y afirmar con orgullo y violencia su espiritualidad, su individualidad, su importancia, o entregarse a la desesperación y a la angustia.

En el humanismo ideal la espiritualidad y la sensualidad conciertan.

Nuestras ideas no son generalmente sino la expresión intelectual de nuestros deseos y de nuestra esperanza; pero es tan total la ineficacia de semejantes ideas que no vale la pena enturbiar con ellas nuestro espíritu.
Ya que nuestra impotencia es absoluta busquemos, por lo menos, el cruel placer de la verdad.

Una de las más graves dificultades de la genealogía de los sentimientos es la confusión del apetito o de la tendencia con el sentimiento evolucionado y complejo. Aquí aparece una nueva esencia.
La montaña es un conglomerado de rocas, de arenas y de tierra, sublimated mole-hill; pero los sentimientos de una alma bien nacida no tiene sino breves semejanzas con las pasiones animales de la selva paleolítica.

Hay una inercia en la proliferación de las ideas: o no empieza, o no acaba.

El conservatismo político tiene una doble raíz y hay dos especies distintas de conservadores.
Los unos son conservadores porque la pereza del espíritu, la satisfacción consigo mismo y con su situación, les impide ansiar un cambio cualquiera.
A la segunda clase pertenecen los escépticos auténticos o aquellos a quienes subyuga una irrestricta necesidad de pensar. Estos últimos, sobre todo, necesitan la tranquilidad exterior, incapaces de soportar simultáneamente la incertidumbre, el desorden, la agitación, el caos de sus pensamientos y los del mundo.
Revolucionario, al contrario, es el insatisfecho o, más bien, el que se forma opiniones con facilidad, piensa superficialmente la compleja estructura de las cosas, y no sabe dudar de las ideas en que cree.
Quizá podemos decir que, entre los mediocres, aquellos que lo son menos, serán revolucionarios; y que, entre los grandes espíritus, aquellos que lo son más, serán conservadores.

El humanismo es actitud del que contempla y goza, no del que crea, y menos aún del que trabaja y obra.

Mi incapacidad me aterra; no soy capaz de realizar ninguna de mis esperanzas, ni siquiera de relatar el proceso de su liquidación.

Quizá la mayor seducción del estilo homérico es la mezcla de elementos estereotípicos, casi rituales, casi

hieráticos, de fórmulas ceremoniosas y solemnes, con la extraordinaria frescura de sus comparaciones, su puro naturalismo, su capacidad de precisión concreta, su adhesión verbal al objeto descrito.

La lectura matutina de Homero, con la serenidad, el sosiego, la honda sensación de bienestar moral y físico, de salud perfecta, que nos infunde, es el mejor viático para soportar las vulgaridades del día.

La parte descriptiva de los sistemas filosóficos, rara vez envejece, mientras que su parte explicativa pronto se torna obsoleta.
Quizá los sistemas no valgan sino como hipótesis arbitrarias que logran, con su iluminación oblicua, destacar rasgos de la realidad que yacían confundidos en una homogénea indiferencia.

Ciencia del instante, sola ciencia.

El especialista, que debe todo ignorar para ser realmente sabio sobre un solo punto de una sola materia, me parece tan admirable como incomprensible. Agradezcamos a Dios que haya hombres que se resuelven a saber bien una sola cosa y puedan así prepararnos y elaborarnos nuestros placeres, a nosotros ignorantes de curiosidad desatada.

No sé cómo funcione una gran inteligencia, ignoro los resortes de su actividad; pero una pequeña inteligencia quiere que seamos con ella impertinentes y pedigüeños: casta quam nemo rogavit.

Los moralistas franceses observan al hombre, súbdito de un rey, ciudadano de un Estado monárquico.
Rivarol, el primero, observa al hombre democrático. Rivarol es el gran moralista de la confusión política.

Epistemología: sola ciencia satisfactoria; la única donde un residuo inexplicado no perturba en todo momento, quizá porque, en verdad, es la ciencia del residuo de todo acto del pensamiento.

Los grandes problemas que plantea la historia y por cuyas diversas soluciones mueren los hombres no son jamás resueltos por nadie, sino olvidados; como los problemas de nuestra adolescencia que la vejez de nuestro organismo se encarga de entregar al olvido.

La prueba inconfundible de la grandeza es el anhelo impersonal de la obra. Toda ambición de mera grandeza personal, indiferente a su causa como a su forma, es excesiva codicia de vanidoso.

El erudito que consagra su vida al estudio de la obra de un solo autor, pierde todo sentido crítico. No solamente una especie de vanidad de propietario lo ofusca, la imparcialidad, además, deja de ser una virtud, para transfomársele en un horrendo vicio: la falta de lealtad.

Leyendo a Ortega y Gasset rara vez tengo la impresión de hallarme ante un pensamiento maduro y meditado. Me parece una inteligencia fecunda, pero sin espontaneidad. Rica de astucias, más bien que henchida de meditaciones.

Inteligencia despierta a la circunstancia, pero dependiente de ella.
Motivada por el exterior.
No siento en Ortega la abundancia interior de un pensamiento denso, colmado y lento.
Es sutil, ágil, hábil; excelente escritor, y engañoso iniciador de temas que no trata y de ideas que no concluye.

El Montherlant de las "Jeunes Filles" me encanta por su cinismo limpio, abierto, asoleado.
Es un placer singular encontrarse con alguien que se acepta sin reticencias y sin vergüenza, pero que no se felicita constantemente de su franqueza, ni se ufana de su sinceridad.
Lo que usualmente me aburre de esa actitud es la satisfacción modesta y complacida del autor consigo mismo por el atrevimiento de sus confesiones y por la escrupulosidad de su impudor. Además la metafísica ad hoc que inventa para justificarse, alabarse, acariciarse.
Montherlant es fresco y robusto como un mico de jardín zoológico, que ingenuamente se masturba delante de los espectadores confusos, curiosos, sorprendidos e indignados.

La prosa de Feijóo es excelente; hay allí una madurez, un momento de fugaz perfección, de sabio equilibrio, un igual distanciamiento de vicios opuestos.
El afrancesamiento de la vida española prometió transitoriamente la integración de España a la vida cultural de Europa.
La dinastía borbónica intentó abrir la puerta que cerraron la Contrarreforma y el áspero genio de Felipe II, las

puertas que clava y remacha el huraño y cerril particularismo español.
La redundancia ciceroniana, la hueca resonancia métrica, la minuciosa y sonora afición a los tópicos, el barroquismo que la prosa española hereda del Renacimiento italiano, sólo habían logrado pervertir el innato vigor y la dura sobriedad del idioma.
Sin duda esa prosa que la invasión de pedagogos, de maestros de retórica, de canónigos agudos y sutiles, de teólogos verbosos, de versificadores ingeniosos y hueros, no había perturbado, conserva un sabor arcaico que la hace curiosa e interesante, pero es demasiado nacional, demasiado olorosa a terruño y a pueblo, para servir a las tareas más impersonales del pensamiento.
La prosa española no ha pasado por el laminador de una sociedad exigente y culta, no ha sido pulida por las conversaciones discretas y ácidas de hombres y mujeres que buscan una diversión inteligente.
Le faltó ser instrumento de una sociedad que su intensa vida mundana familiariza con la sutileza de las cuestiones morales y de los enigmas psicológicos; que sabe escuchar las amplias sinfonías de la oratoria sagrada, o interesarse en disputas teológicas, o discurrir sobre puntos de ciencia, sin perder su natural repugnancia al pedantismo, a la pesada insistencia pedagógica.
Sociedad hostil a la grosería burlesca, a la risa socarrona, a los denuestos indecentes, a la burda familiaridad de mesones y tabernas. Así es como la lengua de Rabelais necesitó atravesar el desfiladero de Las Provinciales y los salones del Hotel de Rambouillet, para transformarse en el instrumento incomparable del clasicismo francés.
Desgraciadamente, lo que espera a la prosa española des-

pués de Feijóo, después de la aspersión de amenos galicismos sobre el ampuloso ronroneo castizo, es la gran invasión de la retórica romántica, que culmina en la elocuencia política de un Castelar o en la oratoria versificada de un Núñez de Arce.

Sin embargo, no es la retórica el peor vicio de la prosa española, aún en los escritores del 98 es imposible desconocer un provincialismo irreductible. Provincialismo que proviene de la situación marginal de la historia española y del pensamiento español.

En verdad, los escritores españoles han sido hasta hoy proletarios de la inteligencia europea.

Reducido a esa proletarización secular, el español ha tenido que buscar fuera de su tradición lingüística los hontanares del pensamiento vivo.

Ahora bien, aquí es donde nace la situación trágica de la prosa española: de la ausencia en España de una tradición intelectual de gran estilo.

Por eso su prosa carece del esqueleto mismo de la prosa: la idea. No tiene más prosa noble que su prosa mística.

La literatura española se compone de dos o tres místicos y de una infinidad de oradores.

Literatura de una tal elocuencia que las otras musas se asustaron.

En efecto, la presencia, aun ignorada, de un pensamiento vivo, fuerte y apasionado, ejerce una influencia catalítica sobre la prosa más exclusivamente literaria.

Sólo la idea mantiene la tensión y conserva la dignidad y la austeridad de la prosa.

La satisfacción no proviene de la ejecución de grandes cosas, sino de la ejecución perfecta de una cosa

cualquiera. El que busca la serenidad, el sosiego y la paz debe proponerse facilísimas tareas. Sobre toda sabiduría se cierne la sombra del Binet de Flaubert.

Las leyes de la naturaleza son objetos de un orden determinado de generalidad, y los objetos materiales son leyes de un orden determinado de particularidad.
Una ley es la descripción del comportamiento de un concepto; todo concepto es un aspecto de un objeto. La ley describe la configuración de un aspecto de un objeto, aspecto que, al ser separado del objeto, es comparable al de otros objetos.
El objeto, a su vez, es la configuración de una multiplicidad de leyes, es su síntesis real.
La verdadera ley de la naturaleza es el objeto concreto, en la plenitud actual de su ser.

El mundo siempre castiga a quien olvida su orgullo.

El objeto de nuestra razón, es una configuración permanente de atributos.
El objeto de nuestra inteligencia es una configuración transitoria de atributos.

Toda "cosa" no es más que un nombre; el que damos a una configuración dentro de los límites de nuestra percepción. El nombre crea la cosa, en cuanto nuestra percepción es capaz de identificar dos o más de sus actos sucesivos; si la movilidad del objeto excede la capacidad identificadora de la percepción, hablamos de flujo y no de objeto.

La relación entre la movilidad del objeto y la capacidad identificadora de la percepción es el lugar donde nacen las "cosas", los "acontecimientos" y las "sustancias".

La intimidad entre el hombre y la mujer comienza con el amor y termina en complicidad.

La mera longevidad basta a veces para que el político triunfe sobre su adversario.
Así la mera tozudez, la terquedad de una opinión, que se mantiene inmutable durante varios siglos y perdura sin modificarse, inspira una rara confianza y adquiere un singular prestigio, contrapuesta a las innúmeras opiniones contradictorias, apasionadamente enunciadas y violentamente rechazadas, que el falible esfuerzo hacia la verdad abandona en su caminar incesante.

Un error que dura se asemeja a la verdad.

La verdad es un error que dura.

Cuando nada nos interesa nos declaramos imparciales.
El cansancio es uno de los padres de la justicia.

Todo es tan inestable en el universo que cualquier intemperancia dogmática nos seduce, no por la verdad que pueda encerrar, sino por su solo dogmatismo.

El pensamiento es lo único que nos salva de la desesperación, porque es la única diversión que no hastía.

La pereza limita nuestra acción: nuestra inercia circunscribe el territorio de la inteligencia humana.

Ideas y obras de arte son, generalmente, creadas por los viejos, pero sólo gozan de ellas los jóvenes.

Para vivir después de los treinta años se necesita embrutecerse en los quehaceres cotidianos o inventarse desesperadamente mil razones diversas e igualmente ficticias de vivir.

Todo joven es inmortal.

El joven no desprecia la muerte, la ignora.

Los viejos aman la vida, porque vivir es el solo bien que la vida aún no les ha arrebatado.

El matrimonio corrompe lo que toca.

Se fundó el matrimonio para que el hombre y la mujer puedan ser cómplices ilesos y satisfechos de todas las mezquindades, las injusticias y las vilezas; para que sean sin temor ávidos, hipócritas y egoístas.

Nada me repugna tanto como esa atmósfera tibia de sexualidad satisfecha que exhala una pareja matrimonial.

Los errores no corrompen la verdad, únicamente pervierten nuestra conducta.
Los hombres sufren de los errores que otros cometen como si así lesionaran la verdad, olvidando que el error

no inficiona sino a su autor. Negar a Dios parece a muchos un insulto a Dios, cuando Dios no tiene nada que ver en este asunto. Lo que no vemos, no deja de existir; solamente no lo vemos.
El error es una carencia de visión, no un acto que estrague la verdad.
Mayor tolerancia habría en el mundo, si la compasión reemplazara los esfuerzos para vengar una verdad que no necesita que la venguen.

Quien busca que lo aprueben, difícilmente vuelve a su soledad sin remordimientos, rencores y amarguras.

Nadie sabe aprobarnos rectamente: el elogio insulso hiere más que la censura.

Sólo nosotros conocemos la extensión de nuestros defectos y sospechamos nuestras cualidades.

Nuestras manos solas podrían trenzar coronas y no hay para nosotros más triunfo que la solitaria ovación de nuestras almas.

¿Qué me importan tus elogios, si yo me condeno, o tus denuestos, si me absuelvo?

¡Ah! Si el que nos contempla, sorprendido o indignado, supiese qué lamentable incertidumbre nuestro orgullo ensaya esconder.

Cuando el español piensa, siempre se mira pensar.

El egoísmo es el pecado sin remisión. Todo fracaso intelectual proviene de la incapacidad de olvidarse a sí mismo, de la viciosa costumbre de considerarse a sí mismo como fin de toda acción.
Hipocresía, pensamiento hueco y retórica son la triple faz del egoísmo.
La hipocresía es la actitud de aquellos que no ven en los fines públicos de sus actos sino secretos medios de algún provecho propio. El pensamiento hueco es aquel que, no sabiendo ser humilde ante el objeto y desprendido de sí mismo, no lo abraza ni lo estrecha jamás, pues no se consagra nunca sin reticencias. Retórica, en fin, es la frase que no intenta adherir solamente a lo que quiere significar, sino que se propone gozar de sí misma y contemplar su propia belleza.

Cuando alguien, en cuya inteligencia confiamos, elogia a quien sin vacilación juzgamos inferior a nosotros, nuestra vanidad goza de una satisfacción delicada.

Apreciar a nuestros inferiores es admirarnos tácitamente.

Que un mediocre triunfe nos exalta, pues nos sitúa más allá del mismo triunfo.

La sociología demuestra incansablemente lo obvio.

Toda obra hecha con lentitud adquiere un especial sabor.

Cuando no encontramos sino interlocutores ignorantes, nuestra conversación se vuelve una monótona exposición didáctica de temas elementales.

El genio no requiere ningún ambiente social propicio para florecer; se basta a sí mismo y la soledad lo conforta. Pero hay virtudes intelectuales nobles y exquisitas, aunque subalternas, que exigen un medio social favorable y una temperatura espiritual propicia.

Una erudición profunda y fina, un tacto intelectual delicado y sutil, una apreciación sensual y rica de la vida y de las artes, una afición honda pero mesurada, irónica y discreta a las ideas, un refinamiento enemigo de toda manifestación ostentatoria en el arte de vivir, una lucidez capaz de cinismo y de compasión, virtudes todas que el contacto cotidiano con seres groseros y vulgares embota y mella, mina y destruye.

Los vicios que adquirimos transforman el universo moral en que vivíamos. Comenzamos a absolver actos que antes condenaríamos; la inocuidad de los que nos seducen nos parece evidente y una nueva inocencia invade, así, nuevos territorios. La familiaridad con el vicio lo reviste del hábito humilde y gris de los actos cotidianos e insignificantes. El universo de un hombre diabólicamente vicioso sería de una trivialidad y de una inocencia rutinaria lamentables.
Toda la habilidad del mal está en transformarse en un dios doméstico y discreto, cuya presencia ya no inquieta.

La autonomía de la moral nace para nosotros cuando hemos aprendido a condenar lo que no repugna a nuestra sensibilidad.

El hombre que sin esfuerzo se inclina hacia el bien no puede conocer la austeridad intelectual de los problemas morales.

La discrepancia entre un juicio y una preferencia es la matriz de la moral y de la estética.

La probidad intelectual consiste en preferir lo que preferimos. La hipocresía intelectual en preferir lo que preferimos simulando preferir lo que debemos preferir.
La gran cultura intelectual y moral consiste en preferir a lo que preferimos lo que debemos preferir.

Todo vicio es una virtud desordenada.

El problema crítico nace cuando hemos podido comprobar en nuestra propia carne la simultaneidad sincera y auténtica de dos actitudes antagónicas.

El error del artista consiste en creer que importa que sea él quien haga la obra y en exigir, así, que lo admiren y en admirarse a sí mismo. Sólo logra salvarse cuando cree en la importancia de lo que hace o cuando lo que hace lo divierte. Es decir, cuando se ocupa de su obra y no de ser el autor de su obra.

La vulgaridad nace cuando pretendemos ser lo que no somos. Nadie, ni nada, es vulgar cuando se contenta

con ser lo que es. La vulgaridad es un fenómeno de aquellas sociedades donde la inestabilidad de las clases sociales favorece la confusión, donde no ocupando nadie un puesto seguro cualquiera puede adueñarse de una situación simulada.
El obrero, que es obrero, no es vulgar; pero es vulgar el obrero que imita al burgués. Vulgar el campesino que imita al hombre de la ciudad; vulgar el pequeño burgués que imita al burgués rico; vulgar el burgués rico que imita al aristócrata; vulgar el aristócrata que imita una imagen pretérita de sí mismo. Vulgar el ignorante que imita al sabio o el palurdo que imita al refinado.
La vulgaridad es la característica propia de toda edad burguesa.

La finalidad de la distinción entre las calidades primarias y secundarias de los objetos es la de buscar términos equivalentes para un observador cualquiera i.e impersonales. Son así fundamentales las características que aparecen posibles fuera de toda relación con un observador determinado.
La objetividad se define, allí, como lo idéntico para todos. En otros términos, la realidad ontológica viene a ser, si no una función social, por lo menos un atributo ineludible del consentimiento social.

Medir es un acto esencial. La medida transforma en exigencia impersonal una característica individual.
Pero al obtener la impersonalidad, la medida automáticamente crea la objetividad. Valor metafísico de la medida.

La contemplación pura cansa.

Para culminar satisfactoriamente la contemplación requiere un mínimum de acción, aun cuando sea una mera fórmula verbal.

Un idealismo consecuente tiene que pensar la historia como el único sistema capaz de la totalidad de lo real.

La dignidad y la nobleza, que nacen de una tensión constante para someter la elemental brutalidad de la naturaleza humana, no tienen por motivos suficientes sino la ambición y la esperanza de alcanzar los objetos de nuestro anhelo.
Cuando el hombre desespera, la humanidad se derrumba.

Toda pedagogía que se propone un fin distinto de los fines de la sociedad histórica en que vive el discípulo, es inoperante. La pedagogía es inútil, porque es el contagio social lo que educa al hombre. Lo que forma al hombre son las rutinas sociales.

Los hombres que no buscan en los libros solamente diversión, información o datos son escasos.
El libro rara vez educa. Cada cual lee con el espíritu que tiene. En los libros no descubrimos sino la confirmación de nuestros prejuicios.
Los libros no educan sino a aquellos para quienes son una presencia viva, una existencia inmediata y carnal.

La curiosidad natural inclina hacia los libros nuevos, las teorías modernas, la historia contemporánea, hacia todo lo que espontáneamente se encuentra dentro de

nuestro mismo contexto histórico, o proviene de iguales causas, o tiende hacia fines similares.
La curiosidad por el pasado puro, por el hecho, la doctrina o la obra que subsisten en un vacío y se hallan como circunscritos por un anillo de indiferencia, sin nexos con nosotros, teoría obsoleta y abandonada, hecho que agotó su influencia, obra cuyos motivos nos escapan y cuyo encanto pretérito ha perdido su poder, es una curiosidad débil, esporádica e intermitente.
Curiosidad que es necesario forzar, apoyar en una atención meditada, nutrir con consideraciones generales, robustecer con el sentimiento de un deber intelectual, de una obligación moral y de una urgencia espiritual.
La cultura quizá pueda definirse como la tentativa de naturalizar la curiosidad artificial.
Cultura es la curiosidad artificial transformada en naturaleza y gusto espontáneo.

Nunca sabemos cuál es la faz verídica de los dones divinos. Los dioses recorren el mundo disfrazados de mendigos.
Quizá la facilidad y el talento que Dios concede a algunos sea, con frecuencia, un don irónico; quizá la aspereza, la pesadez, la dureza, la lentitud de una inteligencia, sean las secretas condiciones de ricos y suculentos frutos.

El fruto espontáneo e inmediato de la oración es la conciencia de nuestra insignificancia. Ya esto basta para que sea preciosa.

La vida, quizá, no sería demasiado corta para quien supiera hacer en cada momento lo que el momento exige. Lo que acorta la vida son los preparativos y los remordimientos.

Las verdades más obvias y más patentes son las que más difícilmente convencen y persuaden el fondo insobornable del alma.
Entre la verdad concebida y la verdad asimilada yace el largo camino de la sabiduría.

Características del colombiano: imposibilidad de lo concreto; en sus manos todo se vuelve vago; falta de moralidad; la noción de deber le es desconocida; la única regla es el miedo del gendarme o del diablo; en su alma ninguna estructura moral, ni intelectual, ni social; ignora toda tradición; sometido pasivamente a cualquier influencia, nada lo marca; nada fructifica, ni dura, en ese suelo de contextura informe, movedizo, plástico e inconsistente.

Prolongar en tesis filosóficas el universo que pintan Velázquez, Chardin y Vuillard.

No hay mayor nobleza que la de negarse a lo que el corazón desea y la razón rechaza.

Que Dios nos venza o que lo conquistemos.
La violencia sola nos entrega a Dios o nos lo entrega.

Pensamiento que no es dolor, sino placer; que no es meta, sino camino; que no es medio de una verdad, sino fin perfecto y suficiente.

El objeto del poema nunca está más allá del poema.

Donde Barrés dice emoción, Gide dice sensación. Hermanos, quizá, que el vocabulario separa.

La prosa de Colette logra el más noble equilibrio clásico, pues expresa la voluptuosidad más evidente por medio de la inteligencia más lúcida.

Charles du Bos o "De la formation de l'âme par l'assimilation des auteurs".

La pura materia es capaz de densidad y de misterio.

Tantos escritores que nos hablaron de su mensaje y que resultaron ser un sobre vacío donde el destino olvidó incluir carta alguna.

Cuántas cosas parecen ser la realización de uno de nuestros deseos, que no son más que su atroz caricatura.

Una biografía filosófica es la que busca, no la explicación, sino la significación de los fenómenos de una vida.

Hallar el punto de partida es siempre lo más difícil. Las ideas, cuando intentamos exponerlas, no se presentan ordenadas en series unilineares (Cournot), sino entrelazadas en una gran multiplicidad de relaciones.
En el momento en que sentimos la urgencia de meditar o de escribir (escribir no es sino una forma más estricta, más rigurosa o rígida de meditar) nuestras ideas no presentan ningún orden necesario. Quizá podemos más bien

decir que presentan un desorden necesario, ya que el deseo de meditar con severidad probablemente proviene de la intensidad con que percibimos un desorden demasiado evidente.

Sin duda ese desorden de las ideas no es un mero hacinamiento de casualidades, y en nada se parece a un montón de hojas arrancadas a un diccionario. Ni los recuerdos, ni siquiera la colección completa de nuestras percepciones, son puros amontonamientos casuales; nuestra memoria es un sistema y nuestra percepción elabora un repertorio sistemático de sus posibilidades y de sus imposibilidades. Con cuánta mayor razón las ideas que poseemos son fruto de una actividad sistemática del espíritu.

Todo aquello que hemos pensado es eminentemente una función de lo que somos.

El estado de desorden de nuestras ideas se halla, de antemano, limitado por la estructura sistemática de la personalidad.

El grado de sistematización difiere según los individuos, y la estructura psíquica comporta una escala vastísima de integraciones; pero la sola existencia de la persona indica la existencia de una estructura, y por lo tanto de un sistema, o de un orden en cualquier estado momentáneo, de sus ideas.

Si lo que somos determina lo que pensamos, deberíamos partir de nosotros mismos y dar como centro a nuestra meditación los atributos que consideramos centrales en nuestro ser. Pero no me atrevo a excluir tan radicalmente toda noción de progreso espiritual.

Si nuestro ser es capaz de enriquecerse, o de empobrecerse, nada nos indica que su centro de gravedad sea siempre el mismo y que, por lo tanto, lo que no somos

(y que quizá nunca seremos) no constituya el verdadero motor de nuestro pensamiento y el centro real desde el cual debemos trazar la circunferencia de nuestras ideas. No es necesario que la vida se explique exclusivamente por su historia, y en verdad la historia auténtica excede lo meramente acontecido.

Ningún alivio es comparable al que sentimos cuando renunciamos a nuestras pretensiones.
Como descansa el cuerpo cuando cesamos de obligarlo a mantener una compostura, una gravedad o una rigidez que no le son propias, así la obligación que nos habíamos impuesto deja, al apartarse de nosotros, un vacío donde el espíritu se mueve holgadamente.
El libro que ayer leíamos con dificultad, porque buscábamos en él instrumentos para cumplir la tarea obligada, se hinche de nuevo en nuestras manos de todo su peso de placer o de encanto.
Pensar, escribir, todo es más fácil y sencillo cuando ya no nos creemos consagrados a altas empresas. El espíritu, antes cohibido por lo que esperaba de sí mismo, parece fluir de nuevo y desatarse, como un río en primavera.
Tales son las compensaciones de nuestra dignidad perdida.

Lo que me desespera cuando escribo no es tanto la esterilidad de mi espíritu, su extrema avaricia, su reticencia, su repugnancia a conceder con generosidad el caudal de palabras donde puedan plasmarse los embriones cuya agitación me desasosiega y me incomoda; no, eso no es sino la fealdad de lo que escribo, la dureza y

rigidez de mis frases, su falta de elegancia, de donosura, de gracia.

No creo que haya hombre dotado de menor facilidad que yo. Todo el mundo tiene algún "talento", alguna "gracia"; yo sólo he nacido desprovisto, desnudo, pasmosamente inerme.

Casi todos los que escriben libros lo hacen porque carecen de confianza en sí mismos, porque no confían en su opinión.
El mediocre, en efecto, secretamente se sabe mediocre, pero espera equivocarse y se interroga con sigilo: ¿acaso tenga yo talento? Nada, luego, descargaría tanto los estantes de las bibliotecas como la confianza en la palmaria evidencia de nuestros ojos bien abiertos. Aprender a ser mediocre es una tarea difícil. Todos nacemos candidatos a las Vidas Paralelas y nos es duro contentarnos con figurar solamente en el registro civil.

De los románticos hemos heredado el amor a la grandeza espectacular.
No hay hombre moderno que se resigne a ser lo que es, desde aquel que aspira a una grandeza inalcanzable hasta aquel a quien su condición de hombre hiere e irrita. Aun el hombre mediocre actual, satisfecho de sí mismo, anhela trascender su condición humana y espera que el progreso técnico lo redima, suprimiendo todas las limitaciones propias al hombre. Estupidez, crueldad, dolor, vejez, muerte, todo le parece contingente y remediable, pero al revés del cristiano no quiere pagar el precio de su redención.

Nuestro romanticismo es una secularización del cristianismo. Los milenaristas de las primeras generaciones cristianas debían de ser tan insoportables como nuestros contemporáneos.
Creo que sólo los franceses del siglo XVII han sabido ver el hombre en el hombre, han sabido ser hombres fuertemente instalados en el centro de la humanidad. Son los únicos hombres que han sufrido de lo que son, no de lo que no son o de lo que no pueden ser.

Nada más intolerable que la suficiencia del que tasa sus opiniones para no errar.

Después de entregarnos a los peores excesos de orgullo es natural que recorramos los parajes más yermos de la abyección y del desprecio de uno mismo.
Es difícil comprender cómo caben en una misma cabeza dos sentimientos tan contradictorios y tan idénticamente sinceros. ¿En la veracidad de cuál de los dos hemos de creer? ¿Cuándo debemos pensar que hemos acertado? La evidencia de nuestra mediocridad nos confunde y no podemos rechazar prueba tan concluyente; pero, ayer ¿no creíamos poseer argumentos igualmente válidos, no sentíamos una confianza similar, una certidumbre parejamente luminosa? Las razones de cada momento tienen un peso que les es propio, son tangibles y duras como un objeto vulgar.
Pero lo que no hemos hecho, lo que no hemos podido hacer, ese vacío cuyo contorno se cristaliza y crea una presencia acusadora con una mera ausencia, he ahí lo que no podemos refutar, lo que nos conturba y nos avasalla.

La vanidad, la vacuidad de las fiestas es evidente, pero lo que allí puede seducir es, sin embargo, explicable. Una apología no es imposible.
La fiesta, el placer que nace de la fiesta, es algo incomunicable e irreductible a formas más elementales del placer. Tenemos aquí una esencia, es decir, algo que no podemos analizar, sino tan sólo percibir y probar.
No son elementos de ese placer, como un análisis fácil y falso lo sugiere, la vanidad, el orgullo, el apetito sexual; aun cuando todo esto coexista allí, la presencia de ese placer distinto los modifica, los transforma, varía su índole y los asimila para elaborar sus propios juegos.
Las mujeres, el baile, la risa, los inútiles adornos, todo participa de una "gratuidad" inesperada; aquí se edifica una configuración rara y singular de actos que no tienen fin, ni objeto, que no se proponen sino su propia realización.

Que la vida del autor sea más interesante que la obra, como lo sostiene Birrell en su ensayo sobre Lamb, es uno de aquellos errores quizá irrefrenables porque tienen doble raíz.
Si el vulgo de los lectores prefiere a la obra la vida del autor es porque nada es más raro que un sincero y puro amor a las letras, mientras que en toda vida hay algo que nos puede conmover por su humanidad misma y que nos divierte, nos indigna sabrosamente o ayuda a justificarnos. Así el snobismo intelectual que obliga a ocuparse de literatura se satisface a menor precio con la biografía del autor.
Por otra parte, el lector apasionado, minucioso, crítico y paciente no se contenta con la sola obra que lo ha seducido; no le basta ésta en su escueta y aislada existencia.

Este lector requiere todo lo que puede ayudarle a situar la obra en la plenitud de su contexto y se ve, así, inducido a remontar hasta el autor para conocerla mejor y penetrar mejor en ella. Además, quien se halla seducido por una obra se enamora simultáneamente del género de espíritu, de la "tournure d'esprit", de su autor y pasa con facilidad de la obra como efecto a la actitud de su autor ante el mundo, que le parece con razón ser la causa de la obra y la fuente verdadera de sus propios placeres.
Por diversos motivos el lector raro y el lector vulgar son igualmente culpables del desconocimiento de una verdad tan obvia como es la de la singular mediocridad de la vida de casi todos los autores, de su monótono parentesco con la vida de los demás hombres, de su carencia de sentido profundo y de importancia si, precisamente, no fuese vida de quien creó la obra desatendida, la obra que es la única y exclusiva razón de su importancia y de su supervivencia en la memoria de los hombres.

Los pesimistas en política siempre tienen razón a la larga, pero no por eso debemos concederles una sabiduría de la cual, en el fondo, carecen.
Así como aquel que, de un recién nacido, sabiamente proclama que algún día morirá; así predice el pesimista la muerte de cualquier forma política, y es evidente que, con sólo esperar, los pronósticos se cumplirán.
Sabiduría tan cierta como superflua.

La facilidad con la cual puedo pasar un día entero sin pensar en nada, absorto el espíritu en cualquier trivialidad que se presente y reducido casi a la simple función de espejo, me aclara el misterio de la vida común de los hom-

bres, cuya sin igual vacuidad debería devorarlos en arrebatos de aburrimiento y de tedio.

Obligarnos a acuñar en palabras todas nuestras ideas, aun las más insignificantes y tenues, es montar la maquinaria verbal y alistarla, para que pueda ponerla en marcha sin esfuerzo alguno la idea que requiere, por su dificultad o su precio singular, toda nuestra débil atención y toda la energía que usualmente se disipa en la caza de las palabras y de los esquemas sintácticos.

La idea de la perfección es el escollo de quien no ha comprendido que toda perfección es el producto de mil actos ineficaces e impuros.

Excluyendo a unos pocos espíritus excelsos, las opiniones de los hombres sobre los acontecimientos contemporáneos son tan similares de una época a otra, de un día a otro, que podemos concebir un periódico ideal escrito una vez por todas, que la gente inteligente se contentaría con leer una sola vez, pero que sería publicado diariamente para todos, teniendo tan sólo el cuidado de cambiar cada día los nombres propios.

Espontáneamente los críticos se dividen en dos clases: aquellos que escriben para un lector que ignora el libro de que tratan y aquellos que escriben para un lector que lo conoce. Ambos son desleales a su auténtico deber crítico. Los primeros caen en el error de querer reemplazar el libro por su descripción, creyendo en la posibilidad de traducir una obra de arte en un material verbal distinto, para hacerla más cercana y más asequible.

Los segundos, no pudiendo relatar el libro que por definición inconsciente suponen ya conocido, se pierden en más o menos agradables confidencias sobre lo que el libro les sugirió. Así nos dejan burlados, meros oyentes de la resonancia que en ellos despiertan los temas del libro que simulan criticar.

Para emprender las nobles tareas del espíritu no basta la buena voluntad y en nada nos ayuda a efectuarlas una afición ferviente y apasionada. Ser elegido es la sola receta infalible.

Nada es aquí más lamentable y ridículo que una conducta meritoria, desprovista de la unción del talento o del genio. Quienes imaginan que sacrificios, abnegaciones o penosos trabajos merecen recompensa desconocen la austeridad implacable del orden universal.

El espíritu dotado de nobles y altas prendas consigue su salvación realizando sus íntimas exigencias. No necesita alejarse de sí mismo o rechazar su ambición y sus deseos para cumplirse de manera soberana. La excelencia de su obra le permite gozar la plenitud de su destino.

No así el mediocre, que en todo lo que emprende peca sin remisión por la flaqueza de sus actos, ensucia lo que toca y empequeñece lo grande.

Sólo la vida religiosa es para todos, grandes o mediocres, el seguro camino de salvación. Aquí las exigencias que se nos hacen, aun cuando duras, ásperas, abruptas, no piden para que cumplamos con ellas sino el esfuerzo, la voluntad y la paciencia.

Verdad o belleza son frutos milagrosamente concedidos a algunas raras almas, y son perfectos, sin mancilla ni tacha, o no son; mientras que las obras de la religión

admiten una caritativa escala de perfecciones. La santidad en que culminan no es la intangible condición de todo mérito. Al más humilde han sido prometidas inverosímiles recompensas y el más mediocre puede allí encontrar el puesto que le corresponde, sin que su resignación lo envilezca. Una senda ilimitada se extiende; quien la recorre jamás llega, pero su fracaso es natural.
El fracaso no acarrea, aquí, ese relajamiento del alma y esa desesperación sin remedio, propios a los ridículos naufragios de quienes bogan en las aguas que Dios reserva a los predestinados, que eligió para los nobles gozos y los nobles sufrimientos.

Ante la naturaleza en sus aspectos espectaculares mi soledad resalta con conmovedora evidencia. Sol o cielo nocturno, mar o montañas, vegetación ubérrima de la selva, todo me parece el eterno objeto intangible, el objeto separado de mí por prohibiciones y defensas que manan de la raíz existencial de las cosas.
Mi pobre ser humano puede padecer o gozar, exaltarse o deprimirse, en la contemplación de ese espectáculo, pero sólo un mito irrisorio, nacido de elocuentes arrebatos del alma, intenta persuadirnos que participamos de las magnificencias de la naturaleza.
No mantengo, ciertamente, que nuestro ser se yerga ante el mundo, espectador independiente y autónomo de un objeto heterogéneo que no le sobrepuja ni en dignidad, ni en importancia. Al contrario, veo al hombre sumido en el mundo, situado entre las cosas, como la piedra o el agua.
El hombre se alza sobre el suelo de la naturaleza misma y no es más que uno de los accidentes del paisaje.

Pero esa comunidad del hombre y de las cosas jamás se trueca en comunión. Nunca puede nuestra pobreza natural enriquecerse con la abundancia y el esplendor de aquellos aspectos suyos que la naturaleza no trató con la mezquindad que presidió a nuestro nacimiento.

Entroncamos así con el fondo mismo de donde manan las cosas, pero nacemos limitados y encerrados en nuestros contornos de carne, reducidos a una acción mecánica, es decir, al contacto exterior, al acercamiento que no puede ser penetración, al irónico apoderamiento de un lugar siempre vacío.

Nuestro destino natural, impreso indeleble desde el instante de nuestra concepción, se desarrolla implacable sin que nadie lo tuerza o desvíe, y como una piedra arrojada en el vacío o como la conclusión de un silogismo realiza imperturbablemente su ley.

La naturaleza en sus aspectos de singular esplendor nos oprime y desespera. Nuestras flacas fuerzas, que cada día debilita. encontrarían aquí inagotables hontanares. Un incomparable anhelo nos sacude ante el absurdo sueño. Que ese sol que acaricia y quema nuestra desnuda piel penetrara en nuestras venas, y se infundiera en los más íntimos tejidos, y fuera la médula de nuestros huesos, y fluyera dorado y espeso en lugar de la sangre asquerosa.

Nuestra vida agitada, turbia y frágil podría participar de la serenidad poderosa y honda de las cosas.

En la tempestad terrible, en la incesante actividad del sol, en la furiosa agitación del mar, en el sordo rumor de la savia, en todo ese tremendo vivir siento una serenidad y un reposo ilimitado que nacen de la segura posesión de la fuerza. El ser aquí se esparce y se derrama, se vierte,

se gasta y se consume en un ciego derroche que lo hace estallar en millones de formas de magnificencia inaudita. Pero si el ser se otorga en gestos gratuitos, si se concede sin tasa ni medida, en su centro inefable perdura una majestad soberana, una fuente inagotable de poder, una inmovilidad profunda, estable, imperecedera.
Nosotros, sin embargo, solamente percibimos; ¡ah!, irónica percepción, simulacro tan sólo de una posesión, tentadora promesa que no puede cumplirse. Como en una fortaleza de irrompible cristal, abandonado centinela, sin contraseña ni órdenes.
Nuestras fuerzas flaquean, la angustia nos invade, pero nos es vedado apoderarnos de la inefable abundancia del sol, de la lluvia, del viento, del mar; de esa abundancia que nos rescataría de nuestra torpe y lamentable decadencia para entregarnos limpios a una noble muerte.

Lo que el hombre sabe del hombre parece haber sido dado una vez por todas. La ciencia del hombre no progresa y todo descubrimiento allí consiste en exagerar alguna característica ya anotada y en atribuirle inmerecidamente una absurda importancia.
Los clásicos griegos y la Biblia, leídos lentamente, con minuciosa atención, bastan para enseñarnos lo que la humanidad sabe de ella misma. Las viejas humanidades que educaron incomparablemente a veinte generaciones de europeos enseñaban sin deficiencias y sin excesos no solamente lo que hoy pedantesca y pesadamente se intenta enseñar, sino todo lo que hoy se esconde a muchas miradas prevenidas y empañadas de prejuicios. No encuentro así ninguna idea pedagógica

razonable que no resuma ya el Pseudo-Plutarco en su tratado sobre la educación, donde expone una sabiduría pedagógica modesta, libre de pretensiones, pausada y amable.

En los grandes acontecimientos políticos desconocer la parte del interés y de la necesidad es tan fútil como afirmar su exclusiva eficacia. En todo hombre hay una duplicidad tan honda que es imposible conmoverlo cuando sólo movemos uno de sus múltiples resortes.
Una acción rica en accidentes y en consecuencias emana siempre de causas diversas y distintas.
Aquí yace el impedimento a la fácil penetración de la inteligencia en la estructura del hecho político y social.
Nos es fácil descubrir en nuestro adversario el interés que lo impele o la necesidad que lo arrastra, porque todos igualmente nos apoyamos sobre el mismo urdimbre de causas y lo labramos con idénticas pasiones.
Pero aquellas regiones del espíritu más íntimas y más sutiles, aun cuando comunes a todos, difieren en su clima, en su constitución y en su estructura.
La validez o eficacia de una predicación política varía radicalmente según sus matices y sus resonancias, aun cuando se funde sobre necesidades similares e intente evocar intereses o pasiones idénticos. Aquí repugna lo que arrebata allí y allí conmueve lo que aquí parece frío, insípido o absurdo.
Nada es comúnmente más insignificante que la refutación de una doctrina política, porque, casi por definición, parte del desconocimiento de esas escondidas resonancias de la doctrina, que son su verdadero sentido y la legítima causa de sus éxitos.

El vocabulario político tiene una significación mágica más que racional. El vocablo se emplea aquí como un conjuro para evocar una determinada contestación, para producir un determinado estado de ánimo; por eso la repetición de las mismas ideas y de las mismas frases, que cansa al auditor indiferente, no es tediosa ni monótona para el que encuentra en ellas el apropiado excitante de ciertas regiones de su sensibilidad.

No solamente, así, los motivos evidentes y plausibles gobiernan los actos humanos. En todos los hombres hay anhelos y repugnancias, entusiasmos y odios, que provienen de la distinta estructura de cada ser y de la distinta historia de cada vida. Así nacen nuevos valores que no podemos medir comparándolos sencillamente con la norma elaborada para juzgar las necesidades generales y los intereses comunes.

El conocimiento presupone una sensibilidad similar, una historia análoga y la participación apasionada en el mismo objeto.

El político en el fondo no convierte sino a los convertidos. El discurso político es una ceremonia litúrgica que conmemora los acontecimientos significativos de un culto, o quizá una operación de magia para infundir nuevo vigor a los fieles.

"Scindit deinde se studium", dice Quintiliano, "atque inertia factum est, ut artes esse plures viderentur".

Desde hace dos siglos nada parece más evidente que la autonomía de las diversas actividades del espíritu.

Las consideraciones de los viejos tratadistas de retórica sobre la importancia de las cualidades morales del ora-

dor o del poeta nos parecen el colmo de lo absurdo. La History of Criticism de Saintsbury consiste únicamente en el relato del proceso de eliminación, de refutación y de olvido de esa noción. Que el orador tenga que ser "vir bonus" nos causa hilaridad, y que alguien pueda haber condenado un poema porque su autor era un bellaco o un bribón nos parece sencillamente inverosímil. Cada acto no es justiciable sino de sus propios tribunales. Evidentemente tenemos razón, pero quizá no tan completamente ni de manera tan innocua, como lo creemos. Es imposible negar que filosofía, ciencia, letras, artes se hayan ido separando las unas de las otras y que ese proceso divisorio se prolongue en el interior de cada una separadamente y de cada fracción sucesiva. Las consideraciones técnicas han primado sobre las exigencias puramente internas y propias a cada rama de la actividad del espíritu. Atento sólo a las necesidades singulares de cada una, que busca aisladamente su perfección privada y el exclusivo cumplimiento de su propio fin, el hombre se ha consagrado a un proceso de acendramiento y purificación de sus actividades espirituales para que puedan efectuarse libres de estorbos, de intromisiones y de desvíos. Así ha conseguido una maravillosa eficacia y logrado una incomparable sutileza.

El progreso científico proviene fundamentalmente de esa voluntad de considerar aisladamente sus problemas y de proceder, sin respeto, en la aplicación de sus exigencias metodológicas. También la filosofía ha logrado, así, plantear sus problemas en forma más escueta y estricta, con una precisión y minucia que la dividen en especialidades distintas. En cuanto a la historia, vemos que sólo la monografía la libertó de las vagas con-

sideraciones filosóficas o morales, y le ha permitido henchirse de la espesa sustancia de los hechos concretos.

Las artes, por otra parte, han intentado, de manera casi insensata, llevar a cabo la culminación de ese mismo proceso, y la historia estética de nuestros días es el relato de la tentativa de aislar la esencia de cada arte, de libertarla de toda supeditación a actividades distintas de las exclusivamente propias, de rechazar lo heterogéneo que quiera inmiscuirse en ella. Así fue posible conseguir una lírica más pura, sin elementos didácticos o morales, que se dirige hacia su fin propio con paso certero y firme; así también una pintura que desdeña lo anecdótico o lo fotográfico o lo literario y se contenta con volúmenes y formas, con valores puramente pictóricos.

Cada actividad espiritual se ha encerrado dentro de su ámbito propio y cada una ha ido elaborando su técnica propia, libre de toda consideración extraña.

La filosofía, por ejemplo, tal como un moderno la concibe difiere de lo que los griegos llamaban con el mismo nombre. La vida filosófica que predican los pitagóricos y cuya noción adquiere plenitud en la filosofía de Platón es, a pesar del intelectualismo de la escuela aristotélica, el eje mismo de la filosofía antigua.

El proceso del conocimiento filosófico tiene, para Platón, por condición ineludible un proceso de purificación y de ascesis; para él como para los místicos, el conocimiento es una función total de la persona.

En verdad, éstas son tesis que para un moderno carecen de sentido y que refutan radicalmente, a sus ojos, el enriquecimiento, el desarrollo y la multiplicación de las ciencias, las artes y las letras.

Sin embargo, comienzo yo a creer que quienes tenían razón eran quienes gravemente discurrían sobre las cualidades morales del orador o del poeta.

En efecto, al separar la vida cotidiana del hombre, con sus quehaceres, sus obligaciones, sus sufrimientos y sus placeres, de sus actos espirituales más altos para lograr para éstos una mayor eficacia, lo que estamos consiguiendo es la "barbarización" del hombre. Como resultado de esa tentativa ya vemos la vida del hombre moderno, su vida cotidiana, su vida personal y concreta, aquella que cada cual vive con todas sus emociones, sus pasiones, sus instintos, sus ideas inmediatas, fluir en un cauce solitario, lejos de su actividad espiritual.

Dos planes de existencia, sin contacto alguno, han aparecido en el hombre; el plan en que esa su vida se realiza, y el plan en que se desarrolla la actividad de su espíritu.

Hemos cortado todo nexo, todo ligamento, toda conexión.

Lo que allí acontece no tiene influencia sobre lo que aquí sucede.

El espíritu, en su acto más atrevido y puro, no se ocupa jamás de la vida personal de cada hombre para penetrarla de luz y traspasarla de inteligencia.

Abandonada por el espíritu, la vida cotidiana pierde toda nobleza y se entrega a los innúmeros demonios del capricho personal y de las inspiraciones colectivas.

Mientras hunde su cabeza en un puro cielo, purior aeter, su cuerpo se entrega indiferente a los gestos más torpes.

La fuente de toda nobleza es evidentemente el espíritu: los actos cotidianos, los quehaceres materiales, no se despojan de su vulgaridad ingénita sino cuando el espí-

ritu los dispone y los ordena. Abandonar, así, nuestra vida de todos los días a su automatismo biológico o a su automatismo social es preparar el triunfo de la barbarie. La verdadera barbarie es la ausencia del espíritu, el pleno desenvolvimiento de la animalidad, de tal suerte que allí donde topamos con actos suscitados y dirigidos por el espíritu, como en las instituciones matrimoniales de los australianos, vacilamos en usar de aquel concepto, aun cuando mil gestos repugnantes nos inciten a emplearlo. La barbarie así nos amenaza porque ya no es el espíritu en su más puro ejercicio lo que nos guía, sino la elemental sencillez de nuestros instintos, las necesidades sociales constantes y el automatismo inerte de las costumbres.

Quizá nuestros placeres y nuestras diversiones son el más agudo síntoma de esa escisión, de ese cisma.

La facilidad con la cual individuos, extraordinariamente penetrantes y sutiles cuando se encierran en sus laboratorios o manejan sus estadísticas y sus conceptos especiales, aceptan la trivialidad de un libro, la imbecilidad de una película, la vulgaridad de los lugares de diversión o la puerilidad del deporte, revela la ausencia del espíritu, embebido en ocupaciones parcelarias y desdeñoso de su más alto, aun cuando más impuro, deber.

El espíritu se ausenta de la vida y se refugia en sus oscuros manipuleos. La vida se menoscaba, se deteriora y se empobrece. La acción, desposeída de su grandeza, se despoja de sus posibles perversiones, de sus depravaciones inauditas. Dioses y demonios huyen del hombre en quien asoma el hocico húmedo de la bestia.

Pero no es la vida cotidiana, entregada a sí misma, la única víctima del aislamiento del espíritu. Este pierde a su vez la vigorosa savia que aquella le comunica.

Pero lo grave no es sólo que la filosofía se vuelva un formalismo lógico, que las ciencias acumulen meras recetas técnicas, que la literatura se pierda en la pura incoherencia verbal, que un formalismo estético devore a las artes; ni es sólo tampoco, recíprocamente, que un verbalismo elocuente reemplace a la filosofía, que un uso vulgar e inepto degrade a la ciencia, que un sentimentalismo pueril sustituya a la literatura, que una pintura y una música agradables a la muchedumbre vivan paralelamente a la pintura y a la música; lo más grave es que ese hombre degradado y disminuido será mañana el único creador de filosofías, de ciencias, de artes y de letras, y que, por lo tanto, todas esas actividades no serán más que la expresión envilecida de un hombre envilecido.
Tarde o temprano, lo que es el hombre y lo que hace se refleja en sus obras; ¡qué digo!, ¡se reflejan!, son la sustancia misma de sus obras.
El ser del hombre es la materia profunda y real de lo que crea, no los objetos que maneja, las especies que elabora. El espíritu, al fin y al cabo, no puede huir del hombre en que mora, la carne impura donde tiene su asiento, su raíz y su fin. Si, olvidadizo de la eterna ley que lo ata a la vida, intenta remontarse a un puro cielo intelectual, la justiciera venganza vigilante, que vela sobre la esencia de las cosas, lo castiga entregándolo a la barbarie que su torpe atrevimiento engendra.

Un Louys, un Wilde, con ese divorcio que intentan implantar entre el arte y la moral, son los espíritus menos helénicos, menos paganos, que se pueda concebir. Son como aquellos grabados y pinturas de fines del siglo pasado que representan escenas de la vida griega o

romana, cuyas desnudas figuras de mujeres parecen siempre ceñidas por un invisible corsé.
Son de su tiempo, cómicamente.

En el fondo no hay sino dos grandes partidos políticos. La humanidad se divide políticamente en dos bandos: el de aquellos que están más contentos que descontentos y el de aquellos que están más descontentos que contentos. Los unos tratan de impedir un cambio que temen, los otros de favorecer un cambio que anhelan.
Este es todo el secreto de los partidos de izquierda y de derecha, que mejor sería nombrar con sus viejos apodos: conservadores y progresistas.
No creo que se hallen razones abstractas o impersonales para elegir uno u otro partido. Todo es asunto de conveniencia, de circunstancia personal o de situación histórica. Algunas veces me ha inquietado la dificultad de concertar esta opinión con una impresión bastante viva y tenaz: la de la mayor generosidad de los partidos de izquierda o progresistas. En verdad, si esto es así habría fuertes razones para optar por esos partidos. Sin embargo, me parece evidente que se trata sólo de un error de óptica, de visión en el tiempo, que proviene de la naturaleza misma del tiempo, medio en que ineludiblemente contemplamos todo acontecimiento o toda opinión sobre un acontecimiento.
En efecto, lo pasado, como ya hecho, como ya efectuado, es algo concreto, duro, con aristas; es, así, algo personal, inseparable de un lugar, de un individuo, de un acto. Lo pasado tiene nombre propio.
Al contrario, lo futuro es vago, incierto, nebuloso; es abundante en promesas, rico en posibilidades. No se

puede definir, ni determinar. Allí lo individual se anega en lo general, lo concreto en lo abstracto, la especie en el género.
Por lo tanto, quien defiende lo pasado (o lo presente que es aquí lo mismo) aparece luchando siempre por algo determinado: un privilegio, una situación concreta, un bien material; mientras que aquel que se desvela por lo futuro, aun cuando anhele el bien más personal y más egoísta, no puede pelear sino por lo común, por lo universal, pero no es porque la generosidad, el desprendimiento, un afán apostólico motiven sus actos, sino porque el futuro carece de rasgos individuales, de facciones personales, del áspero cariz concreto de lo real.
La generosidad de los partidos progresistas es sólo aparente y proviene exclusivamente de la imprevisibilidad de todo acontecimiento futuro.

No vivimos tranquilos sino cuando creemos que nadie existe.
Ciertamente es raro que osemos sostener un tan agudo solipsismo, pero la desagradable sorpresa que nos causa una existencia patente e innegable es prueba de nuestra secreta convicción.
En el fondo, nuestra educación, nuestro respeto a los demás, la cuidadosa atención con que escuchamos las opiniones de los otros, nuestra repugnancia a herir una sensibilidad cualquiera, las precauciones que tomamos para no enfadar o no hastiar, no son nada más que las astucias y ardides que elaboramos para evitar el contacto violento con otros, el ademán brusco que impone la realidad irrefutable de una persona.

Humildad y discreción son actitudes de quien se encoge y se achica para no tropezar contra los objetos, no porque tema romperlos, ni siquiera porque recele herirse, sino porque su sola existencia real lo aterra.

Los que creyeron encontrar argumentos contra el catolicismo, y contra la religión en general, en tantos relatos de vidas de santos, enfermos evidentemente y vecinos de ciertas formas lúgubres de la demencia, desconocieron que nada justifica mejor la religión que ese singular poder que le permite hacer fructificar esas existencias miserables, en lugar de entregarlas a la lóbrega esterilidad de un tratamiento científico en un higiénico sanatorio.

No es tan sólo la estupidez y una ligereza nativa lo que nos impide lograr la plenitud de experiencia de que cada acontecimiento es susceptible. Preferimos resbalar sobre la superficie de las cosas y no conocer de cada una de ellas sino su aspecto vulgar y común; ya que todas tienen como una faz social, creada para que todos nos contentemos con ella y comulguemos en una idéntica trivialidad.
Ante la amenaza de un conocimiento total parece que un terror hereditario se apoderara de nosotros, como si en los profundos estratos de nuestros huesos perdurara una sorda conciencia de la crueldad escondida en íntima sustancia del ser.
Quizá al rechazar, la conciencia y al negarnos a nombrar con su auténtico nombre los diversos sentimientos que engendra en nosotros un súbito acontecimiento, obedezcamos al mismo instinto que esconde los nombres

de los dioses y cree aplacar las potencias demoníacas con apelativos angélicos.

Para las circunstancias conmovedoras no sirven sino los lugares comunes. Una canción imbécil parece expresar mejor un gran dolor que un noble verso.
La inteligencia es actividad de seres impasibles.

Es posible acusar de egoísmo a quien sólo busca el placer, pero quizá sea menos egoísta que aquellos que un instinto secreto aparta de sí mismos y compele a una actividad espectacular y huera. Mientras que el primero busca el cumplimiento de su ser en una contemplación que tiene al mundo entero por objeto, éstos se proponen fines limitados y la satisfacción de ejercer una actividad mezquina.

El placer no es más que la percepción de esa música a cuyo propósito las Escrituras nos amonestan: Non impedias musicam.

No ver en el placer sino el permiso y la ocasión de algunas vulgares orgías, es como no ver en el heroísmo sino la ocasión y el permiso de algún sucio asesinato.

Sin posesión completa no hay dádiva total y tan sólo un alma señora soberana de sí misma puede abandonarse al placer sin menoscabar su dignidad.

Humanista es aquel que se niega a tolerar que sus actos tengan motivos ajenos a las íntimas necesidades de su ser.

No hay humanismo que no lleve consigo una crítica del humanismo.

Ni la universalidad en sí, ni la singularidad, son signos de valor. El valor yace en los hechos mismos y no en relaciones de posición.

Es inconcebible que el humanismo pueda abolirse en provecho de otra actividad puramente humana, pero es susceptible de un enriquecimiento religioso que lo trasciende y a la vez lo cumple.

El humanista se niega a toda acción que tenga otro fin que el conocimiento de sí mismo, por medio de la acción.

El conocimiento es la faz más pura del placer.

En un alma perfecta, el placer perfecto no es más que el conocimiento perfecto.

El conocimiento es ese uso puro de la razón que nos da la posesión del objeto, no en la definición que elabora una dialéctica abstracta, sino por medio de la construcción intuitiva del objeto en el espíritu.

Percibir, contemplar y conocer son los grados del placer.

El placer no consiste en adecuar las cosas a nuestro espíritu, sino en adecuar nuestro espíritu a las cosas.

El placer no es un elemento que pertenezca a ciertas cosas, sino una actitud del espíritu.

No se trata, en verdad, de no buscar sino el placer, sino de no ver sino el placer.

Siendo el placer una forma pura, toda materia le conviene, y toda vida.

La dicha no difiere del placer. La dicha es ese estado del alma donde todas las cosas se piensan naturalmente bajo la sola categoría del placer.

El placer es más intenso cuando el ser que goza se olvida a sí mismo; más exquisito cuando una aguda conciencia de sí lo acompaña en la misma plenitud de su éxtasis.

La voluptuosidad auténtica prolonga en esquemas intelectuales la conmoción física en que nace.

El bienestar es el placer de quienes ignoran el placer.

El placer es el equilibrio que, por medio del conocimiento, el mundo logra transitoriamente en nuestro espíritu.

Tanto la fruta de sabor delicioso como la idea inteligente son goces sensuales.

La más abstracta idea encierra la sustancia suculenta del mundo.

Todo gozo se transforma en idea del gozo y, recíprocamente, toda idea del gozo se transforma en gozo.
En ese lugar puro del espíritu lo concreto y lo abstracto se confunden para no ser más que una idéntica presencia carnal.

El conocimiento más bajo es el que consiste en elementos abstractos y que traza las líneas hipotéticas de la utilización posible del objeto. El conocimiento intermediario es el que se propone integrar los objetos en un universo lógico. El conocimiento superior es el que conoce a cada objeto como único y no busca nada más allá del objeto mismo.

La dicha total del alma es aquella que encuentra cuando alcanza su madurez y su perfecta plenitud.

Si impedimos que nuestra actividad tenga fines distintos de su propio cumplimiento, lograremos la dicha, que no es más que el sentimiento de una cosa adecuada a sí misma.

El alma puede alcanzar en todo instante su plenitud, porque la plenitud es la armonía de lo que es y de lo que posee con lo que desea y con lo que crea.

Nada hay más noble ni más bello que la plenitud de un alma, cuando su plenitud no es estática, cuando es una plenitud en movimiento. Es decir, cuando su armonía es inestable, siendo la armonía de un ser que crece con sus creaciones y sus deseos.
Cuando, al contrario, un ser se satisface con el primer equilibrio que logra, cuando su voluntad de plenitud se

transforma en voluntad de una forma determinada de plenitud (en lugar de subsistir como voluntad de plenitud en cuanto forma pura), la plenitud que ese ser alcanza y con la cual se contenta es signo inequívoco de mediocridad y de mezquindad de espíritu.

Anhelar un equilibrio entre el deseo y la posesión no es renunciar a esos objetos más allá del hombre cuya búsqueda es esencialmente humana. Es tan sólo aprender a desear la búsqueda misma del objeto y las posesiones que preceden la posesión del objeto.

Si sabemos analizar nuestros sufrimientos, ese conocimiento nos dará el placer heroico y duro de un espíritu adecuado a su dolor mismo.

Las verdades de nuestras almas son aquellas cuyo término opuesto nos es una imposibilidad absoluta.

Es un error querer comprar la felicidad; que basten contratos transitorios.

La felicidad irrenunciable es una trampa en que la inteligencia se enreda.

Nada más peligroso que identificar nuestro placer con sus condiciones de un momento cualquiera.

El alma plenamente voluptuosa sabe sola limitarse.

Lo que nos separa de un placer nos separa a veces tan sólo de nuestra saciedad.

Un placer fácil se transforma en necesidad vulgar.

Cuando una idea renitente y huidiza se entrega en fin a nuestra paciencia amorosa, no es tanto orgullo o vanidad lo que nos llena como la confusa emoción de asistir a la aparición de algo noble.

Un cuerpo voluptuoso se viste del esplendor de los deseos que despierta.

Ser sincero con cada instante de nuestra vida puede peligrosamente significar la insinceridad con nuestra vida misma.

El humanista no es aquel para quien sólo existe una idea de su vida, un ideal, ni aquel para quien sólo existe el momento presente, sino aquel que teje la idea de su vida sobre la urdimbre de los momentos concretos de su existencia.

La más pura dicha del espíritu es la serenidad fecunda después del esfuerzo.

La expresión prematura del pensamiento naufraga en las cercanías de la costa.

El sabor inconfundible de los seres es la bebida de los dioses.

Los placeres de la inteligencia yacen, por una parte, en los objetos y en sus relaciones, y por otra parte en la

clara conciencia de sentirse a sí misma cada día más sutil y más fuerte.

La grandeza de los seres depende de nuestra grandeza y su mediocridad no es más que un reflejo de la nuestra.

Algunos encuentran un mayor placer en el análisis de la acción que en la acción misma.

La idea quiere que la conozcamos a la vez en su esencia aislada y en los nexos que la atan a las otras ideas, que la prolongan y la completan.

Cierta rusticidad de espíritu prefiere a la belleza de la faz la robusta belleza del cuerpo; sin embargo, es sólo en los rasgos de una belleza inquieta o triunfante que la voluptuosidad revela su riqueza más secreta.

No habremos aprendido a gozar sensualmente el mundo sino cuando el gesto que palpa se prolongue en arabesco de la inteligencia.

Cuando los objetos inmediatos de los sentidos y los objetos inmediatos de la razón no difieren, hemos en fin construido un universo sensual.

La libertad intelectual es cosa que no debemos poseer, sino adquirir.
Lo que nos es dado es una mera invitación a adquirirla.

No es la importancia para la vida lo que da valor a ciertos actos; es del valor de ciertos actos que la vida toma su importancia.

Mediocre es la sabiduría que censura los placeres que no están a su alcance: contemplar sin envidia es lo único que disminuye la amargura de la posesión perdida.

Las cosas nos seducen por los sueños que permiten.

Nuestra embriaguez ante el mundo no debe ser más que el instrumento de nuestra inteligencia.

La lucidez exige que los seres sean fines, y no medios, de nuestra actividad; pero si no sabemos usar de los seres como medios nuestra lucidez se empaña y nuestra inteligencia se enreda.

Lo que parece vacío de todo placer es solamente vacío del placer definido que exigíamos.

Las cosas ínfimas son, con frecuencia, susceptibles de más intenso placer que las grandes porque no agobian al espíritu, que puede así entregarse a ellas con lucidez atenta y perfecta.

Ante ciertas cosas es necesario asumir una actitud dogmática para poderlas comprender.

Nuestra búsqueda de un sistema no debe ser afición a la comodidad del espíritu, sino un amor de lo inestable que perdura a través de equilibrios transitorios.

Sin una gran superioridad un espíritu imparcial es mediocre; pero la sola parcialidad no basta para escapar a la mediocridad porque es la parcialidad sometida y dominada la que sirve de resorte al espíritu, no la parcialidad que nos subyuga y a la que muellemente nos abandonamos.

Las exigencias de la voluptuosidad y de la serenidad son, a veces, contradictorias y no hay regla que nos permita concertarlas sistemáticamente.
Que nos baste, luego, una moderación lúcida que consienta al don o prepare el rechazo.

Quien anhele vivir según la lógica exacta de los principios que eligió, sacrificará a sus consecuencias lógicas los principios mismos.

Para gozar de aquellas cosas que todos censuran, no es necesario buscar justificaciones y pretextos, sino amar los elementos en ellas que precisamente las hacen censurables.

De toda cosa no solamente la irremplazable individualidad debe embriagarnos, sino también lo general, lo universal que encierra.

Las mujeres muy jóvenes añaden al encanto que les es propio la promesa conmovedora y mentirosa de lo que probablemente no serán.

Hay potencias de la sensibilidad que sólo conmueven lo feo y lo vil.

Aun cuando haya sensaciones raras que extrañas y monstruosas circunstancias despiertan, sólo procuran emociones perfectas y totales aquellas mujeres cuyo espíritu y cuyo cuerpo, cada uno en sí mismo y el uno con el otro, logran un equilibrio que palabras muy sencillas podrían describir, pero que es sobre el horizonte de la humanidad su éxito más noble y más alto.

La sabiduría descubre en su deber el disfraz más sutil de su placer.

El precio de las cosas nace de su duración pasajera y vana.

Nada vale la dulzura del crepúsculo cuando nos despojamos aun de la vanidad de estar tristes.

Un espíritu falsamente razonable quiere opiniones conformes a las suyas o discursos que concierten con el vulgar sentido común; mientras que un espíritu que anhela la sola lucidez tolera todo lo que oye, pero exige que cada cual tenga clara conciencia de las causas y de las consecuencias de las ideas que propone.

Hay que aprender a no hacer nada, con tal que ese no hacer nada no sea hacer cosas triviales, con tal que esa vacuidad del espíritu no sea una abominable vacuidad del alma.

Si el espíritu es incapaz de alejarse de aquello que más lo seduce, de las puras especies intelectuales, de las ideas perfectas, pronto olvida el camino de esa soledad

serena y luminosa donde nuevas esferas del ser se revelan.

El espíritu no crece en medio de la acción, y no se despierta a su vida verdadera sino cuando las cosas callan.

El espíritu que quiere comprender no se niega a juzgar, sino a excluir.

La perfecta sabiduría ama las cosas pasajeras porque pasan y las cosas eternas porque duran.

No contentarse con nada de lo que primero se logra, y sin embargo, hallar satisfacción en todo acontecimiento para transformarlo en instrumento de perfección.

Lo que me aleja de la actividad política es que no pueda ser inteligente si no es injusta.

El éxtasis más puro nace de la más dura piedra; pero no debemos permitir que la realidad disipe los sueños que germinan en la cima del acto.

El sueño expresa la esencia de las cosas reales.

Hay cierta armonía, cierta densidad, cierta plenitud espiritual que no se logran sino cuando el alma crece en medio de la belleza, cuando se abre en el placer como una flor.

Quien no se compromete enteramente en cualquier obra que emprende, fracasa.

En la densa sombra de los actos, en su aspecto nocturno, pululan los lémures y los dioses.

La voluptuosidad de abandonarse y de deshacerse; la voluptuosidad de poseerse y de construirse.

Comprender e interpretar lo que hacen a la luz de lo que han querido hacer: regla de oro del crítico.

No anhelo a no juzgar, sino a no desconocer.

La verdad es a la inteligencia lo que es la dicha a la sensibilidad; la verdad es la dicha de la inteligencia.

No conviene identificarnos a los actos que nuestras potencias ordenan, sino al orden que las constituye.

El acto libre no es la conclusión de la meditación sobre principios, sino el acto en que el ser entero se afirma.

Lo importante no es arrancarnos a nuestros deberes; lo importante es no dejar que nos aten.

Ni la pequeñez ni la grandeza de los objetos de que un espíritu se ocupa prueban su pequeñez o su grandeza; es en la intensidad, la fuerza, el poder, la tenacidad de la ocupación misma que descubrimos su verdadera medida.

Nadie hace promesas de voluptuosidad comparables a las de la mujer, a quien todo aleja de nosotros menos su voluntad.

Los momentos de dicha perfecta son los momentos de perfecta disponibilidad.

La vida contemplativa no es la vida que determina el objeto contemplado, sino la vida vivida según la más pura esencia del espíritu.

A medida que el espíritu madura, la importancia que atribuía a la sistematización de sus ideas decrece.
La contradicción de una idea nueva con la idea ya poseída no le basta para rechazar la idea nueva, ni le basta su conformidad con la idea vieja para aceptarla.
Cada día le parece más evidente que la idea debe justificarse por sí misma y que nada nos autoriza a creer en la deductibilidad del mundo.

El amor es usualmente la promesa de lo que no nos da.

Llevar una idea hasta el fin es falsificarla, pero también la falsificamos si la detenemos en posiciones intermediarias. Conviene, luego, agotar sucesivamente las diferentes ideas y los diversos aspectos de cada idea, sin temer la contradicción, porque la justedad verdadera está sólo en el movimiento del espíritu.

El tiempo madura el pensamiento para que la voluntad lo coseche.

Si cumplir nuestro ser no es más que cumplir nuestro destino, nuestro destino sin embargo no es más que una invitación a ser, porque tenemos el poder abominable de no ser sino el rechazo de nosotros mismos.

Espíritu a quien todo pensamiento cualquiera indica el sistema que implica, espíritu que quiere ligar sus pensamientos y atarlos los unos a los otros en nudos sistemáticos; espíritu, sin embargo, a quien ninguna verdad basta, para quien toda verdad exige la verdad que se opone, a quien toda afirmación parece negar lo que no afirma y exigir así la negación que la niega; espíritu que no quiere síntesis, sino tensión de contrarios.

El espíritu crítico rechaza toda determinación y aspira a alcanzar, más allá del universo fragmentario y roto, la unidad en que se engendran las apariencias múltiples.

El espíritu que intenta comprender se da sin reticencias al objeto, como el espíritu que meramente aprueba y afirma. Pero mientras éste se detiene y se olvida en ese don de sí mismo, aquél recobra su posesión perdida, para entregarse incesantemente a nuevos objetos.

Las cosas bellas no son los únicos objetos del crítico, sino sus objetos más puros.

El uso cotidiano apaga los colores de un mundo que no recobra su esplendor sino cuando el deseo nos invade.

Despreciemos todos los principios que sacrifican el esplendor de nuestra vida a su equilibrio.

No hay humanismo completo si todos sus actos no revelan la presencia familiar de la sensualidad.

El amor físico, sin duda, pero más aún que estos gestos que destruyen su propio prestigio, es la presencia de la mujer, su magia sensual y oscura, la emoción que suscitan esos miembros ordenados para exigencias tenebrosas y cuyo poder excede el de la sola belleza, lo que necesita el espíritu que quiere agregar a su rigor y a su austeridad natural la más intensa densidad de la inteligencia.

En el plano político donde sólo cuentan las opiniones que pueden transformarse en fuerzas, debemos evitar la puerilidad de las opiniones únicamente acertadas y justas.
La importancia sistemática salva, sólo, el honor de la inteligencia.

Cuando la obsesión del presente nos angustia, la razón debe tener el valor de huir de su aparente deber.

Hay cierta flor de la inteligencia, cierta sonrisa, cierta aurora, cierta fresca ironía, de que carecen todos los que la familiaridad con las letras griegas no despoja de la irredimible barbarie moderna.

Más allá de una vida inmediata donde encontramos nuestros más fáciles placeres, surge un despojamiento total del ser en medio de una dicha seca y pura: Quam suave mihi subito factum est carere suavitatibus nugarum.

Todo depende, nos han dicho, de las condiciones sociales y políticas; pero, como ellas a su vez dependen de todo y como no podemos colaborar a sus soluciones prácticas, mejor es voltearles la espalda y consagrarnos a la meditación, que la impotencia no anula.

La amistad es interesada; en lugar de indignarnos, satisfazcámosla.

El estiércol es útil, lo importante es no usarlo de alimento.

El pueblo es siempre vil; pero no olvidemos que los que se creen menos pueblo, lo son generalmente más.

Ya no subsiste sino una sola clase social: la burguesía. ¿Los nobles? Burgueses vergonzantes. ¿Los proletarios? Candidatos exasperados a la burguesía.

La riqueza no sirve al hombre moderno sino para multiplicar su vulgaridad.

La limosna del burgués no es un gesto de caridad, sino de defensa social.

La burguesía no es una especie social monstruosa, sí tan sólo el hombre medio satisfecho.

La futura burguesía comunista prepara festines de hilaridad a las potencias infernales.

No es que los comunistas tengan derecho o razón en pedir la igualdad; es que la burguesía no tiene ni razón ni derecho de negársela.

No es necesario que un hombre sea superior para que me parezca justo que esté por encima de otro; me basta que sea diferente.
Lo que me parece intolerable es que baste "tener" más.

¿Los hombres quieren la desigualdad? Bien, que prueben que son desiguales.

Entre tú, acostado, mi querido amigo, y el sirviente que, de pie, te sirve, puesto que ambos tenéis los mismos placeres, igual ignorancia, supersticiones semejantes, costumbres análogas y ambiciones idénticas, ¿qué diferencia, pregunto, qué diferencia hay, sino puramente geométrica?

Burgués, hermano mío, puedes revestir la librea del criado y no encontrarás más diferencia en tu vida que la de tener que ir ahora a los salones de cine baratos; pero no te inquietes, verás las mismas películas.

Puesto que la fragilidad del hombre es más frágil en nuestro tiempo, las amenazas mayores, sus obras más efímeras, debemos preferir los trabajos lentos y pacientes, las tareas minuciosas, la ambición que sueña de eternidad.
El asco es, hoy, la única garantía de nobleza.

El amor paterno es el escándalo del mundo. Sin él sería posible construir un universo coherente. Pero existe, e instala una realidad inconfundible en el centro de la indiferencia universal.

Decirle a Dios: Padre; nunca meditamos suficientemente sobre la enormidad de la pretensión o la magnificencia de la promesa.

En las medidas higiénicas más que una eficacia técnica se busca un gesto propiciatorio.
Los microbios son los demonios de nuestra época y el higienista es un mago menos pintoresco y más temible.

Parece que la belleza requiriera determinadas dimensiones, y que para el hombre hubiese una pequeñez y una grandeza que son, ambas, excesos.

La riqueza, en las ciudades grandes y para un forastero, aparece con una intensidad abrupta y agobiadora. Desconociendo sus nexos con los hechos económicos en que se engendra, su presencia tiene un peso de riqueza mítica, de disponibilidad total.

Viajar por Europa es visitar una casa para que los criados nos muestren las salas vacías donde hubo fiestas maravillosas.

Un Estado, una ciudad, se hallan en decadencia cuando sus moradores actuales pertenecen a una especie social distinta de aquella a que pertenecieron los que los crearon.

Al pasar el predominio social de una especie social a otra se produce el fenómeno de decadencia, cualquiera que sea el valor que se atribuya a la especie social que sucede en la posesión del predominio.

París fue una ciudad monárquica y burguesa.
Tuvo por polos el palacio municipal, el Hôtel de Ville y el palacio del rey, el Louvre. En la tensión, la oposición y la armonía de estos elementos, la ciudad se funda y se ordena.
Desaparecida la monarquía, el París burgués se impone solo, aun cuando el Segundo Imperio ejerce transitoriamente la función monárquica en la vida de la ciudad.
El último tercio del siglo diecinueve y la primera mitad del actual han presenciado la muerte lenta de una ciudad que, fundada por dos fuerzas que recíprocamente se necesitan, comienza a agostarse cuando una sola subsiste.
La ciudad ha ido adquiriendo lentamente un carácter puramente burgués. Los nuevos barrios pierden los vagos restos de placidez y de majestad monárquica que las construcciones del Segundo Imperio saben aún simular.
Los edificios repiten con monotonía la prueba de la carencia de estilo de la sociedad que los construye. Pero, ahora, la burguesía misma comienza a desaparecer.
El burgués rico se disimula; la mesnada de la burguesía decimonona ya no existe.
Una nueva especie social gris e insignificante ocupa las calles. Empleados u obreros, su étos social predomina.
Lo demás es una guardarropía teatral que se usa para representar, no para vivir.
Parece que los suburbios se extendieron hasta el centro de la ciudad.

Europa vive de su pasado, como ciertos descendientes de hombres ilustres viven de la pensión que otorga algún congreso generoso.

El campo francés colma de felicidad al economista impenitente. Riqueza de la tierra, fecundidad incomparable del suelo, y sobre todo admirable y minucioso cultivo del terreno que no tolera que el más pequeño rincón se desperdicie.
Ese espectáculo me agobia. A pesar de la belleza y de la diversidad que la naturaleza concedió a esos paisajes, el hombre ha sabido imponerles una monotonía enervante. Los rectángulos implacables de los distintos cultivos se suceden obedientemente y se prolongan hasta el horizonte. Los árboles alineados se esconden los unos tras los otros, a igual distancia, y varían sus hileras al paso del automóvil con un gesto preciso y mecánico de gimnasta. Si, de pronto, encontramos un pequeño bosque, no es difícil adivinar qué fin práctico cumple ese trozo aparente de libertad olvidado en un suelo sometido. Y los viñedos, los viñedos de místicos sarmientos, que al fin invadieron al paisaje con severidad industrial.
No tarda el momento en que deseamos un pedazo de tierra estéril y libre, de tierra salvada de la labranza humana. Ese campo francés da lástima. Tierra sumisa y servil. Naturaleza que el hombre subyugó. Suelo domado, incapaz de rebelarse; más parecido a una fábrica de comida que a la campiña rústica y sagrada donde el hombre solía morar.
La riqueza de la Pomona mítica se convierte en una vasta despensa de granos y legumbres. El campo de Francia no es un jardín, sino una huerta de hortalizas.

Ante ese gigantesco despliegue de alimentos no sueño sino con páramos estériles, con picachos de hielo, con la tibia selva de mis ríos andinos.

No sé de qué nazca mi repugnancia; ¿sobriedad ingénita, o amor de cierta austeridad jansenista, o parquedad forzada de ciudadano de país pobre? ¡Ah!, viejos terrenos pantanosos de Port-Royal, eriales de Castilla, ¡ah!, mis ásperas colinas.

Lo que patentiza el campo francés es la definitiva victoria del campesino.

La tarea que inicia el 4 de agosto de 1789 y que iluminan con sus fuegos simbólicos los archivos feudales incendiados, ha sido al fin cumplida.

Tierra cultivada toda, cultivados sus valles y laderas, las márgenes de sus ríos, los angostos jardines de sus casas, sus anchos llanos, tierra sobre la cual vela un inmenso amor campesino por el suelo que lo nutre y sustenta. Esas mieses pesadas, esas hojas lustrosas, esos pámpanos que preparan gravideces al otoño, son el esfuerzo cuajado de millones de vidas ávidas y laboriosas. Vidas que, de la mañana a la noche, sin descanso labran el suelo que, en fin, les pertenece y que ya nada protege de su codicia secular.

Un inmenso pueblo de insectos se ha extendido sobre el suelo de Francia. Su sudor lo fecunda y lo enriquece. Esos campos exhalan como el vaho del sudor campesino.

Sobre esas tierras luminosas, sobre esos puros y suaves horizontes, sobre la lenta y muelle curva de sus colinas, en ese paisaje de inteligencia y de gracia, de discreción y de lucidez, señorea una democracia campesina.

No conviene hacer las cosas con el solo fin de sacar algún provecho, pero una vez hechas con inocencia y desinterés no me parece equivocado pedirle a la memoria que nos ayude a recorrer nuestros pasos para cosechar las espigas caídas, que la vida afanosa abandona y que quizá contienen un grano más pesado y más maduro.

Los recuerdos son los verdaderos portadores de la experiencia. A la luz más pura del recuerdo los matices revelan sus más tenues variaciones y la vida toda parece empaparse de un significado de que la existencia inmediata lamentablemente carece.
La esperanza crea el prestigio de las cosas y la memoria engendra su sentido.
El presente es el lugar de los actos puros, donde sólo se revela una mecánica compleja. La vida inmediata no tolera que la acompañe un pensamiento desinteresado, exige un pensamiento técnico: consideraciones de medio y no meditación de fines.

Quizá la belleza urbanística de Francia, la belleza de sus jardines, la belleza de sus caminos, provienen de la feliz armonía entre sus dos elementos constitutivos: la burguesía y la monarquía. En su elemento monárquico encontró la majestad, la amplitud de horizontes, el noble reposo que su elemento burgués mantuvo atado al suelo humano.

Parece que todo Estado tenga una forma individual que no puede modificarse sin que perezca todo lo que nos parece constituir su valor.

Que la continuidad física subsista no basta para consolarnos de un naufragio en que se pierde la individualidad irremplazable de una nación.
La realidad italiana fue la ciudad. En esa tierra toda vida auténtica germinó dentro del recinto cerrado de una muralla ciudadana.
Desde las colonias helénicas de la Magna Grecia hasta Roma, ciudad monstruosamente ensanchada que crea un imperio como conglomerado de municipios, hasta las ciudades del Medioevo y del Renacimiento.
La unidad italiana fue una obra artificial, sugerida por el nacionalismo europeo del siglo diez y nueve y realizada por extranjeros: piamonteses habitantes de fronteras. Que el pensamiento de muchos italianos hubiese, durante siglos, soñado con la unión, carece de importancia, si recordamos que Machiavelli tuvo que inventarse como héroe al español Borgia y que se necesitó que franceses, españoles y austríacos allanasen las diferencias para que la idea de la unión dejase de ser el mero anhelo de algún joven inconforme e irritado.
Italia es un país que muere de existir como nación. Sin embargo, no sostengo que baste para vivificarla reducirla a su prístino pluralismo, porque en cualquier momento de la historia no puede existir cualquier forma política, sino que sólo en una conjuntura histórica que tolere la forma que le es propia puede Italia nuevamente florecer.

El paisaje español revela que, ante todo, la historia de España es un fenómeno que engendra la presión demográfica sobre la aridez geográfica.
España es un sistema de valles fértiles encerrados entre sierras estériles. Su historia es, como un fenómeno hi-

dráulico, el relato del tránsito de un valle que se colma a otro valle. La reconquista es el nombre de este proceso.
La tragedia española es de origen italiano: se llama Casa de Aragón y Cristóbal Colón. La política que Fernando el Católico hereda de su familia encauza hacia Italia las actividades españolas que la toma de Granada dejaba ociosas e introduce a España en el tablero de ajedrez de la política europea.
Por otra parte, el descubrimiento de América desvía hacia el nuevo continente las generaciones sucesivas de emigrantes españoles. En 1492 la política racional de España era la conquista y colonización de Marruecos. África fue el lugar que eligieron los dioses de su geografía y que rechazaron los demonios de su historia.
Un imperio español de Casablanca a la Cirenaica y de Argel al Senegal o al Cabo hubiera hecho de España la más poderosa nación de la tierra. En verdad le hubiera permitido representar un papel similar al de Rusia, que colonizando países limítrofes no se empobrecía al expandirse, y distinto del de Inglaterra, que se extendió para romperse en mil pedazos.
Las tristes guerras marroquíes de la monarquía agonizante son el remordimiento de una España que no supo elegir su auténtico destino.

Las virtudes europeas parecen ligadas a formas políticas que las actuales circunstancias históricas no comportan.

En Francia el fenómeno más importante de los últimos decenios es el definitivo desequilibrio de los dos elementos que han determinado su forma política.

Creo que para el historiador futuro la fecha más significativa de la historia de Francia será el 21 de enero de 1793. Cuando pesadamente cae en la canasta la cabeza de Luis XVI, Francia pierde su equilibrio; su platillo burgués la arrastra, irresistiblemente.

El siglo diecinueve desde el 18 de Brumario hasta el 16 de mayo es una tentativa desesperada para restablecer el equilibrio roto. Pero el monarquismo, que el cuerpo político francés anhela y reclama, no logra sobrevivir ni en las empresas bonapartistas, ni en las débiles pulsaciones de la ola que abandona como espuma sobre la arena de la historia de Francia un Mac-Mahon orleanista, un Boulanger radical, un Petain conservador o un De Gaulle nacionalista. La historia de Francia en los últimos ciento cincuenta años es la historia de la Restauración permanente que siempre fracasa.

La burguesía se instaló, triunfante, en el poder. Burguesía, primero, de grandes burgueses que sueñan en una república veneciana; burguesía, en fin, de pequeño burgués con su ideología de mercero y su sensibilidad de habitante de un ubicuo paisaje suburbano.

Ahí termina la evolución social en Francia. Una revolución proletaria no sería la toma del poder por otra clase social, sino por otro grupo político. El pueblo ha desaparecido como clase independiente y no subsiste sino como muchedumbre de candidatos a la plenitud de derechos burgueses.

El enriquecimiento del campesinado, la concentración industrial y urbana, la instrucción obligatoria, la industrialización de las diversiones, son los factores básicos de la muerte del pueblo.

Francia es una nación burguesa, y en esto yacen los elementos de su trágico propio.

En Italia, la burguesía no logró el predominio social que conquistó la burguesía francesa instalada en el vacío social creado por la emigración al exterior de 1789 y por la emigración al interior de 1830. El pueblo italiano no encontró, así, el étos prestigioso cercano, y distinto, que hubiera podido seducirlo y absorberlo.
En Italia el pueblo subsiste como clase distinta.
Abolida la función organizadora y directora de la nobleza, disuelta la estructura alógena de la ocupación extranjera, pero bastando por otra parte, la supervivencia del poder económico de la nobleza y de su prestigio social para que –sumado el insuficiente desarrollo industrial– fuese estorbado el pleno florecimiento, si no del étos burgués, por lo menos de su buena conciencia, Italia, el país clásico de la burguesía medieval, es una inmensa masa campesina que no sabe adaptarse al nuevo universo en que vive.
La retórica heroica o modernista del italiano es un buen síntoma de este fenómeno, ya que la oratoria tiene usualmente la función compensatoria de crear el cuerpo verbal de las realidades ausentes de nuestra vida vivida.
El fascismo, más que la reacción del capitalismo italiano ante la amenaza comunista de los años veinte, fue un esfuerzo de la pequeña burguesía italiana para inventarse un étos nacionalista moderno, una actitud válida en la conjuntura histórica de este siglo. La política social del fascismo, sus fundaciones agrícolas, sus empresas industriales, su arquitectura, sus ambiciones educativas, su

organización partidaria, son gestos espectaculares y hueros de una voluntad de adaptarse a un mundo donde las virtudes propias a Italia se revelaban de una lamentable ineficacia. Ambición destinada, necesariamente, a fracasar, porque Italia no es una nación, y porque el fascismo, así, sólo podía intentar verter buenas intenciones en los odres de un nacionalismo literario, romántico y obsoleto.

El nazismo fué una doctrina estúpida en sus tesis explícitas, pero de una densa y rica motivación intelectual subterránea.
Asomos de evidencia que manejaron burdas manos.

Las luchas civiles de España durante el siglo XIX frenaron la evolución de la sociedad e impidieron que se desarrollara con ritmo idéntico al de las otras naciones europeas. Por lo tanto, los fenómenos históricos de España en el siglo XX son análogos a los fenómenos históricos de la Europa decimonona.
El régimen actual no puede compararse ni al fascismo, ni al nazismo, a pesar de toda la indumentaria prestada, sino por ejemplo más bien al Segundo Imperio francés. Descartado el prestigio sentimental e histórico que colaboró en la elección presidencial de Louis Bonaparte, tanto el príncipe presidente como el emperador Napoleón III son hijos del terror que despertó en las clases burguesas y campesinas la retórica socialista de los fundadores de la segunda República, y de la conmoción siniestra de las jornadas de junio.
El régimen español es luego una reacción burguesa pura y sencilla, sin complicaciones y casi sin ideología.

En el comunismo conviene distinguir una multiplicidad de elementos; sobre el comunismo toda opinión que no sea compleja es falsa.
Es obvio que el vigor de la idea comunista no proviene de su valor científico. Otras teorías con igual o mayor contenido de verdad no logran despertar la menor pasión, ni ese apetito de martirio que es el más noble elemento del comunismo contemporáneo. El corazón, el motor central, el núcleo esencial e íntimo del comunismo es la idea de justicia.
Así a un mundo que rechaza toda trascendencia el comunismo explica que toda injusticia proviene de causas económicas, de causas terrestres e históricas, y que basta la eliminación de esas causas para instaurar el reino de la justicia.
Predicación, luego, no disimilar a la predicación cristiana, ya que ambas proclaman el advenimiento de un Regnum Dei; si bien el cristianismo es, precisamente, un mesianismo que su dimensión mística transforma totalmente.
El ateísmo es consustancial al marxismo; con él vive y muere. Contestación a una época que desespera, y contestación desesperada, su afirmación de la pura inmanencia es, a la vez, su origen, su motor y su meta.
Marx corona el ateísmo vulgar de su época con un gesto de orgullo metafísico. El síndico de la quiebra de la filosofía hegeliana entrega al hombre los saldos de los bienes disipados del espíritu. Discípulo de la economía ricardiana o del socialismo francés, espectador de la proletarización inglesa o de la reacción bonapartista, Marx es ante todo el epígono del idealismo alemán.
El Manifiesto comunista protocoliza el agotamiento filosófico del siglo y la gran resaca religiosa de la historia moderna.

A una sociedad desorientada el ateísmo marxista enseña la doctrina de un cumplimiento terrestre.

Por otra parte, es innegable que, al predicar la abolición de la propiedad privada, el comunismo colabora en una tarea de nuestro tiempo.

La explicación marxista es, aquí, plenamente válida: las fuerzas industriales no logran su pleno desarrollo sino en una sociedad donde los estorbos de la propiedad privada han sido abolidos.

En efecto, la propiedad es la libertad; la libertad es el desorden; pero la explotación industrial de la naturaleza no puede tolerar el desorden, ya que el progreso técnico consiste precisamente en imponer una racionalización al proceso que sometemos a la industrialización.

Libertad privada y racionabilidad son antagónicas.

Este es, luego, el segundo motivo de la fuerza del comunismo: su auténtica coincidencia con un proceso histórico que se desarrolla independientemente y procede de causas distintas.

La independencia misma del proceso corrobora las pretensiones científicas de la doctrina, doctrina cuya predicación favorece a su turno el proceso, proceso que al precipitarse ratifica las tesis de la doctrina.

La clientela del comunismo es enorme, ya que la diversidad de sus dos factores básicos le permite satisfacer los más diversos tipos humanos y las necesidades más contradictorias.

En primer lugar, todos aquellos que una sensibilidad religiosa auténtica desasosiega e inquieta, pero a quienes el naturalismo vulgar de nuestra sociedad ha persuadido de la imposibilidad de toda trascendencia, encuentran en el comunismo la manera de satisfacer

simultáneamente las exigencias contradictorias de su sensibilidad y de su inteligencia.
El comunismo se ha vuelto iglesia, su doctrina dogmas, sus congresos concilios, excomuniones sus expulsiones, heréticos sus disidentes y absolutismo papal su gobierno. La discusión con el comunista de tipo religioso es curiosa, porque nos encontramos con la misma dulzura inflexible o con la misma dureza caritativa del cristiano. Crueldad compasiva, intolerancia apostólica, severidad paternal, de quienes poseen la verdad en medio de un mundo encenagado en sus errores, de un mundo que aparta sus ojos de la luz para buscar las tinieblas.
El comunismo también satisface a todos aquellos que sólo consideran la eficacia de los actos y que, ante una fuerza cualquiera, no piensan en el fin que deba o pueda realizar, sino en la realización misma, aquellos que, por lo tanto, son partidarios de todo sistema que permite la plenaria utilización de cualesquiera fuerzas capaces de ser utilizadas.
A estos dos tipos fundamentales hay que agregar todos aquellos descontentos con su situación social, aquellos que saben ver en una doctrina poderosa el instrumento de su ambición, aquellos que giran desorbitados y a quienes seduce la solidez y la masa compacta de una doctrina que afirma sin reticencias y rechaza sin concesiones, la mayoría de los hombres de un mundo desordenado, cubierto de ruinas y desprovisto de horizontes.

La manera como el comunista se ha identificado en parte con un Estado nacional ha permitido a sus adversarios hacer funcionar en contra suya los viejos resortes

nacionalistas, identificando recíprocamente ciertas estructuras sociales con la nacionalidad misma del país que se siente amenazado por el comunismo.
Los unos rechazan el comunismo porque es ruso, los otros a Rusia porque es comunista. En esta confusión favorable y fecunda, los políticos navegan y maniobran con holgura.

El destino del comunismo depende probablemente de su identificación con Rusia.
Ya parece difícil disociarlos, porque la evolución de la doctrina comunista por una parte y de la nación rusa por otra preparaban, desde hace siglos, con su dirección convergente esa estrecha unión. El autocratismo, que nace dialécticamente de las exigencias doctrinarias del comunismo; la tradición burocrática, que su organización económica requiere; la ignorancia de la libertad, que su estabilidad política necesita; la rusticidad intelectual propicia a la aceptación de sus doctrinas; sólo Rusia podría dar todo esto al comunismo espontáneamente.
Allí, a su turno, un hondo anhelo convocaba secretamente una doctrina semejante.
Anhelo en que se expresaba el vigor de una nación joven y el mesianismo congénito del pensamiento ruso.
Ambición arcana de ser la tercer Roma, la ciudad de un nuevo Constantino.
El marxismo promete una conclusión triunfante a la rivalidad secular que opuso la Rusia de Kiev a Bizancio.
La deslumbrante presencia de la integración social cesaropapista que un Sviatoslav descubre en las orillas del Bósforo señorea la inmensa llanura eslava.

El marxismo, así, se identifica con la empresa hereditaria que la Rusia moscovita transmite a los dinastas comunistas con la sangre simbólica de los basileis bizantinos.

El que desconoce las maneras fundamentales del ser del hombre se expone a irónicos castigos.
Así hoy el comunismo, donde culminan todos los esfuerzos centenarios para libertar al hombre de la sumisión religiosa, se afirma como una nueva religión, con su fe, su dogma y sus concilios, con su inquisición y sus sangrientos anatemas.

Nacionalismo yugoslavo, mañana nacionalismo chino, es posible que el siglo XIX esté menos muerto de lo que pensamos.

La identificación de una doctrina con un Estado nacional robustece al Estado y limita la influencia de la doctrina. Sin Constantino y sin Teodosio, el cristianismo hubiera conquistado a Asia.

Los Estados Unidos han tenido la buena suerte de hallar, en estos momentos, espontáneamente identificadas la idea que fundamentalmente determina su forma política y la idea que la idea comunista automáticamente postula y suscita como su antítesis.
Así sus gestos más escuetamente nacionalistas pueden henchirse de auténtica buena conciencia.
Además, así la importancia preponderante de los Estados Unidos no proviene solamente de su riqueza económica y de su poderío militar, sino de una coincidencia ideológica que le prepara alianzas y simpatías.

Si la América española fue conquistada por aventureros, ansiosos de riqueza y de poder, individuos impulsados por la ambición y la codicia, pronto el Estado español encauzó esas fuerzas anárquicas, y la severa y rígida administración que España hereda de la tradición política napolitana que le transmite la Casa de Aragón, organiza esos estados incipientes que sus conquistadores comenzaban a entregar al caos. Así hereda la América española los dos factores de su historia: el factor de anarquismo que la arrastra de revolución en revolución y hace de todo hispanoamericano un individuo en permanente lucha contra el Estado, y el factor "estatal" que explica su perenne legalismo, su casi imposibilidad de actuar en el campo económico sin la ayuda del Estado, su facilidad para tolerar las dictaduras.

Los Estados Unidos, al revés, nacen sin la intervención del Estado. Sus primeros moradores son individuos que buscan libertad para sus creencias, que sacrifican en muchos casos una segura y fácil prosperidad comercial en su país de origen para poder obedecer sólo a las exigencias de su doctrina y de su conciencia.

La idea germinal es aquí, luego, la de la importancia de la conciencia, es decir, la del individuo. Una nación intenta fundarse en la cual la independencia y la libertad individual de cada hombre indistintamente es la meta ideal de la organización social, como su anhelo fue su origen y su causa.

No importa, por otra parte, que la sociedad americana de los últimos decenios nos enseñe las nuevas formas sutiles que en los años venideros han de tomar los instrumentos y la maquinaria general del despotismo, porque la panoplia del futuro tirano es producto de una

evolución intelectual y social de cuya trama los Estados Unidos no son más que un hilo.

Si, en verdad, todos los hombres son platónicos o aristotélicos, o mejor dicho realistas o nominalistas, el pensamiento comunista es realista y la sensibilidad americana nominalista.
Los unos creen en la realidad de la idea y los otros en la realidad del individuo. Aquellos están listos a sacrificar el individuo a la realización de la idea, mientras que éstos luchan por la integridad individual, en donde ven la sola realidad.
Conflicto insoluble.
A este conflicto lo que concede una singular importancia es que la oposición no sea ya entre sectas teológicas, ni entre escuelas filosóficas, ni entre meros partidos políticos, ni entre meras naciones, sino entre dos de esas "supernaciones" que la conjuntura técnica de nuestra época exige.
La fuerza rusa, como la americana, consiste luego en poder unir a la energía del nacionalismo, ya que son naciones, la energía propia a estructuras continentales, ya que son continentes, y la energía de dos ideas básicas y contradictorias, ya que en cada una de ellas la historia encontró el cuerpo en donde encarnarlas.

A todas las consecuencias que nacen del hecho que Rusia sea un Estado comunista hay que agregar las que provienen del hecho que sea un Estado moderno.
Que sea comunista o ruso, el Estado soviético se parece al Estado americano en el hecho fundamental de ser contemporáneos, no solamente de esa contemporanei-

dad cronológica que hace que tal shogun japonés sea el contemporáneo de tal Borbón de Francia, sino de esa contemporaneidad espiritual que consiste en hallarse en idéntico sitio de ese proceso intelectual en que, desde hace quinientos años, se desarrollan las ciencias físico-matemáticas con sus consecuentes aplicaciones técnicas. La incidencia de estas ciencias y de sus técnicas sobre las relaciones económicas, en primer lugar, y sobre la concepción general del universo y del hombre transforma en sentido uniforme la diversa materia histórica.

Así vemos las fuerzas unidas de la idea democrática y de la revolución industrial, ejerciéndose sobre la materia diversa de la historia inglesa y de la historia francesa, culmina –a pesar de las predicciones de un Taine por ejemplo–, en la misma abolición del prestigio político de las notabilidades sociales casi en la misma fecha (golpe de estado fracasado de Mac-Mahon en 1877, reforma electoral inglesa de 1884), en una extensión análoga del sufragio popular, en el mismo predominio de las asambleas legislativas, en un sistema parecido de expropiación fiscal y tributaria, en una similar hegemonía de las instituciones sindicales, etc.

Más importante, luego, que la voluntad consciente de realizar en la historia un sistema determinado de relaciones sociales (aquí la justicia que nace de la independencia de cada ser; allí la justicia que nace de su subordinación) es el hecho de hallarse dentro del mismo sistema autónomo de hechos intelectuales con sus consecuencias sociales.

La ideología rusa y la ideología americana, la una con su sistema complejo de tesis, de corolarios y de consecuencias, la otra con su desnudez intelectual de afirmación pura de la individualidad, se verán obligadas a someter-

se a idénticas necesidades y, con nombres diversos, a contentarse con sociedades similares y confundibles.

No creo que un pensamiento impersonal y maduro se tome el trabajo de escoger entre los dos sistemas ideológicos, ya que no son sino espumas transitorias en la cima de olas que impelen idénticas fuerzas.
Para cada uno, en nuestra carne individual, la opción se reduce a preferir sean los restos de libertad que la ideología americana, consciente de su esencia pero ignorante de su destino, aún permite y defiende, sean las promesas embriagadoras de milenio que mantienen el entusiasmo comunista mientras sus restos de viejo profetismo y sus ideales humanitarios no naufragan en la realización de la burocracia industrial en que ambos sistemas necesariamente culminan.

Para el historiador el hecho significativo de la historia moderna es la tarea colosal que inicia el siglo XIX y que el siglo XX prosigue: la de instalar al hombre en un nuevo ambiente cósmico. Digamos, simbólicamente, que la humanidad está cambiando el medio campesino en que nació y vivió por un medio urbano donde ha de vivir su existencia futura.
El hecho fundamental es este: el hombre ha vivido dentro de un medio donde distintos sistemas de fuerzas se oponían a su fuerza propia o colaboraban con ella, y donde su acción no se distinguía fundamentalmente de las otras acciones que coexistían con la suya. El hombre nació desnudo entre las cosas naturales y en el largo proceso de relaciones con ese medio de la naturaleza se fue creando como especie. Ha estado sometido al día y

a la noche, a la alternante procesión del invierno y del estío, de la primavera y del otoño, a las súbitas alteraciones del sol y de la lluvia; ha tenido que detenerse ante las montañas y los ríos o desplegar su astucia para atravesarlos. Los dioses despertaron en su alma atónita cuando el pánico silencio de los bosques lo agobiaba o la vacía extensidad de los desiertos o la amenazante serenidad de los montes o el tumulto de los ríos; sus divinidades fueron las encinas y los robles, las piedras y las estrellas, el sol y las borrascas de otoño. La trascendencia brotaba de las grietas de las cavernas sagradas o se posaba sobre las colinas. Organizó el Estado para dominar los caprichos del Nilo o del Hoang-Ho, la fiereza de los bosques mayas, o la hostilidad de esas bestias, los otros hombres.

Sus artes germinaron en los breves instantes en que su mísero ser se desinteresaba de su existencia inmediata, percibía la palpitación de la naturaleza que lo envolvía y de la fuerza que latía en su pecho con espasmo jubiloso. Sus instintos, sus pasiones, su vida, se identificaban con la vida que cantaba en los nidos o se arrastraba entre las hojas podridas de los árboles.

Si no propiamente determinada, la acción del hombre se hallaba limitada y encauzada por las innúmeras acciones de la naturaleza. Ahora bien, la inteligencia humana está transformando esa situación de coordinación de todas las fuerzas en una situación de subordinación de todas ellas a la voluntad del hombre.

La ciudad, donde cada día se acumula más rápidamente la humanidad, es el símbolo de ese proceso. La ciudad donde el día y la noche no se distinguen, donde el sol o la lluvia no impiden ni favorecen ninguna tarea, donde

las estaciones resbalan sobre las paredes cerradas que las excluyen, donde el afán humano reúne los frutos del mediodía y del septentrión, donde las razas se mezclan y las particularidades se borran.

El hombre está creando un mundo poroso a su acción. Ya parece que a la voluntad humana nada resista, y como en las viejas profecías milenarias quizá veremos florecer los desiertos.

Pero es aquí, cuando parece que se aproxima el cumplimiento de las más antiguas esperanzas, que surge desde el vago limbo, donde un Prometeo progresista la había remitido, la máscara lamentable de la tragedia humana. La ciencia se ha revelado milagrosamente capaz de enseñarnos cómo se hacen las cosas, pero incapaz radicalmente de decirnos lo que debemos hacer.

Pues bien, los valores, los fines que encauzan la actividad del hombre, la humanidad los había descubierto en ese proceso de una vida integrada al sistema de las fuerzas naturales. Su acción dependía de fines que había determinado el contacto con esas fuerzas que la dominaban, la envolvían y la arrastraban hacia la trascendencia. Pero hoy vemos ya que el hombre es capaz de dominar esas fuerzas, que ya están ellas sometidas a la acción material de su técnica o a la acción intelectual de sus cálculos y que, por lo tanto, ya es imposible que determinen como ayer o que inspiren los fines de su acción.

El nuevo ambiente cósmico en que la inteligencia técnica está instalando al hombre se revela, poco a poco, como un yermo paisaje vacío donde el hombre pierde toda razón de vivir.

Podemos comparar la humanidad de ayer a un hombre en una barca, perdido sin brújula ni remos en un mar sin

orillas. Sin duda no sabe adonde ir, ni podría si lo supiera, pero las corrientes lo arrastran, los vientos lo empujan, y algún día llegará al arrecife que lo hará naufragar o a alguna isla que flota como una canasta de flores en las olas.
Pero si, en ese mismo mar sin orillas, imaginamos un buque, también sin brújula pero milagrosamente libre de la acción de las corrientes y de la fuerza de los vientos, con un motor que lo mueve en dirección cualquiera, no es difícil comprender la desesperación de sus pasajeros, que todos los puntos del horizonte solicitan, llaman y seducen igualmente, pero que no saben cómo optar, y temen entregarse tan sólo a un girar monótono alrededor de un mismo punto, o tal vez, creyendo avanzar, a una irónica inmovilidad perpetua, de la que los hace capaces la absoluta libertad del buque y su absoluta movilidad.

La soledad absoluta y la desnudez ante Dios son las únicas garantías de la inteligencia.

La profundidad de algunas obras nos engaña. Como sus aguas son límpidas, el fondo nos parece infinitamente cerca de la superficie.
Así la auténtica densidad de un pensamiento se nos escapa y es al pensamiento superficial con sus turbias aguas que atribuimos densidad.

Una idea no se impone si no es proclamada con vigor, con intemperancia, de manera absoluta y con injusto exclusivismo. Sin embargo, la verdad yace en los tintes suaves, en los matices delicados, en las penumbras y, quizá, en el intervalo de las ideas.

Los hechos históricos no parecen meras cosas hechas, facta, sino cosas que tenían que ser hechas. La existencia parece probar la necesidad. De una constatación brincamos a una obligación e instalamos sobre la movediza historia del hombre las filosofías de la historia unilaterales, pomposas y vanas.

El hombre cultivado es aquel para quien nada carece de interés y casi todo carece de importancia.

César, Mirabeau, Napoleón y los otros individuos de tipo semejante sólo pueden nacer en el seno de una clase aristocrática, cuyas fronteras trazan exigencias morales, privilegios políticos, impertinencias sociales y preponderancias económicas. Pero no se desarrollan y crecen sino allí donde la democracia triunfa. Por eso colaboran a la agitación revolucionaria.
Árboles que se yerguen sobre un terruño ricamente preparado por siglos de labranza, pero que necesitan las borrascas y el bochorno que precede las tempestades para madurar sus frutos.

Al derrumbarse, una aristocracia estalla en mil individuos vigorosos que dispara con violencia sobre la historia; una democracia, al desaparecer, se desinfla como un balón de caucho.

El alma debe permanecer inmóvil, en el centro de una inteligencia perpetuamente agitada.

Solamente son criminales la ignorancia y la estupidez.

La elegancia consiste en la adecuación perfecta del espíritu con las cosas.

Debemos ser siempre sinceros con nosotros mismos, y nunca con los demás.

La sociedad castiga más fácilmente la ingenuidad que la hipocresía.

Debemos "devenir" lo que somos; pero con sabia moderación.

Debemos simular que nos abandonamos y no darnos jamás.

Debemos saber ser lúcidos cuando conviene, y también cuando no conviene.

Debemos libertarnos de todo; en primer lugar, de nosotros mismos.

Debemos ser injustos conscientemente.

Hay una jerarquía teórica de los fines; no hay una jerarquía práctica.

El excitante más potente es la vida.

La bondad es una astucia que se ignora.

El amor conviene a quien se es insoportable a sí mismo.

La equivalencia de los fines es doctrina y experiencia de toda alma bien nacida.

Vivir es indiferente, lo que importa es ser.

No sé si la vida tenga finalidad alguna, pero sí sé que no es ella misma su propia finalidad.

Las aguas que la inteligencia no ha tocado son puras, pero son insípidas.

Mantengamos los derechos de hoy contra los de ayer y los derechos de ayer contra los de hoy.

Que la esperanza del fruto no nos vele la belleza de su flor.

El auténtico cinismo es el que se esconde. Diógenes era un actor desastrado.

¡Sed duros! ¡Ah!, no. Sed al contrario flexibles, dejad que os dobleguen, pero estad listos a azotar duramente, al enderezaros, la mano que os doma.

Conviene saber transformar los vicios en virtudes.

Toda costumbre es un vicio.

Ser eternamente otro, es el más secreto anhelo del hombre.

Hay que jerarquizar al universo, provisionalmente.

El que encuentra es el que olvida buscar.

Odiar es más útil que amar, porque el odio aparta.

Toda doctrina que dura son mil doctrinas, igualmente interesantes, que abortan.

La naturaleza es lo menos sencillo en el hombre.

Hay una glotonería intelectual.

La verdadera profundidad se engaña a sí misma y se ignora.

La vida no tiene sucedáneos.

Debemos mantenernos erguidos, sin descansar la cabeza sobre nada; toda opinión cómoda es la fosa de la inteligencia.

Toda virtud es el raciocinio de un vicio.

La verdadera sabiduría yace más allá de la meditación consciente y voluntaria.

Esa admirable catedral de estilo jesuítico: el Port-Royal de Sainte-Beuve.

Toulet, virtuoso incomparable de la coma.

Valéry Larbaud, el más sutil profesor de humanismo voluptuoso.

La cultura es la creación de una óptica.

El hombre es libre; la humanidad no lo es.
Vasto es el ámbito de la libertad individual, pero la necesidad colectiva lo limita. Su independencia se anega en la complejidad causal de la historia.
La necesidad no es una ley metafísica, sino el resultado de las acciones humanas. Cada nueva acción inicia una serie causal, hasta que la multiplicación de las acciones y de las series, los nexos diversos que se establecen entre ellas, tejen la urdimbre y la trama de la necesidad universal.
Cada acto real anula un infinito de actos posibles. Cada instante suprime universos.

En el complejo tejido de las causas, en la abundancia de determinaciones recíprocas, en la selva sofocante de la necesidad universal, quizá una inteligencia más aguda y amplia que la nuestra pueda astutamente instalar los cimientos de una libertad más potente y más firme.

La belleza es un orgasmo psíquico.

Bretón o la estética del milagro; Valéry o la estética de la solución.

El presuntuoso censura el fanatismo. ¡Cómo, exclama silenciosamente, puede ser posible que se halle un mundo donde yo no he descubierto nada!

La crítica es el camino de la creación.

La inteligencia construye el arte y lo ignora.

La belleza es el símbolo inmóvil de la movilidad.

La belleza es aquello que crea, en nosotros, la unidad.

La historia es la definición de la humanidad.

Hay obras de arte en las cuales la belleza se halla como en potencia, como encerrada en su germen, como subyacente a la expresión, como un agua subterránea, como un hontanar escondido bajo hierbas y musgos.
Hay otras en las cuales la belleza se explaya y se extiende, es coextensiva a su expresión y a su superficie, se halla en acto, en inmediata y plena actualidad. Estas nos seducen con mayor facilidad, pero su embrujo es transitorio, su influencia efímera; mientras que aquéllas, que al principio nos dejan indiferentes, adquieren con el tiempo un poder infinito sobre nosotros.

La sobriedad, tanto del pensamiento como de los actos, no es la sabiduría, pero es su condición indispensable.

Lo único que sabemos describir bien es lo que ya no vemos; lo único que sentimos bien es lo que ya no sentimos más.
La literatura es la impotencia de lo presente.

El novelista debe invadir su obra con su personalidad de manera tan total que su universo propio sea para el lector un universo evidente y el único universo real. Si el novelista duda, su lector apostata.

La estupidez sólo sorprende al estúpido y la corrupción al corrompido. La inteligencia como la inocencia se desconciertan más difícilmente.

Haber sido ayer más inteligentes o pensar que un día lo seremos más, nos humilla hoy igualmente.

Entre los espíritus que carecen de equilibrio están los más grandes; pero carecer de equilibrio no es, sin más, señal de grandeza.

El equilibrio del escritor clásico es esencialmente inestable y frágil. Es un equilibrio conquistado sobre las potencias de desorden, un milagro, una danza al borde del abismo, un fracaso siempre inminente y siempre evitado: es el máximo de rigor unido al máximo de lirismo.

Una partícula de sentido común parece genio en una mujer.

Ningún hombre es capaz del egoísmo y de la indiferencia con que una mujer contempla todo lo que no ama.

Todo pensamiento sobre las mujeres es una trivialidad envuelta en una grosería.

La razón de una mujer es el arsenal de sus pasiones.

La verdad de una mujer es la mentira de ese día.

La lealtad de una mujer es la constancia de un mismo capricho.

A pesar de todo, lo más increíble de las mujeres es que puedan soportar y amar a los hombres.

Más que al hombre la mujer ama a sus caricias. Toda mujer utiliza al hombre.

El amor y la felicidad colman a la mujer, como la inteligencia al hombre.

El pudor es la incertidumbre de la mujer. La seguridad de su belleza, o la confianza en el amor que inspira, desatan su natural impudicia.

Todo hombre desprecia secretamente la mujer que logra poseer, porque ninguno es suficientemente orgulloso o suficientemente vanidoso para creer que no se ha dado o no se dará sino a él.

Las únicas cosas que deseamos con pasión son las que no merecemos.

Toda mujer necesita que la violen un poquito.

La vanidad junta a los seres, la vanidad los ata y la vanidad los separa.

No hay buena acción sin castigo, ni mala sin recompensa.

La tenacidad, muchas veces, no es más que la debilidad de una voluntad que no puede frenar su ímpetu.

Cuando decimos de alguien que es demasiado inteligente, no hacemos en el fondo sino sugerir que no lo es suficientemente.

Hay espíritus clásicos y espíritus románticos, pero la belleza no es ni romántica ni clásica.

La más difícil tarea del crítico consiste en limpiar una obra de la capa espesa y sucia que sobre ella depositan las admiraciones imbéciles.

No vale la pena aprender las cosas que se nos pueden enseñar.

La pedagogía es el arte de enseñar lo que no vale la pena aprender.

Las cosas importantes, o nacemos sabiéndolas, o las aprendemos milagrosamente. Pero no hay profesor sino de trivialidades.

Los que censuran la erudición y la cultura porque sofocan la originalidad, llaman originalidad, sin duda, la sola ignorancia de las fuentes.

No es la libertad sino la liberación lo que embriaga, como no es la salud sino la convalecencia.

"Il y a ce besoin de l'homme qui est d'échapper au bonheur."

Toda felicidad engaña, o porque huye, o porque hastía. En nuestros brazos se desvanecen sus prestigios y sólo nos deja la inútil ciencia de nuestra locura.
Invención de nuestra miseria para apagar una sed que nos devora; simulacro trágico de un más noble anhelo. Ansia de otros mundos y otros cielos y no deseo de apacible y mansa morada sobre la tierra. Toda transitoria imagen de lo eterno repugna; toda posesión humana hiere.
¡Inefables prestigios del deseo!, los prestigios de la felicidad no son más que los suyos. El esplendor del mundo es el reflejo de nuestros deseos.
Que la felicidad diga al deseo: Yo soy las cenizas de tu llama.

No hay obra posible sin la colaboración del mal, del mal subyugado y sometido.

Hacer surgir la trascendencia del seno mismo de la existencia empírica es la empresa que arroja el cadáver de Nietzsche sobre las desnudas playas de la demencia.

No poseemos la idea de la perfección, sino su concepto.

Lo objetivo no es lo que está fuera de nosotros, sino lo que juzgamos estar fuera de nosotros.
La dureza de una piedra es un concepto contra el cual tropezamos.

La gran cultura requiere para nacer un terruño que densas capas de civilización han enriquecido.

Los dioses germinan en los suburbios donde las civilizaciones se descomponen y se pudren.

Toda civilización nueva es la contestación irritada de aquellos a quienes excluye la civilización precedente. Una civilización ecuménica y sin clases desposeídas peligra prolongarse indefinidamente con monotonía e insipidez, su poder agotado, gastado su vigor, desecados sus manantiales y sus veneros.

Toda obra bella es el acto total de una vida.

La belleza es la prueba de que algo ha sido creado; el objeto feo es una mera redistribución de materia.

El cumplimiento de nuestra naturaleza humana no puede ser sino la propedéutica al cumplimiento de nuestra porción divina.

El que teme no puede pensar con imparcialidad.

Entre todas las cualidades y entre todos los defectos sólo tenemos auténticamente los que no creemos tener.

Qué admirable libro aquel que pudiera darles estilo a las sensaciones y a los sentimientos más triviales y más comunes.

El Behaviourismo puede ignorar la realidad de la conciencia, porque olvida las condiciones epistemológicas de la investigación psicológica para atenerse a sus solas condiciones científicas.

Los que confunden personalismo divino y antropomorfismo, sea que nieguen o que afirmen, dicen estupideces.

La ewige Wiederkunft nietzscheano es la única hipótesis que salve de la muerte la totalidad concreta del universo.

El miedo de perder la libertad es una de las causas de la tiranía.

No es la libertad lo que el esclavo anhela, sino la esclavitud de su amo.

El derecho constitucional es la toga con que una nación disfraza su incapacidad política.

Lo grave hoy día es que para juzgar las necesidades de la civilización, nadie conciba que pueda haber puntos de vista distintos al del "talamite de las galeras de Accio".

En las grandes urbes, donde los hombres se hallan apiñados en vecindades sofocantes, la aglomeración misma crea el anonimato de todos, una indiferencia recíproca, y consecuentemente una libertad y una independencia que ignoran los habitantes del campo, donde las habitaciones dispersas reducen a su mínimum el contacto humano.
Pero la libertad urbana es una libertad exterior y física, independencia de los actos y de los gestos que no excluye un sometimiento interno, una sumisión a secretas inspiraciones colectivas.

Su misma libertad prepara a los seres a una similitud psicológica, que nivela toda diversidad, e impide la aparición de esas recias personalidades que son la condición de la grandeza.

No hay refutación en sí; toda refutación se sitúa dentro de una estructura sistemática de postulados.

La totalidad sólo puede existir dentro de un orden jerárquico, porque allí y sólo allí infinitos términos coexistentes pueden durar sin excluirse y anularse, si pertenecen a órdenes distintos.

El mundo carece de sentido, si no imaginamos, subyacente a la realidad cotidiana, una totalidad de la cual no es aquella realidad sino una porción abastardada.

Los sentimientos son los colores del universo moral.

El hombre anhela un mundo donde el alma pueda crearse a sí misma su propia necesidad.

Gide es un crítico que su tiempo indujo a escribir novelas y un humorista que su protestantismo indujo a predicar.

El estilo de Taine es el estilo perfecto de la demostración. Toda idea nueva es una conclusión preparada, toda conclusión es la culminación lenta y metódica de un raciocinio completo y elocuente.

A pesar de su vigor y de su fuerza incomparables, los músculos de Balzac tienen una excesiva cantidad de grasa.

Un libro de Proust es la lectura perfecta de un libro de Joyce.

Giraudoux o la inteligencia que simula patéticamente la sensibilidad.

El encanto de Laclos como su límite es la sequedad de su pasión. Su lucidez es enorme, pero teme perderse y conserva su distancia ante el objeto.
La lucidez de Stendhal se arriesga en mil empresas, pero aun cuando sea en cómica postura termina siempre dueña de sí misma. Inteligencia cálida, voluptuosa, entusiasta, que permite que el ser se dé enteramente sin perderse, porque tiene infinita conciencia de darse.

Lirismo estático de la poesía de Mallarmé. El verso parece llegar a su término, detenerse y contemplarse, reabsorberse en sí mismo, profundizarse dentro de su puro recinto en infinitas resonancias, propagarse, inversamente a los círculos en el agua, hacia su propio centro.

El estilo de Bergson no es un estilo intelectual sino un estilo de intelectual. El estilo intelectual hay que buscarlo en Montesquieu, en Saint-Evremont.

Un artista no puede negarse a concluir, la sola presencia de la obra es una conclusión suficiente.

Un estilo apasionado y seco no ha sido logrado sino en francés.

La armonía intelectual de una obra puede exigir la contradicción lógica entre algunas de sus partes.

Explicar cuando es posible sugerir supone un excesivo desprecio del lector.

La oscuridad de un texto no es generalmente sino una exagerada confianza en la inteligencia del lector.

La claridad es la buena educación del escritor.

El ser que más amamos nos parece a veces únicamente la prohibición de correr hacia nuevas dichas.

Amar; no amar: ¡cómo parecen esas cosas, a veces, confundirse!

El navío hundía en las aguas su aguda proa. La blanca vela, hinchada, se deslizaba sobre el mar y los petreles giraban alrededor del mástil, abandonados a sus largas alas.
Las costas de las islas comenzaron a confundirse con el mar y ya solamente sobre las más altas cimas se posaba el sol. Los acantilados resplandecieron por última vez y la noche se adueñó, soberana color de violeta, del mar silencioso.
Sentado en la proa del navío, Ulises contemplaba las lentas estrellas, perdido en el cielo luminoso y puro. El griego mentiroso y sutil meditaba; sus pequeños ojos

móviles acechaban las secas montañas de Ítaca, densas masas en las tinieblas de la noche.
Mas Ulises temía que los dioses fuesen favorables a sus ruegos y que le tocase de nuevo gobernar sus campesinos sucios y sus marineros hedientes a pescado y a sal marina.
¡Ah!, ¡divino boyero! ¡Cástor y Pólux!, qué fastidio regresar a este duro suelo, escuchar en las tardes el elogio de Ítaca, de sus mujeres y sus viñas. Ya mañana no seré sino el rey Ulises, nada; cuando hoy soy aún Ulises, aventurero y desgraciado, hombre que la felicidad huye, el que visita a los muertos y duerme con las diosas.
Sobre estas aguas traicioneras todo se puede esperar, la vida, la muerte y mil Ulises nuevos.

Metafísica de la vida cotidiana.

Toda cosa aspira a su propia esencia.

El universo parte de la síntesis y concluye en el análisis.

La idea es el acto del espíritu y la materia su pereza.

La materia no es el residuo de los actos, sino la zona de inacción que los rodea.

Mientras dura el acto, la materia es solamente su amenaza.

El acto que se repite prepara la materia. La materia es la repetición, es decir la forma de la muerte que puede asumir un ente inmortal.

Un acto no prolonga a otro acto sino cuando difiere del anterior.

Toda civilización es la fusión irracional de ciertos términos contradictorios. Una civilización lógica es un concepto utópico o una barbarie meditada. Su precio incomparable yace en esa unión concreta imprevisible. Por ejemplo, si el hombre moderno no logra "donner a la paix l'intensité morale de la guerre", no tendremos sino una civilización que interrumpen episodios de barbarie militar o, alternativamente, una existencia de burgués suburbano, satisfecho y sentimental.

Puede haber emancipación de esclavos; no hay emancipación de los esclavos.
Las civilizaciones se distinguen en la manera como tratan a sus esclavos, pero no en el hecho de tenerlos o no tenerlos. La sociología no es asunto de puro léxico.

La política civilizada, la política de toda civilización, es la política de la continuidad histórica.
La política que ignora el pasado puede inscribirse espectacularmente en el cielo de la historia, pero es irremediablemente bárbara.

Si los caracteres adquiridos no son hereditarios, no hay orgullo técnico que pueda salvar a la civilización industrial de mañana de una catástrofe que nos vengue.

La personalidad requiere para nacer obstáculos, impedimentos, estorbos.

Toda sociedad, o grupo social, que intenta la aplicación rigurosa de una norma de conducta, que somete al individuo a sus exigencias abstractas, que decreta con severidad la obediencia a principios austeros, es el medio propicio al desarrollo vigoroso y lozano de la personalidad humana.

Para considerar que el solo hecho de vivir la "vida" como dicen, sea el único fin que la humanidad deba proponerse, se necesita haber sido abominablemente abandonado por los dioses.

Basta que un hombre haya vislumbrado la nobleza de que algunos hombres son capaces, para que todo lo demás le parezca insípido.

Que el trabajo sea un placer, es una invención de trabajadores desolados e ingeniosos.

Todo lo que aleja al hombre de sus más nobles exigencias es vil.

No hay que olvidar que trabajar es una maldición. Sólo vale el ocio voluptuoso y sutil.
La vida no tiene más importancia que la de poder prestar su burda trama para que la astucia humana borde en ella los arabescos incomparables del placer y de la inteligencia.

La experiencia neurológica trivial sobre la pata de rana sometida a una intensa corriente eléctrica, que lejos de mantener la dirección primera del movimiento de la pata

lo invierte al prolongarse, nos debe servir de tema de meditación cuando no temblamos por el bien o cuando desesperamos del mal.

El carácter es ineludible y la peor hipoteca de la vida sobre nuestra libertad.

Imágenes luminosas que el sueño hace surgir más allá del torrente de la vida, como símbolos del ser posible que en nosotros duerme y que nuestro ferviente amor anhela. Todos somos la promesa de algo más alto.

Una civilización sin rutinas es una alma sin cuerpo.

La naturaleza no acierta nunca indefectiblemente.

En filosofía, probar es perder un tiempo que podíamos consagrar a pensar.

Buscar un acuerdo con nuestra naturaleza debe servir sólo para instalar un desequilibrio más sutil.

Lo imposible no tiene eficacia y lo posible no tiene interés.

La perfección como la dicha no se obtienen sino en la obra, que de nosotros se separa y nos abandona a nuestra yerma soledad.

La obra de arte no preexiste en el espíritu, el choque con la materia la engendra.

El arte es, ante todo, sensualidad.

Ninguna demostración dialéctica convence; sólo nos conmueven y convierten las que surgen del alma como el grito de una pasión herida.

La belleza no es "une promesse de bonheur", sino el cumplimiento de esa promesa.

Una vida coherente abandona el plano empírico, para instalarse en el empíreo de las Ideas.

No es tanto la dicha o la desgracia lo que importa, como la inteligencia y la gracia, la energía y la tensión.

Toda filosofía que elude el problema del mal es un cuento de hadas para niños bobos.

El desarrollo caótico de las potencias del ser es la sentencia de muerte de la cultura. Una música severa y silenciosa es su condición.

La ciencia, que nos enseña a ver en cada ser un mero ejemplo transitorio de un principio general y abstracto, me hiela.

Nada nos degrada tanto como el afán de ser, ese súbito apetito de vivir que nos impide el sacrificio.

Sin el personalismo divino, todo misticismo, pura emoción de lo divino, culmina en las más cómicas aberraciones.

El misticismo es el empirismo del conocimiento trascendente.

La civilización no es el resultado necesario de la evolución de la especie humana, sino una aventura.

El espíritu, tal como nosotros lo conocemos, tal como se revela a nosotros, no es una cosa "inmaterial", una forma vacía, una mera potencia; el espíritu tiene sustancia, materia, pulpa, carne, sí, la carne del espíritu.

La estética es el punto de convergencia de diversas actitudes y el nudo de innúmeros problemas.

La obra más perfecta: una metafísica sensual.

Todo acto propende a su repetición; el automatismo lo acecha; pero todo acto repetido se superpone y se niega.

La civilización hija de la técnica es el producto de la inteligencia menesterosa.
La civilización auténtica es el producto de la descomposición de mil culturas en una alma que la razón y la pasión iluminan.

El alma se desarrolla concéntricamente: adquiere espesor y densidad.

Salvar, a la vez, la integridad del individuo y erigir una estructura que impida que la sociedad se convierta en una masa amorfa y se licúe, es privilegio de un Estado aristocrático, y de él sólo.

La individualidad es una lenta conquista.

El hombre construye al hombre, la naturaleza sólo da la materia prima.

Sólo allí por donde el cristianismo ha pasado, hay un conocimiento agudo y profundo de la faz sideral del hombre y de su faz nocturna.

Los espíritus impermeables al cristianismo son de una ingenuidad divertidísima.

Hay tonterías que sólo un cristiano no sabe decir.

La huella cristiana es la única garantía de madurez intelectual.

Los grandes enemigos del cristianismo no son aquellos espíritus impermeables a su luz. La ceguedad ante el cristianismo, que culmine en hostilidad o en indiferencia, es privilegio de los imbéciles. Una gran inteligencia hostil no lo ignora, ni lo desconoce cuando lo ataca. No hay que imaginar, ni por un momento, que el diablo no crea en Dios.

El amor al pueblo es vocación de aristócrata; el demócrata sólo ve en él una muchedumbre que lo puede elegir. La elección popular es el resorte del alma democrática, como es el eje de su sistema.

Aquella sociedad es aristocrática, donde el poder reside en manos de quienes tienen el máximum de deberes.

El gobierno aristocrático prepara el individuo a bastarse a sí mismo. Por eso la anarquía de un episodio revolucionario que sucede a un período aristocrático, cuando las instituciones restringentes desaparecen pero su efecto subsiste en el extraordinario vigor intelectual y moral de los ciudadanos, prepara espectáculos de singular magnificencia.

No puedo adherir a una filosofía que no enseñe en alguna forma: nunc est vobis regnum... Toda promesa que no sea promesa de un presente eterno es el más cruel engaño.

La historia es una lucha del hombre por la vida; pero la vida del hombre no está reducida a sus contornos de carne. Una manera de sentir, un matiz moral, la idea en que la concepción del mundo se expresa, hace parte de su vida quizá más que un miembro de su cuerpo o una provincia fértil.

La imaginación es la función de lo concreto.

Es fácil formular la regla de la eficacia política: crear en ciertos hombres una ciega voluntad de sacrificio. Y difícil realizarla.

Los guardianes de la libertad son los aristócratas, los enemigos del césar.

El filósofo original medita sobre realidades, el epígono sobre conceptos.

A la impersonalidad de la ley sustituir la personalidad del hombre; a las relaciones abstractas entre los derechos y los deberes las relaciones concretas entre valores concretos encarnados en los hombres; a la helada presencia de las cosas la cálida emoción ante la presencia del hombre.
La civilización perfecta sería aquella que lograra unir a la noción de individuo del Renacimiento italiano, la noción de orden del Feudalismo francés.

No hay originalidad intelectual sino dentro de la continuidad histórica de una tradición espiritual.

Toda cultura se somete para enriquecerse y se rebela para enriquecer.

Todo defecto es amable si es defecto de quien amamos.

El ser amado no es más que el trampolín de nuestro amor.

En alguna parte un dios nace cuando la belleza se revela.

La unidad del espíritu, como la unidad de la materia, es una hipótesis de trabajo, pero no hay realidad ninguna en esa especie de estafermo desnudo que inventamos para que la historia lo vista con trajes pintorescos.

Si la diversidad de la historia consistiera sólo en la diversidad de las formas de los sombreros o de las es-

tructuras económicas, no valdría una hora de pena. La diversidad de la historia es la diversidad de mil universos distintos y de los hombres diversos que en ellos habitan.

En las futuras historias de la Iglesia las doctrinas características de los últimos siglos serán catalogadas entre las herejías contra el pecado original.

El alma bien nacida no necesita el concurso de circunstancias exteriores para crearse un clima heroico.

En filosofía, en moral, en estética, en política, debemos intentar reemplazar la impersonalidad de la razón por la personalidad del espíritu.

Toda filosofía del Espíritu unitario sirve, tarde o temprano, de justificación a algún déspota astuto.

Entre Descartes y Hegel existe la misma relación que entre Racine y Hugo, distinta de la que existe entre Lamarck y Morgan.

En los otros conocemos la diversidad del espíritu, en nosotros su unidad. Pero es en nuestra diversidad que descubrimos la diversidad de los otros, y es en la unidad de los otros que descubrimos nuestra unidad.

La explicación de la materia tiende hacia la identificación meyersoniana; la explicación del espíritu hacia la coherencia interna y la jerarquía recíproca.

En la materia, de la cual la sensación sólo nos revela algunos rasgos útiles a nuestra vida, inefables cosas se dejan, a veces, adivinar.

Observación trivial e importante: hay una belleza virgiliana, o raciniana, o keatsiana; pero no hay una belleza de la vida, o del amor, o de la muerte.

La estética intenta explicar lo que es la belleza. Una empresa semejante consiste esencialmente en reducir los elementos de la obra bella a elementos plenamente familiares al espíritu, es decir a elementos intelectuales.
Un tal procedimiento presupone la intelectualización posible del mundo. Postulado quizá ineludible, pero arbitrario y susceptible, por lo tanto, de ser reemplazado por otro postulado, si aparece una necesidad distinta.
Si nos preguntan qué es la belleza, contestemos que es eso que se halla en tal o tal obra; y si nos preguntan qué es lo que se halla en tal o tal obra contestemos que es la belleza.
Si nos preguntan cómo descubrimos esa belleza contestemos que es por medio de un sentido de la belleza; y si nos preguntan qué nos autoriza a postular un sentido de la belleza contestemos que es la existencia irreductible de la belleza.
La belleza es una cualidad de ciertas cosas, irreductible a otra cosa que a ella misma. No decimos nunca que una cosa sea bella, cuando es esto o aquello (siempre encontramos obras bellas con cualidades y en condiciones distintas de las de la obra de que hablamos), sino simplemente cuando es bella.
La belleza es un bloque, una unidad, un cuerpo indiso-

luble, que encuentra en nuestro espíritu una percepción adecuada. No hay que buscarle elementos en que se explique, para adecuarla a las funciones ordinarias y cotidianas del espíritu.
La estética no tiene más fin que el de buscar la significación de la belleza, no traducirla sino integrarla al universo, hallarle su lugar y sitio.
Las estéticas místicas, aun las más vagas, han siempre aportado una más profunda satisfacción al artista que las estéticas intelectualistas, porque mientras éstas ven en la belleza un término compuesto que deben desintegrar, las primeras ven en ella un término simple que deben integrar al movimiento, a la vida y al ímpetu del espíritu.

Todo hombre es una síntesis inestable, momentánea y transitoria de su pasado, su presente y su porvenir.

Ninguna cosa excelente es necesaria.
Todo lo grande y lo noble puede omitirse, sin perjuicio para la vida.
Es posible vivir, y vivir feliz, en plena bajeza y con plena ignorancia de lo excelente.
La voluntad, y no la vida, es la matriz de la grandeza.

Una aquiescencia flexible a las insinuaciones de la vida salva, a veces, las consecuencias más auténticas de esos mismos principios que aparentemente traiciona. La vida suele contemplar con sorna a quienes apartan con gestos demasiado suntuosos sus dádivas más discretas, ya que no acostumbra anunciar con charangas sus raros instantes de generosidad y de munificencia.

Como los dientes de leche, existen las ideas de leche. ¿A qué edad comenzamos a cambiarlas?

El fanatismo honrado es el que oscuramente cree que la verdad sufre si los hombres la desconocen.
Sólo el cristiano puede ser fanático lógicamente, y si deja de serlo es que deja de ser cristiano.

Todo viaje es vano si no es semejante al paseo lento y perezoso que nos introduce, con un dulce rigor, en la secreta vida de un paisaje.

La memoria es demasiado astuta y caprichosa para que un repertorio de descripciones, o un catálogo de hechos salve del naufragio del tiempo y entregue intactos, emvueltos en su empaque protector, los recuerdos densos, carnales y jugosos de las horas vividas. La memoria no tolera que la violentemos. Conviene abandonarla a su propia sabiduría.

No anhelo cosechar recuerdos para consolar monótonos atardeceres.
Si los días han de traer en sus canastas gruesos racimos de vendimia, debemos comernos las uvas y enjugarnos los dedos, sin pensar que un fruto delicioso merezca más que la agradecida avidez de nuestra boca.
Aspiremos, sólo, a que la pulpa del presente se hinche de su pura savia; que cada instante abra sus pétalos pesados.

Debemos forzarnos a la lucidez, para evitar que las cosas resbalen sobre nosotros como sobre una piedra aceitada.

Que ante todo espectáculo, enfrente a cualquier circunstancia, el espíritu se asome a sus propias ventanas, los ojos abiertos, dilatadas las narices.
No quiero pasear mis ojos por las cosas como el haz luminoso, que hace surgir de la oscuridad un objeto fugitivo que pronto abandona intacto a su prístino silencio. No quiero ser como la luz virgen, que no se altera con lo que ilumina.
El dolor, a veces, nos despierta de la somnolencia invernal en que vivimos y nos clava sus garras para que nazcamos a la conciencia. Pero el placer tan sólo nos arranca un gesto y un espasmo jubiloso. En el placer la conciencia se obnubila y se pierde.
Parece verterse locamente en ese estado donde se cumplen nuestros míseros anhelos.
La conciencia entonces nos estorba, y la arrojamos como un vestido inútil sobre el yerto suelo, junto al umbral de la estancia, donde un cuerpo desnudo espera nuestro deseo más ferviente. Si adquirir, luego, conciencia del placer es tarea imposible, tener conciencia de nuestra vida y del mundo que la circunda es ya cosa difícil y ardua. Sin embargo, es cosa deliciosa, y una ocupación que no hastía.
Pero sólo la obligación de llevar hasta su maduración verbal toda experiencia nos compele a inclinarnos cuidadosamente sobre ella, a palparla, a penetrarla, y a prestarle así a los sentidos la colaboración de la inteligencia.

La prosa de Lord Acton parece traducida.

Sin una interpretación religiosa la vida se reduce a su mera actualidad.

La vida carece de sentido cuando la acogemos pasivamente, en su puro desarrollo, y la aceptamos con la resignación de quienes renuncian a acuñarla en valores.
Entonces, la única proposición que podemos enunciar, la proposición que resume la ciencia libre de toda intromisión axiológica, es una proposición tautológica: Lo que es, es.

Sustancia y accidente son maneras de pensar el objeto, son actitudes del sujeto, del pensamiento, y nada más.
Un pensamiento, para el cual todo es accidente, concluye en un monismo panteísta; y un pensamiento, para el cual todo es sustancia, en un pluralismo irracionalista.
Los diversos sistemas se sitúan entre esos dos extremos, según el sitio donde colocan las fronteras del accidente y de la sustancia.

Nada más natural que el estancamiento de las ciencias experimentales en una época excesivamente ocupada con la lógica.
Hay algo en el estudio de las relaciones lógicas tan absoluto, puesto que el hombre no puede pensar nada fuera de ellas, que parece que estudiarlas y manejarlas equivalga a poseer el mundo entero. El espíritu que ordena, coloca y dispone los conceptos lógicos se siente amo del pensamiento y del mundo.

¡Cuánta presunción revela el solo acto de escribir!

La nota breve no abusa de la paciencia del lector, y simultáneamente permite que lo que deseamos escribir se halle concluido antes que la conciencia de su mediocridad nos impida continuarlo.

En un discurso prolijo el espíritu viaja de idea a idea a través de mil leguas de desierto.

Omitir entre las ideas el cemento de los lugares comunes es proponer al lector que colabore en una misma empresa arquitectural.

Todo lo aceptado es noble; todo lo impuesto es vil.

La acción no reconoce más culpabilidad que el fracaso.

En la inconsciencia hay algo bajo, animal y vil que repugna a toda alma noble.

En el mundo el colmo de la inteligencia consiste a veces en no tener ninguna.

En la vida, como en el arte, la sencillez es el producto de una extrema habilidad.

La sencillez es cosa artificial, arbitraria, sistemática y exquisita.

No es difícil ser suficientemente hábil para que los demás no nos engañen; ¿pero quién no se deja engañar por sí mismo?

El aforismo supone que autor y lector viven dentro de un mismo universo de discurso.
Por eso, de país a país y de clase a clase, sólo una oratoria abundante puede instalar puentes.

Hablar es interesante solamente cuando podemos callar las ideas intermediarias.

Todo apostolado es elocuente; pero a quien le es indiferente convencer basta presentar y proponer.

Lo que nos persuade es el fruto de elaboraciones secretas; la conciencia tan sólo ilumina esas floras abismales.

A quien el diálogo llega a ser indiferente, escribir parece inútil; tan sólo puede llevarlo allí un astucioso laberinto de trampas.

Cuando hemos terminado de descartar los distintos motivos conocidos de escribir, y de refutar las varias razones recibidas de hacerlo, lo más divertido es que seguimos intentándolo, como si hubiéramos acogido y aprobado razones y motivos.

Ser incapaces de lo que deseamos no resuelve nuestros problemas, sino plantea nuevas situaciones.

Pensar es una actividad tan deliciosa que nos hace soportar la mediocridad de nuestros pensamientos.

Soñar distrae, pero cansa; lo que nos concedemos en sueño hastía tan rápidamente como lo que la realidad nos concede.

Escribir, si un verdadero dios no nos lo ordena, es dejar invadir por las trivialidades de nuestra flaca inteligencia ese

limitado recinto de días que podríamos ocupar con lo que han creado los más grandes y los más nobles.

Hay cosas susceptibles de explicación y otras capaces de significado.
Aquéllas pueden ser descompuestas en elementos simples y se someten al principio de identificación; éstas son indivisibles, bloques absolutos que tan sólo podemos colocar, ordenadamente, en el universo.

El universo es un sistema de términos inefables; o en el universo se revelan presencias absolutas que se imponen; o la espiritualidad del universo es del orden del espíritu concreto y no del espíritu abstracto; o no hay generalidad idéntica de la razón sino generalidad distinta del individuo; o el universo es un sistema de individuos cuya identidad espiritual no elimina la irreductible diferencia. O un monismo esencialmente pluralista.

Lo que diferencia al individuo no es una característica individual superpuesta a los caracteres específicos; el individuo es, en la especie, una transformación imprevisible y total de la especificidad.

Opongamos a la noción de un universo transparente y fluido, de un universo reducible a la unidad y a la sencillez plomiza de un solo principio, la noción de un universo resistente y rebelde, de un universo de carne, de estremecimiento y de angustia.
A un universo científico un universo estético, un universo total.

La obra del poeta, como su vida, sólo preparan la germinación de la poesía.

Paralelamente a la belleza, el espíritu descubre en la obra de arte cualidades capaces de satisfacerlo estéticamente.
Distintas de la belleza esencial, esas cualidades pertenecen a la esfera estética porque no son objetos autónomos, sino relaciones que el espíritu establece y crea.
Así, cualidades de tipo intelectual como la armonía, la adecuación, la sobriedad, la precisión, la justedad, o cualidades de orden sensible como la sensualidad, la vida, la pasión.

Hay cualidades de orden severamente humano que nos conmueven hondamente, pero cualidades a nuestro alcance y cuyo auténtico poder es, a pesar de todo, la inefable belleza que allí se disimula a nuestro espíritu.

La obra de arte tiene alguna semejanza con el ser humano.
Una estructura de sonidos, de palabras, de imágenes, de ideas, nos parece a veces la realidad total del poema, a veces solamente su carne transitoria.
La poesía es una alma cuya existencia es tan patente como la de la nuestra, y tan dudosa.

Cada obra de arte proyecta sobre el cielo intelectual la sombra de una estética inconfundible y propia.

La estética absoluta es sueño de crítico cansado o ambición de artista despótico.

No hay condiciones exclusivamente necesarias al advenimiento de la belleza, sino condiciones crecientemente favorables. Estas son las que descubren Poe, Baudelaire, Mallarmé, Valéry.

El didactismo no es esencialmente antipoético (basta el De rerum natura para probarlo), puesto que no hay nada esencialmente poético. Digamos sencillamente que el didactismo es opaco a la poesía.

El universo está constituido por términos que se completan más bien que por términos que se oponen.
Toda contradicción brusca proviene de una abstracción arbitraria de elementos.
Toda identificación de una supresión arbitraria.
La realidad ni se contradice, ni se identifica; la realidad se ordena.

Hay una interpretación posible del universo material que trasciende, sin negarla, la interpretación científica.
Interpretación milagrosa, inútil y gratuita, superpuesta a una interpretación determinista, útil, y sumisa a nuestra acción.
Interpretación que devuelve a la realidad apocada por las necesidades biológicas de nuestra percepción las ricas penumbras de la experiencia sensual y de la experiencia mística.

La filosofía es, en nuestro tiempo, el instrumento de la liberación del hombre.
Escapar a las yertas coordenadas de la ciencia, como a la opresión de los mitos colectivos, es la tarea actual del espíritu.

Queremos algo que nos devuelva a nuestra desnudez ante Dios.

Comparada a la vivacidad y a la frescura de los diálogos platónicos, toda literatura parece una conversación de notarios, durante una visita de pésame, sobre las virtudes del difunto.

Para comprender cada palabra de un texto, necesitamos bajar desde el sentido total del texto hasta el sentido individual de cada palabra; pero para comprender ese sentido total, necesitamos remontar desde cada palabra hasta ese sentido total.
Este es el círculo vicioso de la hermenéutica, que no rompemos sino arriesgando hipótesis parciales y sucesivas.

Días enteros pasados sin pensar en nada, sometidos a la tiranía y al capricho del momento.
¿En qué piensan los otros? Esta interrogación me parece un problema, hasta que recuerdo la oquedad en que vago días enteros como en un largo y lento lago azul.

Sin las interrogaciones que erige la amenaza de un conflicto, ¿cuántos hombres pensarían?

Pensar es una contestación.

El conflicto es el padre de la idea.

Me creo, a veces, capaz de algo más que de pensar con sinceridad lugares comunes; pero el pensamiento fino y

nuevo me parece nacer en la extremidad de una senda discreta, que prolonga la vía ancha y pavimentada de las trivialidades.

Lo que escribo es como una burda viruta que arroja el intento de desbastar la madera torcida de mi espíritu.

No vale la pena inquietarnos por la mediocridad actual de lo que hacemos, si sentimos que nuestro rumbo no es errado.

El camino no importa, sino la meta.
Es una tarea insípida la de abrir trocha en la maleza, pero aceptable si la esperanza de llegar nos conforta.

Comenzamos interesándonos en tal hombre determinado solamente por sus ideas, y terminamos interesándonos en tales ideas porque son de un hombre determinado.

El individuo sólo, concreto, rico, denso, detiene nuestro interés apasionado.

Ser auténticamente lo que somos, no solamente es más divertido que pensar, sino que también es mejor billete en la lotería de la inmortalidad.

Quizá las ideas no tengan otro fin que el de enriquecer a los hombres con todos los matices que comporta la existencia humana. Como un amo de casa, que no propone temas de conversación sino para que mejor brillen sus invitados.

El verdadero sentido de nuestras opiniones está en el delicado sistema de tácitas reticencias en que las envolvemos.
Quien imagina que creemos proferir oráculos, de aristas cortadas, lineales, y sin penumbras, nos hace más tontos de lo que somos.

Si la ironía consiste en pensar que la verdad es precisamente lo contrario de lo que estamos pensando, pero que no basta invertir nuestro pensamiento para captarla –así como la acera de enfrente es aquella en que nunca estamos–, pido que se me admita como ironista.

Bruto como un profesional.

Los hombres de ciencia son como las especies animales que su excesiva adaptación al medio, es decir, la perfección de sus instrumentos biológicos, detiene en su desarrollo si el medio no varía, o, si varía, las extingue.

La confianza –aun cuando merecida– en un repertorio de conceptos, imbeciliza.
La más cruel ironía de la verdad es que transforme a sus servidores en bestias de labor.

Un técnico es un peón que por azada tiene una fórmula.

Los técnicos son como los gusanos que, sin saber cómo, producen seda.

Un Estado sano alimentará a los técnicos, pero no los respetará.

Toda tarea es vana cuando se propone algo distinto de la determinación de las relaciones del hombre con Dios.

No hay falsos dioses, sino hierofanías parciales.

La perfección es privilegio de la inconsciencia.
La conciencia instala el fracaso en el centro del universo.
La grandeza del hombre es su profunda sumisión a la aventura y al riesgo.

El primer hombre que inventó un instrumento poseía ya las facultades necesarias para construir la máquina más complicada. La invención técnica sólo requiere un acervo de experiencias prácticas, y por lo tanto, dadas las condiciones sociales favorables, la proliferación de los descubrimientos asume proporciones sorprendentes.
El genio no interviene, cada vez, de manera insospechada e imprevisible.
Cada acto no es el principio de una serie, sino el término que prolonga los términos anteriores.

Para filosofar, nuestro cuerpo y nuestro espíritu, enteros ambos, apenas bastan.

En el amor, los problemas humanos desaparecen transitoriamente y hallan una solución misteriosa y específica. Así como en la unión mística los problemas del universo se disuelven en una armonía inefable.
Vauvenargues dijo que: "nous ne jouissons que des hommes"; pero en verdad conviene decir que sólo gozamos de las presencias concretas.

Todo apelativo está henchido de equívocos.

Debemos buscar, asir, conocer, poseer, la esencia de la religión. Sin ese conocimiento la duda se insinúa en toda doctrina, y la tranquilidad no es más que una indiferencia transitoria.
Pero ese conocimiento no basta.
Requerimos una forma religiosa concreta, aun cuando sea absurda e impura. La esencia es una idea kantiana, brújula y acicate de nuestros actos.
Contradicción en que nos coloca la urgencia de satisfacer simultáneamente nuestro espíritu y nuestra humanidad.

El misterio de la individuación es el misterio de la realización plenaria del ser.
Como los personajes de la novela son las posibilidades sofocadas del autor.

Las cosas son "distintas", pero no "separadas".

Al "nada en exceso" opongamos un "nada basta", pero que el alma permanezca siempre vacía.

El aparato conceptual de una filosofía es necesario, pero no esencial.
La intuición se plasma en conceptos; pero conceptos distintos, y aun contradictorios, pueden servir a una misma intuición.

El "spiritualism" es una mística que olvida toda ascesis preparatoria.

La noción de fenómeno espiritual es absurda. Sólo hay fenómenos materiales y significados espirituales. El espíritu es una realidad que no aparece, sino que somos; y una interpretación a que sometemos las apariencias.

La negación no es la manera de burlar "místicamente" el obstáculo.
Organizar el universo es la única manera de trascenderlo.

El espíritu introduce en la materia un fermento de descomposición que la exalta y la ennoblece.

Damos el nombre de destino a la resistencia que nos opone el universo, a su densidad, a su espesor.

En todo objeto yace una realidad más auténtica y más honda que su realidad fenomenal y terrestre; pero esa realidad no está, pensil, más allá del objeto, sino en el objeto mismo.

El sentido de un poema es el poema mismo.

Cada poema tiene un sentido único, distinto, propio, una individualidad irremplazable, pero todos los poemas no tienen sino un solo y mismo significado.

La "dialéctica" es la tentativa postrera del conceptualismo racionalista.
Pensar "dialécticamente" el movimiento del espíritu es haber adquirido, confusa pero angustiadamente, conciencia de la abundancia irracional y contradictoria de la vida espiritual.

Antes de resignarse a admitir el espíritu como un absoluto irreductible, la filosofía "dialéctica" intenta hacer de la contradicción perturbadora y desmoralizante, el motor de su proceso conceptual. Astuta empresa para desbravar el potro cerril del espíritu. Toda filosofía dialéctica prepara una filosofía de la existencia concreta y del espíritu histórico.

En el amor de las cosas terrestres el alma se satisface, sin detenerse en el camino que la guía y la lleva más allá de los objetos que ama.
Pero no prosigue su camino descartándolos, sino profundizando, ampliando, ennobleciendo su amor por ellos.

La filosofía moderna comienza cuando el conocimiento de la individualidad concreta como función propiamente filosófica del espíritu se afirma contra toda teoría que proponga la ciencia exclusiva de las "quidditates" tomistas.

La oposición de dos ideas no encuentra solución en un término tercero que las sintetiza.
Conviene buscar esa solución en la reducción de cada idea al individuo que la crea, para sustituir a esa oposición absoluta y dialéctica una oposición de individuo a individuo, oposición genética e histórica que resuelve la interpretación de las condiciones concretas en que nace.

Odio a la libertad; odio de esclavo satisfecho.

Voluntad de perseverar en el ser y voluntad de trascender el ser son aspectos complementarios de una idéntica voluntad.

En efecto, toda trascendencia nace de un cumplimiento del ser que sólo logra el que persevera en su esencia.

La necesidad, el instinto, la voluntad y la razón, son la cuádruple raíz del Estado.

El relativismo no es peligroso sino cuando es parcial, cuando la posibilidad de una verdad, por trivial que sea, indiferente a la colocación de cualquier observador, degrada al rango de meras opiniones las verdades distintas que se contradicen o se ignoran. Un relativismo absoluto, que aparentemente transforma toda verdad en la escueta afirmación de un individuo, devuelve, al contrario, su plenitud significativa al universo.
En efecto, la contradicción, escollo contra el que naufraga el sentido del mundo, pierde su jurisdicción ilimitada. La coexistencia de verdades opuestas limita la deductibilidad del mundo, pero no nos desespera con la inútil meditación sobre los límites de nuestra ciencia humana. Que todo sea relativo basta para permitirnos postular que cada una de nuestras verdades es absoluta.

El alma es el punto asintótico de la psicología, como de nuestra vida terrestre.

La filosofía es una tentativa de descubrir fines absolutos, actos que se agotan y concluyen, límites en que el ser descansa.

Un sistema de filosofía crítico-mística quizá lograra probar conclusiones de tipo místico por medio de racio-

cinios basados sobre principios racionales de tipo leibniziano.
Así, los principios de causalidad y de razón suficiente probarían la existencia de presencias concretas; el principio de continuidad el nexo místico del universo total; el principio de contradicción la autonomía de los individuos en el tejido universal del ser, etc., etc.

Comparados al Ser total somos materia, así como la materia no es materia sino comparada a nosotros.

Todo ser es infinitamente único e infinitamente común.
La paradoja de la individualidad consiste en su unicidad, su totalidad, su realidad inconfundible, y en la simultánea presencia de elementos que la aparentan a todos, la integran a la comunidad humana, y preparan la hermenéutica de la historia.

El Yo se asemeja a una esfera constituida por una serie infinita de capas concéntricas. Cada capa inferior representa características psicológicas más precisas (es decir, más únicas, porque si se tratan de precisión lógica la dirección sería inversa), hasta llegar a un centro hipotético, símbolo de la individualidad irreductible.
Centro hipotético, sin existencia sustancial, porque no existe la zona donde las características generales se agotan y donde sólo subsisten rasgos individuales. Ese centro está a la vez aquí y allí, presente en todas partes, asignable en ninguna. Pero eso que llamo centro no es una mera coloración de hechos generales, es el hogar mismo de la fuerza, el nexo difundido y secreto del

alma, la actualidad de una trascendencia en el seno de la existencia empírica.

El principio de la intelección es la identidad y el principio de la percepción es la diversidad.
La intelección explicativa anula los productos de la percepción; solamente una intelección comprensiva (Verstehen) intenta elaborar los perceptos en especies intelectuales sin violar las categorías perceptivas.

El valor educativo del arte existe sólo para el artista.

El arte es un alimento demasiado delicado y sutil para el apetito burdo y robusto del pueblo.

Más que un ensayo de explicación un sistema filosófico es un intento de integración.

La triple vía mística es la aplicación perfecta de un método a la creación de un estado total del ser.

Aspirando a su plena realidad todo ser aspira a la plena realidad total, a Dios.

Toda filosofía es una psicología numenal.

La doctrina socrática es el estorbo del pensamiento filosófico. La filosofía conceptual es la preparación de la ciencia. Sólo allí se cumple lo que anhela.
El problema socrático consiste en la dificultad de crear una estructura filosófica sobre bases conceptuales, una

justificación del universo fundada sobre un sistema que lo anula.
El interés del misticismo especulativo proviene, precisamente, de su lucha consciente contra la inadecuación del sistema conceptual.

Para comprender una doctrina que nos elude, debemos acercarla a su autor, integrarla a su vida.
Así apartamos la helada rigidez de las tesis, para situarnos ante una presencia palpitante y trémula, ante un ser.

A la proclamación moderna: "Si una filosofía no es científica, no es nada"; contestemos: "Si una filosofía es científica, no es nada".

La ciencia enriquece nuestra acción y limita nuestro conocimiento.

El universo de la ciencia sólo contiene valores pragmáticos (llamamos hecho, cosa, lo que es susceptible de comportamiento), mientras que el universo natural que intenta reemplazar contiene ricas series de valores.

Lo que, ante todo, me da la pintura es un enriquecimiento sensual.

Quizá lo único que no sea vanidad es la perfección sensual del instante.

Aburrido de buscar inútilmente suprimir uno de los dos términos que espontáneamente mi espíritu afirma, creo que debo decidirme a mantenerlos ambos, asidos

fuertemente en mis manos, sin inquietarme con la contradicción que todos proclaman, pero que yo no siento. Es decir sensualidad y religión.

Varios problemas provienen sólo de la imposible unión de nuestra rica experiencia del espíritu con nuestra abstracta y parcial noción de la materia.

Si el hombre no logra comprometer al universo físico en alguna aventura metafísica, la importancia de sus más orgullosas empresas materiales es irrisoria, es nula.

No salvar al mundo, sino en el mundo la promesa de lo que podría ser.

Momentos de hondas conmociones morales, cuando el espíritu se agita, se conturba, se ahueca y se abre como un agua que el abismo aspira; cuando el espíritu se da el espectáculo de una naturaleza desconocida, donde brotan fuerzas ignotas, donde se manifiestan insospechados poderes.

Toda analogía peca por la excesiva manera como refiere todo a exclusivas constantes intelectuales, cuando las especies intelectuales mismas no son quizá sino los símbolos transitorios de otras cosas.

La materia no es el espíritu, pero si es otra, no es lo otro.

Una metáfora no es una ilustración, ni una iluminación, sino una penetración; la metáfora descubre en otro

campo, en otro orden, bajo formas distintas, la misma realidad.

Lo que no aspira a destruirse no es capaz de perfección.

El egoísmo es la forma popular y baja de la individualidad.

La escasez de hombres capaces de un soberano y ordenado cumplimiento ratifica la severidad de la norma social.

El sistema de relaciones ordenadas y racionales que la ley establece exteriormente es vano; si la razón que anhela no yace en el corazón del hombre, el universo permanece yerto y vacío.

Conocer es, o reconocer, o recrear el acto que engendra el objeto.

Si el tiempo no es una categoría de las cosas, si el universo no tiene historia, las cosas son en cada momento lo que pueden ser, y el fracaso de una explicación, su imposibilidad lógica, demuestran que el universo es absurdo.
Pero si la historia es categoría del universo, como del hombre, la imposibilidad actual de una solución lógica y satisfactoria no demuestra sino la pérdida actual de una razón histórica, de un acontecimiento donde yacen las simientes de los hechos actuales como de los absurdos intelectuales y de las imposibilidades lógicas.

El universo es o histórico o absurdo.

Es falso que toda filosofía tenga sólo un valor biográfico; lo que en verdad acontece es que toda biografía bien hecha proyecta la sombra de una metafísica posible.

Toda certidumbre nos deja melancólicos. Una furtiva amargura se esconde en todo misterio abolido; todo conocimiento nos acongoja.
Toda dicha es anhelo, búsqueda, deseo, amor.
La certidumbre nos contrista porque es puramente formal, o mera refutación de una afirmación falsa. Coherencia de proposiciones, convicción ilativa de postulados, enriquecimiento tautológico de un incesante proceso analítico, o certeza de la imposibilidad, convencimiento de lo absurdo, conclusión en que una contradicción se revela.
Nuestra certidumbre terrestre patentiza una ausencia.
La ciencia es un poder, capaz de exaltar sólo una alma adolescente, o una austera reticencia ante toda afirmación que nos conmueve.
Sin embargo, hay una certidumbre concreta, una certidumbre carnal y recia, una certidumbre sensual, una certidumbre estética, una certidumbre mística.
Certidumbre intransmisible y refutable, certidumbre intolerante del aparato lógico que iza las proposiciones hasta la impersonalidad y la necesidad, certidumbre que no permanece yerta y constante como la piedra sillar de un futuro edificio, certidumbre deslumbradora y pasajera que se impone al alma, pero que el alma acoge o rechaza, certidumbre en que la voluntad se aquieta, en que el corazón se sosiega, en que la inteligencia colmada se detiene y descansa.

Certidumbre que la dicha de la esperanza sólo prefigura. Dicha que toda dicha emula y plagia.

Considerar la historia de la filosofía bajo las categorías de la historia del arte, atribuyendo a cada sistema unidad orgánica, independencia esencial, justificación individual, es quizá excelente propedéutica a una concepción del mundo como hecho estético.

El número de sus adeptos crece con la superficialidad del sistema.
En el límite podemos imaginar una teoría adoptada por todos y que no tuviera sino un contacto mínimo con la realidad.

Toda actitud, todo gesto, si prolongamos las líneas que los dibujan, trazan un sistema.

La estética de la percepción (arte: percepción más honda, aislada, como la estética de la expresión, sola, fracasan de similar manera.
El problema de la percepción como el de la expresión son la doble faz de la estética.

La teoría del error, que cada sistema contiene, es la explicación que propone de la existencia de otros sistemas.
Problema que no plantean al filósofo ni la vanidad ni un afán pedagógico, sino el mismo rigor con que adhiere al objeto de su intuición.

El espíritu más generoso sólo puede modificar su propio vocabulario y llamar intuiciones distintas lo que tácitamente no percibe sino como errores.

El liberalismo intelectual es la "politesse" de la inteligencia.

Toda estupidez es una generalización imprudente.

La vía negationis mística, como la dialéctica eleata, concluye en el ser. Pero el proceso lógico del eleatismo propone el ser abstracto y vacío, mientras que el misticismo encuentra un ser concreto y denso.

No es la definición, sino la construcción del objeto lo que debemos buscar.
La definición traduce el objeto en conceptos, y lo somete, así, al cuadriculado de las categorías consuetudinarias. Operación suficiente si la tabla de categorías lógicas encerrara, como postula, todos los predicados, pero en verdad operación meramente preliminar, ya que la auténtica tarea de las ciencias del espíritu es la incesante creación de predicados irreductibles, de categorías específicas a los sistemas particulares que las ciencias elaboran en su historia.
La construcción, en cambio, es una tentativa de recrear, con el movimiento espiritual que lo descubre, la plenitud del objeto. Todo objeto que existe para el espíritu no pudiendo ser, en cuanto existe para el espíritu, sino una suma de actos del espíritu mismo, la plenitud concreta del objeto no es, ya que percibida, una realidad impenetrable y oscura, sino una realidad opaca, de

penetración difícil, exigente y rebelde, pero secretamente acorde a una acción violenta y metódica del espíritu.

La comparación sistemática sólo es capaz de trivialidades, mientras que la imagen poética puede revelar extravagantes analogías.

La armonía que debemos anhelar entre los resultados de nuestras investigaciones sobre las realidades de diferentes órdenes no debe provenir de la unidad del método, sino del imprevisible ajuste entre resultados de métodos diversos adecuados a los diferentes órdenes de realidad.

La inteligencia se satisface cuando el proceso sintético reconstruye el objeto con los productos del análisis previo.
Pero ante esa operación que le entrega el objeto, el espíritu inquieto se detiene, y teme haberse engañado a sí mismo.
Toda eficacia es secretamente falaz.

El átomo verdadero no es más que la fórmula matemática del concepto más general de existencia.

Toda filosofía que usa de conceptos científicos predetermina sus conclusiones.
La filosofía no construye con conceptos, sino construye conceptos.

Lo inferior no explica lo superior sino cuando la identificación procede irrestrictamente.

En otros términos, lo simple explica lo complejo, pero no lo diferente.

Toda morfología de la historia, todo estudio comparado de civilizaciones, sólo sirve para que desconozcamos lo único importante: la esencia individual de cada civilización.

Lo individual no se conoce por medio de un acto perceptivo que compara y destaca, sino por medio de una intuición que adhiere a su objeto.

Individuo y átomo son sólo fulcros de la acción. Elementos de una realidad más rica.

A una filosofía empírica escapa el problema de nuestros destinos.
Contentémonos con postular que lo que nos espera no puede ser menos interesante que nuestra extravagante aventura terrestre.

La mística es la senda, y la metafísica el laberinto.

Los sistemas conceptuales de las religiones difieren de los sistemas filosóficos porque contienen, ante todo, una escatología y una cosmología, mientras que la filosofía es esencialmente ontológica.

Cada cosa tiene varias razones de existir.
El descubrimiento de una nueva razón no debe ofuscarnos e inducirnos a negar las demás.

Una interpretación no se opone a otra interpretación, sino se superpone a ella.

La educación no logrará nunca alcanzar lo más alto, pero quizá logre impedir lo más bajo.

La función primera de la filosofía es el conocimiento de las realidades, y la sistematización es sólo una función secundaria.

La ciencia sirve a la acción porque es una ontología, una búsqueda del ser; su anhelo es una definición del ser.

Metafísicamente hablando, la ciencia victoriosa sólo logrará probar la existencia del mundo.
La existencia escueta, desnuda, mero existir ahí vacío.

La búsqueda del tipo, de la especie, del género, culmina usualmente en una construcción de la generalidad abstracta, en una empresa taxonómica.
Sin embargo, la dialéctica platónica fue una investigación de la esencia, una percepción de la generalidad irreductible.

Toda generalización que nace de la yuxtaposición de términos individuales es científica; sólo es filosófica la generalidad que proviene de la impenetrabilidad a la presión analítica.

Toda proposición científica tiene por esencia una igualdad, mientras que toda proposición filosófica es una igualdad acompañada por una negación de esa igualdad.

Todo hecho carece de valor cuando es sólo el producto de la conjunción de circunstancias presentes con los residuos de circunstancias pasadas.

La facultad mitopoiética es la capacidad de esculpir, en la materia de las emociones poderosas y de los sentimientos profundos, las figuras de seres divinos, cuya existencia depende de la nuestra, y sin embargo es real.

Obra que pueda ser filosofía o apologética de una religión cualquiera.

El que compra un libro de máximas compra en verdad dos libros, porque quizá no haya ninguna que, invertida para que diga lo contrario, no proclame una verdad tan igualmente evidente, y tan vana.

Las ideas filosóficas de los hombres de ciencia son casi siempre pueriles, mientras que las ideas sobre las ciencias de los filósofos no son nunca pueriles, aun cuando puedan ser erróneas.

Pasamos nuestra vida golpeando, siempre, a la misma puerta cerrada.

En la soledad nocturna recuperamos nuestra dignidad perdida, y hallamos nuevamente todos los motivos de angustia que esconde la disipación del día.

Nuestra miseria se revela en los momentos de meditación; quizá, así, la actividad del hombre no consiste tanto en la tentativa de alcanzar una meta, como en la de huir.

Que el trabajo sea una maldición y un castigo es una conmovedora declaración de confianza en la nobleza esencial del hombre. En verdad el trabajo es una bendición. El hombre, sin él, no podría soportar una existencia que lo inclinara continuamente sobre su propio abismo.

Que el placer no es nuestro placer propio sino el placer del otro, nos parece una verdad sin excepciones, hasta que, en un momento repentino, parezca el placer disociarse del placer del otro, y casi pedir su repugnancia.

La contradicción en el seno de un mismo sentimiento es la mejor propedéutica al antinomismo de las verdades.

Cuando encuentro un hombre notoriamente impermeable a ciertas deslumbradoras evidencias, me afano en palparme receloso de hallar en mí, también, zonas endurecidas e insensibles.

Toda inteligencia que no sea como la forma intelectual de una sensibilidad específica, me hiela.

Hay una espontaneidad del gusto en ciertos seres ignorantes e ingenuos que refresca como un pedazo de sensualidad virgen en medio de frías consideraciones intelectuales.

Cierta plenitud, cierta densidad intelectual, me parecen sólo concedidas a quienes han palpado, con fiebre y con método, un bello cuerpo desnudo.

No comprendo cómo la razón aleje a alguien del catolicismo; si algo pudiera detenerme en sus umbrales es su racionalismo y su excesiva confianza en la razón.

La historia comparada de las religiones no es el peor enemigo de la religión, sino el más rico arsenal de una sólida apologética.

Ninguna época es más rica que la nuestra en enseñanzas religiosas.

Los que proclamaron la muerte de la religión me parecen tan cómicos como los que anunciaron que las locomotoras matarían la poesía.

Pensar, sin haber primero comprendido lo que son las matemáticas, sin ser capaz de vivir en ellas, me parece el más vano intento, ya que nada es más exclusivamente propio al espíritu que el raciocinio matemático y que nada traza con mayor claridad la línea de sus últimas fronteras.

Tal vez las matemáticas no sean nada importantes comparadas a otras actividades espirituales, ¿pero cómo puedo saberlo yo?, ¿y cómo no recelar que mi sospecha sea sólo una manera de complacer mi ignorancia?

El problema de las causas finales no queda resuelto con el solo hecho de probar que nada, para ser explicado, las requiere.
En verdad, el solo hecho de existir como problema, es decir, el hecho de que el espíritu conciba la causa final,

constituye toda la gravedad y la importancia del problema.

Creer en las numerosas ficciones sociales es una tontería, pero necesaria; y necesarios, luego, los tontos que en ellas creen.
Nuestro escepticismo y nuestra lucidez requieren que esos tontos se encarguen de esa función, sin cuyo cumplimiento nuestra lucidez y nuestro escepticismo serían tonterías.

El mayor placer que nos procura un libro inteligente es el de mostrarnos cargada de interrogantes opacos una evidencia que nos parecía trivial.

El misterio que reside en las cosas cercanas es más denso que el de las cosas sorprendentes.

La hostilidad de Benda contra Bergson es antipatía de levita por un profeta de tribu no sacerdotal.

Ninguna especie política me seduce tanto como la de esos aristócratas liberales, cuyo agudo sentido de la libertad no proviene de turbios anhelos democráticos, sino de la conciencia inalterable de la dignidad individual y de la lúcida noción de los deberes de una clase dirigente.
Tocqueville es su más noble representante.

Muchas veces interpretamos como causa de existencia lo que no es sino condición de percepción, y así creemos que algo nace o muere cuando tan sólo se revela o se esconde.

Evitemos la confusión sistemática de ciertas necesidades del pensamiento con necesidades del ser.

El tono irónico y burlón de ciertos escritores españoles y suramericanos "castizos" es insoportable. Parece que les diera vergüenza escribir y que requirieran ese tono de mofa para indicar que son superiores a lo que hacen.

Un libro marxista sobre el arte, las costumbres, la literatura o el Estado es siempre exasperante, porque se acerca indefinidamente a la verdad, sin coincidir jamás con ella.

Cuando un ser ama con suficiente intensidad, el estilo de sus cartas amorosas posee como una especie de tensión, de plenitud, que no solamente lo levanta a categoría literaria, sino, cosa singular, lo despersonaliza de tal suerte que, a pesar de las diferencias de tiempos, idiomas y razas, el estilo de la gran correspondencia amorosa es el mismo.

El escepticismo no es antipático al espíritu religioso. No solamente ve a veces en él la mejor propedéutica a toda apologética, sino también resulta ser la actitud que asume cuando contempla las verdades escuetamente racionales desde la cumbre de la experiencia religiosa. Si, en algunos escépticos, algo le repugna, no es porque nieguen, sino porque secretamente afirman.

Sensual, escéptico y religioso, no sería quizá una mala definición de lo que soy.

Natural y antinatural no quieren decir, en el fondo, nada más que propio y ajeno.

Un autor que, con las tres primeras frases de su libro, no nos hace sentir que nos hallamos ante un ser distinto e inconfundible, debe ser inmediatamente arrojado a la canasta de la basura.

Entre las ventajas de no ser escritor hay que contar la de poder gustar de obras de arte que la estética del momento y el antagonismo natural entre generaciones sucesivas rechazan.

Todo creador tiene que ser injusto con lo que reemplaza. Debe negar lo que le precede, para justificar lo que aporta. La superioridad del contemplador está en no hallarse sometido a esa necesidad de injusticia, y en poder, así, justificar simultáneamente la existencia de lo que muere y la existencia de lo que lo mata.

En la historiografía de las religiones es posible distinguir tres etapas principales:
I. El historiador, partiendo de lo que es y de aquello en que cree, interpreta mitos y costumbres. Es en función de su propia mentalidad que considera los hechos religiosos.
Si los hechos le son simpáticos los proclama alegoría de la verdad, es decir, de la tesis en que confía, y si le son antipáticos los denuncia como inventos de la astucia sacerdotal.
II. El historiador reconoce el carácter autónomo de los hechos religiosos, los mantiene dentro de su esfera pro-

pia, independientes de toda contaminación racionalista, y busca interpretaciones específicas; pero a la totalidad de los hechos religiosos opone su propio universo intelectual como único válido, cuando abandona la pura descripción histórica para abordar una interpretación crítica, una determinación de la "verdad".
III. El historiador admite la especificidad de los hechos religiosos y no los opone globalmente a su universo intelectual. Los reúne, al contrario, para construir un repertorio completo de actitudes. La relatividad histórica de los hechos religiosos no se enfrenta, así, al supuesto absoluto que el universo del historiador anhela ingenuamente representar; aquí todo se relativiza y la discriminación de la verdad no brota automáticamente de la sola coexistencia de una estructura intelectual del historiador.

No son las ideas que fácilmente desembocan en una fórmula las que mayor importancia tienen en nuestra vida intelectual, sino aquellas difusas y vagas, leves y pertinaces, que nada preciso motiva y que todo sugiere.

Lo que más aleja de un hombre es sentirlo satisfecho de sí mismo.

Tan sólo me interesan los que afanosamente intentan diferir de sí mismos y que anhelan modificar cada día algo de lo que fueron.

Buscar una colocación diferente de objetos es la única empresa que la mayoría de los hombres concibe.

La única aventura interesante y divertida es aquella a que nos entregamos cuando tratamos de descubrir o de crear un ser secreto y nuevo en nuestras almas.

La única rutina sin monotonía es la de la vida ascética.

Lo que en el catolicismo parece chocante a primera vista es lo que después más seguramente seduce.
El catolicismo se construye precisamente de la manera como una razón abstracta y segura de sí misma, que se propusiera construir una religión, no procedería jamás.
Todo aquí es casual, accidental, imprevisible, plenamente histórico.
Vive y crece como las cosas reales viven y crecen, no como imaginamos que deberían vivir y crecer las cosas.
Es contradictorio, absurdo, misterioso, como la vida; carece de la nitidez esquemática de las invenciones arbitrarias, de los sueños de una imaginación perezosa desligada de toda obligación pragmática.

Detestar el pecado y no al pecador es, también, una de las reglas fundamentales de la hermenéutica.
Regla que significa, aquí, que toda idea contra la cual debemos luchar y que debemos rechazar del recinto de nuestro sistema, por falsa, absurda o fe, sin embargo posee, cuando hace parte de la estructura de un ser concreto, su importancia, su dignidad y su sentido. La exigencia de intelección quiere, así, que la idea sea considerada, no en su ser abstracto y en sus solas relaciones con nuestro propio sistema concreto, sino dentro de las relaciones con el sistema concreto del individuo a quien pertenece.

La planificación implica el orden; el orden implica la previsibilidad; y la previsibilidad repudia el acto caprichoso.
Ahora bien, a pesar de toda sutileza en las definiciones, la libertad es capricho.

La auténtica esterilidad intelectual no es la de aquel a quien su mediocridad detiene, sino la de aquel a quien aun su propia excelencia hastía.

La limitación que angustia no es la que traza la mediocridad de cada cual, sino la del hombre mismo.
No es amargo exclamar: nada de lo que hago vale la pena; sino confesar: nada vale la pena de lo que el hombre puede hacer.

No hay opiniones sabias que bastaría aceptar para hallarnos colmados de sabiduría.
La sabiduría no consiste en ciertas opiniones, sino en cierta manera de tener casi cualquier opinión.

Cuando creemos haber renunciado a todo, no hemos, de costumbre, renunciado sino a la manera usual de poseer las cosas, pero en el fondo esperamos que todo, de una manera más sutil, nos sea devuelto.

La facilidad del sueño, como la de la generalización nos presentan un mundo exangüe.
Pero una sonrisa o una piedra bastan para que nuestro corazón palpite.

Que una mujer nos espere, y el mundo parece henchirse de una gravedad ilimitada.

Nada hace palpar con mayor evidencia la estrechez del recinto en que todos vivimos que la mirada curiosa, acogedora, abierta, límpida, con que los seres se contemplan, cuando las circunstancias excluyen toda probabilidad de un contacto social.

La sociedad nos transforma en islotes, que no visitan sino los mismos barcos prescritos por un itinerario inalterable y monótono.

Amar es ver a un ser como Dios lo ve.

La belleza de un ser no nos sorprende, sino nos colma. Nuestra exaltación proviene del hallazgo de lo que, de toda eternidad, esperábamos.

De manera natural e inconsciente, juzgamos que todo ser bello nos pertenece, y así, ante la belleza que pasa, nos sentimos injustamente robados y desposeídos.

Si los jugadores no juegan para ganar, el juego pierde su interés. Así, una meditación, una conversación, un libro, carecen de toda importancia, cuando quienes meditan, hablan o escriben, convencidos de su incapacidad de hallar la verdad, lo hacen por vanidad, distracción, pedagogía o simple costumbre.

Pensar, como escribir, es un oficio que requiere la paciencia rutinaria del artesano.

Si esperamos súbitas iluminaciones, no hacemos sino prolongar los períodos de esterilidad.
Hay que pedirle al espíritu cotidianamente, sabiendo sin embargo que lo que así da carece usualmente de valor, y que, en verdad, se trata de una especie de gesticulación litúrgica propicia a la aparición del misterio auténtico.

Ordenarnos ser lo que somos es doctrina peligrosa, ya que muchos sólo al engañarse sobre sí mismos son capaces de alguna nobleza.

Resignarnos a lo que somos, quizá no sea siempre tanto acatar la voluntad de Dios como colaborar con la oscura voluntad que degrada sus obras.

Todo principio ético tiene una doble faz y una doble potencia. En cada ser que escucha y obedece se hallan las causas que desatan unas u otras consecuencias.

La insoportable monotonía de la literatura pornográfica proviene del carácter estrictamente fisiológico del erotismo que describe.
Libros puramente "behaviourists"; en verdad, tentativa fracasada de agotar al hombre en la descripción de su puro comportamiento. Ineficaz es también la fórmula de ciertos libros eróticos del siglo XVIII, en los cuales el erotismo es vehículo de una predicación anti-religiosa o se condensa en temas intelectuales, reemplazando la frialdad del gesto fisiológico con la frialdad del concepto.
Quizá sólo un erotismo escuetamente psicológico, rico de su auténtica y turbia densidad, podría ser tema de una pornografía legítimamente artística.

Hay una claridad que nace del análisis, de la división de un objeto en sus partes constitutivas, y que, aun cuando nunca llegue hasta los últimos elementos y se detenga en etapas intermediarias, nos satisface porque reemplaza una totalidad confusa con una multiplicidad sistemática.
También hay otra especie de claridad que proviene de una intuición del objeto, que no lo analiza sino lo posee en su totalidad; más semejante al conocimiento que tiene un pintor de un cuerpo desnudo, que al de un anatomista. Esta claridad tiene el defecto de ser difícilmente transmisible, de no poder pasar, como aquélla, de un espíritu a otro con la integridad con que se transmite una proposición matemática o una regla de procedimiento técnico, y de requerir más bien como una contaminación de un espíritu por otro, semejante al acto de encender una antorcha a otra antorcha.

Todo sentimiento que nos es imposible sentir es un escollo para la tentativa de una teoría sistemática del mundo, ya que nunca podremos saber si la clave del sistema no es precisamente eso cuya opacidad perdura inviolada.
El mundo del animal, de todo animal, contiene quizá el dato mismo que sumado a tal otro dato patente, grave, solemne, lograría hacer girar vertiginosamente el acervo de datos poseídos, hasta establecer la totalidad en su auténtica estructura de relaciones sistemáticas.

Todo pensamiento procede por medio de deducciones y de inducciones, es decir: en un mundo donde cada objeto es infinitamente denso, todo pensamiento apoya sobre sus raros conocimientos directos una estructura de

líneas, líneas que en verdad sólo indican los nexos de nuestro conocimiento pero no los de las cosas.

El deseo de escapar al historicismo y la incapacidad de pensar históricamente se manifiestan, cada día, con mayor claridad. Tentativas de definir al hombre eterno, a lo que del hombre se halla fuera de la historia, o tentativas de milenarismo que se esconden bajo el proceso de una dialéctica súbitamente interrumpida, todo revela una gran indiferencia ante lo histórico, que parece superficial y advenedizo.
Quizá el resurgimiento, en nuestro tiempo, de una serie de fenómenos que el siglo XIX imaginó superados y obsoletos ha borrado, con el optimismo progresista, la noción de una diferencia entre individuos que se revelan capaces de iguales extremos de animalidad.
Frente a una humanidad para quien el hambre, la angustia y la crueldad, son las únicas realidades pertinentes, el espíritu duda que otras cosas, o sus matices, signifiquen algo, comparado a un cuerpo ensangrentado, trémulo de angustia y de hambre.

La locura antigua tiene cierta majestad.
No es, como el fenómeno moderno, un acercamiento del hombre a su naturaleza animal o, mejor dicho, a su realidad biológica desprovista de culminación espiritual, sino es más bien una especie de posesión, como una intromisión diabólica, o como una colocación del demente ante recintos desconocidos.
El demente se entrega, aquí, a una gesticulación en la que sospechamos un sentido, mientras que allí los gestos sólo despiertan nuestra conmiseración.

La presencia de la belleza nos parece revelar una estructura del universo que, sin embargo, la constatación del dolor refuta. Pero la presencia del dolor nos parece también revelar una estructura del universo que, a su vez, la constatación de la belleza refuta.

Ante la importancia de una válida interpretación intelectual del mundo, solía despreciar el significado posible de las distintas interpretaciones sentimentales en que de pronto nos hallamos, como dentro de nuevos universos. Pero hoy es aquélla la que me es indiferente, ante todo porque comprendo que no existe separada, sola, aislada, independiente, única, sino que depende de esas interpretaciones sentimentales. Estas la determinan, y sus más abstractas proposiciones adquieren, según la interpretación sentimental en que bañen, los significados más distintos, y aun más antagónicos.

Al lector de los historiadores antiguos la guerra moderna es cosa familiar.

La guerra total es la guerra que la humanidad ha siempre conocido. Haber logrado someter la guerra, durante algunos siglos, al cumplimiento de ciertas exigencias morales y estéticas fue una empresa milagrosa y frágil.

El hombre actual se estremece ante los mismos horrores que la humanidad milenaria contempló con resignación angustiada.

Casi podríamos decir que la sensualidad ve en la mujer más su pretexto que su objeto.

Cuando comenzamos a sentir que el idioma se somete a nosotros como una materia obediente, flexible y

plástica, debemos recelosos sospechar de lo que escribimos porque, al lograr expresar de manera adecuada lo que pensamos, nuestra aprobación puede provenir solamente de la similitud entre lo pensado y lo escrito, mientras que sólo vale la pena que provenga de la exclusiva excelencia de lo escrito y de lo pensado.

Toda facilidad puede seducirnos, y, apartándonos de lo que permite, satisfacernos con ella sola.

Tal vez la única actitud extrema y excesiva que no se altere, ni se convierta en una actitud distinta, repugnante y contradictoria, es la santidad.
Aquí no hay límites, ni exceso en sus extremos.

Los lugares comunes son la sanidad de la inteligencia, pero resignarnos a ellos es colaborar a nuestro embrutecimiento. Por eso la lectura de los clásicos griegos y latinos es tan necesaria, ya que allí encontramos el lugar común expuesto con tranquila plenitud y con la conciencia deliciosa de un fresco descubrimiento.

Sólo, entre los modernos, italianos y franceses han sabido ver a la mujer y hablar de ella como conviene.

Fantasía, imprevisión, capricho, son cosas de que me hallo desprovisto; pero, como no disputo su necesidad para un sabio equilibrio, ensayo de no olvidar de qué manera modifican los acentos de la vida.
Semejantes a recomendaciones indiferentes, que recordamos sólo para inmediatamente desacatar.

Releer los libros que sedujeron nuestra juventud es imposible. O la patente mediocridad del libro nos contrista, o confundimos con el texto del autor el texto que superpuso nuestra imaginación maravillada y fresca.

Ante la agitación efervescente de las inmensas muchedumbres asiáticas, la Europa de ayer se asemeja a la breve pausa de los Antoninos.

El hecho histórico más grave de nuestro tiempo no es el comunismo ruso, sino la creación de un nuevo Estado chino.
Los dinastas comunistas de la China fundan un imperio cuya estructura política y social es aún imprevisible, pero cuya ponderosa entidad no requiere profetas.
Si Rusia transforma en religión toda doctrina que asimila, el genio laico y civil de la China elabora los productos religiosos en especies sociales y políticas.
Despojado de superfetación religiosa, eximido de su función sustitutiva en el alma transitoriamente descentrada, quizá logre allí el comunismo una aproximación válida a sus propósitos primeros.

En el próximo conflicto ruso-americano los historiadores del futuro verán el último conflicto fratricida de la raza blanca.

La historia de la economía política sugiere una mano reumática que se afana en asir unas gotas de mercurio.

La verdadera historia, la historia que valdría la pena conocer, no es la historia de lo que los hombres hacen,

ni aun la historia de lo que piensan, sino la historia de lo que sienten.
¿Qué me importa, en verdad, que las hordas del Gobi hayan invadido la China o la Persia? Pero, ¡ah!, una noche de victoria, entre las llamas y los gritos, en medio del saqueo de los palacios imperiales de Si-gnan, después de largos años de sed en el desierto.

Creo que la única ciencia de la cual existen tratados escritos por colombianos es la economía política; por eso dudo que sea una ciencia.

Hay una satisfacción que la historia rara vez nos niega: la de ver triunfar lo más humilde, lo que se anuncia con menos trompetas, lo que preceden menos clarines. Así el socialismo de Estado, la más pobre de las doctrinas económicas, la que carece de amplias y bellas teorías, aquella cuyos teóricos son grises es, sin embargo, la que amenaza inscribirse en la historia, aquella cuya forma asumen todas las demás, pataleando y negándolo.

No sé estimar sino a los pobres y a la riqueza; detesto a la pobreza y a los ricos.

Que una enfermedad sea causa, condición, factor o función de una determinada manifestación del espíritu no tiene por qué sorprendernos, ni por qué sugerirnos dudas sobre su valor o su importancia, ya que el concepto de enfermedad es puramente estadístico y que, desde el punto de vista de la animalidad, el espíritu no es más que una enfermedad hereditaria.

El error es la condición de la verdad.
La posibilidad de descubrir ciertas verdades depende de la intensidad con que, al afirmar ciertos errores, nos negamos a considerar las verdades cuya sombra oscurecía y escondía la presencia de aquéllas.
Si todas las verdades se hallasen situadas en la periferia de un círculo cuyo centro ocupásemos, la ignorancia de una verdad no condicionaría el conocimiento de otras. Pero, estando las verdades colocadas en series jerárquicas, no siendo además el proceso cognoscitivo un acto intemporal sino una aventura histórica, y en fin hallándose el espíritu incapaz de percibir ilimitadamente verdades simultáneas y conexas, la vida espiritual encuentra y pierde, descubre y abandona, ama y odia, las sucesivas verdades a que se enfrenta.
El progreso del conocimiento es más semejante al de la vida amorosa, que al de cualquier proceso cumulativo.

Escala: el que lucha por someter a otros; el que lucha por libertarse; el que lucha por libertar a otros; el que lucha por someterse.

Es más agradable tratarse con vencidos, porque su soberbia se desvanece y se vuelven inteligentes.

Un gran libro es aquel que, a cualquier edad, causa una impresión semejante a la impresión que cualquier libro nos causaba durante nuestra niñez.

El cínico es aquel que, no creyendo ya en su derecho no renuncia a él.

La convicción del que predica usualmente sucede a la predicación, y no la precede.

Todo lo que ignoro me oprime, y mis más patentes evidencias sufren de la sombra que sobre ellas proyecta la sospecha de que mi ignorancia esconda una más pura evidencia que las anula.

A la tragedia eterna de no poder poseer toda la ciencia que el espíritu anhela, la riqueza intelectual de nuestra época agrega la de negar al individuo la posesión de toda la ciencia que el espíritu, en sí, ya posee.

Veo que la gran mayoría es capaz de iniciar un pensamiento donde sus predecesores lo concluyeron, y de integrarse así, holgadamente, a la cadena de generaciones sucesivas.
Ser moderno es, en el fondo, esa capacidad de prolongar los pensamientos de ayer, de aceptar como punto de partida el pensamiento de la generación precedente.
Pero de esto soy yo incapaz.
Nada me importan los problemas de ayer, si no son mis propios problemas; ni sus soluciones, si no son las mías.

El problema de hoy, nacido del problema o de la solución de ayer, no me solicita necesariamente, no basta que su interrogación asuma proporciones monstruosas para que me sienta compelido a buscarle solución.
Necesito que sea mi problema, que nazca de lo que fui ayer, no de lo que otros fueron, o de lo que el mundo fue.
Mi problema puede ser tan elemental que ya ni siquiera se mencione, pero es el que me interesa. ¿Qué me im-

porta el apetito de los otros?, yo no sé comer sino cuando tengo hambre.

El extremismo político no proviene de una convicción doctrinaria; es tan sólo la fórmula verbal de un prurito emocional.

Atender, con minucioso cuidado, a un raciocinio cuyas bases nos parecen falsas es el heroísmo de la inteligencia.

Así como la obra de arte es indiferente al tema ya que el hecho estético reside en cierta actitud específica, la cultura quizá consista en sustituir el placer de pensar cosas agradables con el placer de pensar por el solo hecho de pensar.

El estudio de la filosofía puede volverse, como la ciencia, una ocasión de divertirse y de olvidar, así, nuestra legítima tarea de pensar.

Ser me importa sólo, y la verdad por lo que permite no ser injusto.

Atribuir vicios, defectos, perversiones, a la sola sociedad, a tal estructura social determinada, es la única manera de encender la esperanza en los corazones que la ausencia de Dios entrega a la desesperación.

Al materialismo histórico, a la interpretación económica de la historia, hay que sustituir una interpretación religiosa, no quizá como un nuevo providencialismo,

sino como una infraestructura de categorías de la sociología religiosa.

Todo gran movimiento revolucionario, cualesquiera que sean sus programas y sus doctrinas, sugiere tarde o temprano a sus historiadores el empleo metódico de un vocabulario metafórico plagiado de la historia religiosa.

Las emociones más elementales y comunes son las que sentimos con mayor intensidad; pero, como es aquello que más íntimamente sentimos lo que nos parece más personal y más propio, es obvio así que cada cual imagina que le es exclusivamente propia aquella emoción que es a todos común.

Una discusión política interesante consiste en el análisis histórico de hechos políticos cumplidos; y una discusión política idiota en profecías y horóscopos que expresan nuestros temores o nuestras esperanzas.

Ante todo ser humano mi reacción espontánea es la de acoger, aceptar, creer; así, nadie más fácilmente seducido que yo, ni más engañado.
Pero nadie menos obstinadamente fiel que yo a esos errores.
Todo ser que acepté ingenuamente con el valor absoluto e inconfundible que se concedía a sí mismo pronto gira vertiginosamente en mi espíritu, y se sitúa allí donde lo coloca irremediablemente la mediocridad, la relatividad y la historicidad de toda vida.

Acoger al individuo hipócritamente amable con una hipocresía mil veces más hipócrita que la suya, es un juego delicioso que desconcierta prodigiosamente al hipócrita, que se despide de nosotros confundido y dudando de su insinceridad.

Toda mi lucidez fracasa ante los que amo, y prefiero ser ciego a medir la inseguridad de nuestro amor terrestre.

Todo heroísmo contra nuestro amor me parece –a pesar de lo vulgar de la opinión– tan sólo síntoma de que nuestro amor agoniza.

Esas mujeres de la familia real de Macedonia parecen menadas ebrias que un dios posee.

Ser absolutamente honrado consigo mismo es tarea que nadie puede cumplir, a menos de resolverse a tantas traiciones y a tantas contradicciones, que el solo nombre de quien lo intenta sugiere la imagen de una alma voluble y falaz.
En el fondo, la sola honradez posible es con el personaje que representamos ante los demás, y toda vida "natural" y "lógica" supone una extraordinaria tenacidad de actor.

Como esa "naturaleza" de las doctrinas estéticas, que el arte no debe olvidar o debe alcanzar, y que en verdad sólo se encuentra al final de un largo proceso de artificios, de operaciones voluntarias y de recetas, la "naturaleza" del hombre es una esencia que el hombre realiza a

través, y por medio, de mil obligaciones, proyectos, valores y reglas.

Poeta parnasiano o simbolista, evocando a una princesa o a una diosa, ya su evocación no sugiere a una diosa o a una princesa, sino precisamente a un poeta parnasiano o simbolista, evocando a una princesa o a una diosa.

Para la enseñanza de la filosofía lo que se requiere es una doctrina sistemática; no importa que sea imbécil, sino tan sólo que sea completa.

Creo que debemos sospechar de imbecilidad todo hombre serio, pero la inteligencia fracasa siempre que carece de austeridad.

La historia es un repertorio de imágenes exaltantes, heroicas o sensuales.

Que tal libro sea "prix Goncourt", ya basta para salir corriendo.

El curioso pesimismo de los "intelectuales" suramericanos sobre el destino de Europa, regocijo de mujer fea ante la enfermedad que desfigura a una mujer bonita.

El hombre inteligente fracasa con frecuencia porque su inteligencia le sorprende y lo seduce, como si de pronto se encontrara teniendo entre las manos un juguete maravilloso.
Incapaz de aceptarla como si fuese su manera natural de ser, como una simple función de su espíritu, se aplica a

jugar con ella y, encantado por los mil placeres que le procura, olvida emplearla honradamente, trivialmente, para pensar su vida y vivir su pensamiento.

El dinero no impide ningún fracaso, pero lo esconde. Lo tonto, luego, no es usarlo para proteger, de la sonrisa satisfecha del prójimo, nuestra delicadeza o nuestra vanidad; lo tonto es imaginar que pueda darnos algo de lo que nuestro corazón anhela.

Nada logra abolir el recuerdo de lo que no fuimos.

Al envejecer lo que más sorprende es la escasa atención que han dedicado los que escriben a lo que precisamente ocupa la mayor parte de la vida de todos los hombres.

Pudor o cansancio, la literatura sigue siendo, como la vieja historiografía, la crónica de batallas y de bodas reales.

La prosa de Conrad tiene una noble sonoridad de bronce. Quizá sea Conrad la más auténtica sensibilidad ética de su tiempo.

El mundo es lo indefinido, lo que carece de sistema, lo que plantea una iniciación abrupta, un primer término brutal, y no concluye, sino se prolonga, con esbozos de pausas, como la conversación de un tonto.

Todo sistema es trascendente al mundo, todo sistema es una metafísica.

El hombre está hecho para que poco le baste, pero ese poco le es negado.

Soy la caricatura de una gran inteligencia.

En el catolicismo de los últimos ciento cincuenta años, el fenómeno más interesante es el de la repentina importancia del pensamiento religioso de los laicos.
La inteligencia de la Iglesia, su fermento intelectual, ha sido el doctor laico, el teólogo sin mandato jerárquico.

El temor a la herejía, la censura vigorosa que ese temor ejerce suprimen en el católico ordinario todo pensamiento religioso, pero contribuyen a enriquecer, con todas esas fuerzas vacantes, la sensibilidad religiosa.
El catolicismo realiza prácticamente la eliminación del dogma por medio de la misma extrema rigidez con que lo constituye.
Así, paradójicamente, en un mundo vacilante, restablece la unio dad simplificadora del sentimiento religioso.

Las interpretaciones dialécticas de la historia tienen la comodidad de las viejas exégesis del Apocalipsis, a todo se pueden aplicar con un poco de ingeniosidad.

La clase a que pertenecen los grandes libros de una literatura es cosa de suma importancia para su destino intelectual.
Pasar, así, de los clásicos del siglo XVII, o de la Biblia de 1611 y de Shakespeare, o de Dante, o de Goethe y del idealismo alemán, a Cervantes, Quevedo y Lope de Vega, es medir la importancia intelectual de esas literaturas.

La literatura española conserva la marca indeleble de tener, por libro matriz, una novela satírica, es decir: a pesar de todo, un libro que pertenece a un género literario inferior.

El elemento a priori de la exégesis independiente del Nuevo Testamento es escandalosamente evidente.
A priori que consiste en postular una naturaleza lógica y no contradictoria de los hombres y de los hechos. Así, en función de lo que se considera esencial a un hombre o a un hecho, se trata de descartar todo rasgo contradictorio.
A priori evidentemente válido si el universo careciera de sorpresas para nosotros, pero puramente prejudicial, ya que la más fugaz mirada hacia el corazón voluble del hombre basta para determinar su invalidez.

Goethe joven, el único moderno que recuerda al macedonio.

Entre realidad y mito la inteligencia establece una distancia quizá inexistente.
Si lo que el mito afirma no existe en quien crea el mito, ¿cómo puede el mito nacer?
En verdad, yo puedo inventar un personaje extremadamente heroico, pero mi invención no será mito, sino mentira. Si, al contrario, lo puedo crear vivo, animado, inmortal, su extremado heroísmo existe en mí y el mito se confunde con la realidad que soy. Lo que existe en el mito no tiene ni menos ni más realidad que el hombre que pasa por la calle.

El embotamiento de la sensibilidad que nos lleva a los clásicos, porque ellos solos tienen la intensidad artística

suficiente para conmovernos, nos lleva también a las perversiones sexuales.

Una digestión pesada recrea el universo del diario de Maine de Biran.

La historia no enseña la inutilidad de la acción individual, sino su vanidad.
Lo que muestra no es la ineficacia de sus actos, sino la a veces cómica discrepancia entre los fines propuestos y los resultados logrados.

La religión formula incansablemente los problemas que intenta eludir nuestra ligereza.

Que la prostitución haya podido ser un hecho religioso debe bastarnos para rechazar toda explicación exclusivamente económica o fisiológica del fenómeno.
En la penumbra de los templos, una prostituta miserable asume una función litúrgica.

Haber estado enamorado basta para refutar todo realismo epistemológico.

Desde hace tantos años se hace política con tanta habilidad, tanta técnica, tanto cinismo, tanto afán de eficacia, una tan severa consideración de los medios en función de su pura capacidad para lograr un resultado determinado, y con tan escasos o tan irónicos éxitos, que no comprendo cómo a nadie seduzca la idea de ensayar ser estúpidamente honrado, imbécilmente puro y recto.

¡Sí!, ya que tantas seguras victorias han concluido en fracaso, ¿por qué no ha de culminar un seguro fracaso en victoria?

El peor crimen de los que usan de medios viles es el de inducirnos, de seducirnos, de obligarnos, a usar de medios viles también.

Si pudiéramos estar seguros que la derrota voluntaria no es una pura imbecilidad, qué dicha dejarnos derrotar allí donde el triunfo se consigue sólo con gestos vulgares, con actos crueles, con innobles pensamientos.

Si ser es la gran superioridad, todo lo abyecto es permitido.

Las matemáticas son una manera de hablar de ciertas cosas para satisfacer ciertas necesidades de la inteligencia.

Las matemáticas me parecen ser un método para resolver problemas, es decir, nacen de un caso concreto, de una urgencia empírica, de la consideración de un hecho. De ahí la dificultad de su fundación lógica.

Investigar qué es tal o cual concepto equivale a investigar cuál es el proceso que lo engendra, es decir, a transformar en una definición genética una percepción empírica de similitudes.

El ensayo de Du Bos sobre la literatura revela la duplicidad de la actitud cristiana ante el hecho literario. Comparada a la plenitud de la vida religiosa la palmaria

insignificancia de la literatura obliga a buscarle una interpretación que pueda integrarla a aquélla.
Pero la imperiosa presencia de Dios vacía de tan eficaz manera toda actividad humana que una estética justificativa parece el gesto de un niño que, ante la muerte, se aferra a su juguete preferido.

Nada es más fácil que resolver los problemas que no se nos plantean.

Es evidente que Barrés se equivoca, ¡pero con qué nobleza!

¿Cómo explicar que Stendhal me encante, mientras tal vez no haya una sola de sus ideas que no me parezca el colmo de lo absurdo?

¿No valdría la pena meditar sobre las consecuencias morales e intelectuales que probablemente engendrará el uso de la radio? Vivir dentro de una continua audición musical, como dentro de una atmósfera húmeda, un vapor espeso de sonidos, propicio a cierto estupor, a un pesado embotamiento embrutecido del espíritu, prepara almas dóciles a las más extravagantes exigencias.

Hay pinturas que nos ofrecen una visión tan intensa de un universo singular y único que quisiéramos penetrar dentro del cuadro y participar de esa manera de vivir.

La filosofía entera es un comentario marginal a los diálogos platónicos.

El concepto capaz de diferenciar la historia humana de la historia natural, la historicidad del hombre de la historicidad de la naturaleza, es el concepto de acción autónoma.
En otros términos, la causa de la variabilidad es exterior al sujeto, dentro del proceso histórico de la naturaleza; al contrario, esa causa es interior al sujeto, en el proceso histórico del hombre.
Como primer corolario de esta tesis propongamos ya que a la historia humana propiamente dicha conviene yuxtaponer una historia natural del hombre.

La historia humana es propiamente de la voluntad.

Es cosa cómica que al cabo de doscientos años de polémica incesante y metódica sean las nociones vilipendiadas y ridiculizadas enconadamente las que solas nos parecen, hoy, capaces de soportar el edificio intelectual de la razón humana.

Girar alrededor de una idea como un asno alrededor de un poste.

Un paisaje que no han contemplado ojos inteligentes es anónimo, reemplazable y confundible.

Entre la belleza de las cosas naturales y la belleza del arte hay la misma diferencia que entre un gesto significativo y un golpe en el plexus solar: ambos nos conmueven, pero de manera diversa.

El mundo, sin la interpretación del arte, sería como las fotografías de la superficie de la Luna.

Un partido político: un núcleo de ambiciosos rodeado de un grupo de ávidos, al que se suman algunos vanidosos y que siguen muchos asustados.

Saber lo que tal individuo piensa, o pensaría, si sus intereses diversos no influyeran sobre sus opiniones, me ha siempre apasionado, pero nunca lo he podido saber.

La peor desilusión: el individuo que juzgábamos interesante porque sus opiniones nos parecían contrariar su naturaleza y sus intereses, y que de pronto nos obliga a comprender que todo el tiempo se ha creído diferente, distinto de lo que evidentemente es, y que por lo tanto esa manera de pensarse a sí mismo implica en forma ordinaria y vulgar lo que dice.

Muchas personas revelan una auténtica inteligencia en lo que hacen y en lo que dicen; pero tienen una manera de ser conscientes de sus actos y de sus juicios, de formular la teoría de esos juicios y de esos actos, estúpida, trivial y vulgar.

Hay una inteligencia primera y una inteligencia segunda.
Aquélla tiene por objeto todo lo que le es exterior, ésta tiene por objeto la primera.
Todo ser incapaz de esta segunda inteligencia nos parece proceder maquinalmente, mecánicamente, como un

aparato eficaz disparado sobre un objeto por una vis a tergo que le es extraña.

Escribir sin creer en sí es imposible.

Cuando llegamos a pensar que llamamos verdad nuestra ofuscación del momento, escribir es imposible.

Lo que me parece hacer mi verdad intransmisible es que cada una de sus evidencias nazca en un contexto personal, en un orden único de experiencias, que nunca provenga de principios, ni se deduzca de reglas.

Una deducción me subyuga, pero no me somete.
Y basta, sin embargo, un leve gesto para que una total convicción me invada.

Allí donde la demostración puede hacerse de la manera más rígida, más severa y más exacta, mi espíritu abunda en reticencias, en salvedades, en escrúpulos, y al fin se abstiene; allí donde la razón no halla sino impurezas, donde todo progreso es un riesgo, toda afirmación osadía, un espíritu palpa evidencias y se regocija en abundancias de luz.

Toda regla, toda norma, todo principio, despiertan en mí un absurdo deseo de violarlos.
Todo lo que se formula me parece digno de ser asesinado.
No puedo admitir más norma que la que consiste en la sola vida de un espíritu que trabaja incesantemente sobre el mundo y sobre sí mismo.

La anarquía intelectual nace del menosprecio de los principios; pero someternos a los principios que podemos formular, ¿no será atribuir a nuestra razón del día un privilegio que debe quizá pertenecer a la razón nocturna?

Nuestro poder va mucho más allá de nuestra ciencia tanto más cuanto ésta no es sino un repertorio de recetas de cocina, es decir, de algo que resulta sin que en verdad nadie sepa por qué.

Un tratado de filosofía es un libro que para llevar a su lector de una verdad a otra verdad necesita edificar un andamio complicado de proposiciones erróneas.

Meditar es traducir la verdad, que nos es dada como una súbita y espontánea iluminación del espíritu, en el idioma de las preocupaciones usuales de una época y en el léxico de un gremio profesional.

Lo que nos envilece no es la ineludible condición humana en que todos nos hallamos, sino la aceptación resignada y conforme.
Cuando nuestras actitudes y nuestros gestos nos permiten ya deslizarnos con holgura entre las cosas, sin fricción y sin choques, hemos perdido toda nobleza.

La nobleza es la imposibilidad de aceptar como absolutas las exigencias ordinarias de la existencia humana.

La seducción de la juventud proviene, ante todo, de la integridad a que aspira, de la ingenua y orgullosa creen-

cia en la posibilidad de eludir la resignación de la edad madura.

El joven no es nada, sino rechazo; pero en ese rechazo yace su nobleza.

Un adolescente astuto y acomodado con la vida es uno de los espectáculos más miserables que sea dado ver.

El amor, que envilece al hombre, parece ser la sola nobleza de la mujer.

Antes de conocer el amor, la joven parece un fresco e intacto animal, algo sub-humano y como una meta preparación a la humanidad. Necesita la herida, la sangre que mana, para abandonar el limbo en que mora, el jardín primigenio de inocente existencia animal.

Que la época de la novela pueda haber sido transitoria, basta para sugerirlo la facilidad con que se desliza en su relato cualquier buen novelista del siglo pasado, y el pesado armazón de presupuestos críticos y de principios estéticos que requiere el novelista actual.

La ciencia, la filosofía misma en su aspecto puramente técnico, sólo enriquecen nuestro universo personal, lo ensanchan, lo diversifican, pero no nos sacan fuera de él.
Sólo el arte, la literatura, nos sitúan dentro de universos nuevos y distintos, nos arrancan al recinto que determinan nuestras coordenadas usuales.
Sólo ellos nos devuelven la frescura del mundo que en

las mañanas de nuestra infancia asombró con su novedad nuestros ojos.

Las biografías que seducen nuestra adolescencia son las de aquéllos a quienes nunca nos pareceremos; más tarde sólo nos atraen las de aquéllos con quienes más parecido tenemos.

El patriotismo de los críticos de una literatura pobre, prepara la peor confusión del gusto.

El ideal del relato heroico: las Termópilas en el séptimo libro de Herodoto.
Nobleza, sencillez, y sin necesidad de énfasis una plena conciencia de la grandeza de los hechos.

Medir a un hombre es tarea tan compleja que optamos por aceptar como exacto lo que cada cual afirma o sugiere de sí mismo. Así triunfan el tonto vanidoso y el impertinente seguro de sí mismo.

La insolencia procura el respeto de los demás.

La estupidez de los hombres permite que reduzcamos a un precepto único la ciencia del éxito social. Helo aquí: "Para lograr todo cuanto puede dar la sociedad es necesario y suficiente hacer todo lo que condenan la sana conciencia y el buen gusto".

Quizá la mayor ventaja que procuran una gran fortuna y un nombre ilustre es la de poder ser amable, educado y sencillo con los demás, sin ser despreciado.

La mayoría de los hombres no desean la igualdad sino para poder ejercer con mayor eficacia las superioridades que creen poseer.

A los veinte años poseemos una mujer; más tarde lo que nos importa es poseer la idea que una mujer nos sugiere.

Un cuerpo desnudo es la llave de un nuevo universo.

El placer, más que en sí mismo, yace en los anhelos que lo preceden y en los remordimientos que lo siguen.

El fracaso de la literatura pornográfica procede de la trivialidad del escueto placer sexual.

Establecer una tabla de categorías de la razón histórica es, quizá, tarea imposible.
Las categorías históricas de cada época nacen con ella y su historia misma las engendra. Así el sistema de categorías históricas parece no poder ser otra cosa que la historia intelectual misma.
Una Geistesgeschichte es la verdadera crítica de la razón histórica.

¡Ah!, las ideas generales de un escritor mediocre, que nos dé hechos, cortos y duros, o que calle.

Los libros mal escritos y mal hechos son a veces más interesantes que un libro perfecto.
La satisfacción que éste nos da parece agotar su poder, mientras que aquellos se prolongan en las mil variaciones que nuestra imaginación inventa para corregirlos.

Todo defecto nos atrae como el hueco o el molde de una perfección insospechada.

La juventud, usualmente, vive de agua y de pan seco, pero puede esperar todo y creer que todo le será dado.
La vejez, en cambio, muchas veces no es la privación de lo que la juventud desea, sino la prohibición de la esperanza.

El espíritu profundamente religioso ignora la vejez: para él acercarse a la muerte no es acercarse a la desesperación, al estado que anula toda esperanza, sino al contrario acercarse al cumplimiento de su más hondo anhelo y a la posesión plenaria del total objeto de su deseo. La vejez es sólo realidad para el espíritu encerrado dentro de los límites de su existencia terrestre.

El problema de la vejez y de su trágica situación no adquiere gravedad sino para las sociedades irreligiosas, y quizá la insistencia sobre el problema De Senectute, o la indiferencia ante él, son el más apto instrumento para medir la religiosidad de una sociedad o de un hombre.

El predominio político y social de la juventud en nuestro tiempo quizá tenga por raíz la sola angustia ante la muerte.
El horror que la muerte inspira hace que todos intenten refugiarse en lo que más destacadamente se opone a ella: la juventud y sus bríos animales, su afirmación escueta de fuerza vital.

La más honda angustia ante la muerte no se revela en esos esqueletos de piedra, en esas danzas de la muerte

del Medioevo agonizante, sino en los entretenimientos pueriles de nuestros contemporáneos, en su abuso de todo lo que promete detener o esconder la decadencia del cuerpo, y en las agrupaciones juveniles, en fin, que orgullosamente desfilan.

Así como usualmente el asceta no vira hacia Dios si no huye del mundo, así el hombre moderno no deriva hacia la vida si no huye de la muerte. En la existencia de cada uno de ellos lo que mayor importancia tiene es aquello de que huyen, y todo el complicado aparato que edifican apenas esconde que sólo los ocupa eso mismo de que huyen y que esconden.

Todo hombre auténticamente moderno que no se suicida a los cuarenta años es un imbécil.

¡Hastiarse! ¡Como si uno se hastiara! Lo que acontece es distinto: otras cosas nos solicitan, otras nos provocan.

El deseo no muere; y cuando creemos que ha muerto es que un nuevo deseo, aún insospechado, ya nos posee.

La serenidad que intenta expresarse en fórmulas, máximas, principios, no solamente no nos conmueve, sino que nos hace sospechar que se propone disfrazar temerosamente una inquietud angustiada.
La única serenidad conmovedora es la que nace del conjunto de una obra o de una vida como su expresión difusa, como su insospechado principio de armonía.

Un tema literario es interesante al principio y al fin de su carrera, cuando aún tiene su primera frescura, y cuando ya vulgarizado por el uso un escritor hábil lo emplea con ironía y con sorna.

Es lamentable no vivir en épocas austeramente puritanas para poder consagrarse con delicias a un puro cirenaísmo.

Que en una historia de la religión en la China pueda dedicarse varios capítulos a la filosofía china y ni siquiera se mencione su pintura, me parece absurdo.
Filosofía, teología o mitología, son a la religión lo que la estética a la obra de arte, y francamente reemplazar con Le Batteux o Baunmgarten el arte del siglo XVIII. sería extravagante.
En cambio así como una historia del arte del sigloXVIII requiere una historia del sentimiento religioso en ese siglo, o mejor dicho de su carencia, así recíprocamente el gran paisaje Sung es mejor introducción al sentimiento místico en la China que la escolástica taoísta y budista.

El deseo es padre de las ideas.
Cuando nuestra alma dimite y se resigna, la inteligencia se adormece. La sabiduría, ese cansancio del alma, nos conduce a una imbécil oquedad de espíritu.

Una auténtica sabiduría no debe proponerse la tarea de extirpar nuestras pasiones, sino al contrario la de cultivarlas sagazmente para que nuestros vicios fructifiquen en abundancia de ideas.

Las pasiones inventan las ideas para atacar, para defenderse, para disfrazarse o para conocerse.

Basta que un leve acontecimiento altere la rutina de nuestra existencia, y que, así, una voz amada, que la vida ha despojado de su poder, recupere inesperadamente su modulación olvidada, para que a través de los estratos que deposita la trivialidad de la existencia cotidiana, nuestra juventud nos alcance como un grito lejano, nos hiera como una saeta aguda que dispara un sol que agoniza.

Lo terrible es que de nuestros paraísos no nos arroja un ángel con su espada flamígera; una senda discreta suavemente nos aparta.
Miramos de pronto hacia atrás y el paraíso en que creíamos aún hallarnos se erige en un lejano horizonte, detrás de sus altas murallas.

El amor es inmóvil, no cambia, ni varía. Pero su objeto es un ser concreto, situado dentro de un conjunto determinado de circunstancias.
Lo que acontece es que la inevitable alteración del objeto rapta al amor lo que amaba.

Quien ama una vez, ama eternamente. Pero ama a aquel ser concreto que amó, no a ese ser arbitrario que nuestra comodidad crea, designando con un único nombre una indefinida multiplicidad sucesiva de seres.

La bibliofilia moderna, para la cual la rareza de los ejemplares es el factor más importante del valor de un

libro, me parece tan sólo un síntoma del predominio de la economía en nuestra época, ya que en verdad la intromisión de una categoría económica, en un campo que sólo deberían determinar consideraciones estéticas, es palpablemente absurda.

La satisfacción de tener cualidades que todos respetan no nos consuela de carecer de esos defectos que todos envidian.

La virtud nos consuela de los vicios que no están a nuestro alcance.

Una verdad no es verdad mientras no aparece como la fórmula abstracta de una experiencia propia.

Comprender súbitamente lo que nos era cerrado con siete sellos es una sensación deliciosa.
Pero siempre me asusta la evidencia de esa nueva verdad, hoy obvia, palpable, luminosa, cuando pienso que todo lo que hoy no comprendo, que todo lo que hoy ni siquiera conozco, encierra verdades igualmente obvias y claras, igualmente palpables, igualmente luminosas.

Es terrible pensar que muchas de nuestras llamadas verdades no existen sino porque somos incapaces de aquellas verdades que tal vez las refutan.

Toda verdad, sin embargo, posee su propia luz y es irrefutable dentro de su propio recinto.
Temamos sólo prolongar una verdad más allá de ella misma.

De todo hombre de Estado que se equivoca, de todo político débil que los acontecimientos arrollan, me siento, incómodamente, el hermano.

Al revés de tantos que, al escuchar un relato trágico o vergonzoso, exclaman con espontáneo desprecio: "¡Ah! ¡si hubiera sido yo!; ¡si hubiera estado yo allá!"; siempre murmuro: "¡Ah!, yo hubiera encontrado manera de hacerlo peor!"

La necesidad de una ética, es decir, de un sistema de reglas de acción, aparece tarde en la vida individual. Muchas veces ni siquiera tarde aparece, y el individuo se contenta con un principio distinto para cada tipo de acción.

Nada pierde tanto, al envejecer, como una novela. Sobrevivir le es cosa en extremo difícil.
Quizá sólo la poesía lírica y la meditación filosófica no requieran, después de un siglo, un firme propósito de piedad generosa y una fuerte dosis de curiosidad para ser leídas con fácil agrado.

El juicio estético es esencialmente présbita, requiere que el objeto se aleje para enfocarlo con claridad.

A pesar de lo que usualmente se piensa y de los ejemplos mil veces citados del arte moderno, los contemporáneos no se equivocan tanto porque desconozcan o menosprecien obras excelentes, como porque aprecien, admiren, aprueben y amen obras mediocres que equiparan y confunden con aquéllas.

Así lo que eminentemente escapa a los contemporáneos no es tanto la obra como el rango de la obra, y no yerran tanto en cada uno de sus juicios de valor como en el establecimiento de una escala satisfactoria de valores.

Refutar una teoría que no conocemos sino vagamente, defecto común... y cómico.

Un profesional es alguien que debe interesarse aún en lo que no le interesa; un aficionado es alguien que no se interesa sino en lo que le interesa.

La historia literaria, los estudios críticos, tan abundantes en los últimos ciento cincuenta años, inducen al escritor a considerarse bajo el ángulo de visión de sus posibles historiadores.
Así han desaparecido toda sencillez y naturalidad.
Nadie escribe ya sin aplicarse tácitamente una serie de adjetivos adecuados a los escritores muertos que la posteridad coloca en su sitio y rango, pero ridículos en toda otra ocasión.

El honor es el manto respetable de la vanidad.

Las doctrinas son como tentativas de hallar el centro de gravedad del espíritu. Cada una ensaya de definirlo y de situarlo.
A la determinación positiva de ese centro de gravedad, no podemos llegar sino por medio de una doctrina explícita; pero parece que fuésemos capaces de una especie de determinación negativa, ya que cierto tacto intelectual

se estremece de repugnancia ante doctrinas colocadas fuera de cierto recinto limitado.
El centro de gravedad parece hallarse en ese espacio que nuestra repugnancia circunscribe y la auténtica tarea intelectual consiste en determinar de manera precisa su posición allí.

La predilección por la oscuridad literaria o filosófica no es mera perversidad; su secreto motivo es cierta natural humildad que nos induce a menospreciar lo que comprendemos fácilmente, como si la mera adecuación a nuestra mísera inteligencia fuese prueba de trivialidad o de superficialidad.

Todo período parece tener un principio generador que es como el eje de la historia en ese instante.
Así, sólo las naciones a través de las cuales ese eje pasa son capaces de una literatura importante.

Nadie ha pensado que quizá uno de los mejores argumentos en favor de la existencia de una clase social privilegiada es el de la conveniencia de poder restringir en una sola clase el repugnante espectáculo de una humanidad satisfecha.

No es tanto que ciertos movimientos políticos y sociales se transformen en religiones, como que el hecho de ser movimientos de muchedumbres, tumultuarios, imprima caracteres similares a las religiones y a los movimientos sociales.

Lo popular es vil.

Meineke, Hazard, Trevelyan, espíritus juiciosos, equilibrados, quizá lentos pero serios, graves; los mejores y más típicos frutos de la alta cultura universitaria europea.

La inquietud nace de una fe exagerada en la estabilidad de las cosas.

Suprema cualidad de un político: ser enérgico en la defensa de la moderación.

Es puerilidad conceder primacía intelectual a la actividad política. Basta escuchar los deseos, las ambiciones, las intenciones de un político para comprender que su actividad es subalterna.
El político es servidor, no tanto del Estado, como de todos aquellos a quienes otros intereses ocupan.

Los orígenes del Cristianismo y la Revolución Francesa son los únicos acontecimientos algo estudiados y elaborados en conceptos; lo demás está virgen.

Despreciar o ser despreciados es la alternativa que nos propone la vida social.
Así para ser respetados se nos exige ser injustos.
Toda nuestra imparcialidad, nuestra justicia, nuestro amor, conviene reservarlos para esos momentos de soledad nocturna, cuando pesamos y medimos los acontecimientos del día.

Para despreciar sinceramente a los demás se requiere una tal obcecación, que el hombre de Estado, cuyo éxito necesariamente depende de la posesión de una enor-

me capacidad de desprecio, tiene que ser, en el fondo, un imbécil.

Una inteligencia generosa es quizá aún más rara que una gran inteligencia.

Aprender a leer: interrumpir la lectura de un libro con otra lectura es faltarle al autor.
Todo libro que legítimamente merezca ese nombre es un sistema cerrado, cuyo sentido total depende de la acción conjunta de todas sus partes. Requiere así una percepción cuasi simultánea de sus aspectos sucesivos que logra sólo la atención sistemática que funde en un acto unitario una multiplicidad temporal.

Amor y odio son los grandes resortes de la dialéctica del espíritu.
Nuestro amor crea un sistema para defender lo que ama y el odio lo destruye para poder crear, a su turno, el sistema que sepa defender lo que él ama; sistema que, recíprocamente, el amor con su odio intentará destruir.

La pornografía alemana generalmente consiste en un estudio o tratado sobre la pornografía francesa.

Tengo que concluir que en agricultura pienso como Jenofonte y en economía política como los fisiócratas.

Que el sistema político de Fichte, fundado sobre la libertad y para ella, culmine en la minuciosa preparación de un angustioso estado de tiranía social, cerrado, angosto, estrecho, confirma una vez más la naturaleza

singular y contradictoria de la dialéctica de la libertad y la urgencia de un aparente ilogismo para fundarla.

El error del pensamiento democrático: atribuir a cada individuo la totalidad de los atributos propios al concepto de hombre.

La diferencia entre el hombre de ciencia y el filósofo consiste en que el primero avanza de triunfo en triunfo guardando de cada victoria, sólo, una vana ceniza, mientras que el segundo de derrota en derrota enriquece su alma con la sustancia de cada fracaso.

De Tucídides a sus sucesores de hoy, un linaje imperial de inteligencias soberanas, de fríos e impasibles contempladores de la historia, hace resaltar con su sola presencia la irremediable estupidez de nuestra raza miserable.

Quizá no sea tan absurdo imaginar que, dentro de unos siglos, toda nuestra edad contemporánea, con sus filosofías, sus movimientos sociales y políticos, sus utopías y sus catástrofes, no se pueda comprender e integrar a un sistema histórico sino como episodio en la historia de la Iglesia.

Lo que no es religioso no es interesante.
Todo lo interesante es o proviene de un hecho religioso.

Política de la historia: el historismo comporta una política (conservatismo burkeano y burckhardtiano), así como la Philosophie der Geschichte comporta la suya

(marxismo), y como comporta también la suya el Enciclopedismo (democracia liberal).

La idea de escribir una vida de Jesús supone la previa climinación de toda especulación cristológica o, si se quiere, una teoría cristológica especial que niegue la divinidad de Jesús.
La razón de ese postulado yace en la naturaleza de la historia, cuya metodología es de tipo fundamentalmente analógico y tiene, así, por base hermenéutica la conciencia de sí mismo.
Toda historia es historia humana.

No es imposible que la tentativa de escribir una vida de Jesús, cuya base es necesariamente la negación de su divinidad, culmine, ante la repetida evidencia de su fracaso, en una afirmación de la ahistoricidad de Jesús, y así, lejos de negar su realidad, en una teoría cristológica ortodoxa.

Que la historia sea capaz de demostrar una trascendencia bastan para probarlo Borobudur y Angkor, Lhassa, Yung Kang o Nara.

La historia propiamente no demuestra una trascendencia, sino traza el límite de su tipo de evidencia y tácitamente convoca una distinta actividad del espíritu, así como en la epistemología kantiana la razón teórica, sin afirmar o negar, remite sus postreras conclusiones a la jurisdicción de la razón práctica.

¡Psicología del Mesías!, noción absurda. Sólo es posible una psicología del mesianismo pero nada más. Si Cristo tan sólo se cree el Mesías, tenemos una psicología del mesianismo de Jesús, como la podemos tener de cualquier candidato a la dignidad mesiánica; pero si Cristo es el Mesías no hay psicología posible, sino tan sólo una teología del Hijo.

Renunciar a comprender es en historia, a veces, la máxima prueba de la divinación histórica.

Todo hecho histórico que el historiador reduce, sin remanentes a sus categorías, demuestra que el historiador fracasó.

La mejor crítica de la colonización española son las repúblicas suramericanas.

Que para poder seguir viviendo sea necesario buscar cuidadosamente los defectos y la vanidad de todo aquello que la vida poco a poco nos niega, es una empresa a la que difícilmente me resigno.

No es tanto que al envejecer perdamos nuestras ilusiones sobre el mundo, como que nos obliguemos a desilusionarnos para poder creer que lo que perdemos era tan sólo una ilusión.

Si hubiera que elegir entre todos los libros el más grande, yo elegiría la Historia de las Guerras del Peloponeso. Ninguna inteligencia humana puede compararse a la inteligencia olímpica, serena, soberana, de Tucídides.

El resorte básico del comunismo soviético es el siguiente principio: Lograr la máxima eficacia de la actividad económica.
Quien se refiera siempre a ese principio no se hallará jamás desconcertado ante los fenómenos comunistas, ni engañado por alguno de sus aspectos, ni desencantado por otros.

La palabra, la expresión verbal, puede sólo salvar de la mediocridad en que se ahoga la trivial sustancia de nuestras vidas.

Hablar noblemente nos rescata del peor desastre.

La retórica como instrumento de ennoblecimiento.

Quien busca esconder con grandilocuencia solemne su miseria o sus defectos cae en el ridículo de traicionarse más rápidamente, pero quien expresa su pobre verdad con pureza cristalina la trasciende misteriosamente.

A través de mil páginas el pensamiento fluye para condensarse en una gota dorada de pura esencia... que el pensador olvida generalmente recoger.

Quizá esa facilidad para escribir cuya carencia lamento, ese fluir de la frase que se lía y enrosca como un arabesco de sarmientos alrededor de cualquier objeto, quizá eso sea precisamente la misma facilidad, la misma trivialidad, la misma superficialidad, que en los otros me repugna.
Y quizá así los dioses me hayan negado... precisamente lo que nunca hubiera querido tener.

La inteligencia no castiga al perezoso quitándole lo que le dio. Se contenta con dejarlo ser, tan sólo, inteligente.

La inteligencia es una patria.

La inteligencia sola, desprovista de lo que le agrega la labor de pensar, es admirable únicamente en el adolescente.
Más tarde, nada es menos interesante, ni, en el fondo, más estúpido.

Un mueble que traquea súbitamente en el silencio nocturno y, como un tumulto de aguas desbordadas, los miedos ancestrales resucitan en las palpitaciones angustiadas al salvaje que huye en la selva primigenia.

Que una leve agitación roce a una alma o a una sociedad basta para que se derrumben pedazos de la labor milenaria del hombre para civilizarse.

Para todo hombre hay un tipo especial de retórica y un formulario de alusiones que lo conmueven.
Yo también tengo los míos; pero lo grave es que son precisamente los que no conmueven a mis contemporáneos y que los que los conmueven carecen para mí de todo prestigio.

Quizá la receta de la felicidad sea la misma de la estupidez: sentir como nuestros contemporáneos.

Lo terrible de la estupidez, el mal gusto, la bajeza, es que no los hieran ni nuestros argumentos, ni nuestros sarcasmos.
En nuestra sociedad contemporánea, un "honnête homme" se descubre varias veces al día apetitos de conquistador mongol.

¿Cómo no sucumbir bajo la estupidez contemporánea, minados por la duda de poder tener razón solos contra todos, si no nos supiéramos apoyados por todos los grandes espíritus, por todas las grandes inteligencias? Nuestra resistencia no es así, en su aparente presunción, sino el humilde acatamiento de lo que ordenaron los más nobles, y nuestro rechazo sirve para mantener, en medio de la anarquía, la conciencia palpitante y viva de una más alta verdad humana.

El mártir es el apóstol que dimite.

Cuando todo esfuerzo para hacer triunfar la verdad es vano, la sola afirmación, escueta, desnuda, enfática, crea en el universo como un nuevo objeto indestructible, un objeto que nadie puede ya esconder o eludir.

Afirmar, aun secretamente, nunca es vano, porque en el gesto más inofensivo y trivial se trasluce una alusión inconfundible a la verdad afirmada.

Ninguna vida humana es un conjunto de actos aislados, sino un sistema de actos que liga y determina la afirmación fundamental del espíritu de cada hombre.

Página lasciva, vita proba, es posible, pero entonces la castidad de esa vida es anecdótica y no revela sino una forma especial de la lascivia que la subtiende.

El cinismo es una filosofía de adolescente inteligente.

Una sana cultura de la inteligencia pide que el cinismo destruya los respetos de la infancia, pero también, cuando sobreviene la edad madura, exige que una más amplia y honda comprensión de las cosas destruya la insuficiencia de todo cinismo.

Todo deseo, todo anhelo, toda angustia, desaparecen cuando entre nuestros brazos estrechamos un cuerpo desnudo.

El interés del tema de muchos libros mediocres nos induce a perder con ellos nuestro tiempo. Olvidamos ese principio elemental de toda estética: que sólo importa el genio del autor. Creemos ingenuamente que un libro reciente, rico de documentos y provisto de algunas nuevas categorías de interpretación, merece sin vacilación ser leído, cuando en verdad mejor valdría releer el libro viejo pero inteligente.
La vida es demasiado corta para leer todas las glosas que acumulan los candidatos desgraciados a la inmortalidad. La bibliografía de las obras escritas sobre una obra es casi una lista de lo que no vale la pena ser leído.
Cualquier mediocre imagina que al hablar sobre un genio su mediocridad disminuye de toda la importancia de su tema. Pero hablar sobre Goethe es la mejor manera de no tener que imitarlo.

Comprender una idea es hallarse capaz de repetir los distintos actos intelectuales que culminaron en la idea. Hacer que nuestro interlocutor nos comprenda es ponerlo en situación de repetir nuestro pensamiento.
El arte de comprender es en parte especulario, en parte mimético; el misterio es la conciencia.

Generalmente los hombres toleran con dificultad a quienes difieren de ellos, a aquellos cuyas cualidades y cuyos defectos son distintos. Diferencia engendra odio. Al revés, yo me irrito con quienes se parecen a mí. Conozco demasiado sus defectos porque son los míos, y mido demasiado bien la insuficiencia de sus cualidades porque me pertenecen. En cambio todos aquellos que en nada se parecen a mí me inspiran una gran simpatía, porque sus cualidades tienen la seducción de lo inalcanzable y sus defectos la innocuidad de lo que no me es posible.

La lectura de un libro de historia de la estética, o de historia de la ética, o de historia de la lógica, o aun de historia de la filosofía en general, me deja profundamente insatisfecho. Esa sucesión de opiniones en que consisten, aun cuando se intente ligarlas con un principio dialéctico más o menos sutil, me entristece con su inutilidad, y quedo con la impresión confusa de una riqueza que por su fluidez me escapa o con un esquema nítido pero palpablemente arbitrario.
La historia de una actividad del espíritu no tiene sentido aislada de la historia del espíritu mismo en toda su riqueza concreta e individual.
Escribir una de esas historias es partir del objeto que ocupa al espíritu y someterse a sus exigencias, es admi-

tir como autónoma la porción de espíritu que el objeto desde afuera secciona y circunscribe, es olvidar que la historia del espíritu es la historia del sujeto que su objeto no determina.
En otros términos, lo que es para el espíritu solamente el punto momentáneo de mayor atención: se transforma en facultad del espíritu, es decir, en atributo susceptible de autonomía.
Ese tipo de historia es una sobrevivencia de la clásica psicología de las facultades, de una concepción insuficiente y obsoleta.
En definitiva, todo error en materia histórica depende de una concepción errónea del hombre.
La psicología está bien a la base de la historia como lo quería Dilthey, pero no propiamente una psicología empírica, sino más bien una tabla de categorías concretas.

Ante un individuo con opiniones bien definidas (comunista, católico u otro) es sumamente fácil parecer inteligente. Basta con aplicar al hecho inmediato o a la idea sobre la cual se conversa, los conceptos básicos del sistema en que nuestro interlocutor se ha instalado.
Por lo demás nada más aburrido.
Si la inteligencia no inventa y no descubre, cualquier contacto sensual es menos vano.

Escribir como Mérimée, pero sobre ideas.

Los libros alemanes: materia prima.

Hasta hace poco hallar mis ideas confirmadas por un libro ilustre me llenaba de orgullo, hoy una semejante

concordancia degrada automáticamente el libro, la idea y su autor; en verdad, me digo a mí mismo, ¿qué puede valer ese imbécil, si piensa las bobadas que pienso yo?

El verdadero hastío no proviene de la ocupación exclusiva con un solo objeto, sino de la ocupación superficial y transitoria con una multiplicidad de- objetos. La familiaridad laboriosa con un objeto nos acerca a su esencia, a su riqueza, a su abundancia interior. Abundancia íntima que los conceptos no logran exponer, rotulada y numerada, sobre una mesa pedagógica, pero ese sentimiento de su riqueza es, ciertamente algo intelectual, aun cuando no fructifique en conceptos, sino en actos, en obras, en progreso espiritual.
Pasando de un objeto a otro chocamos contra la superficie cristalina que los defiende; nuestro deseo rebota insatisfecho y toda posesión se nos escapa.

Lo que mayormente falsifica toda previsión política es nuestra repugnancia a atribuir un carácter suficientemente irracional a los motivos eficaces.
Siempre nos engañamos porque espontáneamente creemos en un injustificado prestigio de la razón.

La belleza transitoria seduce, pero la belleza verdadera cae sobre nosotros y nos abate.

Jóvenes, tan sólo nos interesan los autores contemporáneos, la literatura inmediata, pero a medida que envejecemos ciertos libros inmóviles logran sólo seducirnos: los pocos grandes, los que permanecen mientras todo pasa.

Nuestros gustos literarios son como el avión que requiere una pista de tierra para levantar el vuelo, y así sobre ella corre, pegado a ella; pero de pronto se separa, la abandona y vuela hacia el sol.

Abandonadas la exégesis alegórica y la exégesis literal de la Biblia en favor de la exégesis histórica, el catolicismo no parece ya una doctrina pueril y fácil, sino una doctrina sutil.
Las dificultades que allí encuentra el sentido común son, en estas condiciones, más semejantes a las de la teoría de la relatividad, que a las de la cosmogonía de Beroso.

Considerar que cuando nuestra juventud ha muerto, y con ella lo que ella sola permite, no nos queda nada que esperar, es una tentación repetida y tenaz.
Pero debemos resistir a tan trivial y cruel sabiduría.
Si la estudiosa austeridad de nuestra juventud, la repugnancia a todo gesto mentiroso, a toda ostentación, a toda afirmación prematura y huera, fueron más que un engaño, fueron semillas de una lenta sabiduría que nuestros años viriles deben hacer madurar, no podemos satisfacernos con una noción de la existencia que la reduce toda a su floración matutina.

El tradicionalismo a la manera de Burke, el conservatismo a la manera de Taine o el continuismo a la manera de Burckhardt, fueron doctrinas aceptables ayer todavía.
Hoy quien parta de postulados similares a los de esos hombres tiene que ser partidario de una violencia revolucionaria análoga a la que ellos criticaron.

Debemos obligarnos a llevar toda idea a su plena maduración verbal, para no confiar en una vaga riqueza que disipa a veces el sólo intento de girar un cheque contra ella.

El sentido de las cosas percibidas durante el día me inquieta y me preocupa menos que el sentido de cosas triviales presentes durante el sueño.
El sueño impregna algunos de sus objetos con una extraña luz interior que revela en ellos una "extraña capacidad de importancia" que la visión diurna no percibe.
Con el recuerdo del sueño se esfuma su sentido inquietante, pero quizá con demasiada facilidad juzgamos que hemos nuevamente alcanzado la justa visión de las cosas, cuando tan sólo hemos perdido un auténtico conocimiento que requiere su forma propia de experiencia.

Las únicas cosas importantes son las que no dependen de nosotros.
Lo que nos es dado gratuitamente, y gratuitamente quitado, tan sólo, vale la pena. Lo demás, aquello que está en nuestro poder, no merece un momento de atención.
Genio, belleza, felicidad: la porción de nuestras vidas sometida a nuestra voluntad sólo sirve para preparar a recibir noblemente esos dones.
Tan sólo podemos adornar la estancia donde, quizá, algún dios caprichoso more unos instantes.

La bonanza de los últimos siglos permitió olvidar la importancia de la filosofía.
Se creyó que pensar era una mera función intelectual, que la verdad del filósofo era una ecuación o una fórmula.

Ante los incesantes amagos de catástrofes, el hombre de hoy descubre en la filosofía el "magister vitae" que el estoicismo del imperio evocaba para sofocar el ruido de los pasos del centurión que se acerca.
Pensar es más que juzgar, es asumir una actitud.
El "s'engager" es la fórmula ingenua de la filosofía que descubre de nuevo su esencial raíz ética.

Creer en la importancia del hombre, paseándonos en medio de la muchedumbre de una ciudad populosa, es cosa imposible.
La abundancia desprestigia.
La crueldad de este siglo proviene de una sensibilidad embotada por la excesiva presencia del hombre.
Cuando en la selva paleolítica, un grupo humano tropezaba con otro grupo, creo que, menos que ferocidad o pavura, lo que allí acontecía era un sacudimiento terrible de la sensibilidad total, una angustia pánica.
Establecida cierta familiaridad con esas inquietantes presencias circundantes, la codicia o la envidia podían engendrar actos bestiales; pero el extranjero fue siempre un ser sagrado, su insólita existencia participaba, al contrario del prójimo vulgar, en ese universo distinto que envolvía el recinto profano.
Todas las civilizaciones crueles han sido civilizaciones de muchedumbres.

Los que buscan en la religión una solución a sus problemas se equivocan. La religión no es un conjunto de soluciones, sino un conjunto de problemas.
A los múltiples problemas que angustian al hombre, la religión quizá aporte algunas soluciones o, más bien,

algunas promesas de solución, pero no es su función propia la de darnos un sistema que integre nuestras inquietudes y satisfactoriamente las ordene, sino al contrario la de despertarnos enfrente a nuevas presencias y de arrojarnos entre nuevos problemas.
La religión no es una teoría del mundo, sino una experiencia de su insuficiencia, es decir, una constatación experimental de una presencia extraña en las cosas usuales.
La religión no surge de la vida humana, sino se introduce en ella:
El hombre religioso no es aquel que las contradicciones y los absurdos prácticos o teóricos de la vida empujan hacia la religión, sino aquel a quien los hechos puramente religiosos plantean un nuevo problema y compelen a asumir las actitudes intelectuales y morales propias al nuevo universo en que se halla.

¡Que aquello que más nos exalta sea lo mismo que al animal más humilde! Castos o libertinos, igual ansiedad nos sacude ante el mísero ser que nos subyuga. Reducido a su pura expresión fisiológica el acto es tan inferior a la importancia que asume en nuestras vidas que, para justificarnos, requeriríamos una nueva visión sistemática del universo.
Propongo a alguna inteligencia seria, pero carente de ironía, la tarea de escribir una Crítica de la Razón Erótica.

Los que han aceptado una visión definitiva del mundo, con su consiguiente escala de valores y sus rígidos imperativos, son envidiables; su serenidad sólo sufre leves borrascas.

No tienen más problema que el de saber qué concepto conviene a tal hecho; el verdadero problema, el problema de los conceptos, no se plantea ya para ellos.
En verdad, han cambiado simbólicamente la idea de justicia por el código, compacto e inmóvil, y se han sometido a la condición humana con excesiva deferencia; pero quien vive en incesante inestabilidad no deja de mirar codiciosamente el ademán pomposo de esos tontos.

"In its creative aspect art is a limited activity that is to say, it is confined to special individuals who have special faculties –not of feeling or of thought– but of expresion, of objectivation" (Herbert Read: Art Now p. 47).
Interesante declaración de un pontífice del arte moderno, y quizá ingenua confesión.
El arte, como pura expresión de quien carece de facultades especiales de sentir y de pensar, sería la simple manifestación del deseo de hacer una obra de arte, cuando nada obliga, ni impulsa, a hacerla. Deseo casi abstracto de hacer algo que nos seduce, sin que exista determinación concreta. Se trataría de algo semejante a ese amor del amor, a ese estar enamorado del amor sin estar enamorado de mujer alguna, de un puro afán hacia una forma pura, hacia una categoría de la existencia, de un afán desprovisto de raíces, carente del solo motivo adecuado y válido: la posesión de una forma de existencia individual, concreta, inconfundible.
Así como las músicas militares que

> Versent quelque héroisme au coeur des citadins,

consiguen sólo despertar un débil apetito de heroísmo, carente de autenticidad e incapaz de desembocar en ac-

tos heroicos, ya que el heroísmo nace sólo en medio de circunstancias perfectamente determinadas, pero insospechadas usualmente por el héroe atónito a quien el espectador arroja la palma y el lemnisco, así quizá la abundancia de obras de arte, su elevado valor social, y el exagerado respeto por las actividades culturales, despiertan un apetito de arte, un deseo indiferenciado, una forma vacía de exigencias precisas.
El arte moderno y las estéticas expresionistas que intentan justificarlo son, quizá, productos de una humanidad ricamente dotada de medios de expresión, pero a quien una artificial afición a las artes sólo permite expresar en mil formas ingeniosas su patente esterilidad.

Si durante las horas lentas y grises guardáramos el recuerdo de nuestras momentáneas exaltaciones, menos fácilmente caeríamos en el torpe asco de la vida que inquina nuestra justicia.

Toda época tiene su religión y su dios; y quienes piensan lo contrario han cambiado solamente al dios que tenían por alguno más oscuro y más tenebroso.

Cuántas veces no nos han dicho que el providencialismo proviene de la ignorancia de las leyes naturales; sin embargo, las leyes de la naturaleza no son más, tal vez, que la fácil interpretación de la obstinada presencia de un milagro.

Toda noción global es de carácter religioso; en toda teoría unitaria y total germina una religión.

La ciencia no conoce sino fragmentos y la filosofía no establece sino puentes provisionales. Así, todo lo que olvida el carácter fragmentario del conocimiento es insidiosa sugestión de un demonio, o de un dios, que anhela revelarse.
En toda explicación del mundo una hierofanía se prepara.

Defender las cosas importantes es extremadamente difícil. Los argumentos son ineficaces, y tenemos que recurrir a la retórica de las palabras enfáticas.
En verdad, lo que quisiéramos probar escapa no solamente a nuestros argumentos, sino también rehuye toda fórmula. Ni siquiera podemos indicar con claras palabras qué es precisamente lo que intentamos defender.
Es natural que el adversario sonría. Ya que, por lo menos, él sí sabe qué ataca y qué defiende.
Nuestra exasperación ante su suficiencia, nuestra exasperación balbuciente, nuestro discurso confuso que culmina en gestos amplios y vagos, le deben parecer supremamente cómicos y la mejor confirmación de su rechazo.
En verdad las cosas importantes no se pueden defender. No se pueden defender con argumentos. No se pueden defender con educación y buenas maneras.
Con insolencia, sí.

Me basta acercarme a las cosas para sentirme repelido. A veces el tono mismo con que es proferida la palabra que me llama, me rechaza; una sonrisa puede deslustrar el esplendor de unos labios, un ademán puede abolir la gracia de un cuerpo admirable.
Pero, en el aposento donde me he refugiado, renace el apetito de la vida y brota más vigorosa la codicia.

No mueren ni el interés, ni el deseo; el ansia es inaplacable y el afán ilimitado.
Me parece que sólo en una posesión intelectual del mundo mi angustiado amor se cumple, y que ese carnal deseo de todas las cosas se propone ofrecer un alimento inagotable al espíritu ávido de transformar en ideas las sensaciones que su pasión inextinguible ilumina.

Comparado a Descartes, Kant es un manantial de luz y Hegel una niebla luminosa.
La claridad cartesiana es misteriosa, parece revestirse paulatinamente de nuevas capas de luz hasta formar como un espesor luminoso y unas extrañas tinieblas que nacen de la abundancia misma de su claridad.

Normalmente, un escritor es un individuo que escribe bien; pero las historias de la literatura suramericana nos enseñan que un escritor es un individuo que escribe.

Poseer en fin un objeto codiciado, poseerlo lentamente, minuciosamente, voluptuosamente, pero poseer un objeto concreto, duro, aislado, no es tan exaltante como la posesión de aquello que nace y se crea en el gesto mismo de poseer, que no preexiste a su posesión sino como un afán imperioso, como un ímpetu irresistible hacia una dirección más que hacia un objeto.
Ver, luego, que lo que deseábamos se condensa como una nube espesa y blanca, en medio de la oquedad del cielo, pero simultáneamente sentir que era eso, imprevisible, indeterminable, que exclusivamente deseábamos. Sentir, así que comenzamos a ser lo que hemos desea-

do, nos comunica la posesión milagrosamente nueva de lo que imaginábamos obstinadamente conocido.

No existe juego más divertido que el de mostrar la discrepancia constante entre el personaje que cada hombre afirma ser y el personaje que auténticamente es. Descubrir bajo la pompa del gesto la lubricidad del motivo o bajo la nobleza de la declaración la escueta avidez de la codicia, es cosa que no solamente satisface nuestro afán de verdad sino que también lisonjea ese secreto instinto de envilecer al hombre que todos escondemos en lo más íntimo de nuestro ser.

Juego divertido, pero demasiado fácil; y forma tan sólo de esa sabiduría que triunfa de la retórica social, pero que fracasa ante una seria consideración de las cosas.

En verdad, es evidente que el hombre vive en perpetua falsedad, identificándose a lo que no es, pero no es menos evidente la imposibilidad de hallar una manera de ser básica, a la cual el hombre podría identificarse después de haberse despojado de todo atributo artificial.

La autenticidad no se encuentra más acá del ser arbitrario que nos ordena realizar una ética cualquiera, sino al contrario más allá de cualquier ideal abstracto, cuando a través de ese repertorio de imperativos éticos logramos que nuestro ser se identifique concretamente al esquema ético que asume.

La autenticidad humana no es una naturaleza dada, sino una tarea propuesta.

Ser auténticamente es lograr la perfecta creación de un personaje, es transformar en vida vivida un arbitrario anhelo del espíritu.

La literatura suele envidiar las cualidades propias a otras artes. En ciertos momentos parece no poderse contentar con lo que constituye su función propia y no ver, en su prerrogativa de ser la más completa expresión del hombre, sino una limitación a que la constriñe su generalidad misma que no permite la construcción de ciertos aspectos restrictos, pero prodigiosamente intensos, del mundo.

Así la envidiosa angustia de un Mallarmé ante la música y sus meditaciones de competidor ante la orquestación wagneriana.

También cierta estética perenne, y clásica, de la "representación" revela una obsesión de funciones que eminentemente competen a la pintura. La imagen, la metáfora, allí pierden su valor propiamente literario de fulguración fugitiva, de vector efímero de una corriente de expresión, para transformarse en cuadro, en objeto plástico, estático.

Todo esto es fácil criticarlo, pero ¿cómo no irritarse ante la imposibilidad de lograr literariamente esa modulación pura, esa riqueza sometida del autorretrato de Chardin o del Watteau de los últimos años, del Watteau de la "Enseigne de Gersaint"?

La filosofía de todo poeta consiste siempre en un platonismo más o menos ingenuo.

El problema de la hermenéutica de los filósofos parece un problema abandonado de Dios y de los hombres. Para el filósofo el problema primordial no es el de comprender lo que los otros filósofos han dicho, sino el de pensar su propia filosofía.

Cualquiera que sea la importancia de la tradición filosófica y aun cuando se refiera insistentemente a la historia de la filosofía, cada filósofo utiliza los temas o el vocabulario de sus predecesores como, en un diálogo corriente, cada interlocutor utiliza los términos o las ideas del otro, tan sólo para apoyar, colgar o conectar las suyas propias.
De filósofo a filósofo el mismo tema aparente esconde un tema distinto y el mismo vocablo se refiere a una distinta realidad.
El historiador de la filosofía, por otra parte, es un profesional y por lo tanto vive la historia de la filosofía como una carrera y no como una vida. Si llegara, además, a vivirla como una vida, la viviría entonces como su propia filosofía y la falsificaría como la falsifica espontáneamente cualquier filósofo.
Entre la falsificación y la superficialidad oscila la historia de la filosofía.

Quizá la dificultad de la filosofía consista en su extremada subjetividad.
Comparada a una meditación filosófica, la más pura jaculatoria lírica tiene la objetividad de un teorema matemático.
La filosofía es la más exacta expresión de la persona y de su situación inconfundible. Tiene la indefinida validez de lo puramente concreto, la irremplazabilidad de lo que existe autónomamente.
Pedirle verdad a la filosofía es como pedirle verdad a la existencia evidente, palmaria, patente, de un ser.
Ante un individuo, las categorías básicas son las de aceptación y rechazo; las demás interrogaciones son posteriores.

Para comprender una filosofía es necesario que coincidamos con ella, que intentemos identificarnos al movimiento individual de pensamiento en que auténticamente consiste.
Sin duda, la primera etapa de la comprensión es la de traducir en el idioma de nuestras preocupaciones los temas propios de una filosofía, pero ni esa reducción a un denominador personal, ni menos aún una reducción al denominador común de una época, pueden bastar; la plenitud de inteligencia la da sólo esa tentativa contradictoria de ser otro, sin dejar de ser uno mismo.

Entre las utopías modernas es difícil indicar la más peligrosa, pero es en su innocuidad aparente ninguna quizá pueda llegar a ser tan temible como la ingenua creencia que la cultura es una actividad de lujo, un juego propicio al descanso.
Una humanidad que trabaja unas horas y consagra su ocio a la cultura: ciencias, artes, letras, en un paisaje suburbano de bibliotecas populares y de parques higiénicos, es el ideal acariciado por los progresistas actuales. Sorprende que los apóstoles de la cultura democrática no sospechen qué lúgubre porvenir preparan, ya que debería bastarles el espectáculo de las actividades en que burgueses y proletarios actuales hallan su descanso, para comprender que lo mejor que ese futuro promete es una abundancia de novelas policíacas baratas, de comedias ligeras, de películas sentimentales, o un teatro de propaganda y de tesis, o plétora de conferencias de vulgarización científica.
La cultura, la gran cultura, no es una actividad que descanse. Es al contrario, una labor penosa, una ruda exi-

gencia. Requiere una consagración extremada y no tolera que la sirvan con voluntad dividida.
Mejor florece en una sociedad ligera, ocupada con su solo placer, entregada a juegos voluptuosos o triviales, que en una sociedad de trabajadores honrados y serios, de gente labriega y menestral.
La cultura busca una sociedad ociosa, no porque sea un adorno del ocio, sino porque en el ocio descansa de su laboriosidad. También la busca porque sólo allí le es permitido al individuo especializarse en la tarea de adquirir o de crear una gran cultura.
El hombre dedicado a trabajos mecánicos o a la minuciosa labor administrativa de una sociedad moderna, no pide en sus ratos de descanso que lo diviertan sino ocupaciones pueriles.
Cansados, optamos siempre por el libro más estúpido, por el espectáculo más tonto.
La gran cultura es, luego, un fenómeno parasitario, y una política que elimine a los zánganos eliminará los productos de la actividad del ocioso: ciencias, letras, artes, ya que no son como lo imagina el demócrata impenitente simples productos del ocio, sino de la labor del ocioso.

Un crítico no es el ciudadano anónimo que nos habla de un libro. Ni siquiera es, tan sólo, un hombre erudito, inteligente y capaz.
La crítica no es la mera ocupación con las letras, ni la afición ferviente a las artes, ni, tampoco, los vagos discursos que las prolongan.
No bastan que el amor, el gusto, la pasión meditabunda resuelvan hablarnos de lo que los seduce, los conmue-

ve, los revela a sí mismos, sobre ellos influye, los detiene o los guía.

Ni aprobar o rechazar, ni absolver o condenar, ni admirar o detestar, ni excluir o elegir, ni juzgar, son en sí, y sin más, actos críticos. La crítica es, sin duda, todo eso por lo menos, pero sólo en una configuración histórica determinada, en un lugar preciso y definible de la historia literaria.

La crítica acompaña un gran movimiento literario, una de esas amplias mareas espirituales que modifican el dibujo de las costas e invaden el interior de los continentes.

Paralelamente a las creaciones literarias, como su sombra, como el cuidadoso dibujante de su relieve, la obra crítica camina, con menor pompa, pero quizá con igual importancia. En las estribaciones inferiores del Parnaso, pero en el Parnaso.

La crítica es como una literatura a la segunda potencia.

Literatura sobre la literatura, que para aparecer requiere las mismas fuerzas espirituales que engendraron la literatura que critica. El crítico tiene que bañarse en las mismas aguas interiores en que el genio hunde sus raíces, tiene que horadar los mismos granitos, los mismos cuarzos.

El crítico no es espectador de la literatura, sino participante. Es miembro de un grupo natural, de una generación espiritual, comulga en los símbolos doctrinarios de una secta.

La participación del crítico en lo que critica no es, así, mera actitud, mera posición de cazador, mimetismo de ave rapaz, simulacro de simpatía y flexibilidad para coincidir con el movimiento y el ritmo espiritual de la obra, Einfühlung metodológico, y paciente humildad de una inteligencia dócil a su objeto.

La participación del crítico en lo que critica es una participación existencial, es una comunión de esencia, un temblor de hoja en el bosque bajo los soplos de idéntica borrasca.
No hay por lo tanto crítico aislado, crítico solitario, crítico que no aparezca como prólogo, como comentario perpetuo o como epílogo, de un gran movimiento literario.
No es, así, el crítico la conciencia intemporal de la literatura, sino la conciencia de uno de sus momentos históricos de mayor esplendor.
Por eso existen, para los críticos más grandes, recintos estéticos cerrados, injusticias ineludibles, entusiasmos inevitables. El crítico no se pasea por las literaturas como por los museos un turista indiferente. Tal sala lo rechaza, tal otra lo intriga, tal otra lo indigna, en tal otra se detiene y mora.
Nace, así, con un movimiento literario y en el seno del movimiento; de él depende su grandeza, y él limita su imparcialidad.
Aristóteles u Horacio, Boileau o Dryden, Goethe o Coleridge, Sainte-Beuve o Thibaudet, Eliot o Gundolf: en verdad, es el clasicismo, el neoclasicismo, el romanticismo o el simbolismo, lo que exige la aparición de un crítico auténtico.
Hay grandes movimientos literarios sin crítico grande, pero no hay crítico grande sin gran movimiento literario.
El crítico de épocas pobres y desposeídas es mero lector silencioso, o si escribe, eco monótono y prolijo protocolizador de su inanidad.

Si lo usual es que las palabras nos huyan y que la expresión traicione nuestra idea, a veces es al contrario

la idea, el tema, lo que falla a un deseo casi abstracto de escribir.
Sentimos como una vibración interna, como una confusa agitación.
En el alma quieta se despierta un anhelo sin objeto y sin forma, pero que aspira al verbo.
Parece que leves sombras surgieran de nuestro mar, como fantasmas de sirenas nocturnas. Sombras que retuercen sus brazos gráciles en el aire de la noche y se hunden de nuevo en las aguas.
Es como una débil melodía que fluye de la flauta hacia el paisaje y que el cansancio del mediodía interrumpe sobre los labios.
Es como un lento gesto voluptuoso que, sobre el lecho fatigado, un cuerpo desnudo inicia, perezosamente, y detiene.
Pero aquí, más que la inercia, lo que anula nuestro intento es la generalidad misma de su anhelo.
Cuerpo henchido de savia vigorosa, que aspira a engendrar, pero que nada fecunda.

La música me asusta.
La pureza con que entrega a nuestras almas la pura efigie de sus sueños rompe los angostos recintos en que intentó detenerlos nuestra impotencia.
Lo que soñábamos nace con subyugadora evidencia. Lo que nos dio la vida, roto y manchado, eleva, aquí, su cuerpo intacto y luminoso.
El amor columbrado es presencia tenaz y dura; el heroísmo surge con la frescura de un adolescente victorioso; y mil promesas cumplen la irrisoria esperanza de sus dones.
La música no consuela, sino irrita.

Nuestra mezquina existencia se sitúa, despojada de sus compasivos disfraces, ante la riqueza del mundo.
Contempla, entonces, todo lo que le es vedado, pero el simulacro musical le entrega sólo la hueca ausencia de lo que no será jamás.

Escribir es hacer precisamente lo contrario de lo que hacen la mayoría de los que escriben.

La civilización moderna no requiere para subsistir ni cualidades morales, ni inteligencia.
La rutina técnica de la actual civilización podrá durar indefinidamente, en medio de una mediocridad espiritual inverosímil.

Durante un período de estabilidad política, es decir, mientras se mantiene la hegemonía de un mismo partido, la vida política posee caracteres que nos esconden su naturaleza verdadera.
Sólo son reveladores los períodos de transición.
En efecto, un partido que dura en el poder no solamente pierde su asperidad belicosa y se civiliza, sino también, seguro ya de su predominio y de su sustento, comienza a admitir la importancia de problemas generales desprovistos de interés inmediato.
El partido de oposición, a su vez, consciente de su impotencia transitoria, sitúa, en el primer plano de sus preocupaciones, principios y exigencias de carácter especulativo, ya que la desnuda afirmación de sus ambiciones sólo lo desprestigiaría ante el público indiferente y debilitaría la buena conciencia necesaria a la plena eficacia del más escueto egoísmo político.

Las ideologías son aparatos bélicos, pero se construyen durante los períodos de paz social, cuando dura el marcado predominio de un partido.

Comer es el imperativo político auténtico.

La dificultad misma, de una empresa, que parece el mayor obstáculo a su éxito, es, al revés, generalmente su condición.

Un país sano es aquel que pueden gobernar tranquilamente unos imbéciles.
Un país que necesita gente inteligente está en plena decadencia.

Non satis est pulchra esse poemata, dulcia sunto, la literatura moderna lo olvida, ¿pero no bastará esto para que mañana la olviden?

Comprender es un acto irracional.
Una idea nueva, como un nuevo autor, se presentan como un recinto cerrado. Para introducirnos hay que brincar dentro de él.
El solo método posible es puramente exterior y consiste en brincar de recinto a recinto cercano, para llegar a los más lejanos recintos. No hay transición racional, ni deducción lógica.

La tradición occidental no se ha contentado con ver en la literatura una mera diversión o un hecho estrictamente estético: ha buscado allí, también, una disciplina. Quizá la discreta búsqueda de una ética sea la diferencia

básica entre el hombre cultivado y el hombre meramente instruido: erudito, técnico o sabio.

La cultura no es la suma de lo que se sabe, sino la transformación de lo que se sabe en actitudes, en reacciones, en reflejos.

La cultura es la afirmación tácita de la permanencia de toda cosa excelente.

La historia es instrumento de la cultura cuando relativiza lo actual, pero su peligrosa enemiga si una arbitraria y vigorosa afirmación de la ahistoricidad de los valores no la contradice y limita.

La historia es la herramienta con que las grandes inteligencias intentan eliminar las trivialidades que oscurecen las cosas nobles, y el instrumento con que los mediocres intentan minar todo lo grande.

El Estado es un monstruo, y la política no puede ser más que el arte de debilitarlo.
Que esta trivialidad de ayer no nos parezca sino una tontería burguesa, es la tragedia de hoy.

Nepotismo, tráfico de influencias, venalidad, fraude, son cosas que conviene defender ahincadamente, ya que en el Estado moderno son las últimas columnas de nuestra libertad.

La democracia es el sistema para el cual lo justo y lo injusto, lo racional y lo absurdo, lo humano y lo bestial,

se determinan no por la naturaleza de las cosas, sino por un proceso electoral.

En una democracia, todo lo que asume cierta forma jurídica determinada puede ser indiferentemente vedado o permitido.

La estadística es el verdadero instrumento de la servidumbre. Es la manera eficaz de reducir a la categoría de objeto, y de tratar como tal, al único sujeto evidente, al hombre.

La libertad no se percibe sino como hecho interno, es la forma que asume para el sujeto todo acto que percibe como propio, es la forma misma de la subjetividad.
Por lo tanto todo lo que nos lleva a ver al sujeto como un objeto, nos prepara a admitir recortes a la libertad.

El peor error consiste en no meditar suficientemente los lugares comunes.

La verdad siempre consiste en regresar a las evidencias de ayer, después de recorrer muchas leguas de senda tortuosa.

Alejar la tontería que nos obsesiona para reemplazarla por una preocupación digna y grave, es una exigencia que perpetuamente nos hacemos y una dificultad ante la cual perpetuamente sucumbimos.

Cuando todo nos es fácil, nos hinchamos de soberbia intelectual.

Indiferencia a lo trivial: virtud de severo aprendizaje.

Ni escribir una verdad, ni pensarla, bastan; toda verdad que no es carne, y huesos, y sangre, ¿en qué difiere de un error?

Contemplar no es abstenerse, es exigir una más amplia confirmación de nuestras ideas prematuras.

Aprender a morir; aprender a vivir: ¿no serán la doble faz de una única exigencia?

¿Es el miedo, o es una oscura rebeldía de seres inmortales, lo que nos aparta de la consideración de la muerte?

Nuestra experiencia está hecha de la suma de escasos momentos en que fuimos lúcidos.
No es sólo haber vivido lo que nos enriquece, como no enriquece al cajero del banco la suma que pasa por sus manos; es haber vivido lúcidamente, para que cada nueva experiencia modifique, transforme, ensanche, enriquezca la secreta sabiduría que germina en el alma.

Lo que hoy aprendemos no nos sirve para la idéntica dificultad de mañana, porque la esperanza nos engaña con su promesa de soluciones milagrosas.

Prepararnos para la derrota con la alegría que nace de la esperanza de la victoria, no sé si será un sano axioma estratégico, pero es excelente regla de vida.

Pasada cierta edad, no hallamos precisamente verdades nuevas; más o menos las conocemos todas; pero lo que sí varía incesantemente es el acento, la resonancia, la densidad de esas verdades.

En la guerra priman la violencia, la crueldad, la barbarie; en la paz, la astucia, el engaño, la intriga.
¿Será tan fácil elegir?

Cuando se piensa en lo que el racionalismo, desde la polémica de tipo voltairiano hasta la exégesis de Paulus, había hecho del cristianismo y de la vida de Jesús, la obra de Strauss, lejos de aparecer como una nueva acometida, más vigorosa y más grave, se presenta como el inicio de una nueva apologética, que prepara el regreso hacia una confirmación del dogma en términos de una filosofía distinta.

Intentar aislar una "esencia del cristianismo" es una empresa tonta; pero identificar esa "esencia" con cualquiera de sus formas históricas, es empresa tonta igualmente.

Quizá la culminación de las Geisteswissenschaften sea una teoría general de la dogmática, o mejor en alemán: Allgemeine Theorie der Dogmatik.

Oyendo hablar a "intelectuales" suramericanos, a veces pienso que la literatura no es para el suramericano pobre sino el sustituto de los viajes a Europa del suramericano rico.

Cuando oigo a dos suramericanos hablar de Europa, quisiera embarcarme, inmediatamente, para Australia.

Los ricos desacreditan la riqueza.

La eminente dignidad de la pobreza consiste en ser el impedimento para que la mayoría de los hombres manifiesten su vulgaridad.

Las ideas es lo único en el mundo que no puede poseer sino quien es digno de poseerlas.

Todo el mundo cree poder comprar un libro, si tiene el dinero suficiente.
Pero los libros saben muy bien que no.

El prójimo es irremplazable; su viga es la única manera de descubrir nuestra paja.

Lo que nos repugna en los demás debe hacernos temblar de espanto, porque sólo nos hieren los defectos de que somos implícitamente capaces.

Los defectos que no son, ni pueden ser nuestros, nos parecen tan sólo amables extravagancias.

El ridículo es nuestra caricatura; el excéntrico nuestro antípoda.

La vehemencia del apóstol traiciona un heresiarca virtual.

Nuestras polémicas sinceras no tienen jamás sino un blanco: nosotros mismos.

¡Admirable Eliot! ¿Algún poeta alcanzó jamás veracidad semejante?
Lo trivial parecía necesitar para ascender a categoría estética como una iluminación lateral: ternura, amor, sencillez, humor, transparencia de lo divino, etc.
El sólo toma lo trivial como trivial, concreto, denso, impuro, y lo clava en pleno cielo poético:

Or clasped the yellow soles of feet
In the palms of both soiled hands.

The Waste Land con sus notas –tentativa semejante a la reconstitución del texto de Lamartine partiendo de las notas de la edición Lanson.

Excesiva conciencia crítica de un poeta: anatomista distinguido que no sabe bailar.

El arte moderno recuerda al asno del apólogo que, cuando en fin aprendió a no comer, murió.

No ser un profesional de la literatura me procura el eximio privilegio de eximirme de la obligación de leer los libros de mis compatriotas.

Temor al sistema: ¿rechazo de cadenas y cepos, o astucia de nuestra desidia?

Rechazar todo sistema porque sospechamos su insuficiencia para abarcar la plena complejidad de lo real, es

anhelar la posición misma de Dios; y lo que, luego, nos induce a contentarnos con un impresionismo emotivo que nos mantiene en posiciones aún inferiores a las que, como hombres, pudiéramos asumir.

Toda filosofía auténtica se construye contra el escepticismo, y por medio de él.

La idea que nace como una iluminación y cuya evidencia refuta toda duda, carece de importancia filosófica. Su autenticidad no puede afirmarse sino cuando su evidencia encuentre una interrogación que la inquiete y que logre, sin embargo, asimilar. Toda evidencia que no muestre una secreta herida y como una especie de humana fragilidad, es apenas una afirmación impertinente.

El pensamiento no consiste en afirmar verdades, sino en vivirlas como vivimos un amor que todo contraría.

La historia de Alejandro, como la historia de la campaña de Italia, son los únicos temas que transportan al historiador mediocre más allá de su misma mediocridad.

Para comprender a un filósofo, lo importante es conocer su manera de dudar.

Lo que a un teólogo impaciente parece una embestida hostil, no es más, a veces, que la forma desesperada de una apologética desbordante de amor.

A lo que merece una glosa nuestros contemporáneos suelen consagrar un libro entero.

Dadnos, Señor, nuestro pan cotidiano, y nuestra evidencia cotidiana.

Lo trivial es lo que la inteligencia ha olvidado pensar.

La conciencia aguda, vívida, honda, de las realidades espirituales parece a veces arrastrar consigo una curiosa ingenuidad, una sorprendente puerilidad de la inteligencia.
Inversamente, una inteligencia rápida, ágil, despreveni-da, parece a veces implicar la ignorancia o el menospre-cio incomprensivo de esas realidades.
Parece que al hombre le plantearan un dilema irónico: o tener conciencia del problema careciendo de los instru-mentos para resolverlo, o tener los instrumentos care-ciendo de la conciencia del problema.

Somos tan pobres que la terquedad intelectual no es tanto perversidad, como temor de perder las convicciones, las verdades, que con tanta dificultad adquirimos.

Espiritualmente nadie nos puede enriquecer, y cada cual tiene que darse a sí mismo los bienes que puede poseer.

El epicureísmo vulgar es irrefutable, pero no es sino una acomodación al fracaso.

Si los demás supieran lo que cada cual, a veces, nos atrevemos a pensar de nosotros mismos, morirían de risa o de conmiseración.

No hay ser suficientemente miserable para anhelar cambiarse, sin residuo, en otro ser.
Así, una secreta ternura por algo de lo que somos, por algo tan ínfimo e imperceptible como se quiera, nos impide derrumbarnos dentro de nuestro propio vacío.

El conservatismo es el liberalismo del hombre inteligente.
Ya Burke fundó el conservatismo por ser el más inteligente de los Whigs.

El afán de los hombres por ser guiados, conducidos, redimidos, no se compara sino al odio que tienen por quien los guía, los conduce, los redime.

La historia es el campo de las verdades sutiles, y allí es, sin embargo, donde se instalan orondos, burdos, patanes, los filósofos de la historia.

Donde mejor se nota el eclipse de la ciencia francesa es en la prosa de sus escritores científicos. Ya para hallar libros mal escritos no necesitan los franceses cruzar el Rhin.

Desde que murió en Caprea el último aristócrata romano, sólo el patriciado veneciano y la oligarquía inglesa del siglo XVIII han conocido el gran estilo de la existencia política.

Quizá no haya vanidad más común, ni mayor, que la de sentirse cada día capaz de opinar libremente, autónomamente, como si lo que somos no nos hiciera apa-

recer ante quien nos conoce como una especie de máquina previsible.

Negarse por principio a ser consecuente consigo mismo es actitud meramente polémica, manera de escapar sistemáticamente a toda contradicción en que se nos quiera encerrar, pero actitud insostenible porque el reducido repertorio de postulados de cada inteligencia se revela implacablemente idéntico a través de los gestos desordenados de cualquier acrobacia dialéctica.

Quien tiene a los cuarenta años opiniones de adolescente es insoportable.
La impertinencia del joven es insegura de sí misma, mientras que la petulancia del hombre maduro no sospecha su inanidad.

La única crítica interesante es la negativa, y sólo adquiere plena importancia cuando es palpablemente absurda.

Retz, Saint-Simon, Chateaubriand, Tocqueville –la cordillera de las más altas cimas.

Exponer una idea discretamente, y callar, vale tanto como esconderla en un pozo.

Memorias y máximas parecen géneros netamente aristocráticos.

Es temible solicitar confidencias.
Desaparecida la necesidad de mantener cierta coheren-

cia social, el hombre destapa una botella que encierra mil demonios.

Nuestra tranquilidad egoísta exige que obliguemos a cada cual a representar impecablemente su personaje social.

El disfraz que reviste el hombre, cada mañana, para representar su consuetudinario papel en la comedia dell'arte permite sólo la coexistencia social sin excesivas sacudidas.

En filosofía sólo lo excesivo, lo extremado, tiene importancia.

La verdad parece más bien hallarse en una afirmación absurda, pero vehemente, que en una proposición rica de matices y de concesiones prudentes.

Quien teme lo absurdo carece de genio filosófico.

Sólo subsiste el sistema que desarrolla impertérritamente las conclusiones de un principio; la tentativa sistemática de coordenar verdades distintas y evidencias heterogéneas cae, pronto, en el olvido.

La injusticia con las ideas es, en filosofía, como la injusticia con los hombres en política, la condición del éxito.

¿Se escribirá para los demás?
Quizá no; si se tiene auténtica vocación. Pero si los demás no existieran, no escribiríamos.

El que cree en Dios no se halla jamás totalmente perdido en el mundo.
Aun lo absurdo adquiere una apariencia de sentido, si nos es dado considerarlo como determinado por una Voluntad.

Lo absurdo puro no es la contradicción lógica o ética, sino la existencia objetiva pura, el hecho que no ha sido postulado por ningún sujeto, ni esconde sujeto alguno.

Lo absurdo es lo que carece de causa –si la causa es la relación entre la voluntad y su objeto.

La causalidad científica es el método para establecer una clasificación interna de lo absurdo. Reduce la multiplicidad de lo absurdo a un absurdo único: la existencia. Y allí descansa.

Una filosofía existencialista pura es propiamente un contrasentido, porque toda filosofía parte implícita o explícitamente del sujeto, mientras que la pum existencia, la existencia bruta, es un atributo exclusivo del objeto.

El escritor que aconseja, ordena, prohíbe o profetiza, es el que arrebata y entusiasma; el que sólo observa no apasiona.
Pero aquél pronto cansa, mientras que éste nos interesa indefinidamente.

La verdadera crítica literaria no consiste en un discurso, sino en un adjetivo oportuno.

Angustia de mañana: Das Gesetz des Herzens hört eben durch seine Verwirklichung auf, Gesetz des Herzens zu sein. Denn es erhält darin die Form des Seins und ist nur allgemeine Macht, für welche dieses Herz gleichgültig ist, so dass das Individuum seine eigene Ordnung, dadurch dass es sie aufstellt, nicht mehr als die seinige findet. (Hegel: Phän. d. Geistes, 269).
No hay utopía que resista a tan lúcido argumento.

Wordsworth y Léautaud me parecen necesarios, ambos, a un sano equilibrio intelectual.

Saber parece, pronto, cosa vana.
Lo que nos interesa, lo que anhelamos, es la posesión de ciertas actitudes intelectuales y morales, más que la de mil objetos de conocimiento, eternamente distintos.

La ciencia no es, quizá, sino la ocasión de ejercer ciertas virtudes intelectuales.

Interesarnos solamente en lo que nos interesa no es una virtud sino cuando es una conquista.
Debemos primero someternos a lo que nos es extraño, tener humildad ante lo que se niega a nosotros, creer que la importancia de una cosa no depende de nuestra espontaneidad a atribuírsela.
Pero conviene, después, renunciar a todo lo que no nos sea íntimamente urgente e imprescindible.

La auténtica importancia de las cosas importantes que no nos pertenecen o nos son indiferentes, puede ser

recuperada en la importancia de lo que nos es propio, si logramos penetrarlo hasta sus más profundos estratos.

Nada en el mundo se pierde para nosotros, si tenemos una posesión profunda de una sola cosa.

En el mundo todo puede ser dado en cada una de sus partes.

La totalidad del universo existe tanto en el universo entero como en cada uno de sus aparentes fragmentos.

Creer que el universo es la suma de sus partes es sucumbir ante la ilusión de la multiplicidad.
Es prepararse a desesperar.
Es creer que una ley no es más que los ejemplos de la ley.

Al lado de la pintura china, la tradición pictórica de Occidente no parece sino una vulgaridad genial.

Todo pedagogo es un pederasta vergonzante.

Las teorías racistas del nacional socialismo no fueron sino una mitología, pero no insinúo que se haya tratado de un mero error, sino del perenne proceso que, en manos del pueblo, transforma toda doctrina en una estupidez.
Que una política biológica sea necesaria, si no queremos caer en abismos insospechados, el más corto paseo por una hacienda, entre rebaños, lo enseña.
La estupidez nazi no consistió en proclamar la urgencia del problema, sino en declarar que sólo el león (admita-

mos que de león se trataba) y las cualidades excelsamente leoninas debían ser preservadas, purificadas, exaltadas. La verdad parece aquí consistir en aceptar que coexistan con el león, tigres, panteras, elefantes, águilas y palomas, pero también en afirmar que es sabio buscar, la perfección de cada especie.
Reemplazar una doctrina de león con una doctrina de zoólogo.

La vieja sociedad poseía el tacto del campesino viejo que sin agrónomos, ni libros técnicos, ni estadísticas, procedía a hacer, lentamente, lo que la razón exige.

La vieja sociedad estaba organizada para permitir y favorecer lo excelente, la nueva sociedad para colaborar a la producción de lo mediocre.

Lo terrible de los errores modernos es que, tarde o temprano, atroces violencias los extirparán.

Cierta sana razón biológica a que la vieja sociedad se sometía –sin que fuese necesario ejercer mayor violencia–, por el solo juego de sus instituciones y de sus costumbres, requerirá para restablecerse mañana, cuando su urgencia sea ineludible, una frialdad quirúrgica que me espanta.

La literatura española guarda en todos sus rincones, imborrable, el eco de cierta risa eclesiástica con sus chistes escatológicos.

El pasado de los reaccionarios es seguramente idealizado; pero, en fin, en ese pasado de fantasía hubiese sido delicioso vivir.
Al contrario, más que el futuro que podemos ya prever, lo que asusta es el futuro idealizado de nuestros profetas progresistas.
De nuestro futuro probable lo más angustioso es que hasta su mismo ideal repugne.

Error. Verdad. Categorías, quizá, subalternas.
Una estupidez del siglo XVIII posee una gracia que la redime, una elegancia discreta que la rescata parcialmente de la superficialidad a que inclina; un error del siglo XIX tiene un peso, una riqueza, una abundancia, una seguridad conmovedoras; pero aun nuestros aciertos son desolados.

En nuestro tiempo las instituciones no tienen por función la protección del individuo contra el Estado o contra otras instituciones; sino la preparación más eficaz de su sumisión.

En la historia de la psicología el "progreso" consiste en la eliminación sucesiva de toda teoría que haya sido considerada como definitiva.

La pasión de envilecerse no puede subyugar a nadie que no tenga la nostalgia de una infinita pureza.

La importancia de no considerar sino problemas severamente limitados no depende de la importancia de la solución posible de esos problemas, sino de la extrema

probabilidad de encontrar en esas soluciones, halladas a grandes profundidades, indicaciones propicias a sugerir maneras nuevas de buscar soluciones a problemas intrépidamente generales.

No entiendo cómo los que no rechazan, de plano, toda la civilización moderna, los que vislumbran en ella los gérmenes de un cumplimiento feliz, pueden no ser marxistas.

Para refutar una doctrina no hay argumento comparable a la historia de su triunfo.

No llamo inteligente a quien confirma mis prejuicios, sino a quien los denuncia y me ayuda, así, a descubrirlos.

Todo poder legítimo es un poder fundado sobre una concepción religiosa.
La "legitimidad" es la forma política de lo sagrado.

Quizá el error de Dilthey consista en no haber considerado la filosofía como uno de sus Sistemas de la Cultura, habiendo implícitamente pensado que su función se agotaba al desempeñar su papel epistemológico.
Que la filosofía funde todo conocimiento y se funde, a su turno, a sí misma, es la noción de que carece el pensamiento diltheyano.

Las muchedumbres no son fanáticas, sino impulsivas. El fanatismo requiere, previamente, tenaces meditaciones y un intenso amor de las ideas.

El fanatismo es la forma que asume la inteligencia perdida dentro de sus propias obras y que no alcanza, así, a adquirir esa conciencia de su naturaleza propia que la separa de lo que meramente hace para que sólo atribuya importancia a su pura esencia.

Verdad o error no son sino los más vulgares productos de la inteligencia.

Ni el que no ha sido tentado por el comunismo, ni el que ha sucumbido a la tentación, me interesan.

Un humanista cristiano es concebible; no sé si lo sea igualmente un cristiano humanista.

Cuando se presenta la ocasión de hacer alguna bajeza, el colombiano rara vez la desperdicia.

De el cristianismo como "escándalo": el incrédulo vulgar tropieza contra el "escándalo", se indigna y se aleja; una minoría más sutil se aparta porque precisamente no ve "escándalo", sino un hecho complejo que la historia alcanza a explicar.
Sin embargo, lo que a mí me conmueve allí es que simultáneamente sea y no sea "escándalo".
El cristianismo no tiene sentido fuera de la historia religiosa de la humanidad, ni solamente dentro de ella.

La belleza de la figura de la Virgen proviene, a la vez, del cortejo sagrado de diosas vencidas que evoca o sustituye, y de la manera como las trasciende.

El culto cristiano nace en las cavernas paleolíticas, y la teología del australiano o del pigmeo es, tanto como la teología alejandrina, piedra sillar de la catedral católica.

La teoría de la revelación como bloque doctrinal heterogéneo, independiente, aislado, pertenece a un conjunto de sistemas pedagógicos para los cuales las ideas pasan de un espíritu a otro espíritu como un objeto material de unas manos a otras manos. Toda revelación exige una lenta maduración de las almas, una preparación autónoma del espíritu, una evolución convergente creadora de similares apetitos intelectuales; sin precursores no hay advenimiento de mesías.

Para percibirlo no basta la presencia del objeto, se requiere el órgano de percepción; y, más aún, la voluntad de percibir que encauza la atención y prepara el acogimiento.

Después de leer varios libros de memorias es inevitable concluir que toda vida que no ilumina una gran inteligencia es trivial e inútil.

Las novelas de nuestro tiempo que han de perdurar, que ingresarán mañana en la historia literaria, ¿serán aquellas escritas con ambiciones artísticas, o más bien ciertos relatos de aventuras –quizá ciertas novelas policiacas– cortos, bruscos, escuetos, agudos?

Escritor sin talento; eunuco enamorado.

Toda ética lógica es absurda.

Lo que la razón puede agotar carece de vida.

La obra de Sade es la única tentativa coherente de construir un universo rígidamente vacío de las tres Virtudes Teologales.

El universo de Sade es el universo de la absoluta "finitud".

Sade no pertenece al infierno, sino a un mundo sin futuro, sin pasado, sin presente, a una especie de eternidad abstracta, como a un tiempo mineral.

El universo de Sade pertenece al género de los universos "utópicos": es el universo después de la muerte de Dios.

La sexualidad pura, en sus límites extremos, profiere una acusación teológica y plantea un problema de rivalidad religiosa.
La religión tiene que someter o que utilizar la sexualidad, pero no puede abandonarla a sí misma.
La sexualidad es el refugio del hombre desposeído de Dios, el último recinto donde su desesperación se encara contra la divinidad que lo abandona.
Allí es donde moran las larvas sin nombre que los espíritus infernales mismos miran con pavor, ya que carecen aún de las pasiones a que ellos sucumbieron y que son, en su esplendor oscuro, la marca indeleble de su origen luminoso.

Cuando nos acercamos a los extremos del alma humana, demonología y angelología son las espontáneas categorías de la inteligencia.

No somos ante Dios responsables de nuestros solos actos; lo que somos es quizá el mandato más grave que hayamos recibido.

Que si Dios no existe, haya un deber cualquiera, es una tontería.
Pero –podrán decirnos–, y si evidentemente el deber existe ¿qué hará usted? Lo que ustedes sugieren: obedecer; porque si un deber existe, Dios existe.

¿Qué llamamos Dios? El hecho fundamental que, si aun el mundo no tiene sentido, yo pueda decir eso: que no lo tiene.

Si el mundo no tiene sentido, basta que pueda decir yo que no lo tiene, para que mi sola protesta en el mundo anule la proposición hipotética de que parto.

La personalidad de Dios no es más que la imposibilidad de concebir el sentido del mundo como inferior a la miserable personalidad del hombre.

Toda constitución política es buena, si logramos hacerla durar.

La peor estupidez política es la reforma de una Constitución, porque basta la vida, y el uso y el desgaste, para hacer las modificaciones urgentes.

Las reformas sólo acarrean nuevas reformas, ya que el solo hecho de un cambio intencional sugiere cambios indefinidos. La inestabilidad, la inquietud, lo transitorio, lo provisional, viene a constituirse en atributos fundamentales de la estructura social.

Que toda política implique una idea del hombre, como decía Valéry, es evidente; pero lo que es fundamental es que toda política implica una idea de Dios.

Roma de Augusto; Francia de Luis XIV: las épocas de grandes establecimientos imperiales son como la respiración tranquila, serena, lenta, sana, de un amplio pecho de atleta.
Nosotros ya ni sabemos lo que es eso.

La filosofía moderna no es más que una serie de apéndices al pensamiento kantiano.

Comprender el tremendo poder social de las ideas más abstractas parece imposible cuando vemos la indiferencia animal de la gran mayoría de los hombres y pensamos en la penosa labor cotidiana que los aleja de toda actividad desinteresada.
No hay más explicación plausible que la extraordinaria eficacia social de las minorías.
Basta que unos pocos piensen para que el ambiente social se modifique. Los gestos que la muchedumbre imita, los ademanes que copia, las actitudes que simula, son productos subalternos pero auténticos de ideas sutiles y abstractas que ignorará siempre.

El peligro del pensamiento solitario, del pensamiento sin diálogo, del pensamiento que no se engendra en plena justa dialéctica, es el de satisfacerse con verdades demasiado generales.
Sólo la dialéctica viva es creadora de matices.
La precisión surge de los retoques, las concesiones, los adelantamientos mañosos, los retrocesos prudentes, las negaciones implícitas, las afirmaciones limitadas.
Toda verdad en su prístino candor y en su inocencia mañanera parece más amplia, más vasta, más fecunda, de lo que es auténticamente.
Toda verdad "imperializa" como un arbusto vigoroso, y sólo la dialéctica la poda.

La historia es una creación de la conciencia "conservadora".
Cuando la embestida revolucionaria la despierta, la conciencia "conservadora" asciende a la Selbsbewusstsein y comienza a conocerse como una manera autónoma de pensar el mundo.
La elaboración de sus categorías es lenta, porque le es cómodo ceder a la tentación de erigir como sistema propio un mero repertorio de proposiciones escuetamente antagónicas al sistema revolucionario. La historia, sin embargo, con toda su riqueza de matices y de tintes, es el sistema que oscuramente busca, y que al fin encuentra. Para aparecer requiere, así, una estabilidad social que la revolución inquieta, pero que la inercia de los hechos aún mantiene. Bastará, luego, un período de marcada mutabilidad, de transición permanente, para que la conciencia "conservadora" se perciba como actitud obsoleta y arrastre, en su ocaso, la conciencia de la historia.

Sin vanidad, no hay obra intelectual posible.

Dejar de creer en la importancia de lo que pensamos, nos lleva a dejar de pensar.

Conviene pensar mucho durante nuestra juventud, cuando mil apetitos nos empujan, para adquirir ese hábito de pensar que nos hará seguir pensando durante nuestra vejez, cuando toda pasión ha muerto.

La ciencia busca la transformación de la vida en ideas, y la historia busca por medio de las ideas la recreación de la vida.

A medida que la posibilidad de hacer tal o cual acto se aleja de nosotros, grandes bloques de pensamientos naufragan, para nosotros, en una total insignificancia.

Quizá nada me haya inquietado y exasperado tanto como el hecho de que la vida parezca no tener más objeto que la vida.

¡Vivir para vivir! ¿Sin que sea posible erigir en la orilla del tiempo un santuario dedicado a dioses gratuitos?

Quizá no sea la pura mediocridad lo que a muchos calla, sino el hallarse infinitamente cerca –pero más acá– del límite mismo de la pura excelencia.

Los placeres de la inteligencia nos son dados, a nosotros los que logramos percibirlos sin poder participar en ellos, como una maliciosa tortura.

La sola nobleza que nos es dada consiste en no negar la auténtica grandeza.

Los trabajos del perfeccionamiento moral pueden sólo consolarnos de carecer de los nobles dones de la inteligencia.

Extirpar un defecto o someter un vicio puede ser el único pasatiempo que nos queda.

La vida activa sirve para embrutecer y la vida moral para consolar a quienes no participamos en la vida de la inteligencia.

Escribir es la mejor manera de impedir que nuestros fugaces momentos de lucidez, que los días que hemos logrado ocupar noblemente, se confundan con las irremediables trivialidades de nuestra vida y fluyan, perdidos en su curso, hacia el olvido que merecen pero que rechaza, en nosotros, una ansia secreta.

Escribir es destacar un valor para que la vida lo arrastre con menos facilidad hacia el olvido.

Estas notas no aspiran a enseñar nada a nadie, sino a mantener mi vida en cierto estado de tensión.

Luchar para salvar o para imponer una idea es cosa relativamente fácil; lo difícil es luchar para salvar, en nosotros mismos, algo así como una pura capacidad de ideas.

La dignidad de quien sospecha lo que es la inteligencia no consiste en nada distinto de mantenerse en perpetua disponibilidad, para que la inteligencia que le es negada aparezca como un injusto rechazo.

Nuestra dignidad consiste en mantenernos siempre dignos de poseer los dones intelectuales que nos han sido negados.

Al refutar las ideas de un filósofo, generalmente lo que se refuta son las ideas que el curso de la historia ha venido a designar con los vocablos de que aquel filósofo usaba. En otros términos, lo que se refuta son las ideas de hoy.

Todo libro escrito con claridad es de un precio infinito aun cuando no diga sino estupideces.

Un autor que expone con claridad sus equivocaciones, sus errores, sus incomprensiones, nos ayuda más que el que proclama confusamente una verdad.

Todo error que no haya sido analizado y descompuesto en sus partes constitutivas nos es una amenaza de fracaso.

A los dilemas abruptos que plantea el espíritu, la historia contesta con soluciones que los esquivan y los burlan.

La sanidad de la inteligencia se paga generalmente con la insipidez.

Sólo en los espíritus malsanos y estadizos las ideas en descomposición se elaboran en extravagantes maravillas.

Estamos llegando a tales extremos que procesar a nuestro tiempo no es ya prueba de inteligencia lúcida, sino de sencilla y elemental honradez.

Hay un enriquecimiento superficial de los idiomas que consiste en la profusión de nuevas palabras, y un enriquecimiento profundo que les da como una nueva densidad y que promana de la adquisición de nuevos matices por las mismas palabras.
La anfibología es una dimensión del espíritu.

Una palabra más añadida a nuestro vocabulario es una nueva amenaza de facilidad verbosa, mientras que el nuevo matiz conceptual de un viejo vocablo es el hallazgo de un aspecto del mundo previamente inaccesible.

El fracaso de la ideología "liberal", "progresista", "radical", "humanitaria", "burguesa", promana de su total incompetencia religiosa.
Porque ignoran las categorías religiosas, la sociedad se deshace en sus manos cuando gobiernan y las ideas se licúan en su cabeza cuando piensan.

La fuerza del comunismo, de las ideas "revolucionarias" en general, nace del contacto íntimo que mantienen con los más hondos estratos del alma, allí donde terror, angustia, esperanza, entusiasmo, confundidos aún, indiferenciados aún, participan todavía de la vasta penumbra religiosa.

Las frases de Comte son pesadas, pegajosas, embarazadas, y sin embargo en el preciso momento en que nos

creemos enredados en ellas su significado brota, perfectamente claro, nítido, preciso.

Resignarse ante el misterio no es una actitud religiosa, sino el preludio del agnosticismo positivista.
La actitud propiamente religiosa implica una especie de atrevimiento sacrílego, un arrojo casi impío, un esfuerzo incesante para penetrar en el misterio, para conquistar fragmentos de razón en esas tinieblas, para avanzar, cargados de preguntas indiscretas, henchidos de interrogaciones absurdas, hacia las últimas penumbras del templo.

Quien tenga cierto desprecio por la naturaleza humana o cierta desconfianza en ella, o solamente quien la mire con ironía, no deja de ser, cualesquiera que sean sus ideas, sus propósitos o sus razones, en cierta manera cristiano.

El problema angustioso no es que a la verdad se oponga el error, sino que a la verdad se opone un error henchido de verdades.

Sin duda los problemas que hoy nos ocupan son los mismos de que se ocupó Platón.
Tal vez la historia nos dé más variadas maneras de formularlos, pero se trata siempre de los mismos y es posible traducir las distintas fórmulas, las unas en las otras, sin residuo alguno.
La problemática esencial del hombre no varía, y no hay solución que nos permita declarar un problema definitivamente obsoleto. Sin embargo, ni la inalterabilidad del problema, ni nuestra obstinada consideración, deben

transformarse en tópico para probar la vanidad del pensamiento filosófico.
De la consideración repetida, de la meditación incesante, de la reflexión incansable y aplicada, promana para el espíritu un enriquecimiento indefinido, una adquisición de densidad, una lenta acumulación de sustancia.
La obra propia de la filosofía es una vida y no un conjunto de recetas.

Parece que el convencionalismo convenga a los idiomas históricos, pero que haya una especie de idioma "natural", cuya función propia sea la de permitirnos hablar verídicamente de las cosas.
Desde el Cratylo, que sospecha, a través de Leibniz, que formula, hasta la ciencia moderna –física, matemática y lógica simbólica– que intenta, la "science, langue bien faite" de Condillac realiza un atisbo platónico.

El error del marxismo consiste en sostener que toda idea hace parte de una estructura ideológica.
Inversamente su mayor mérito es el de habernos enseñado que la estructura ideológica es fundamental.
La mayoría de las "ideas", de las "opiniones", en la gran mayoría de los hombres, y aun una porción considerable de aquéllas de los hombres más fríos, más imparciales y más desinteresados, son puros fragmentos ideológicos; pero la posibilidad de una idea por contraposición a una ideología es un hecho que la abundancia de Idola no sofoca.
En otros términos, hay que concederles a los marxistas que tienen razón, si nos permiten eximir a Marx, por ejemplo, de ese condicionamiento.

Las consideraciones sociológicas en arte sólo sirven para permitirnos hablar cuando no tenemos nada que decir.

La literatura americana deja de ser literatura cuando comienza a ser americana.

Para durar, el odio requiere la ausencia de nuestro enemigo.
Ante la presencia corporal, ante esa miserable realidad de carne y de huesos, ante ese lamentable e inerme objeto que el universo entero amenaza y oprime, no sé cómo no sentir que nuestro odio se transforma en conmiseración infinita.

¡Enemigos de Dios! –¡extremo de comicidad!– si basta un átomo de grandeza para ignorar la posibilidad de un enemigo.

Enervantes como insectos con su irritante zumbido y su pertinaz insistencia, la defensa que les oponemos es medida higiénica; nuestra hostilidad conviene reservarla a más nobles adversarios.

El gesto que nos indigna, la actitud que nos repugna, si pensamos en qué pobre suelo han germinado, qué vida triste, opaca, estúpida, los determina, ya parece que no basta nuestra indiferencia, y que a nuestro peor enemigo debemos aun la ayuda de nuestra más vigilante caridad.

Un alma bien nacida no sabe odiar a su superior, sino admirarlo, ni a su inferior, sino tenerle compasión.

Nuestros odios son la exacta medida de nuestro rango.

Los señoritos consentidos, viejos y arruinados, esos pequeños Catilinas de la vida privada, son el más repugnante producto de la decadencia burguesa.

Los comunistas no conocen bien a la burguesía capitalista; si la conocieran bien, la odiarían mucho más.

No es que la burguesía tenga vicios nunca vistos o bajezas insospechadas, no, todo le es común con el resto de la humanidad, menos su singular incapacidad de nobleza.

Pasados los años, una catedral o un palacio excusarán ante un rabioso radical, en sus momentos de lucidez, al feudalismo medieval o al absolutismo decimoséptimo; pero un barrio residencial, en una zona suburbana, ¿no bastará para refutar cualquier retórica justificativa de la sociedad burguesa?

La estética del marxismo es como la repetición de ciertas tesis de Taine por un discípulo más sistemático y menos inteligente que su maestro.

La mujer más tonta es capaz, cuando quiere, de una delicadeza moral, junto a la cual el hombre más inteligente es un patán.

Toda conversación que limitan consideraciones personales nos hace parecer más tontos de lo que somos.

Negarse a lo inevitable es la raíz del ridículo, y la fuente de toda nobleza.

Horror de girar, como un animal enjaulado, dentro del recinto de mi propia inteligencia.

Trivialidades distinguidas ¿lograremos eso sólo?

Cuando se vive para pensar, peligramos simular un pensamiento que nos huye.

Toda profesión tiene su hipocresía específica.

El hipócrita más lamentable no es el que intenta engañar a los otros, sino el que sufre de engañarlos y, sin embargo, no puede renunciar a simular, perennemente, las obligaciones que asumió.

La hipocresía no es, a veces, sino un alto sentido del deber profesional.

La sinceridad puede ser, tan sólo, la más cómoda manera de violar compromisos solemnes.

Hay la verdad del instante, pero también hay la verdad de toda una vida.

La hipocresía abominable es la hipocresía metódica, no la hipocresía que nuestra debilidad impone como una escapatoria momentánea.

Nadie sabe exactamente si al justificar un vicio lo hace por conveniencia propia, o por benevolencia con el vecino.

Vivir es un placer que la vida nos rapa de las manos.

La felicidad es ese estado que vacila sobre el borde del aburrimiento.

Odiar sinceramente los defectos del espíritu, o los vicios, es cosa peligrosa, porque así creemos no tenerlos. La sinceridad de nuestro odio nos parece suficiente prueba de nuestra indemnidad.

Ni el amor ni el odio indican nada.
Podemos amar lo que precisamente no somos y odiar lo que precisamente somos.
O inversamente.

La lucidez conturba el alma.

Los problemas estéticos no los ha resuelto nunca una teoría, sino una obra de arte.

Una vejez tenazmente inclinada sobre las promesas que el adolescente se hizo a sí mismo, es un espectáculo admirable.

El lugar más humilde es el centro del mundo, si allí reside una inteligencia vigilante.

No hay convicciones sólidas, sino doctrinas rígidas y compactas.

Las aristas de las palabras, la estabilidad de las estructuras sintácticas, sugieren una firmeza de principios, una continuidad de convicciones, que el alma, incapaz de traducir sus ondulaciones, sus vacilaciones perennes, muda, amordazada, silenciosa, no sabe desmentir.

Toda afirmación, como todo rechazo y como toda reticencia, siempre exagera e involuntariamente traiciona.

¡Sequedad! ¡Sequedad!, hay momentos en que aun los Mérimée parecen elocuentes.

A toda frase que comienza a bailar hay que romperle el fémur.

La filosofía de la historia de los ensayistas españoles consiste en pegar adjetivos a un manual elemental de historia.

Un libro que demuestra, cansa; un libro que no demuestra, aburre.

La conversación de un hombre bien educado es la materia que elabora la tradición central de la prosa francesa.

No hay quien no descubra, de pronto, la importancia de las virtudes que más ha despreciado.

Resonancia de una palabra imprudente: el laberinto de las almas es tan rico de sendas y de secretos corredores que el más leve murmullo puede despertar mil vuelos de murciélagos dormidos.

No hay vida inocente.

El pecado es la sustancia de la vida. El sentimiento de culpabilidad no es más que el conocimiento que el hombre adquiere de sí mismo.

El cristianismo no inventó la idea de pecado, sino la de perdón.

Lo monstruoso del cristianismo no es lo que exige del hombre, ni lo que niega a la naturaleza humana, ni siquiera la sumisión a que reduce la inteligencia, sino la maravillosa extravagancia de sus promesas.
El cristianismo es el optimismo más desatado que el hombre conozca.

Nuestra miseria, bastan nuestros ojos para verla; pero el perdón, la redención, la gloria, ¡qué insensato anhelo revelan, en qué extravagante confianza se fundan!

El cristianismo colma de manera tan perfecta los anhelos humanos, que el hombre no ha podido ser su inventor.

A lo que odia el enemigo del cristianismo es a su propia duda.

El ateo es un imbécil o un creyente sin humildad, ni paciencia.

No querer enseñarle a Dios cómo se hacen las cosas es el origen de la sabiduría.

Los políticos modernos se creen los epígonos de Dios.

Todo hombre moderno es candidato al trono vacío de la divinidad.

En las épocas en que Dios muere, el hombre se animaliza.

No debemos hacer nada inferior a lo que podemos hacer, ni pensar nada inferior a lo que podemos pensar.

El optimismo político es, en nuestros tiempos, pródromo de la parálisis general de la inteligencia.

Se puede decir Alejandro, o Dante, o Pascal, o Goethe, y se puede decir simultáneamente: Santa Teresa.

La política comunista tiene la tendencia a sacrificar el hombre de hoy a la sociedad de mañana, mientras que la política socialista tiende a sacrificar la sociedad de mañana a la inmediata comodidad del hombre de hoy. La primera culmina en tiranía y la segunda desemboca en la miseria.

Tanto la demostración de Drews, como la de Couchoud, son válidas: la crítica independiente fracasa al intentar par-

tir del hombre histórico Jesús para explicar la figura del Cristo. Pero la operación inversa que ambos intentan: partir de un dios para llegar a un Jesús puramente ahistórico, mítico, puede rechazarse con los mismos argumentos que allá emplearon.
¿Qué subsiste?
Probablemente la cristología.

¡No!, lo que el genio hace no es inútil.
Pero ¡cuánto genio es necesario para lograr en el mundo el más leve gesto de nobleza!

La idea de la muerte nos oprime y conturba; pero sin la muerte, sin la espesa zona de penumbra en los bordes de la vida, sin esa región ignota y misteriosa, ¿cómo soportar la vida?, ¿cómo tolerar la repetición sin término de las trivialidades que conocemos?; allá, el sueño de vagas esperanzas se agita; allá, la imaginación promete el secreto cumplimiento de promesas abolidas; allá, el anhelo, quizá, desemboca locamente en una eterna mañana luminosa.

¡Confianza en la vida!; ¡no!, confianza en la muerte.

La vida no cumple sus promesas; quizá la muerte no cumpla sus amenazas.

Con la belleza fugaz de ciertos momentos quisiéramos elaborar la sustancia de la eternidad.

Las mañanas, la infancia, los primeros resplandores de la gloria, ¡ah!, si pudiéramos detener nuestros pasos ante la línea de sombra de los pórticos.

La inteligencia es lo único que esperamos salvar de la podredumbre en que la vida se licúa.
No hay más grano que el espíritu, promesa de grávidas espigas.

En la faz envilecida, en la vulgaridad de los gestos, una fealdad física irredimida traiciona a quienes amaron con exceso su cuerpo enorgullecido de su huidiza juventud.

Los únicos autores de segundo orden que soportan la lectura son los franceses.
Un alemán de segundo orden es totalmente ilegible.

Comparada a la prosa de Platón, toda prosa es vulgar, pesada y bárbara.

El momento que sucede al fracaso: el momento que precede el triunfo: cuando la vida humana parece rozar una divina presencia en el seno de las cosas.

La única ética que no requiere discursos es la ética de la magnanimidad.

La generosidad de las grandes almas es la meridiana plenitud del espíritu, el instante sin sombras.

La doctrina política que sólo se proclama y refuta es insuficiente. Sin justificación previa de la actitud que se rechaza toda afirmación es trivial.

Ser indiferente sin cinismo, y apasionado sin entusiasmo.

La única tiranía eficaz es la que se ejerce en nombre de la libertad.

Sin afirmación del destino, es decir, sin teoría religiosa del hombre, no hay manera de explicar los errores patentes, las opciones nocivas, las situaciones que el hombre claramente elige y que claramente lo destruyen.

El adversario honesto es el único testigo lúcido de una doctrina.

El socialismo es la filosofía de la culpabilidad ajena.

Que todo problema dependa de una estructura social, nos deja, de un golpe, deliciosamente justificados y redimidos.

El socialismo es la teoría de quien no se atreve a acusarse a sí mismo.

La actitud socialista anula toda literatura posible al trasladar el conflicto fuera del personaje.

Todo relato de conflicto externo pertenece al género zoológico.

La seriedad, la profundidad, la nobleza del problema comunista no tienen sentido sino dentro de aquellos universos que definen postulados contrarios a los postulados comunistas.

La auténtica grandeza del comunista exige para manifestarse que su adversario la defina. Las tesis comunistas vulgarizan las actitudes de sus defensores tanto como las de sus adversarios.

El afán de la acción reduce la conciencia a un repertorio trivial de motivos favorables a su empeño.

El anhelo de eficacia de cada acto aislado prepara la destrucción del hombre.

La vida permanentemente nos soborna. Todo lo que nos es dado es precio de nuestro silencio. Cada una de sus dádivas es pago de una traición pasada u obligación a una traición futura.

Nuestra lucidez define metas que nuestra cobardía se jura no alcanzar.

El hombre carece menos de ciencia que de osadía.

El desposeimiento es condición de toda lucidez fecunda.

Ser el diablo es, en el fondo, una gran tontería.

Toda meditación es diálogo con algún muerto.

El ascetismo, más que un proceso ético, es propedéutica de la razón.

La retórica acecha toda idea que trasciende los límites de una frase.

Nada cuesta tanto al escritor como la resignación a sus cualidades.

Nuestros defectos nos conmueven deliciosamente.

Lo que nuestra conciencia crítica nos obliga a borrar es lo que hemos usualmente escrito con nuestra más satisfecha sonrisa.

De un libro corregido sólo merece subsistir lo que escapa a nuestra aprobación inmediata.

La vanidad nos hace borrar lo que la vanidad nos hizo escribir. De todo libro publicado los padres auténticos son la desesperación y el cansancio.

El orgullo de un autor es inversamente proporcional a la abundancia de su obra.

La frase debe concluir cuando la tensión verbal adquiere su máxima intensidad, ola petrificada cuando se eriza, no cuando se explaya sobre la arena.

El que no calla sólo desprecia a medias.

¡Haber sacrificado todo a sí mismo, para sólo escuchar al acercarnos al velo del santuario el gruñido legendario!

El cinismo político logra efímeramente sus propósitos inmediatos destruyendo la frágil estructura ética que la humanidad laboriosamente construye.

El teatro es la literatura de los iletrados.

Dar los temas, para que otros prediquen.

Autores de libros que el grueso público evita y que el lector cultivado desprecia, sólo les queda fingirse dueños de una excelencia que no alcanzan y proclamarse indiferentes a una popularidad que los huye.

La prolijidad no nace de la abundancia de palabras, sino de la carencia de ideas.
Seres cuyos monosílabos son verbosos.

Todo acto simple es la manifestación empobrecida a que se resigna una multiplicidad de motivos diversos.

En la algazara de la feria, quien se respeta calla.

Las verdades más sutiles requieren más palabras. Su contexto es menos familiar.

La pompa no falsifica si la reservamos para las ideas de días feriados.

Hay una retórica de la sencillez que quiere sugerir con su sobriedad la misma falsa riqueza que la retórica oratoria con su abundancia.

Para manifestar la verdad requerimos el empleo vigilante de todos los medios que usualmente sólo sirven para falsificarla.

Todo método es el artificio de una inteligencia que se apresta a dormir.

Filosofía "pointilliste": se pide al lector que gentilmente haga la fusión de los tonos puros.

Toda paz se compra con vilezas.

Las teorías políticas del siglo XIX consistieron en la demostración de la inanidad patente de los embelecos constitucionalistas. Tanto Joseph de Maistre como Marx refieren a estructuras sociales lo que el pensamiento liberal imaginaba acto puro de la voluntad humana. El eco de esos ciento cincuenta años de elocuencia política es, en el siglo XX, una carcajada entre ruinas.

Tan repetidas veces han enterrado a la metafísica que hay que juzgarla inmortal.

Vivir nuestra vida de ayer con nuestra conciencia de hoy.

Transformar en norma ética la idea de servicio es la más segura manera de abolir todo noble empeño. La mediocridad de los hombres y la trivialidad de la existencia exigen que sólo perdure la afirmación inútil y gratuita.

Todo lo que requiere una justificación social es trivial o estúpido.

La pasión que dura es la construcción que edifica una voluntad paciente sobre los cimientos de la sensualidad.

El amor es un capricho que la voluntad transforma en método y norma.

Un gran amor es una sensualidad ordenada hacia un solo objeto, enriquecida por una contemplación minuciosa, y disciplinada por una meditación carnal para asumir e integrar la totalidad individual y concreta del objeto.

El verdadero amor no es amor de atributos, sino de seres. El ser amado no se analiza en cualidades y en defectos; todo en él es amable y todo amado. Lo que es defecto para una mirada indiferente es, en quien amamos, una nueva razón de amarlo.

Todo amor comienza amando lo que prefiere para terminar prefiriendo lo que ama.

Un amor triunfante es la fruta milagrosa de un germen que el azar siembra, la razón cultiva, la paciencia protege, acalla, labra, y la sensualidad cosecha.

El hombre es tan vil que sufre más cuando el ser que ama lo abandona que cuando su propio amor fenece.

La sensualidad es el origen del amor y su cumplimiento supremo.

El amor es una lotería, donde no es imposible hacer trampas.

Hay una grandeza que la ambición sólo alcanza y una grandeza concedida a la resignación sola.

El hombre está hecho tan naturalmente para la felicidad que sólo adquiere conciencia de ella cuando la pierde.

No hay peor error que el de creer a todo hombre virtualmente capaz de todo aquello de que la especie humana es capaz.
La humanidad no es la repetición indefinida de un mismo tipo, sino una pluralidad quizá ilimitada.
Toda filosofía política que parte de la definición específica del hombre fracasa necesariamente, sea porque exige de todos lo que a pocos conviene, sea porque suprime en muchos lo que excede a la definición de que parte.
Doble tiranía democrática.

La naturaleza humana no existe. Lo que funda al hombre en su calidad de hombre no es una naturaleza, sino una voluntad.
Sobre los cimientos de la animalidad, el hombre aparece cuando una norma de vida, una voluntad de estilo, disciplinan y organizan sus actos.
La tarea que el hombre se propone, la obligación a que se somete, la evidencia moral que lo subyuga, extraen de la naturaleza animal la humanidad virtual que allí yace.
No solamente es el hombre lo que es su exigencia, ante todo el hombre es una exigencia.

Una doctrina severa y una práctica amable, he aquí, no la fórmula de la hipocresía, sino el secreto de toda civilización antigua, rica, madura.

El amor es un sentimiento que puede nutrirse con el jugo de plantas venenosas.

En política sólo las doctrinas ilógicas son sanas y fecundas.

El éxito de decisiones asumidas a despecho de toda indicación de la razón no revela, en quien así se arriesga y triunfa, una facultad misteriosa de intuir evidencias demasiado sutiles o complejas para la razón.
Lo que, en verdad, acontece es que la situación total, de la cual el éxito depende, no se determina completamente sino cuando se realizan la decisión y el acto, que son luego parte constitutiva de la situación misma. Así la calidad del acto, su atrevimiento por ejemplo, determina en parte la calidad de la situación.
El éxito del acto depende del hecho de haber contribuido a construir la plenitud concreta de la situación.

Todo lo que hace la humanidad parece, en ciertos momentos, ser sólo la empresa desesperada para disipar la aburrición que la sofoca.

La vida es demasiado corta para escuchar con cuidado las variaciones melódicas de un error patente.

La alteración de las relaciones económicas origina un cambio, pero sólo una ideología lo enrumba, lo plasma y lo define.

La crítica literaria alemana, en general, comprende admirablemente, pero ignora u olvida que la definición de un valor concreto se completa sólo con la difícil determinación de su rango.

Toda estructura es una experiencia elaborada.

Desconfiemos de la obra de arte que nos seduce sin resistencia, de la que no halla ante sí la barrera de nuestra inercia para que la abundancia de su evidencia la sumerja.

Las técnicas auténticas se suman sucesivamente; al contrario, las llamadas "técnicas" artísticas se reemplazan. Una homonimia engañosa sugiere diversos problemas estéticos inexistentes.

Una gramática insuficiente prepara una filosofía confusa.

Llamamos egoísta a quien se niega a sacrificarse a nuestro egoísmo.

La pintura moderna es como una frase, cuyo sentido no puede captarse al considerar aisladamente cada una de sus palabras. Más que cualquier otra pintura, la pintura moderna requiere su historia para transmitirse con plenitud inteligible.

Monólogo de un ente colectivo que se interroga, se responde, se contradice, se ratifica, y continuamente se engendra a sí mismo.

Los conceptos estéticos que acompañan la pintura moderna, y en los cuales cree apoyarse, son discurso de primario.

La presencia del pueblo siempre es tumultuosa y apocalíptica. Sólo crea el campo raso de un edificio futuro. Como bullicio de larvas en un cadáver insepulto tan sólo devuelve lo que fue materia organizada a la circulación del universo.

La sorprendente capacidad profética de ciertas consideraciones políticas depende de la ausencia de todo ejemplo concreto que la ilustre. Es necesario que toda profecía sea vaga para que su aplicación ilimitada despierte nuestra admiración benévola.

Valéry es el único poeta genial del siglo XVIII.

Toda idea debe resolverse en actos posibles.
Una exigencia irrealizable exalta al contemporáneo, pero sólo divierte a la posteridad.

Las grandes obras no son las que inician, sino las que concluyen. La perfección es históricamente estéril.

Los temas carecen de importancia, pero no son infinitamente sustituibles. El poeta elige aquél que conviene a su propósito, porque, aun cuando cualquiera podría

servirle, una afinidad impersonal que colabora a los efectos buscados los distingue.

La risa atestigua una barbarie siempre actual.
De la civilización, la sonrisa es la aurora y su claro mediodía.

La insolencia de ciertos escritores católicos es, para el profano, la sal que preserva sus obras de la descomposición en que sus contemporáneos ya se confunden.

Ante la estupidez humana, el antagonismo de las grandes obras entre sí se disuelve en identidad.

Toda grandeza es, secretamente, hermana.

La nota perpetuamente sostenida de la perfección miltoniana.

En los menesteres cotidianos la inteligencia se encallece como las manos de un labriego.

Un noble verso despierta las pasiones que la vida sofoca, e irrita un apetito de vivir que creíamos saciado.

La vida cotidiana esteriliza.
En medio de las ocupaciones modestas a que nos somete la actividad económica, la inteligencia pierde su agilidad, olvida su viejo amor por los problemas inútiles.
Dos o tres consideraciones elementales y puramente pragmáticas nos solicitan exclusivamente. Olvidamos hasta la nostalgia de la vida inteligente. Si de pronto la inani-

dad de nuestras vidas nos inquieta, ya no logramos descubrir sino las trivialidades que nuestra monótona existencia erigió en únicos atributos del mundo.

La frase que dibuja apretadamente un objeto o la que agita bajo su estameña verbal un aleteo ansioso pueden ser igualmente bellas; pero debemos recelar de la frase que se acoquina en blandas esponjosas generalizaciones.

Tanto la idea de una religión natural y de un derecho natural como la tesis sobre el hombre primitivo, son la secularización de nociones que los teólogos de la gracia aplicaban al estado supralapsario.
Herbert of Cherbury, Grotius y Rousseau, sueñan en las márgenes de Jansenius o de Baius.

La actividad intelectual sería un juego, si no tuviese proyecciones teológicas.

Qué horrible cosa sería un mundo en el cual las ilusiones ingenuas tontas de los demás no intimidaran nuestra experiencia desolada.

Mme, de Staël (de Launay): la primera burguesa humillada.
De la raza de los Chamfort. Semilla de Girondinos. La prosa más pura de la literatura francesa.

La libertad es el mito de las almas desocupadas, vacías, desprovistas de vocación. Cuando nada nos orienta la libertad parece un admirable programa de acción.

En verdad la libertad no resuelve el problema del alma perdida en un universo de pura contingencia, sino lo protocoliza.

La polémica con los muertos es en extremo fácil, ya que el hecho solo de vivir parece concedernos una superioridad cómica.
El silencio de los muertos simula, ante la posteridad, la confusión callada del interlocutor vencido.

Sólo cuando un extraño prohíja y proclama una de nuestras verdades, descubrimos con estupor su insuficiencia, su cuerpo vulnerable y frágil.

Todo idealismo explicita el principio metodológico de Vico, según el cual intelección y creación son necesariamente actos de un idéntico sujeto.

La guerra de la Vendée es el único conflicto político que despierta mi irrestricta simpatía sin inquietar mi razón.

Nunca he sabido ser partidario sino de causas perdidas.

La importancia de toda literatura contemporánea existe sólo para el escritor de segunda clase, ya que es en función de ella que puede escribir.
El gran escritor la ignora, puesto que la crea.
En fin para el lector esa importancia no es más que un prejuicio, porque todo movimiento literario, a cualquier época que pertenezca, es, si le interesa, irrefutablemente su contemporáneo.

El socialismo es el comunismo del burgués.

Superioridad del crítico, vivo, sobre el escritor, cadáver. Superioridad evidente, pero superioridad que unos pocos años alisan y borran.

Las cosas nos son dadas únicamente como una invitación a su posesión auténtica.

La meditación es nuestro acto de posesión del mundo.

¿Que lo creado nos aleja de Dios?
Quizá.
Pero es a través de lo creado: a través de la belleza de una frase, de una forma, de un volumen; a través de lo que una presencia humana impone con autoridad serena; a través de su nobleza, su orgullo, su esplendor, su sufrimiento, su dicha; a través de la verdad parcial que no se basta; a través de la pasión intelectual que anhela una ascensión áspera, abrupta; es, así, a través de una dialéctica carnal que Dios aparece a mi razón, de manera tan irrefutable como deslumbra mi fe.

Dios es la sustancia de lo que amamos.

Nunca sabemos quién tiene sed, ni qué gesto trivial puede romper en un alma los sellos de sus fuentes.

Todo amor son varios amores que se suceden, y la fidelidad a una mujer es una sucesiva infidelidad con ella misma.

Ese equilibrio, esa moderación, esa equitativa y mesurada estimación de las cosas, que parecen a quien las logra un difícil triunfo, son usualmente para quien las contempla con ojos de espectador frío meros signos de mediocridad irredimible.

En todo exceso sospechamos el jadear de un torso divino.

Ciertas opiniones que espontáneamente repugnan a nuestra inteligencia y a nuestra sensibilidad, pero cuya importancia social y cuyo amenazante peso histórico nos inquietan, basta que de pronto un imbécil las acoja, las acepte, las propague, para que nuestra tranquilidad renazca.

El amor no transforma las almas duras, frías, egoístas, sino las devora como un chancro, como un cáncer.

Un libro inteligente nos hace sentir inteligentes, como una música militar heroicos.

La imbecilidad: quizá baste definirla como aquello que somos cuando nos hallamos abandonados a nosotros mismos.

No es una obra lo que quisiera dejar. Las únicas que me interesan se hallan a infinita distancia de mis manos. Pero un pequeño volumen que, de cuando en cuando, alguien abra. Una tenue sombra que seduzca a unos pocos. ¡Sí!, para que atraviese el tiempo, una voz inconfundible y pura.

Con qué insensato anhelo restringe la humanidad su vida a la forma más trivial de la existencia: la actividad social. Es menos vano limitarse a una pura existencia animal, bastarse con una actividad fisiológica.
En verdad, sólo la inteligencia nos salva de la mediocridad, del tedio y de la indignidad que nos acechan.

Nada más seguro de sí mismo, más doctrinal, más humillante que la superioridad con que habla de una ciencia o escribe sobre ella el que la ignora.
Los ignorantes no temblamos ante los sabios, sino ante los ignorantes enfáticos.

Poesía es la propiedad de ciertas obras de arte de requerir la colaboración de la imaginación de quien las contempla.
Poética es la obra de arte que se completa en la imaginación del contemplador.

El fragmento simula, con su forma físicamente mutilada, la inconclusión interna y voluntaria de la obra poética.

Las generalizaciones sociológicas son meras transcripciones en un idioma técnico de engañosas evidencias inmediatas.

La inteligencia práctica es aquélla capaz de pasar de un hecho concreto a otro hccho concreto sin el intermedio de generalización alguna. La inteligencia teórica, en cambio, es capaz de pasar de una generalización a otra generalización sin necesitar apoyarse en un hecho concreto.

Además, la inteligencia práctica descubre la aplicación concreta de la fórmula abstracta, mientras que la inteligencia teórica se eleva del hecho concreto a la fórmula general.

Lo ético es la etapa intermediaria entre lo místico y lo laico.

Si el hombre con su sola afirmación crea el sentido de la vida, nada justifica que elija lo bajo y lo vil.
Un universo que la libertad define no puede encontrar excusa a la miseria de sus opciones.

El poder económico de la Iglesia durante la Edad Media dependía de su poder sobre los espíritus. La teología era base de su riqueza.
Cuando declinó su hegemonía intelectual, desapareció su importancia económica.

La juventud es feliz porque honestamente culpa a los demás de su propia mediocridad.

Lo que define el arte moderno es su imposibilidad de elegir.
El artista moderno nos da todo.
Viciadas y podridas todas las normas pretéritas, el artista sólo se conoce como artista, internamente, pero ignora lo que merece elección o rechazo.
Así sólo subsiste su presencia, y el acto que crea asume la importancia que la obra pierde.
Al fin un subjetivismo estético racionaliza la impotencia de definir objetivamente la obra.

Quisiera obligarme a no dejar morir un solo día en la inconsciencia hebetada con que lo vivo. Quisiera que, en la noche, su esencia se concentrara en una gota pura de lucidez.
Trivial o grave, al alma despierta nada es totalmente vano.

El deseo de complacer, de seducir, nos limita. Respetar al interlocutor es la traición que no perdona ni el interlocutor respetado.

La risa amable es una prostitución del alma.

La sociedad no reconoce más triunfos que los que compra una moneda que el alma lúcida y noble desprecia.

Toda grandeza es difícil y dura, por lo tanto debemos preferir aquélla cuyas más triviales y monótonas labores nos parecen dignas de amor.

La inteligencia en la vida social no es más que la familiaridad con las trivialidades del día.

En un salón, el que propone una idea auténtica se siente pronto tan incómodo como si hubiera introducido un elefante.

Las grandes ideas son burdas y sencillas como un campesino sano y simple.

Nuestras más agudas intuiciones pasan por encima del interlocutor, que recoge preciosamente lo mediocre que involuntariamente proferimos.

Los grandes nos hacen grandes con toda la generosidad de su grandeza.

El tonto me hace tonto. Ante él no siento superioridad alguna, sino una inmensa sorpresa ante mi escondida estupidez.

El alma, en la soledad, llena en fin sus propios límites.

Nada hay tan difícil como contestar con inteligencia a una estupidez pretenciosa.

Cuando las circunstancias niegan a una pasión toda posibilidad de satisfacerse, los sentimientos alcanzan una tal intensidad que el alma se disuelve en ráfagas de una emoción musical como si buscara ascender a distintas formas del ser.

Sólo la pasión que ignora la mediocridad inevitable de lo que anhela es capaz de grandeza.

Toda grandeza se halla ligada al fracaso.

El hombre no anhela las cosas terrestres sino como simulacros de una realidad que ignora.

El simulacro anhelado que logramos conquistar ridiculiza la pasión que lo deseaba.

Sólo la ambición que fracasa enciende el ardor inextinguible del alma.

La imparcialidad del historiador vacía la historia de sentido. Su inhumana actitud de arcángel helado le permite hacernos un relato imparcial y justo, exacto en cuanto a los hechos acontecidos y susceptible de contener un minucioso repertorio de motivos y de causas, pero semejante a una monografía entomológica.
A través de una exposición verídica se cumple un proceso de falsificación irremediable.
La visión panorámica de los hechos, la abarcadura vertical, se revela como un artificio desesperado para establecer un punto de vista absoluto. Pero intentando eximirse de toda supeditación a los hechos que relata, bajo sus ojos los hechos picrden su plenitud de sentido, su densidad, su gravedad, su peso, que son dados sólo a quien se halla sumergido en ellos.
La rica materia de la historia se transforma en un abstracto esquema, en un paisaje sin relieve, sin aristas, sin sombras.

La norma que debe guiar las opciones doctrinarias, de quienes intentan construir una sociedad nueva, consiste en la sola y escueta meditación sobre la situación que esa nueva forma social les prepara cuando sus adversarios les sucedan en el poder.

El ateísmo es ante todo una definición de Dios.
Es decir una definición de la relación de Dios con el mundo.
El Dios del ateo es el Dios que no interviene en el mundo, el que entrega al hombre a sí mismo, el que lo abandona a su destino.

El ateo es el hombre abandonado, sometido a la omnipotencia helada y ciega de las cosas. Es el adorador de un Dios implacable, terrible, inexorable.
El ateo resucita al ídolo sanguinario de cultos obsoletos.

Que la nueva generación no pierda lo que conquistó la generación que la engendra, que el hijo prolongue al padre y se yerga sobre lo que el padre construye, que el privilegio mantenga intacto un triunfo transitorio, para que el hombre no tenga que nacer cada mañana náufrago de la noche imperiosa.

Pensar que todo es vanidad es una sabiduría que nos satisface solamente mientras aún creemos que no es vanidad pensar que todo es vanidad.

Todo no está perdido cuando aún tenemos energía suficiente para proclamar nuestro asco o nuestro tedio.

La desesperación tranquila, helada, radical, nos acecha cuando aun el más leve gesto que la revela nos hastía.

El fracaso ha sido total cuando ni siquiera relatarlo nos interesa.

Esperar que pasen los días; sin esperanza pero con temor; sin ilusión pero con angustia. Un tiempo henchido sólo de repeticiones monótonas o de monstruos.

Un mañana idéntico, o un mañana terrible.

El hombre sencillo, como el genio, tienen algo que hacer, una tarea que ocupa sus vidas, un objeto que llena sus almas. Pero el mediocre olvida el sabor de las ocupaciones humildes, mientras que las nobles ocupaciones lo rechazan y lo arrojan humillado.
El hastío es signo indeleble de mediocridad espiritual.

El tedio es a la sensibilidad lo que el talento a la inteligencia, algo más allá de lo común y más acá de lo excelso.

El aburrimiento nos separa de la muchedumbre, pero nos detiene en los umbrales de la grandeza.

Los vicios son la ocupación de las horas de tedio.

El vicio es el refugio de un apetito de grandeza sofocado.

Que alguien dependa de nosotros puede bastar para salvarnos.

No es horrible no encontrar a quien necesitemos, sino no hallar a quien necesite de nosotros.

Sólo la madurez perfecta cumple las promesas de la carne; sólo la vejez perfecta las promesas del espíritu.

El vicio redime a los seres mediocres, ya que es en ellos la manera única como pueden asumir la presencia del espíritu.

El juicio ético es absoluto.
Definidas las características del acto que juzga, es decir, identificado y reconocido, el juicio se formula implacablemente.
Toda consideración histórica, que intente explicar, situar, integrar, es irremediablemente vana.
Ni lo que es la sociedad, ni lo que yo soy, ni lo que es el hombre, ni lo que aconteció previamente, tiene pertinencia alguna.
Nuestra culpabilidad o nuestra inocencia son conclusiones de un proceso encerrado en un abstracto universo de consideraciones éticas, ante cada acto nuestra posición es absoluta, no depende de nada ni a nada se refiere; parece que allí naciéramos de la nada. súbitamente.
La intensión ética es atributo de una voluntad absoluta.
La voluntad crea el acto, éticamente, fuera de todo nexo causal con una necesidad psicológica o física cualquiera.
El horror del juicio ético (decretum horrendum) consiste en su misteriosa capacidad de escapar a la historia.

Ante un cuerpo desnudo, en el esplendor de su madurez meridiana, una veneración casi sacrílega nos subyuga.

Escribir novelas y cuentos puede salvarnos de la atonía en que la vida naufraga.
Quizá el mundo nació en un arrebato de aburrimiento del Creador.

La novela popular no es más que el sustituto del bostezo.

Con éticas acomodaticias la mediocridad intenta velar las evidencias que la acusan.

La valencia universal de una idea es mero hecho histórico, y no exigencia criteriológica.

La universalidad de los valores es ilusión de apóstol joven.

La inmanencia histórica no elimina la transcendencia. Es en la historia misma que la transcendencia surge, cuando un hecho repentinamente adquiere el peso irresistible, la gravidez irrefutable, la densidad inconfundible, que lo transforman en valor.
Que el proceso sea incomprensible no disminuye su evidencia.
La historia es la matriz incansable de la repetida encarnación del espíritu.

El cristianismo es una metafísica de lo concreto.

La inteligencia se depura para hallar en yertos climas placeres acendrados y perfectos.

El humanista es taumaturgo de los cementerios del espíritu.

El hombre duda de todo cuando una estructura social vacila.

Sin confianza en la permanencia de las cosas la inteligencia dimite.

La inteligencia es laboriosa, exacta y honesta sólo cuando se cree emplazada ante un supremo tribunal.

Sólo el silencio purifica la resignación a la mediocridad.

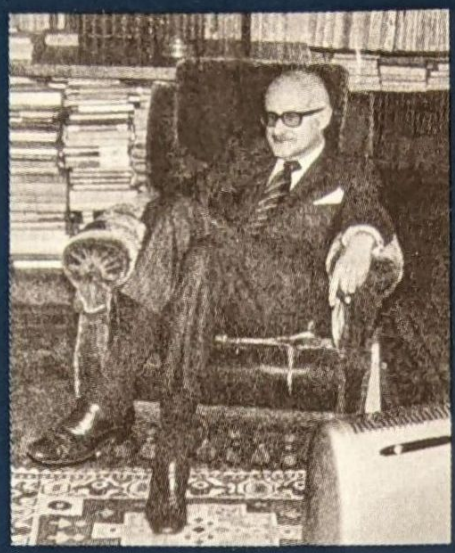
El hombre es el único ser que sabe que tiene que morir; esa ciencia de la muerte es su más profunda diferencia, y lo que eminentemente lo separa del animal que perdura en la ignorancia de su futura podredumbre.

El hombre acecha toda metáfora que refuta su ciencia de la muerte, y ya la germinación misteriosa de los granos se identificó a los dioses que mueren en los inviernos para resucitar con la nueva vegetación en las primaveras sucesivas.

Un sepulcro vacío.

Todo sistema implica un acto de la voluntad y exige que el espíritu acepte conclusiones que pertenecen sólo a la lógica del sistema.
La afirmación de todo espíritu sistemático excede sus evidencias personales.

Busco adherir a cada una de mis evidencias incontrovertibles.
Confiado en la coherencia íntima de todo pensamiento aceptado sin reticencias, no temo que una contradicción radical me anule.



Nicolás Gómez Dávila

Nace en Bogotá el 18 de mayo de 1913. A la edad de seis años se traslada con su familia a París, donde asiste a un colegio benedictino. Durante su adolescencia, una grave neumonía lo mantiene en cama por un período de casi dos años, circunstancia que lo obliga a proseguir sus estudios en casa, con profesores particulares. A los veintitrés años regresa a Bogotá. En esta ciudad contrae matrimonio con Emilia Nieto Ramos, unión de la que hubo tres hijos. Nicolás Gómez Dávila se recluye en su biblioteca, donde se dedica a la reflexión, a la lectura, al estudio y a escribir. Allí muere el 17 de mayo de 1994.

– Vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes, amando a unos pocos seres.

Escolios a un Texto Implícito I.

VillegasEditores.com

Un amor triunfante es la fruta milagrosa de un germen que el azar siembra, la razón cultiva, la paciencia protege, acalla, labra, y la sensualidad cosecha.

La sensualidad es el origen del amor y su cumplimiento supremo.

Mientras que el erotismo podría definirse como un placer desnudo de sentimiento; el amor es, precisamente, el placer transido de sentimiento y empapado en él.

El amor añade al erotismo su dimensión profunda.

Erotismo y amor no se identifican; la similitud de los gestos que exigen no debe escondernos su honda diferencia. Pero si lo usual es practicarlos aisladamente, su conjunción proporciona el más grave estremecimiento.

No es difícil hallar la razón de una emoción tan intensa.

Aburrido de buscar inútilmente suprimir uno de los dos términos que espontáneamente mi espíritu afirma, creo que debo decidirme a mantenerlos ambos, asidos fuertemente en mis manos, sin inquietarme con la contradicción que todos proclaman, pero que yo no siento. Es decir sensualidad y religión.

Toda mi lucidez fracasa ante los que amo, y prefiero ser ciego a medir la inseguridad de nuestro amor terrestre.

ISBN 958-8160-43-X
9 789588 160436

VILLEGAS ◆ FILOSOFÍA

Nicolás Gómez Dávila

NOTAS

A 51619